UNA DAMA A SUELDO
Quick, Amanda



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

ARTHUR

Arthur Lancaster, conde de St. Merryn, estaba sentado junto al fuego crepitante de una de las chimeneas de su club leyendo el periódico, con una copa de un oporto excelente en la mano, cuando le comunicaron que su prometida acababa de fugarse con otro hombre.

—Se dice que el joven Burnley utilizó una escalera para trepar hasta el dormitorio de la señorita Juliana y que la ayudó a bajar hasta el carruaje —le dijo Bennett Fleming, un hombre más bien bajo pero de constitución robusta, mientras se sentaba en el sillón, justo enfrente de Arthur. Cogió la botella de oporto y prosiguió—: Según me han contado, se dirigen hacia el norte; sin duda hacia Gretna Green. El padre de Juliana ha salido tras ellos, pero su carruaje es viejo y lento.

En la sala se hizo el silencio; todas las conversaciones se interrumpieron; dejó de oírse el crujir de los periódicos y el tintineo de las copas. Era casi medianoche y el club estaba lleno. Todos se quedaron paralizados en sus asientos y aguzaron el oído intentando escuchar la conversación que tenía lugar frente a la chimenea.

Arthur dejó escapar un suspiro, dobló el periódico, lo dejó a un lado y bebió un sorbo de oporto. A continuación, levantó la mirada hacia la ventana: la lluvia, empujada por el viento, golpeaba con furia los cristales.

—Tendrán suerte si consiguen recorrer diez millas con esta tormenta —comentó Arthur.

Como todo lo que dijo aquella noche, aquel comentario entró a formar parte de la leyenda de St. Merryn... “Es tan frío que cuando le informaron de que su prometida había huido con otro hombre, lo único que hizo fue comentar que el tiempo era muy malo.

Bennett bebió un buen trago de oporto y, tras seguir la mirada de Arthur, con los ojos fijos en la ventana, dijo:

—El joven Burnley y la señorita Juliana disponen de un excelente carruaje y de caballos fuertes y frescos. —A continuación carraspeó y añadió—: Es poco probable que el padre de Juliana los alcance, pero un hombre solo con un buen caballo podría hacerlo.

La expectación se propagó por el silencio transparente. St. Merryn era, sin lugar a dudas, un hombre solo y todo el mundo sabía que tenía en su establo varios caballos de primera clase. Todos estaban a la expectativa, pendientes de si el conde se decidía a perseguir a la pareja.

Arthur se puso en pie con toda tranquilidad y cogió la botella de oporto medio vacía.

—¿Sabes una cosa, Bennett? Esta noche padezco de un ataque de aburrimiento extremo. Creo que iré a averiguar si hay algo de bueno en la sala de juegos.

Bennett arqueó las cejas.

—Pero si tú nunca juegas. No sé cuántas veces te he oído decir que te parece totalmente ilógico apostar dinero a una mano de cartas o jugártelo a los dados.

—Esta noche me siento afortunado —dijo. Y se encaminó hacia la sala de juegos.

—No hay quien lo entienda... —masculló Bennett y, con el rostro contraído, se puso de pie, cogió su copa de oporto ya medio vacía y corrió para alcanzar al conde.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Arthur cuando estaban en medio de la sala, sumida en un silencio antinatural—. Creo que me equivoqué cuando le pedí a Graham la mano de su hija.

—¿Eso crees?

Bennett le lanzó a Arthur una mirada de preocupación esperando encontrar en el rostro de su compañero algún síntoma de fiebre.
—Así es. Creo que la próxima vez que decida buscar esposa enfocaré el proyecto de una forma mucho más lógica, como haría con una de mis inversiones.
Bennett, consciente de que todos los presentes estaban pendientes de todo lo que Arthur decía, hizo una mueca.
—¿Cómo se te ocurre aplicar la lógica a la hora de buscar esposa?
—He pensado que las cualidades que uno espera encontrar en una esposa no son muy distintas de las que exigiría a una dama de compañía.
Al oírlo, Bennett se atragantó con el oporto.
—¿Una dama de compañía? —le preguntó a Arthur.
—Piénsalo detenidamente. —La copa de Arthur tintineó cuando apoyó en ella la botella para servirse más oporto—. La dama de compañía ideal sería una mujer de buena familia, con una buena educación y una reputación excelente; sería una mujer equilibrada, modesta y discreta tanto en sus acciones como en su forma de vestir. ¿Acaso no serían éstos los requisitos que uno establecería si tuviera que definir a la esposa perfecta?
—Una dama de compañía es, por definición, una mujer sola y que ha perdido su fortuna —puntualizó Bennett.
—Pues claro que es pobre y no tiene recursos, ¿por qué si no estaría dispuesta a aceptar un empleo tan humilde? —replicó Arthur encogiéndose de hombros.
—Sin embargo, la mayor parte de los caballeros preferirían una esposa que pudiera aportarles riquezas y propiedades —señaló Bennett.
—Claro, pero es en esta cuestión donde yo dispongo de una gran ventaja, ¿no crees? —Arthur se detuvo en la entrada de la sala de juegos y examinó las mesas concurridas—. Para ser claro, yo estoy podrido de dinero y cada día soy más rico, no necesito una mujer adinerada.
Bennett se detuvo junto a él y expresó su conformidad, aunque con desgana:
—Es verdad.
—Una de las ventajas de las damas de compañía es su condición de extrema pobreza —continuó Arthur—. De esta forma agradecen cualquier empleo que se les ofrezca, ¿comprendes?
—No había considerado este aspecto. —Bennett bebió otro trago de oporto y bajó el brazo pausadamente—. Creo que empiezo a comprender tu razonamiento.
—A diferencia de las jóvenes románticas y con recursos cuya visión del amor está deformada a causa de Byron y las novelas de la editorial Minerva, las damas de compañía, por una cuestión de necesidad, tienen que ser mucho más prácticas. La vida les ha enseñado que el mundo puede ser muy duro.
—Desde luego.
—Por consiguiente, la dama de compañía ideal no haría nada que pusiera en peligro su empleo. Por ejemplo, un hombre podría estar casi seguro de que ella no huiría con otro hombre poco antes de la boda.
—Quizá se deba al oporto, pero creo que lo que dices tiene mucho sentido —dijo Bennett frunciendo el ceño—. Sin embargo, ¿cómo se encuentra una esposa con las cualidades de una dama de compañía?
—Fleming, me decepcionas. La respuesta a esta pregunta salta a la vista. Si alguien deseara encontrar una esposa con estas características, naturalmente, se dirigiría a una agencia que suministrara damas de compañía, entrevistaría a varias solicitantes y finalmente haría su elección.
Bennett parpadeó.
—¿Una agencia?
—Así no se encontraría con sorpresas. —Arthur sacudió la cabeza—. Debería haber pensado en ello hace unos meses. Piensa en todos los problemas que me habría ahorrado.

—Esto..., bueno...
—Si me disculpas, creo que hay un asiento libre en esa mesa de la esquina.
—Aquí se juega en serio —advirtió Bennett—. ¿Estás seguro de que...?
Pero Arthur ya no le prestaba atención y, después de cruzar la sala, se sentó a la mesa.
Cuando, unas horas más tarde, se levantó, Arthur era unos cuantos miles de libras más rico. El hecho de que el conde hubiera roto su norma inquebrantable en contra de las apuestas y hubiera ganado además una considerable suma de dinero, añadió esa noche otra faceta más a la leyenda de St. Merryn.
Las primeras luces de un amanecer gris y lluvioso empezaban a asomar por encima de los tejados de las casas cuando Arthur salió del club. A continuación, se metió en el carruaje que lo esperaba en la puerta y se arrellanó en el asiento mientras lo llevaban de regreso a la enorme y sombría mansión de Rain Street. Una vez allí, se fue directamente a la cama.
A las nueve y media de la mañana, lo despertó su mayordomo y le informó de que el padre de su prometida había encontrado a su hija en una posada, compartiendo la habitación con su joven héroe.
Naturalmente, sólo había una solución para salvar la reputación de la joven, de modo que el indignado padre había ordenado que la pareja se casara de inmediato por medio de una licencia especial.
Arthur le dio amablemente las gracias al mayordomo por haberle informado, se dio la vuelta y volvió a dormirse de inmediato.

ELENORA

Elenora recibió la noticia de la muerte de su padrastro de boca de los dos hombres a los que se había visto obligado a entregar todas sus posesiones por culpa de una desafortunada inversión. Aquellos hombres llegaron a su vivienda a las tres de la tarde.
—Samuel Jones falleció a causa de un ataque de apoplejía cuando descubrió que el proyecto de la mina había fracasado —le informó, sin ningún tipo de compasión, uno de aquellos hombres recién llegados de Londres.
—Esta casa, lo que hay en ella y el terreno que se extiende desde aquí hasta el riachuelo nos pertenecen —anunció el segundo acreedor mientras agitaba un montón de papeles firmados, hoja por hoja, por Samuel Jones.
El primer hombre observó, con los ojos entornados, el anillo de oro que Elenora lucía en su dedo meñique.
—El difunto incluyó sus joyas y todos sus efectos personales, salvo su ropa, en la lista de bienes que detalló como garantía del préstamo.
El segundo acreedor señaló a un individuo enorme que se había quedado a un lado, unos pasos por detrás de ellos.
—Le presento al señor Hitchins. Lo hemos contratado en Bow Street y su misión es asegurarse de que usted no se lleve nada de valor de la casa.
El hombre que acompañaba a los acreedores de Samuel Jones, un gigante de cabello gris, tenía una mirada dura y penetrante. Además, llevaba el distintivo profesional de los detectives de Bow Street: una porra.
Elenora contempló a los tres hombres de aspecto agresivo, consciente de la inquietud que experimentaban su ama de llaves y su criada, que iban de un lado a otro del vestíbulo principal de la casa. Sus pensamientos se dirigieron a los mozos de cuadras y a los hombres que se ocupaban de las plantaciones y de la granja. Sabía muy bien que era poco lo que podía hacer para protegerlos. Su única esperanza era dar a entender que sería una insensatez despedir a los empleados.

—Supongo que son conscientes de que esta propiedad produce unos ingresos considerables —comentó Elenora.
—Así es, señorita Lodge —respondió el primer acreedor mientras se balanceaba sobre los talones con satisfacción—. Samuel Jones nos informó debidamente de esta cuestión.
El segundo acreedor examinó detenidamente los campos impecables de la finca con aire expectante.
—Sin duda se trata de una granja muy hermosa.
—Entonces, también serán conscientes de que el verdadero valor de la propiedad consiste en el hecho de que los empleados que trabajan en la finca y los que mantienen la casa son personas muy cualificadas. Resultaría imposible reemplazarlos. Si permiten que tan sólo uno de ellos abandone su puesto de trabajo, les aseguro que las cosechas se malograrán y la casa perderá su valor en sólo unos meses.
Los dos acreedores se miraron con el ceño fruncido. Era evidente que ninguno de ellos había tenido en cuenta la cuestión de los peones y los criados.
Las cejas entrecanas del detective se arquearon al oír la explicación de Elenora y un extraño brillo iluminó sus ojos. Pero no dijo nada. ¿Por qué habría de hacerlo?, pensó Elenora, al fin y al cabo, cómo acabara aquel negocio no le incumbía lo más mínimo.
Los dos acreedores llegaron a un acuerdo sin mediar palabra, el primero carraspeó y dijo:
—Los empleados se quedarán en la granja —manifestó—. Ya hemos contratado la venta de la finca y el nuevo propietario ha dejado claro que desea que todo continúe como hasta ahora.
—Salvo usted, claro, señorita Lodge —dijo el segundo acreedor sacudiendo la cabeza con afectación—. El nuevo propietario no la necesitará.
Parte de la tensión de Elenora se desvaneció. Sus empleados estaban a salvo, así que ahora podía concentrar la atención en su propio futuro.
—Supongo que me permitirán recoger mi ropa —repuso con frialdad.
Ninguno de los acreedores pareció percatarse del profundo desdén que reflejaron sus palabras. Uno de ellos se sacó un reloj del bolsillo.
—Dispone usted de treinta minutos, señorita Lodge. —A continuación señaló al hombre corpulento de Bow Street con la cabeza y añadió—: El señor Hitchins la acompañará mientras recoge sus cosas y se asegurará de que no se lleva ningún objeto de valor. Cuando esté lista para marcharse, uno de los peones la conducirá hasta la posada del pueblo. Lo que haga a partir de ese momento es asunto suyo.
Elenora se volvió tan dignamente como pudo y se encontró de frente con el rostro sollozante del ama de llaves y la expresión de angustia de la criada. La cabeza le daba vueltas a causa del desastre que le acababa de acontecer, pero tenía que guardar la compostura delante de aquellas dos mujeres, de modo que les sonrió con la esperanza de reconfortarlas.
—Tranquilizaos —les dijo con determinación—. Como habéis oído, conservaréis vuestros puestos de trabajo, y los hombres también.
El ama de llaves y la criada dejaron de llorar y apartaron los pañuelos de sus rostros. Ambas se sintieron aliviadas y se relajaron.
—Gracias, señorita Elenora —murmuró el ama de llaves.
Elenora le dio unas palmaditas en el hombro y se dirigió, con paso ligero, hacia las escaleras intentando ignorar al detective de aspecto perverso que le seguía los pasos.
Hitchins se quedó de pie junto a la puerta del dormitorio con las manos cogidas a la espalda y los pies clavados con firmeza en el suelo observándola atentamente mientras ella sacaba un enorme baúl de debajo de la cama.

Elenora se preguntó qué diría el agente si ella le anunciara que era el primer hombre que había puesto los pies en su dormitorio, pero en lugar de eso, mientras levantaba la tapa y dejaba al descubierto el interior vacío del baúl, dijo:
—Éste es el baúl de viaje de mi abuela. Ella fue una actriz. Su nombre artístico era Agatha Knight. Cuando se casó con mi abuelo se formó un gran revuelo en la familia. Fue un auténtico escándalo. Mis bisabuelos amenazaron con desheredar a mi abuelo, pero, al final, no tuvieron más remedio que aceptar la situación. Ya sabe usted lo que son las familias.
Hitchins dejó escapar un gruñido. O tenía poca experiencia familiar o su historia personal le pareció extremadamente aburrida. Algo le decía que la opción correcta era la segunda.
A pesar de la escasa conversación de Hitchins, Elenora continuó hablando sin cesar mientras iba sacando sus vestidos del armario. Su objetivo era distraerlo, conseguir que no se fijara en el viejo baúl.
—Mi pobre madre se sentía muy avergonzada por el hecho de que mi abuela hubiera actuado en los escenarios. Se pasó la vida intentando olvidar la desprestigiada carrera de su madre.
Hitchins consultó su reloj.
—Le quedan diez minutos.
—Gracias, señor Hitchins. —Elenora sonrió con frialdad—. Es usted de gran ayuda.
El detective demostró ser inmune al sarcasmo. Sin duda, debía de encontrarse a menudo con ese tipo de comentarios en su profesión.
Elenora abrió con ímpetu un cajón y sacó una pila de camisones perfectamente doblados.
—Quizá desee usted apartar la vista.
Hitchins tuvo la amabilidad de no mirar la ropa íntima de Elenora; sin embargo, cuando ella se dispuso a coger el pequeño reloj que había sobre la mesilla de noche, él apretó los labios.
—Sólo puede llevarse su ropa, señorita Lodge —recordó él mientras negaba con la cabeza.
—Sí, claro. ¿Cómo he podido olvidarme de este detalle?
Adiós al reloj. Lástima. Un prestamista podría haberle dado unas cuantas libras por él.
Elenora bajó la tapa del baúl con fuerza y lo cerró con llave mientras un cosquilleo de alivio recorría su espina dorsal. El detective no había mostrado el menor interés por el viejo baúl de teatro de su abuela.
—Según me dicen, me parezco mucho a ella cuando tenía mi edad —comentó Elenora en un tono casual.
—¿A quién se refiere, señorita Lodge?
—A mi abuela, la actriz.
—¿De verdad? —Hitchins se encogió de hombros con indiferencia—. ¿Está usted preparada?
—Sí. ¿Sería usted tan amable de bajarme el baúl?
—Sí, señorita.
Hitchins levantó el baúl y lo llevó hasta el vestíbulo principal. A continuación lo acomodó en la carreta que esperaba en el exterior.
Uno de los acreedores se interpuso en el camino de Elenora cuando ella se disponía a seguir a Hitchins.
—El anillo de oro que lleva en el dedo; por favor, señorita Lodge —espetó.
—Desde luego.
Elenora se quitó el anillo y calculadamente lo dejó caer justo cuando el acreedor extendió el brazo para cogerlo. El aro de oro rebotó en el suelo.
—¡Mierda! —gritó el irritante hombrecillo inclinándose para recuperarlo.

Mientras estaba doblado en lo que parecía una ridícula reverencia, Elenora pasó junto a él y descendió los escalones de la entrada. Agatha Knight siempre había insistido en la importancia de una salida bien escenificada.
Hitchins, de una forma inesperada, cambió su actitud y ayudó a Elenora a subir al duro banco de madera de la carreta agrícola.
—Gracias, señor —murmuró ella.
Se sentó en el banco con la misma gracia y el mismo aplomo que habría empleado si se tratara de un carruaje de lujo.
Un brillo de admiración iluminó los ojos del detective.
—Buena suerte, señorita Lodge. —Entonces lanzó una mirada a la parte trasera de la carreta que ocupaba, en su mayor parte, el baúl—. Por cierto, ¿le he mencionado que mi tío viajó con una compañía de actores cuando era joven?
Elenora se quedó helada.
—No, no me lo había comentado.
—Tenía un baúl muy parecido al suyo. Me explicó que le resultaba muy útil. Según me dijo, siempre guardaba en él unos cuantos artículos indispensables por si tenía que salir de la ciudad a toda prisa.
Elenora tragó saliva y admitió:
—Mi abuela me aconsejó lo mismo.
—Confío en que le haría usted caso, señorita Lodge.
—Así es, señor Hitchins.
—Seguro que saldrá adelante, señorita Lodge. Tiene usted carácter.
Hitchins le guiñó un ojo, rozó el ala de su sombrero con la mano y regresó junto a los acreedores.
Elenora respiró hondo y, con un chasquido, abrió su parasol y lo sostuvo en alto como si se tratara del resplandeciente estandarte de una batalla.
La carreta se puso en movimiento.
Elenora no volvió la cabeza para mirar la casa que la vio nacer y en la que había vivido hasta entonces.
La muerte de su padrastro no había constituido una sorpresa y no estaba apenada. Cuando Samuel Jones se casó con su madre, Elenora tenía dieciséis años. Él había pasado muy poco tiempo allí, en el campo; prefería la vida de Londres y sus incontables proyectos de inversiones y, desde el fallecimiento de su madre, hacía ya tres años, apenas había aparecido por allí.
Elenora estaba encantada con esa situación: no sentía ningún aprecio por Jones y era un gran alivio no tenerlo pegado a sus talones. Claro que todo cambió cuando averiguó que el abogado de su padrastro se las había arreglado para transferir la herencia de su abuela, que incluía la casa y los terrenos adyacentes, al dominio de Jones.
Y, ahora, todo se había perdido.
Bueno, no todo, pensó mientras sentía una triste satisfacción. Los acreedores de Samuel Jones nada sabían de la existencia del broche de oro y perlas de su abuela y de los pendientes a juego que Elenora tenía escondidos en el fondo falso de su viejo baúl.

Agatha Knight le había entregado aquellas joyas justo después de que su madre se casara con Samuel Jones. Agatha mantuvo en secreto aquel regalo y dio instrucciones a Elenora para que guardara el broche y los pendientes en el baúl y no se lo contara a nadie, ni siquiera a su madre.
Era evidente que la intuición de Agatha respecto a Jones había sido del todo acertada.
Los dos acreedores tampoco sabían de la existencia de las veinte libras que Elenora guardaba en el baúl. Tras la venta de las cosechas, Elenora apartó aquel dinero y lo

escondió con las joyas cuando se dio cuenta de que Jones pretendía invertir hasta el último céntimo que obtuviera de la recolección en aquel proyecto minero.
“Lo hecho, hecho está”, pensó Elenora. Ahora tenía que concentrarse en su futuro. Su destino había dado un giro inesperado, pero, afortunadamente, no se encontraba sola en el mundo: estaba prometida a un elegante caballero. Cuando Jeremy Clyde se enterara del terrible aprieto en el que se encontraba correría a su lado, estaba convencida de ello, y, sin duda, insistiría en adelantar la fecha de la boda.
Seguro que en apenas un mes aquel aparatoso incidente habría quedado atrás y ella sería una mujer casada con una nueva casa para organizar y dirigir, pensó Elenora, y esa perspectiva le levantó el ánimo.
Si destacaba en alguna habilidad, era en organizar y supervisar las múltiples tareas que se requerían para mantener una casa y una granja en perfecto estado y rendimiento. Ella podía encargarse de todo, desde vender provechosamente las cosechas hasta llevar las cuentas, supervisar el buen estado de los cobertizos, contratar a los criados y a los peones e incluso elaborar medicinas en la destilería.
Modestia aparte, sería una esposa excelente para Jeremy.

Jeremy Clyde entró galopando sobre su montura en el patio de la posada aquella misma tarde, justo cuando Elenora daba instrucciones a la posadera acerca de la importancia de que las sábanas de su cama estuvieran bien limpias.
Cuando Elenora miró a través de la ventana y vio quién había llegado, interrumpió su sermón, bajó las escaleras a toda prisa y se lanzó a los brazos de Jeremy.
—Querida. —Jeremy la abrazó sin titubear y, a continuación, se separó de ella con dulzura. Su hermoso rostro estaba surcado de arrugas de preocupación—. He venido en cuanto me he enterado. Qué horrible experiencia. ¿Los acreedores de tu padrastro se han quedado con todo? ¿Con la casa? ¿Con todos los terrenos?
Elenora suspiró.
—Me temo que así es.
—Sin duda, esto constituye un golpe terrible para ti, querida. No sé qué decir.
Sin embargo, era evidente que Jeremy tenía algo muy importante que decirle. Le tomó algo de tiempo reconocerlo y, como preámbulo, aseguró a Elenora que le rompía el corazón tener que decírselo, pero que no tenía elección.
Todo se reducía a una cuestión muy simple: puesto que ella se había visto privada de su herencia, él se veía obligado a terminar con su relación de inmediato.
Poco después se marchó con la misma rapidez con la que había llegado.
Elenora se dirigió a su diminuta habitación y ordenó que le subieran una botella del vino más barato de la posada. Cuando se lo entregaron, cerró la puerta con llave, encendió una vela y se sirvió una copa hasta los bordes.
Elenora permaneció sentada durante mucho tiempo contemplando la noche a través de la ventana, bebía aquel vino inmundo y reflexionaba acerca de su futuro.
Ahora estaba completamente sola en el mundo y aquel pensamiento le resultaba extraño e inquietante. Su vida, ordenada y bien planificada, había dado un vuelco.
Apenas unas horas antes, su futuro parecía claro y luminoso. Jeremy planeaba mudarse a la granja justo después de la boda. Ella se sentía cómoda con la idea de ser su esposa y su compañera para el resto de sus vidas: dirigiría el hogar, criaría a sus hijos y continuaría con la supervisión de los asuntos de la granja. Sin embargo, ahora la burbuja luminosa de aquel sueño había estallado.
Más tarde, cuando ya era noche cerrada y la botella de vino estaba casi vacía, a Elenora se le ocurrió pensar que ahora era libre como no lo había sido nunca. Por primera vez en su vida, no tenía responsabilidades respecto a nadie más. Ningún criado ni ningún peón dependían de ella. Nadie la necesitaba. No tenía raíces, ataduras, ni hogar.

Aunque adquiriera una mala reputación o arrastrara el apellido Lodge por el barro como había hecho su abuela, no tenía que preocuparse por nadie.
Ahora tenía la oportunidad de trazar un nuevo curso para su vida.
A la pálida luz del amanecer, Elenora vislumbró el nuevo y resplandeciente futuro que iba a forjar para sí misma.
Sería un futuro en el que se vería libre de las estructuras, rígidas y estrechas, que lo atenazaban a uno cuando vivía en un pueblo, un futuro en el que controlaría sus propios bienes y su propia economía.
En aquel futuro nuevo y estupendo, haría cosas que habrían estado fuera de su alcance en su antigua vida. Incluso podría permitirse experimentar los placeres únicos y estimulantes que, según su abuela, podían encontrarse en los brazos del hombre adecuado.

Además, se prometió a sí misma que no pagaría el precio que la mayoría de las mujeres de su edad no tenían más remedio que pagar a cambio de aquellos placeres. No tenía por qué casarse. Después de todo, a nadie le preocuparía si arruinaba su buen nombre.
Sí, sin duda, su nuevo futuro sería glorioso.
Lo único que tenía que hacer era encontrar el modo de costeárselo.

1

Aquel rostro fantasmagórico y pálido como la muerte apareció de repente; surgió de las profundidades de la inescrutable oscuridad como si se tratara de un guardián demoníaco encargado de proteger secretos prohibidos. La luz del farol le arrancó un reflejo infernal en ese rostro duro y de mirada fija.
El hombre del bote gritó al ver al monstruo, pero estaban solos, nadie podía oírlo.
Su grito de terror retumbó, una y otra vez, en las viejas paredes de piedra de aquel pasadizo de noche sin fin. Con el sobresalto perdió el equilibrio y se tambaleó mientras el pequeño bote en el que navegaba se zarandeaba peligrosamente sobre la corriente de aguas negras. El corazón se le disparó y un sudor frío le empapó el cuerpo mientras contenía el aliento.
De forma refleja, sujetó la larga pértiga que había estado utilizando para hacer avanzar la pequeña embarcación por las aguas mansas del río e intentó recuperar el equilibrio.
Afortunadamente, el extremo de la pértiga se hundió con fuerza en el lecho del río y el bote se estabilizó cuando las últimas reverberaciones de su grito sobrecogedor se desvanecían en la lejanía.
Un inquietante silencio reinó, de nuevo, en aquel lugar. El hombre intentó recuperar el aliento y se quedó mirando la cabeza, algo mayor que una cabeza humana. Todavía le temblaban las manos.
No era más que otra de las antiguas y desmembradas estatuas clásicas que uno se iba encontrando de vez en cuando en las orillas del río subterráneo. En este caso, el casco la identificaba como una representación de Minerva.
Aquélla no era la primera estatua con la que se cruzaba a lo largo de aquel extraño viaje, pero sin duda era la más perturbadora. En realidad, parecía una cabeza separada del cuerpo que alguien hubiera echado descuidadamente en el barro de la orilla del río.
El hombre sujetó la pértiga con más fuerza y empujó con ímpetu. Se sentía molesto por su reacción ante la visión de la imagen. ¿Qué le ocurría? No podía permitirse el

lujo de que sus nervios se desestabilizaran con tanta facilidad. Tenía un destino que cumplir.
El pequeño bote avanzó y pasó junto a la cabeza de mármol. A continuación tomó otra curva del río. La luz del farol iluminó uno de los puentes arqueados y bajos que atravesaban el río en diversos puntos de su recorrido. En realidad, constituían pasos a ninguna parte, pues terminaban en las paredes del túnel que los cubría. El hombre agachó la cabeza para no golpeársela contra el puente.
A medida que fue superando su terror, la excitación volvió poco a poco a apoderarse de él. Todo era como su predecesor lo había descrito en su diario. El río perdido existía de verdad y serpenteaba por debajo de la ciudad. Constituía una vía de agua secreta que se cubrió siglos atrás y cayó en el olvido.
El autor del diario había llegado a la conclusión de que los romanos, un pueblo que nunca pasaría por alto un proyecto potencial de ingeniería, fueron los primeros que cubrieron el río con la intención de contener sus aguas y poder construir encima. Aquí y allá, podían verse, a la luz del farol, las pruebas de sus trabajos de ingeniería. En otros puntos, la construcción del túnel subterráneo por el que el río transcurría era claramente medieval.
Sin duda, las aguas confinadas funcionaban como un sistema de alcantarillado desconocido para la ciudad y transportaban las aguas de las lluvias y de los desagües hasta el Támesis. El olor era nauseabundo y el silencio tan profundo que en aquel lugar de noche eterna se podían oír los pasos precipitados de las ratas y de otros animalejos que correteaban a lo largo de las estrechas orillas.
“No falta mucho”, pensó él. Si las indicaciones del diario eran correctas, pronto se encontraría con la cripta de piedra que indicaba la entrada del laboratorio subterráneo secreto de su predecesor. Una vez allí, esperaba encontrar la extraña máquina que había permanecido en aquel lugar durante todos esos años.
El hombre que le había precedido se vio obligado a abandonar el glorioso proyecto porque no fue capaz de desentrañar el último gran acertijo del antiguo lapidario. Sin embargo él había tenido éxito donde su predecesor había fallado. Había conseguido descifrar las instrucciones del viejo alquimista y estaba convencido de que podría completar la tarea.
Sin embargo, aunque tuviera suerte y encontrara el aparato, todavía tenía que hacer muchas cosas antes de poder hacerlo funcionar. Para empezar, tenía que localizar las piedras que faltaban y eliminar a los dos ancianos que conocían los secretos del pasado, aunque estaba convencido de que no iba a suponerle grandes dificultades conseguir ese objetivo.
La información era la clave del éxito, y él sabía cómo conseguirla. Se movía en los círculos de la alta sociedad y tenía ciertos contactos útiles en aquel mundo. Además, también había pasado mucho tiempo en los antros y burdeles de mala reputación a los que acudían los caballeros de la alta sociedad en busca de placeres mundanos, y había descubierto que aquellos lugares eran una fuente continua de rumores y cotilleos.
Sólo una persona sabía lo suficiente para percatarse de sus intenciones, pero no constituiría ningún problema: su gran debilidad era el amor que sentía por él y él siempre había sabido utilizar su afecto y su confianza para manipularla.
Si aquella noche encontraba el aparato nada podría impedir que cumpliera su destino.
A su predecesor lo tomaron todos por loco y se negaron a reconocer su genialidad, pero esta vez las cosas se desarrollarían de una forma muy distinta.
Cuando terminara de construir el mortífero aparato y demostrara su inmenso poder destructivo, toda Inglaterra, o mejor toda Europa, se vería obligada a reconocer en él a un segundo Newton.

—No se ajusta a mis necesidades. Demasiado tímida, demasiado sumisa —dijo Arthur mientras se cerraba la puerta detrás de la mujer que acababa de entrevistar—. Creí que había quedado claro. Necesito una mujer con carácter y cierta presencia. No busco la típica dama de compañía. Tráiganme a otra.

La señora Goodhew intercambió una mirada con su socia, la señora Willis. Arthur sospechó que ambas estaban llegando al límite de su paciencia. Durante la última hora y media, había entrevistado a siete aspirantes. Sin embargo ninguna de las mujeres sumisas y sin estilo que ofrecía la agencia Goodhew & Willis reunía las condiciones para ser considerada candidata potencial al puesto que él ofrecía.

Arthur no culpaba a las señoras Goodhew y Willis por su impaciencia creciente, pero él había ya superado el límite de la impaciencia, estaba desesperado.

La señora Goodhew carraspeó, juntó sus grandes y eficientes manos encima del escritorio y contempló a Arthur con severidad.

—Milord, lamento informarle de que hemos agotado la lista de aspirantes adecuadas.

—Imposible. Tiene que haber alguien más.

Tenían que disponer de alguna otra candidata. Todo su plan dependía de encontrar a la mujer adecuada.

La señora Goodhew y la señora Willis lo miraron con el ceño fruncido desde detrás de sus escritorios gemelos. Ambas eran unas mujeres imponentes. La señora Goodhew era alta y de grandes proporciones y su rostro podría haber sido acuñado en una moneda antigua. Su socia era delgada y fina como el filo de unas tijeras.

Las dos vestían con sobriedad, pero con ropas caras. El tono grisáceo de sus cabellos les confería un aspecto juicioso y en sus ojos se reflejaba el peso considerable de su experiencia.

El letrero de la entrada indicaba que la agencia Goodhew & Willis llevaba más de quince años suministrando damas de compañía y gobernantas a personas de buena posición. El hecho de que aquellas dos mujeres hubieran fundado aquella agencia y que la hubieran dirigido durante tanto tiempo con ganancias evidentes constituía una prueba de su inteligencia y de su buen hacer en el mundo de los negocios.

Arthur estudió sus rostros decididos y consideró sus opciones. Antes de acudir a ellas, había visitado otras dos agencias que ofrecían una amplia selección de señoritas que buscaban trabajo como damas de compañía. Ambas agencias le ofrecieron un montón de aspirantes insulsas. Arthur sintió una punzada de lástima por todas aquellas mujeres: sólo unas condiciones de auténtica pobreza podían haberlas llevado a aspirar a un empleo de aquel tipo. Sin embargo, él no buscaba una mujer que despertara lástima en los demás.

Arthur se cogió las manos a la espalda, se enderezó y se encaró con las señoras Goodhew y Willis desde el otro extremo de la habitación.

—Si se les han acabado las candidatas adecuadas —declaró—, entonces la solución resulta evidente: encuéntrenme una candidata inadecuada.

Las dos mujeres lo miraron como si hubiera perdido la razón.

La señora Willis fue la primera en recuperarse.

—Ésta es una agencia respetable, señor. No disponemos de candidatas inadecuadas en nuestros archivos —replicó con su voz afilada—. La agencia garantiza que todas las aspirantes gozan de una reputación más que irreprochable. Sus referencias son impecables.

—Quizás haría bien en intentarlo en otra agencia —sugirió la señora Goodhew con determinación.

—No dispongo de tiempo para acudir a otra agencia. —Arthur no podía creer que su plan, en cuya elaboración había cuidado hasta el mínimo detalle, se viniera abajo sólo porque no podía encontrar a la mujer adecuada. Había dado por supuesto que ésa sería precisamente la parte sencilla del plan. Sin embargo, para su sorpresa, le estaba resultando muy complicada—. Ya les he anunciado que debo encontrar a alguien para este puesto de inmediato...

La puerta se abrió de golpe y con rotundidad a su espalda poniendo punto final a su frase.

Igual que las señoras Goodhew y Willis, Arthur se volvió para mirar a la mujer que acababa de entrar en el despacho como una exhalación y con la energía de una tormenta marina.

Enseguida se dio cuenta de que aquella mujer, quizá por casualidad, aunque él habría jurado que con toda la intención, había hecho lo posible para disimular sus atractivas facciones. Unas gafas con una montura de color pardo ocultaban, de una forma parcial, sus vivaces ojos dorados. Tenía el cabello negro y brillante, pero llevaba un recogido sumamente austero, más apropiado para un ama de llaves o una criada.

Su vestido era de corte práctico, confeccionado con una tela tosca y burda de un tono gris muy poco favorecedor. Parecía que lo hubieran elaborado a propósito para que la persona que lo llevara puesto pareciera más baja y más gorda de lo que en realidad era.

Los entendidos de la alta sociedad, y los petimetres que merodeaban por Bond Street comiéndose a las damas con los ojos, sin duda habrían desestimado a esa mujer de inmediato. “Pero ésos no son más que unos locos que no saben ver lo que hay debajo de la superficie”, pensó Arthur.

A continuación observó la forma decidida, pero graciosa, como se movía. No había nada tímido o vacilante en ella. Una inteligencia vivaz brillaba en sus ojos exóticos y su persona irradiaba carácter y determinación.

Arthur intentó conservar la objetividad y llegó a la conclusión de que aquella mujer carecía de la perfección suave y formal que habría hecho que los hombres de la alta sociedad la consideraran un diamante de primera categoría. Pero había algo en ella que atraía la mirada de los demás: su energía, su vitalidad creaban un aura invisible. Con la vestimenta adecuada, no pasaría inadvertida en un salón de baile.

—Señorita Lodge, por favor, no puede usted entrar ahí. —La mujer que ocupaba el escritorio de la entrada apareció en el umbral de la puerta con aire titubeante y aspecto abochornado—. Ya se lo he dicho, la señora Goodhew y la señora Willis están tratando una cuestión de suma importancia con un cliente.

—¡Me da lo mismo! Como si están redactando su herencia o decidiendo los detalles de sus funerales, señorita McNab. Tengo que hablar con ellas de inmediato. Ya me he hartado de tanta tontería.

La señorita Lodge se detuvo delante de los escritorios gemelos. Arthur sabía que no se había dado cuenta de su presencia: estaba detrás de ella, entre las sombras. En parte, la culpa era de la espesa neblina del exterior, que no permitía que se filtrara por las ventanas del despacho más que una luz tenue y gris. Además, la escasa iluminación de la sala no llegaba a todos los rincones.

La señora Willis dejó escapar un suspiro lastimero y, según pudo leerse en la expresión de su rostro, se resignó a lo inevitable.

La señora Goodhew, que sin duda era más dura, se levantó de su asiento.

—¿Cómo se atreve a interrumpirnos de esta forma tan inconveniente, señorita Lodge?

—Mi intención es corregir la errónea impresión de que busco un empleo en la casa de una beoda o de un vividor libidinoso —respondió la señorita Lodge entornando ojos—. Dejemos clara una cosa. Necesito un empleo de inmediato y no puedo perder más tiempo entrevistando a posibles patronos que resultan inaceptables.

—Discutiremos esta cuestión más tarde, señorita Lodge —espetó, con brusquedad, la señora Goodhew.
—La discutiremos en este mismo instante. Ahora vengo de la cita que me habían concertado para esta tarde y puedo asegurarles que no aceptaría ese puesto aunque fuera el último que tuvieran.
La señora Goodhew esbozó una sonrisa que sólo podría definirse como de un frío triunfo.
—Pues da la casualidad, señorita Lodge, que ése es el último puesto que esta agencia tiene la intención de ofrecerle.
La señorita Lodge frunció el ceño.
—No sea absurda. Aunque el proceso sea muy molesto para todos los implicados, sobre todo para mí, me temo que debemos seguir insistiendo.
La señora Goodhew y la señora Willis intercambiaron una mirada. La señora Goodhew se volvió entonces hacia la señorita Lodge y replicó con frialdad:
—Todo lo contrario, no tiene sentido que le concertemos ni siquiera otra entrevista.
—¿Acaso no me ha oído, señora Goodhew? —preguntó con brusquedad la señorita Lodge—. Ya le he dicho que necesito un empleo nuevo de inmediato. Mi patrona actual se va de la ciudad pasado mañana para irse a vivir con una amiga, en el campo. Muy amablemente, me ha permitido quedarme con ella hasta su partida, pero cuando se vaya tendré que encontrar un nuevo alojamiento y, como durante los últimos meses he cobrado un salario escasísimo, no podré permitírmelo.
La señora Willis sacudió la cabeza de una forma que pareció reflejar verdadero pesar.
—Hemos hecho todo lo posible por encontrarle un nuevo, empleo, señorita Lodge. Le hemos concertado cinco entrevistas con cinco clientes durante los tres últimos días, pero usted no ha superado ninguna.
—No soy yo quien no ha superado las entrevistas, sino los posibles patronos —replicó la señorita Lodge levantando su mano enguantada y estirando uno a uno los dedos—. La señora Tibbett estaba bebida cuando llegué, y no dejó de darle sorbos a la ginebra hasta que perdió el equilibrio y cayó dormida en el sofá. La verdad, no entiendo por qué busca una dama de compañía: es completamente incapaz de mantener una conversación coherente.
—Ya es suficiente, señorita Lodge —manifestó la señora Goodhew con los dientes apretados.
—La señora Oxby no dijo palabra durante toda la entrevista. Dejó que su hijo se encargara de todo. —La señorita Lodge se encogió de hombros y prosiguió—: Es evidente que se trata de uno de esos hombres horribles que abusan de las pobres mujeres desamparadas en su propia casa. La situación era insoportable. No tengo ninguna intención de vivir bajo el mismo techo que ese hombre despreciable.
—Señorita Lodge, por favor —espetó la señora Goodhew golpeando con un pisapapeles la superficie de su escritorio.
La señorita Lodge la ignoró:
—Y después tenemos a la señora Stanbridge, que está tan enferma que tuvo que realizar la entrevista desde la cama. En mi opinión, resulta evidente que no vivirá más de dos semanas. Sus familiares se han hecho cargo de sus asuntos y no ven la hora de que ella se vaya al otro barrio para abalanzarse sobre su dinero. Enseguida me di cuenta de que me resultaría muy difícil cobrar mis honorarios.
La señora Goodhew, furiosa, se puso en pie y dijo severamente:
—Sus posibles patronos no son los culpables de sus aprietos, señorita Lodge. Usted es la única responsable de no encontrar un nuevo empleo.
—Tonterías. Hace seis meses, cuando acudí por primera vez a su agencia no tuve ningún problema en encontrar un empleo adecuado para mí.
—La señora Willis y yo hemos llegado a la conclusión de que aquel golpe de suerte sólo lo explica el hecho de que su patrona es una excéntrica reconocida a quien, por

alguna razón incomprensible, usted le pareció divertida —declaró la señora Goodhew.
—Por desgracia para usted, señorita Lodge —añadió la señora Willis con una buena dosis de sarcasmo—, en estos momentos estamos escasas de clientes excéntricos. En general, no solemos tratar con este tipo de clientes.
Arthur se dio cuenta de que la tensión que reinaba en la habitación había ido escalando hasta tal punto que las tres mujeres se habían olvidado por completo de su presencia.
La señorita Lodge se puso colorada de rabia y replicó:
—La señora Egan no es una excéntrica, es una mujer inteligente y de mundo que tiene ideas muy progresistas sobre un amplio abanico de cuestiones.
—Veinte años atrás tenía un abanico de amantes que, según se decía, incluía a la mitad de los miembros de la alta sociedad, tanto masculinos como femeninos —apuntó la señora Goodhew—. También se rumorea que es una seguidora ferviente de las extravagantes ideas de Wollstonecraft respecto al comportamiento de las mujeres. Además no come carne, es una estudiosa de la metafísica y es del dominio público que, en una ocasión, viajó a Egipto con la única compañía de dos criadas.
—Y, para colmo, de todos es conocido que viste únicamente de color púrpura —anunció la señora Willis—. Puedo asegurarle, señorita Lodge, que el calificativo de "excéntrica" es el más suave que podemos aplicar a su actual patrona.
—Están siendo ustedes muy injustas —dijo la señorita Lodge con un brillo de rabia en los ojos—. La señora Egan es una patrona digna de estima. No permitiré que la calumnien.
A Arthur le divirtió y le emocionó su lealtad hacia una patrona que estaba a punto de dejar de serlo.
La señora Goodhew resopló y puntualizó:
—No estamos aquí para discutir las cualidades personales de la señora Egan por muy dignas de estima que a usted le parezcan. El hecho es que, sin lugar a dudas, no podemos hacer nada más por usted, señorita Lodge.
—No la creo en absoluto —respondió la señorita Lodge.
La señora Willis levantó las cejas.
—¿Cómo espera que encontremos un empleo para usted, señorita Lodge, cuando, de una forma categórica, ha rechazado adoptar el comportamiento adecuado que se requiere para ser una buena dama de compañía? Ya le hemos explicado hasta la saciedad que la sumisión, la humildad y una conversación tranquila y moderada son imperativos para esta profesión.
—¡Bah! ¡He sido sumisa y humilde en extremo! —exclamó; la señorita Lodge parecía realmente ofendida por aquella crítica, pero prosiguió—: Y, en cuanto a la conversación comedida, reto a cualquiera de ustedes a que demuestren que mi conversación no ha sido, en todo momento, tranquila y moderada.
La señora Willis levantó la vista hacia el techo como si pidiera ayuda a un poder superior.
La señora Goodhew resopló y apuntó:
—Su idea acerca de lo que es un comportamiento adecuado difiere en gran medida de la que sostiene esta agencia. No podemos hacer nada más por usted, señorita Lodge.
Arthur se dio cuenta de que la señorita Lodge empezaba a preocuparse. Su mandíbula, firme y elegante, empezó a tensarse visiblemente: era evidente que estaba a punto de cambiar de táctica.
—No nos precipitemos —comentó ella con suavidad—. Estoy convencida de que tiene que haber más patronos posibles en sus archivos. —A continuación observó a las dos mujeres con una sonrisa repentina y brillante que podría haber iluminado todo un salón de baile—. Si me permiten consultarlos, sin duda todos nos ahorraremos un montón de tiempo.

—¿Que le permitamos consultar nuestros archivos? —La señora Willis se estremeció como si hubiera tocado un generador eléctrico—. Ni pensarlo. Estos archivos son confidenciales.
—Tranquilícese —respondió la señorita Lodge—. No tengo ninguna intención de cotillear acerca de sus clientes; lo único que deseo es examinar sus archivos para poder tomar una decisión con fundamento sobre mi futuro empleo.
La señora Willis levantó la barbilla y la miró apuntándola con su afilada nariz.
—Al parecer no acaba de comprender usted el quid de la cuestión, señorita Lodge. Es el cliente quien decide cuál de las aspirantes es la adecuada para el puesto, no al revés.
—En absoluto. —La señorita Lodge se acercó al escritorio de la señora Willis, se inclinó y apoyó sus manos enguantadas sobre la superficie pulida de la mesa—. Es usted quien no lo comprende. No puedo permitirme el lujo de desperdiciar más tiempo en este proyecto. Una forma sensata de que nos enfrentemos a este problema es que me permitan examinar los archivos.
—Nosotras no nos enfrentamos a ningún problema, señorita Lodge —replicó la señora Goodhew arqueando las cejas—. Es usted quien lo hace y me temo que, de ahora en adelante, deberá hacerlo en algún otro lugar.
—Esto es imposible —respondió la señorita Lodge clavándole los ojos—. Ya les he explicado que no dispongo de tiempo para acudir a otra agencia. Debo encontrar un empleo antes de que la señora Egan se mude al campo.
Arthur tomó una decisión.
—Quizá podría usted considerar otra oferta de empleo de esta agencia, señorita Lodge —dijo.

3

Al oír esa voz fría, tenebrosa, dominante, que surgió de la penumbra que había a sus espaldas, Elenora se puso tan nerviosa que estuvo a punto de dejar caer su bolsito.
Se dio rápidamente la vuelta mientras soltaba un gritito ahogado. Tardó unos segundos en vislumbrar con claridad al hombre que había hablado, pero supo al instante que, fuera quien fuese, podía ser peligroso. Un estimulante escalofrío premonitorio recorrió su espalda.
Al instante intentó sacudirse de encima aquella sensación. Nunca había reaccionado así ante la presencia de ningún hombre. Sin duda, en parte se debía a la escasa iluminación. La niebla se había aproximado a las ventanas y las dos lamparillas que había sobre los escritorios de las señoras Goodhew y Willis proyectaban más sombras de las que disipaban.
Entonces se dio cuenta de que todavía llevaba puestas las gafas que la señora Egan le había prestado a fin de potenciar su aspecto de dama de compañía correcta durante las entrevistas de aquella tarde. Se las quitó con un gesto fugaz y parpadeó un par de veces para enfocar su visión.
Entonces vio con bastante claridad al hombre que estaba en la penumbra, pero su impresión inicial respecto a él no cambió. Al contrario, intensificó sus sentimientos de nerviosismo y recelo.
—¡Santo cielo! —exclamó la señora Willis—. Había olvidado que estaba usted aquí. Le pido disculpas. Permítame presentarle a la señorita Elenora Lodge. Señorita Lodge, le presento al conde de St. Merryn.
St. Merryn inclinó levemente la cabeza.
—Es un placer, señorita Lodge.

No era un hombre guapo, pensó Elenora. La fuerza, el autodominio y la inteligencia aguda que reflejaban sus facciones no dejaban lugar para la elegancia, el refinamiento o la belleza masculina tradicional.
Tenía el cabello castaño oscuro y sus ojos, de un verde grisáceo, la miraban desde su guarida, oculta en lo más profundo de su ser. Tenía la nariz aguileña, los pómulos altos y la mandíbula prominente que uno asociaría con las criaturas que sobrevivían gracias a sus instintos de caza.
Elenora se sobresaltó al descubrir que la imaginación la estaba dominando. Había sido un día muy largo.
Se obligó a recuperar la compostura e hizo una reverencia.
—Milord.
—Tengo la impresión de que podemos ayudarnos el uno al otro, señorita Lodge —declaró él sin apartar ni un momento la mirada de su rostro—. Usted necesita un empleo. Yo tengo una familiar lejana, la viuda de un primo mío por parte de padre, que pasará conmigo la temporada de bailes. Necesito una dama de compañía para ella y estoy dispuesto a pagarle el triple de sus honorarios habituales.
¡El triple de sus honorarios habituales! Elenora casi se quedó sin aliento. “Tranquilízate”, pensó. Hiciera lo que hiciese debía mantener una actitud digna y calmada. Tenía la impresión de que, si St. Merryn percibía algún indicio de que se ponía nerviosa o se alteraba con facilidad, retiraría su oferta.
Elenora levantó la barbilla y le sonrió de una forma amable pero distante.
—Estoy dispuesta a considerar su oferta, señor.
Entonces oyó que la señora Goodhew y la señora Willis murmuraban entre ellas, pero no les prestó atención. Estaba demasiado ocupada observando la satisfacción que, durante unos breves instantes, asomó en los ojos enigmáticos del conde.
—El puesto requiere algo más que las típicas tareas de una dama de compañía —explicó St. Merryn muy despacio.
Elenora recordó el viejo dicho acerca de las cosas que eran demasiado buenas para ser verdad y se armó de valor.
—Por alguna razón, no me sorprende que me diga esto —respondió con sequedad—. ¿Sería tan amable de explicarse?
—Desde luego. —St. Merryn desvió su atención hacia la señora Goodhew y la señora Willis—. Preferiría llevar a cabo esta conversación en privado con la señorita Lodge, si no les importa. —A continuación realizó una breve pausa y, tras esbozar una leve sonrisa, añadió—: La situación está relacionada con una cuestión familiar. Estoy seguro de que lo comprenderán.
—Desde luego —respondió la señora Goodhew. En realidad, parecía aliviada de disponer de una excusa para abandonar la habitación—. ¿Señora Willis?
La señora Willis ya se había puesto de pie.
—Después de usted, señora Goodhew.
Las dos mujeres rodearon con elegancia sus escritorios y cruzaron la habitación. Al salir, cerraron la puerta con firmeza.
Un silencio pesado impregnó la estancia. A Elenora no le gustó la sensación de terror inminente que la invadió.
Parte de su excitación inicial se apagó y se vio reemplazada por una sensación de desconfianza. Un extraño cosquilleo le recorría las palmas de las manos y, de pronto, percibió el peso de la niebla en las ventanas: era tan espesa que impedía ver los edificios del otro lado de la calle. ¿Era sólo fruto de su imaginación o el despacho era entonces más pequeño y el ambiente más íntimo?
St. Merryn cruzó la habitación con lentitud y se detuvo delante de una de las ventanas. Durante unos instantes, meditó mientras contemplaba la informe neblina que cubría la estrecha calle. Elenora sabía que estaba reflexionando acerca de qué parte de la información iba a contarle y qué parte iba a guardarse para sí mismo.

—Será mejor que vaya directo al grano, señorita Lodge —declaró él después de unos instantes—. Lo que les he explicado a la señora Goodhew y a la señora Willis no es toda verdad. En realidad, no necesito una dama de compañía para un familiar, aunque es cierto que está pasando una temporada en mi casa.
—Comprendo. Y, ¿qué es lo que necesita usted?
—Una prometida.
Elenora cerró los ojos con desesperación. Justo cuando empezaba a creer que los patronos potenciales de los archivos de Goodhew & Willis no podían empeorar, se encontraba, frente a frente, con un loco.
—¿Señorita Lodge? —La voz de St. Merryn restalló como un látigo a través de la habitación—. ¿Se encuentra bien?
Elenora abrió los ojos sobresaltada y esbozó una sonrisa tranquilizadora.
—Desde luego, milord. Estoy muy bien. Esto..., quizá sería conveniente que avisáramos a alguien.
—¿Disculpe?
—A algún familiar o quizás a un criado. —Elenora titubeó y añadió con delicadeza—: O un enfermero.
Los pobres enviaban a sus familiares locos a un hospital espantoso que se llamaba Bedlam. Pero la gente adinerada solía ingresar a sus familiares dementes en un manicomio privado. Elenora se preguntó cuándo se habría escapado St. Merryn del suyo y si alguien se habría dado cuenta de que ya no estaba en su habitación.
—¿Un enfermero? —preguntó St. Merryn, endureciendo sus facciones—. ¿De qué demonios está hablando?
—El día es gris y sombrío, ¿no cree? —comentó ella con suavidad—. Uno podría perderse con facilidad en una niebla como ésta. —"Sobre todo si la propia mente está sumida en una neblina extraña y llena de visiones", añadió para sí misma—. Pero estoy segura de que alguien vendrá y lo conducirá a su domicilio. Si es tan amable de comunicar a la señora Goodhew y a la señora Willis a quién pueden avisar...
La mirada de St. Merryn reflejó primero entendimiento y, a continuación, una cierta diversión.
—Usted cree que estoy loco, ¿no es así?
—De ninguna manera, milord. Sólo intentaba ayudarlo. —Elenora, con prudencia, dio un paso hacia la puerta—. Sin embargo, si hay algún problema, por leve que sea, estoy convencida de que la señora Goodhew y la señora Willis sabrán resolverlo.
Elenora decidió que no sería sensato darle la espalda a un lunático, de modo que estiró el brazo hacia atrás y buscó, con torpeza, el pomo de la puerta.
—Desde luego —dijo St. Merryn esbozando una sonrisa breve e irónica—. Apostaría lo que fuera a que esas dos mujeres son capaces de dominar cualquier asunto, incluso a un cliente que ha perdido el juicio. Sin embargo, da la casualidad de que yo no estoy loco, señorita Lodge. —Se encogió de hombros—. Al menos, creo que no. Si aparta la mano del pomo de la puerta, intentaré explicarme.
Elenora no se movió.
Él arqueó un poco las cejas y añadió:
—Le prometo que le compensaré el tiempo que me dedique.
—¿En un sentido financiero?
Él torció ligeramente la boca hacia un lado y preguntó:
—¿Existe algún otro sentido?
"No en lo que a mí se refiere", pensó ella. Dada la situación apurada en la que se encontraba, no podía permitirse dejar de lado ninguna oferta de empleo. El luminoso sueño de un nuevo futuro que se había forjado a partir de la nada aquella noche solitaria y lejana, unos seis meses atrás, estaba resultando más difícil de alcanzar de lo que había imaginado. El dinero era el elemento clave. Necesitaba aquel empleo.

St. Merryn podía estar loco, pero no parecía un vividor pervertido ni un borracho, como sin lugar a dudas lo eran dos de los patronos potenciales que había conocido aquella tarde.
En realidad, pensó ella, St. Merryn empezaba a hablar como un hombre que sabía llevar a cabo un negocio y ella admiraba esa cualidad en un caballero.
Además, tampoco estaba en el lecho de la muerte, como le ocurría a su tercera patrona potencial de aquella tarde. Al contrario, despedía una vitalidad masculina desconcertante y enigmática que la emocionaba de un modo que no podía explicar. En realidad no era guapo, al menos no como Jeremy Clyde, pero las sensaciones que le producía y que le erizaban el vello de la nuca le resultaban muy estimulantes.
No sin cierto recelo, Elenora soltó el pomo de la puerta, pero se quedó donde estaba, a pocos centímetros de la salida. Una dama de compañía avispada estaba siempre preparada para lo impredecible.
—Muy bien, le escucho.
St. Merryn se colocó de espaldas al escritorio de la señora Goodhew, se apoyó en él y estiró los brazos a ambos lados: en aquella posición, el abrigo de excelente corte que llevaba se ajustó a sus hombros fornidos, y Elenora notó que tenía el torso ancho, el estómago plano y las caderas estrechas. Nada en él era delgado, blando o débil.
—He venido a Londres a pasar unas semanas con el único propósito de llevar a cabo un negocio algo complicado. No la aburriré con los detalles, pero, en resumen, le diré que intento formar un consorcio de inversores. El proyecto requiere confidencialidad y discreción. Si conoce un poco la alta sociedad, sabrá que ambos requisitos son muy difíciles de conseguir. La buena sociedad vive gracias a una dieta regular de cotilleos y rumores.
Elenora se relajó un poco. Después de todo, quizá no estaba tan loco.
—Por favor, continúe.
—Por desgracia, debido a mi situación actual y a determinado incidente que tuvo lugar hace un año, me resultará bastante difícil realizar mi negocio sin un buen número de interferencias molestas a menos que quede muy claro que estoy fuera del mercado matrimonial.
Elenora se aclaró la garganta.
—¿Su situación actual? —preguntó de la forma más delicada posible.
Él enarcó una ceja y aclaró:
—Dispongo de un título, de varias propiedades importantes y de una sustanciosa fortuna. Además, no estoy casado.
—Me alegro por usted —murmuró ella.
A juzgar por su mirada, el comentario de Elenora le divirtió, pero enseguida puntualizó:
—El sarcasmo no se considera una cualidad apropiada en una dama de compañía; sin embargo, como yo estoy tan desesperado como usted, en esta ocasión lo pasaré por alto.
Elenora se sonrojó.
—Discúlpeme, señor. He tenido un día muy duro.
—Le aseguro que el mío tampoco ha sido nada agradable.
Elenora decidió que había llegado el momento de retomar el asunto que los ocupaba.
—Bien, comprendo que su situación lo convierte en un bien muy preciado en ciertos círculos sociales.
—Y en un bien muy aburrido en otros círculos —añadió él.
Elenora se esforzó para no sonreír. Su irónico y autocrítico sentido del humor la habían cogido por sorpresa.

St. Merryn no dio muestras de haberse dado cuenta de lo inesperadamente risible que su comentario le había parecido a Elenora. Simplemente tamborileó unos instantes sobre el escritorio con un ritmo staccato y dijo:
—Nos estamos yendo por las ramas. Como le decía, mi situación se ha complicado más por el hecho de que el invierno pasado estuve prometido a una joven que, al final, huyó con otro hombre.
Aquella información cogió a Elenora totalmente por sorpresa.
—Nunca lo habría dicho.
Él la miró con impaciencia.
—Varias personas le contarían, con satisfacción, que la joven se libró de mí por los pelos.
—Hummm.
—¿Qué demonios significa esto? —preguntó él.
—En realidad, nada, pero se me acaba de ocurrir que quizá fue usted quien se libró por los pelos, señor. Yo también me libré de una situación parecida hace seis meses.
Una curiosidad desapasionada brilló en los ojos de St. Merryn.
—¿De verdad? ¿Y ésta es la razón de que esté buscando un puesto de dama de compañía en la actualidad?
—En parte —respondió Elenora sacudiendo una mano—. Sin embargo, con lo que ahora sé acerca de mi anterior prometido, le aseguro que prefiero estar buscando empleo que ser la esposa de un mentiroso y un impostor.
—Comprendo.
—Bueno, ya hemos hablado bastante de mi vida personal. La verdad es que comprendo su dilema. Cuando los círculos de la buena sociedad se enteren de que está en la ciudad supondrán que ha regresado para probar suerte en el mercado matrimonial. Las feroces casamenteras de esos círculos lo considerarán carne fresca y bien dispuesta.
—Yo mismo no podría haberlo expuesto mejor. Ésta es la razón, señorita Lodge, de que necesite una dama para que figure, de una forma convincente, como mi prometida. En realidad es muy sencillo.
—¿De verdad? —preguntó ella con inquietud.
—Sin duda. Como ya le he dicho, aunque estoy en la ciudad para montar un negocio sumamente privado, los miembros de la alta sociedad supondrán que he regresado para buscar otra esposa. Y no quiero estar continuamente tropezando con todas las mocosas cuyos padres han traído a la ciudad para encontrar marido. Si la gente cree que estoy prometido, las casamenteras de la alta sociedad se verán forzadas a centrar su atención en otros partidos.
Elenora no tenía nada claro que el plan de St. Merryn fuera tan sencillo. Sin embargo, ¿quién era ella para discutir con él?
—Parece un plan muy astuto, milord —comentó con amabilidad—. Espero que tenga suerte.
—Tengo la impresión de que no cree que vaya a tener éxito.
Ella suspiró y dijo:
—Debo recordarle que muchos hombres en su situación subestimaron la inteligencia y la determinación de una madre que tiene la intención de encontrar un buen partido para su hija.
—Le aseguro, señora, que no desestimo, en absoluto, a las mujeres de esa especie. Precisamente por eso he planeado presentar en sociedad a una prometida falsa durante las próximas semanas. Bueno, ¿que me dice?, ¿acepta usted el empleo?
—No me malinterprete, milord, no es mi intención rechazar su oferta. Incluso creo que disfrutaría mucho con este empleo.
Aquel comentario intrigó a St. Merryn.
—¿Por qué dice esto?

—Mi abuela era una actriz muy buena que abandonó los escenarios para casarse con mi abuelo —explicó ella—. Me han dicho que me parezco mucho a ella y siempre me he preguntado si, además de su aspecto, también he heredado parte de su talento. Representar el papel de su prometida me resultaría, sin duda, interesante e incluso constituiría un desafío para mí.
—Comprendo. Entonces... —empezó a decir él.
Ella levantó una mano y siguió explicándose:
—De todos modos, debemos ser realistas, señor. La verdad es que, por muchas ganas que tenga de pisar las tablas y por muy desesperada que esté por cobrar los excelentes honorarios que me ha ofrecido, me resultaría muy difícil simular que soy su prometida.

Él apretó las mandíbulas con impaciencia.
—¿Por qué dice usted esto?
"¿Por dónde podría empezar?", se preguntó ella.
Elenora indicó, con una mano, su tosco vestido gris.
—Para empezar, carezco del vestuario adecuado.
Él la observó durante un largo rato de los pies a la cabeza. Elenora se sintió como una yegua premiada en una subasta de Tattersall.
—No se preocupe por el vestuario —respondió St. Merryn—. No esperaba que una mujer que aspirara a este tipo de trabajo dispusiera de los vestidos adecuados para esta farsa.
—Bien, además de la ropa, está la cuestión de la edad.
Aquella entrevista estaba resultando muy embarazosa, pensó ella. La mayor parte de los otros patronos la habían considerado un poco joven para los puestos que ofrecían. Pero en este caso ella era, sin duda, demasiado mayor.
—¿Qué hay de malo en su edad? —pregunto él frunciendo el ceño—. He supuesto que tenía casi treinta años. Espero que no me diga que es mucho más joven de lo que aparenta. Lo que está claro es que no busco a una mocosa recién salida del colegio.
Elenora apretó los dientes y se recordó a sí misma que aquella mañana, mientras se preparaba para las entrevistas, se había arreglado para dar la imagen de una dama de compañía típica. Sin embargo, en cierto modo le molestó que él la hiciera mayor de lo que era.
—Tengo veintiséis años —repuso ella esforzándose para darles a sus palabras un tono neutro.
Él asintió con la cabeza como muestra de satisfacción.
—Excelente. Tiene usted la edad suficiente para haber adquirido sentido común y conocimiento del mundo. Servirá.
—Gracias —respondió ella con ironía—. Los dos sabemos que los caballeros de su rango y su fortuna suelen casarse con damas muy jóvenes y sumamente adineradas que prácticamente acaban de salir del colegio.
—Maldita sea, señora, estamos hablando de un empleo remunerado, no de un compromiso matrimonial —espetó él con cara de pocos amigos—. Usted sabe de sobra que me resultaría imposible contratar a una jovencita de diecisiete años para este puesto. No sólo sería muy poco probable que gozara de la habilidad y la autoconfianza para llevarlo a cabo, sino que, además, al final esperaría que yo me casara con ella.
Por alguna razón, al oír este comentario Elenora, sin saber por qué, se estremeció. La lógica le decía que, sin duda, el conde de St. Merryn ni siquiera tomaría en consideración la posibilidad de casarse con una mujer que hubiera representado el papel de su prometida durante unas semanas. ¿Por qué esa mujer habría de ser mejor que una actriz? Los caballeros ricos y poderosos de la alta sociedad tenían aventuras con las actrices, pero desde luego no se casaban con ellas.

—Ahora que lo menciona —continuó Elenora con voz eficiente—, ¿cómo pretende terminar este compromiso ficticio cuando haya concluido usted sus negocios?
—Esto no supondrá ningún problema —respondió él y, encogiéndose de hombros, explicó—: Cuando yo haya finalizado mis negocios, usted simplemente desaparecerá de los ambientes de la alta sociedad. Haremos correr la voz de que ha roto el compromiso y que ha regresado a las posesiones de su familia en algún lugar lejano del norte.
“Usted, simplemente, desaparecerá.”
Una sensación de alarma la recorrió de arriba a abajo. Aquella frase no presagiaba nada bueno. Por otro lado, él tenía razón: desaparecer de los círculos selectos no le resultaría muy difícil. Después de todo, las personas ricas y poderosas vivían en un mundo reducido y exclusivo, y en raras ocasiones traspasaban los límites de aquella burbuja resplandeciente. Además, tampoco eran conscientes de las personas que vivían más allá de aquellos límites.
—Sí, supongo que funcionará —respondió ella mientras reflexionaba con detenimiento sobre aquella cuestión—. Es muy poco probable que alguno de mis futuros patronos se mueva en los mismos círculos ilustres que usted o sus conocidos frecuentan; aunque alguno de ellos formara parte de la alta sociedad y yo conociera a alguno de sus amigos distinguidos, dudo mucho que me prestaran atención. Cuando vuelva a representar mi papel de dama de compañía nadie se fijará en mí.
—Las personas ven lo que esperan ver —confirmó él.
Una idea cruzó la mente de Elenora.
—Quizá podría utilizar otro nombre mientras represento el papel de su prometida; así nos aseguraríamos de que nadie me reconociera.
Él se echó a reír.
—Veo que la idea de adoptar un nombre artístico la atrae, pero no creo que sea necesario, pues sólo complicaría las cosas en el caso de que alguien de su pasado la reconociera.
—Sí, comprendo lo que quiere decir. —Elenora se sintió algo decepcionada, pero tuvo que admitir que él tenía razón—. Es poco probable, pero si me encontrara con algún conocido aquí, en Londres, me resultaría difícil explicar mi cambio de nombre.
—La verdad es que no me preocupa que se encuentre con algún conocido mientras representa su papel. Esto no tendría por qué afectar a nuestro plan. Mientras yo afirme que usted es mi prometida todos la aceptarán como tal. Además, tengo fama de ser algo excéntrico, de modo que nadie se sorprenderá si decido casarme con una dama que no dispone de contactos sociales.
—Comprendo.
Él sonrió con frialdad.
—Nadie se atreverá a contradecirme —aseguró.
—Sí, desde luego —confirmó ella algo intimidada por la arrogancia inquebrantable del conde.
Sin embargo, él tenía razón. ¿Quién se atrevería a poner en tela de juicio su aseveración? Y, en cuanto al futuro, bueno, ya se preocuparía por él cuando no tuviera más remedio. En realidad, no podía dejar pasar aquel acuerdo tan provechoso por el vago temor de que, seis meses más tarde, alguien la reconociera como la antigua prometida del conde.
—En fin —declaró ella, satisfecha por fin—, creo que podemos afirmar que nadie reconocerá a la antigua prometida del conde de St. Merryn cuando vea a una dama de compañía, de modo que no creo que tenga problemas para conseguir un puesto en el futuro. —A continuación titubeó—: ¿Y dónde viviré mientras trabaje para usted? No dispongo de alojamiento propio y el hospedaje, en la ciudad, resulta muy caro, ya lo sabe.

—Se alojará en mi casa, desde luego. Diremos a los demás que ha venido del campo para comprar y para disfrutar de los placeres que ofrece la temporada social en Londres.
—¿Espera usted que viva bajo su mismo techo? —preguntó Elenora enarcando las cejas—. Esto despertaría el tipo de rumores que estoy convencida que usted no desea.
—No hay por qué preocuparse por su reputación, señorita Lodge. Le prometo que dispondrá de una acompañante adecuada. La historia que he contado a la señora Goodhew y a la señora Willis acerca de una familiar viuda que está pasando unas semanas en mi domicilio es cierta.
—Comprendo. Bien, entonces, milord, creo que su plan puede funcionar.
—Para su información, señorita Lodge, mis planes siempre funcionan. Y esto se debe a que soy muy bueno tanto elaborando planes como ejecutándolos.
Elenora se dio cuenta de que su explicación carecía por completo de arrogancia. Para él se trataba de una simple constatación de un hecho.
—De todos modos, este plan en concreto parece algo complicado —murmuró ella.
—Créame, señorita Lodge. Funcionará. Y, al final, no sólo le pagaré el triple de sus honorarios, sino también una bonificación.
Elenora se quedó inmóvil y apenas se atrevió a respirar.
—¿Lo dice usted de verdad?
—La necesito, señorita Lodge. Algo me dice que es usted perfecta para el papel que quiero que represente y estoy dispuesto a pagarle generosamente por sus habilidades.
Elenora carraspeó.
—La verdad es que he estado ahorrando todo lo que he podido para invertir en cierto negocio —confesó.
—¿De verdad? ¿En qué tipo de negocio?
Elenora reflexionó unos instantes y, finalmente, decidió que no había razón alguna para no contarle la verdad.
—Espero que no se escandalice usted demasiado, pero mi objetivo es entrar en el mundo del comercio.
—¿Pretende usted convertirse en una tendera? —preguntó él en un tono sorprendentemente neutral.
Ella se esperaba un rechazo total y se sintió muy aliviada cuando él no desaprobó su proyecto con rotundidad. Desde el punto de vista de las personas que gozaban de una buena posición social, entrar en el comercio era algo despreciable que debía evitarse a toda costa. A los ojos de la alta sociedad, era preferible vivir de una forma modesta pero digna a ser el propietario de un negocio.
—Soy consciente de que mi proyecto le habrá parecido inaceptable —explicó ella—. Sin embargo, en cuanto consiga el dinero preciso, estableceré una librería y una biblioteca.
—En realidad, su plan no me sorprende, señorita Lodge. De hecho, yo he conseguido mi fortuna gracias a las inversiones. Lo cierto es que dispongo de cierta habilidad en los negocios.
—No lo dudo.
Elenora volvió a sonreírle con amabilidad.
Él estaba siendo muy cortés, pero ambos sabían que el abismo que existía entre las inversiones de un caballero y la idea de abrir un comercio era vasta y profunda a los ojos de la sociedad. Se consideraba adecuado que una persona de categoría adquiriera acciones en un negocio de ultramar o en un proyecto de construcción; pero que dicha persona se convirtiera en la propietaria de una tienda era algo totalmente distinto.

En cualquier caso, lo importante era que St. Merryn no parecía nada desconcertado a causa de sus planes. Claro que, por otra parte, él había dejado claro que no estaba en posición de escoger, pensó Elenora.
St. Merryn inclinó la cabeza con sobriedad demostrando, así, que apoyaba sus intenciones.
—Muy bien. Entonces, señorita Lodge, ¿hemos llegado a un acuerdo?
La generosidad de su oferta, como, por supuesto, había pretendido St. Merryn, la había deslumbrado por completo. Elenora todavía albergaba una duda respecto al empleo que estaba a punto de aceptar, pero la desechó con brusquedad. Aquél era el primer golpe de suerte que tenía desde el espantoso día en que los acreedores de su padrastro aparecieron en su casa y no pensaba arriesgarse a perder aquella oportunidad dorada por una simple y leve duda.
Sin poder contener su satisfacción, Elenora volvió a sonreír y respondió:
—Sin duda, milord.
St. Merryn contempló, fascinado, la boca de Elenora durante varios segundos. A continuación sacudió un poco la cabeza y frunció el ceño. Ella tuvo la impresión de que estaba enojado, pero no con ella, sino consigo mismo.
—Si tenemos que lograr nuestro objetivo y dar un cierto aire de intimidad a nuestra relación —comentó él con sequedad—, creo que debería usted llamarme Arthur.
No iba a resultarte fácil, pensó ella. Había algo en él que la intimidaba y que impedía que pudiera tratarlo fácilmente con familiaridad.

Mientras regresaba, a toda prisa, a la casa de la señora Egan para comunicarle la buena nueva, la duda que había conseguido sofocar hacía sólo unos minutos volvió a surgir en su interior.
No era el imponente temperamento de St. Merryn ni su extraño plan de presentarla en los círculos de la alta sociedad como su prometida lo que la preocupaba. Podía enfrentarse a estos hechos.
Lo que realmente la intranquilizaba respecto a aquel empleo “demasiado bueno para ser verdad” era que estaba casi convencida de que St. Merryn no le había contado toda la verdad.
Él guardaba algún secreto, pensó Elenora. Su intuición le decía que el plan de St. Merryn consistía en algo mucho más peligroso que crear un consorcio de inversores. Sin embargo, los asuntos privados del conde no eran de su incumbencia, resolvió ella mientras sentía que la invadía una excitación creciente. Lo único que le importaba era que, si llevaba a buen fin el papel que St. Merryn le había asignado, cuando terminara su representación estaría muy cerca de poder hacer realidad su sueño.

4

—Es bastante probable que mi racha de mala suerte esté a punto de finalizar.
Elenora se dejó caer con alivio en el sillón orejero y sonrió a las dos mujeres que estaban sentadas en el sofá que tenía enfrente.
Había conocido a Lucinda Colyer y a Charlotte Atwater hacía seis meses, en la agencia de Goodhew & Willis. Las tres llegaron el mismo día en busca de un empleo como damas de compañía. Después de una tarde agotadora de entrevistas, Elenora les sugirió ir a un salón de té que había justo a la vuelta de la esquina para intercambiar opiniones.

Las tres tenían temperamentos muy distintos, pero esto no era más que un detalle en comparación con todo lo que poseían en común: las tres tenían, más o menos, veinticinco años, y, por tanto habían superado con creces la edad en la que un buen matrimonio constituía una opción viable. Además, las tres procedían de un entorno respetable, eran distinguidas y estaban bien educadas. Sin embargo, debido a una serie de circunstancias desafortunadas, las tres estaban solas en el mundo y carecían de recursos.

En pocas palabras, las tres habían pasado por el tipo de situaciones que forzaba a las mujeres como ellas a aspirar a un puesto de dama de compañía.

Aquella primera reunión se convirtió en una cita regular de los miércoles. Una vez consiguieron empleo, el miércoles resultó ser el día que libraban las tres.

Durante los últimos meses se habían reunido en el salón de la señora Blancheflower, la anciana patrona de Lucinda. En opinión de Elenora, aquel entorno no estaba pensado para elevar el ánimo de nadie, y sabía que sus amigas tampoco lo encontraban especialmente alegre.

Allí se respiraba una atmósfera de intensa melancolía, puesto que la señora Blancheflower yacía, moribunda, en una habitación del piso de arriba. A Lucinda la habían contratado para hacer compañía a la dama durante los días que le quedaban de vida. Por suerte para ella, su patrona se estaba tomando su tiempo para realizar la transición a un plano superior.

Como la señora Blancheflower dormía la mayor parte del día, el empleo de Lucinda era bastante cómodo. El principal inconveniente consistía en que los familiares de su patrona, que apenas acudían a visitarla, habían ordenado al ama de llaves que mantuviera en la casa un ambiente funerario acorde con la situación. Esto significaba que había un gran número de telas negras colgadas por todas partes. Además, las cortinas debían estar siempre corridas para evitar que el mínimo rayo de luz solar se filtrara en las sombrías habitaciones.

Aunque aquella penumbra habría pesado en el ánimo de cualquiera, Elenora y sus amigas la soportaban todos los miércoles, porque celebrar las reuniones allí suponía una ventaja significativa: el té y las pastas eran una cortesía ignorada de la señora Blancheflower. Esto les permitía ahorrar unos peniques.

Elenora le había preguntado a St. Merryn si podía contar a sus amigas la verdad acerca de su nuevo empleo y le había asegurado que ninguna de ellas frecuentaba los círculos de la alta sociedad. La patrona de Lucinda estaba en el lecho de muerte, y la de Charlotte era una viuda anciana que vivía confinada en su casa debido a su débil corazón. “Además, ninguna de ellas diría una sola palabra acerca de mi representación, aunque fueran presentadas a un conocido de usted”, había añadido Elenora con total certeza.

St. Merryn se mostró satisfecho e incluso desinteresado acerca de la capacidad de sus amigas de mantener silencio. La verdad era que no le preocupaba en absoluto que extendieran aquel rumor por la simple razón de que nadie, en la alta sociedad, prestaría atención a una habladuría absurda puesta en circulación por un par de damas de compañía venidas a menos. ¿Quién creería en la palabra de Lucinda y Charlotte en lugar de creer en la de un conde adinerado y poderoso?

Al principio, Lucinda y Charlotte se mostraron muy sorprendidas por la noticia de que Elenora fuera a representar el papel de la prometida de St. Merryn y a vivir en su casa. Sin embargo, cuando supieron que una familiar del conde le haría de carabina, decidieron que el empleo podía resultar muy emocionante.

—Piensa que podrás asistir a los bailes y las veladas más exclusivos —le comentó Charlotte encandilada—. Y vestirás ropa muy elegante.

Lucinda, que era la más pesimista, adoptó un aire de oscuro presagio.

—Yo, de ti, tendría mucho cuidado con St. Merryn, Elenora.

Elenora y Charlotte la miraron al mismo tiempo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Elenora.

—Pocos meses antes de que nos conociéramos, trabajé como dama de compañía para una viuda que tenía contactos en la alta sociedad. Ella no podía moverse de la cama, pero durante los meses que pasé con ella fui testigo de que su mayor placer consistía en estar al día sobre los cotilleos de la alta sociedad. Recuerdo uno de los rumores que circulaban acerca de St. Merryn.
—Continúa —la apremió Charlotte.
—En aquella época, St. Merryn estaba prometido con una joven que se llamaba Juliana Graham —prosiguió Lucinda—. Se decía que se sentía aterrorizada por él.
Elenora frunció el ceño y preguntó extrañada:
—¿Aterrorizada? Ésta es una palabra muy grave.
—En cualquier caso, le tenía mucho miedo. Como es lógico, su padre aceptó la oferta de St. Merryn sin consultárselo a Juliana. Después de todo, el conde es sumamente rico.
—Aparte de disponer de un título... —añadió Charlotte—. Cualquier padre desearía una alianza así para su familia.
—Exacto —asintió Lucinda sirviéndose otra taza de té—. En fin, lo que ocurrió es que la joven estaba tan asustada ante la idea de tener que casarse con St. Merryn que una noche se descolgó de la ventana de su dormitorio por una escalera y huyó en medio de una terrible tormenta junto a un hombre llamado Roland Burnley. Al amanecer, el padre de Juliana los encontró mientras compartían el mismo dormitorio en una posada. Como es lógico, se casaron de inmediato.
Charlotte inclinó un poco la cabeza y preguntó:
—¿Y dices que fue el padre de la joven quien los persiguió? ¿No lo hizo St. Merryn?
Lucinda asintió con la cabeza mientras su rostro reflejaba una expresión sombría.
—Según se cuenta —empezó a explicar—, St. Merryn estaba en un club cuando recibió la noticia de que su futura esposa se había fugado con otro hombre. Entonces, con toda tranquilidad, anunció que la próxima vez que buscara una prometida acudiría a una agencia de las que suministran damas de compañía y elegiría una. A continuación entró en la sala de juego y se pasó allí toda la noche.
—¡Santo cielo! —exclamó Charlotte con un suspiro—. Debe de ser tan frío como el hielo.
—Por lo que se cuenta, lo es —confirmó Lucinda.
Elenora la observó, estupefacta. Pero enseguida percibió la ironía de la situación y empezó a reír con tanta intensidad que tuvo que dejar la taza de té sobre la mesa para no derramarlo sobre la alfombra.
Lucinda y Charlotte se quedaron mirándola fijamente.
—¿Qué es lo que te resulta tan divertido? —le preguntó Charlotte con brusquedad.
Elenora se sujetó las costillas y respondió entre risas:
—Tenéis que admitir que St. Merryn ha cumplido su promesa de conseguir su próxima prometida en una agencia. ¿Quién habría imaginado que dispone de un ingenio tan irónico? ¡Menuda broma va a gastarle a la alta sociedad!
—No te ofendas, Elenora —masculló Lucinda—, pero tu nuevo patrono parece ser incluso más excéntrico que la señora Egan. No me sorprendería que intentara ultrajarte.
Charlotte se estremeció, pero los ojos le brillaron con intensidad.
Elenora sonrió.
—Tonterías. He entrevistado a varios patrones libidinosos y sé reconocer a uno cuando lo tengo delante. St. Merryn no es el tipo de hombre que forzaría a una dama. Tiene demasiado autodominio.
—Además, no parece ser un caballero apasionado o romántico —declaró Charlotte, sin duda decepcionada.
—¿Por qué lo dices? —preguntó Elenora sorprendida por el comentario.

Reflexionó acerca de lo que había percibido en el verde grisáceo de los ojos del conde. Algo le decía que la razón de que St. Merryn mostrara tanto autodominio era, precisamente, que disponía de una naturaleza muy apasionada.
—Si un caballero es mínimamente romántico, cuando le informan de que su prometida ha huido con otro hombre sale tras ellos sin perder un instante —declaró Charlotte—. Luego arranca a su dama de los brazos del hombre que se la había arrebatado y lo reta a un duelo.
Lucinda se estremeció y dijo:
—Según se dice, St. Merryn tiene la sangre bien fría.

5

Quizá fuera la incesante llovizna la causa de que la mansión de Rain Street apareciera borrosa, como si se encontrase en un plano metafísico y oscuro. Sin embargo, fuera cual fuese la razón, aquel lugar no sólo parecía lúgubre, sino que se veía abandonado, pensó Elenora. Le recordaba la casa en la que Lucinda se ocupaba de su patrona moribunda, pero a una escala mayor. Era como si en el interior de la mansión de St. Merryn algo hubiera muerto hacía ya mucho tiempo y el edificio hubiera empezado a deteriorarse.
Elenora examinó la tarjeta que St. Merryn le había entregado para asegurarse de que el cochero la había conducido a la dirección correcta: número doce de Rain Street. No había ningún error.
La portezuela del carruaje se abrió y el cochero, después de ayudar a bajar a Elenora, descargó el baúl que contenía sus efectos personales.
Antes de dejarla allí, en la calle, el cochero contempló la puerta principal de la mansión con aire dubitativo.
—¿Está usted segura de que éste es el lugar correcto, señora? —preguntó él.
—Sí, gracias —respondió Elenora sonriéndole en señal de agradecimiento por su evidente preocupación—. Enseguida saldrá alguien para recoger mi equipaje. No es necesario que se espere.
Él se encogió de hombros.
—Como usted quiera. —A continuación, volvió a subir al pescante y sacudió las riendas.
Elenora sofocó sus considerables recelos mientras contemplaba cómo el carruaje se alejaba por la calle.
Cuando el coche hubo desaparecido, se dio cuenta de que estaba completamente sola en una calle invadida por la niebla.
Mejor, se dijo a sí misma mientras subía los escalones de la entrada con determinación. Mejor que nadie hubiera visto que la prometida de St. Merryn llegaba en un coche de alquiler. De este modo su repentina aparición en la alta sociedad despertaría la curiosidad y el interés de todos. Y cuando aquel negocio hubiera concluido, desaparecería de la misma forma misteriosa.
Un ligero escalofrío le recorrió la espalda. Estaba a punto de convertirse en una mujer misteriosa, en una actriz. Tenía la extraña sensación de que se había pasado la vida entre bastidores preparándose para salir a escena y ahora había llegado su momento.
Elenora se había puesto su vestido favorito para aquella ocasión: era un vestido de paseo de color granate intenso que la señora Egan había encargado que le confeccionara su propia modista personal. Además llevaba sujeto en el corpiño el pequeño y elegante reloj que su patrona le había entregado como regalo de despedida.

“Lo harás estupendamente bien, querida —le había dicho la señora Egan con un orgullo maternal cuando le entregó el reloj—. Tienes ímpetu, personalidad y un corazón bondadoso. Nada podrá abatirte durante largo tiempo.”
Elenora subió el último escalón y aporreó la puerta con la pesada aldaba de latón. El sonido retumbó, interminablemente, en el interior de la enorme casa.
Durante unos instantes, Elenora no percibió ningún otro sonido. Mientras empezaba a preguntarse si, después de todo, no se habría equivocado de dirección, oyó el leve golpeteo de unos pasos sobre un suelo enlosado.
La puerta principal se abrió y una criada joven y con aspecto ansioso la contempló desde el umbral.
—¿Sí, señora?
Elenora reflexionó acerca del modo en que debía actuar. St. Merryn le había dicho que tenía la intención de mantener aquella farsa delante del servicio. Sin embargo, Elenora era consciente de que los criados solían prestar a los asuntos de sus patronos más atención de la que éstos creían. Y tenía el presentimiento de que, aunque los criados de St. Merryn no supieran todavía que no tenía una auténtica prometida, como mínimo habrían deducido que algo extraño había en aquella situación.
En cualquier caso, Elenora decidió que no podía representar su papel a medias. Le pagaban por actuar y debía hacerlo de la forma más convincente posible. La criada, igual que los miembros de la alta sociedad a quienes sería presentada en breve, formaba parte de su audiencia.
—Informa a tu patrono de que la señorita Elenora Lodge ha llegado —ordenó a la criada con un tono de voz amable pero autoritario—. El conde me espera. ¡Ah!, y envía a uno de los criados para que recoja mi baúl de la calle antes de que alguien lo robe.
La criada hizo una reverencia leve y rápida.
—Sí, señora.
A continuación se apartó para dejar entrar a Elenora.
Elenora esperó hasta que la joven hubo desaparecido a través de una puerta para exhalar un pequeño suspiro de alivio.
Giró entonces con lentitud sobre los talones y examinó el vestíbulo principal. Era tan lúgubre e imponente como el exterior de la casa. A través de las elevadas ventanas que había encima de la puerta entraba muy poca luz y los paneles de madera tallada oscurecían todavía más el interior. Estatuas clásicas y jarrones de estilo etrusco ocupaban las oscuras hornacinas que había por toda la habitación. La sala tenía el aire viejo y polvoriento de un museo.
Llevada por la curiosidad, Elenora se acercó al pedestal de mármol más cercano y deslizó uno de sus dedos enguantados por la superficie del soporte. Cuando vio la línea definida que dejó su dedo, Elenora frunció el ceño y se frotó las manos para eliminar el polvo que se le había quedado acumulado en la punta del guante. No habían limpiado aquella sala a fondo desde hacía bastante tiempo.
El sonido de unos pasos más pesados que los de la criada se acercó por el pasillo.
Elenora se dio la vuelta y se encontró de frente con el hombre más guapo que había visto nunca. Desde su alta y noble frente a sus facciones delicadas, pasando por ojos ardientes y ese cabello rizado, que le confería un aire de inocencia, todo en él constituía la imagen de la perfección masculina.
Si no fuera porque vestía una chaqueta y unos pantalones de mayordomo, podría haber posado para un artista que quisiera pintar la imagen de un poeta romántico al estilo de Byron.
—Mi nombre es Ibbitts, señora —declaró él con voz grave—. Le pido disculpas por cualquier molestia que haya padecido. El señor conde la espera en la biblioteca. Si es tan amable de seguirme, anunciaré su llegada.

Un leve tintineo de advertencia sonó en algún lugar de la mente de Elenora. No había nada cuestionable en las palabras del mayordomo, pensó ella, pero estaba convencida de que encerraban un ligero tono despectivo. Quizá se trataba de su imaginación.
—Gracias, Ibbitts.
Elenora le tendió su sombrero y él se dio la vuelta para dejarlo sobre una mesa de mármol cubierta de polvo.
—No importa —exclamó ella con rapidez mientras le arrebataba el sombrero antes de que lo dejara sobre la sucia mesa—. Lo llevaré conmigo. En cuanto a mi baúl, no quiero que se quede en la calle mucho tiempo.
—Dudo mucho que alguien quiera robarlo, señora.
Aunque lo hubiera intentado, Ibbitts no podría haber dejado más claro que estaba convencido de que el baúl no contenía nada de valor.
Elenora ya tenía bastante de su educado sarcasmo.
—Envíe a un criado a recoger mi baúl de inmediato, Ibbitts.
Ibbitts parpadeó con pedantería, como si se sintiera confuso por aquella reprimenda tan poco sutil.
—Ningún ladrón con sentido común se atrevería a robar en esta casa.
—Esto sólo me tranquiliza a medias, Ibbitts. Me temo que hay bastantes ladrones que carecen de sentido común.
Las facciones de Ibbitts se endurecieron y, sin una palabra más, tiró con fuerza de un llamador de terciopelo.
Un muchacho alto y desgarbado de unos dieciocho o diecinueve años apareció en el vestíbulo. Era pelirrojo y tenía los ojos azules. Su piel era pálida y estaba cubierta de pecas. Parecía un muchacho nervioso y asustadizo.
—Ned, ve a buscar el baúl de la señorita Lodge y súbelo al dormitorio que Sally ha preparado esta mañana.
—Sí, señor Ibbitts.
Ned salió con ligereza por la puerta principal.
Ibbitts se volvió hacia Elenora. En realidad, no dijo: “¿Qué, ya está satisfecha?”, pero ella estaba segura de que lo pensaba.
—Si tiene la amabilidad de seguirme —dijo Ibbitts—. Al señor no le gusta que le hagan esperar.
Sin esperar una respuesta, Ibbitts la precedió a lo largo de un pasillo de luz tenue hasta la parte trasera de la enorme casa.
Cuando llegaron al final del pasillo la hizo pasar a una sala alargada cuyas paredes estaban forradas con unos paneles de una madera oscura y densa. Elenora se sintió aliviada al comprobar que las ventanas de la biblioteca no estaban tapadas con unas cortinas pesadas, como ocurría en la parte delantera de la casa. En aquella habitación los pesados cortinajes de terciopelo marrón estaban recogidos a los lados y enmarcaban la vista de un jardín de vegetación salvaje y caótica, empapado por la lluvia.
El suelo de la biblioteca estaba cubierto por una alfombra de color pardo que necesitaba con urgencia una limpieza a fondo y en la sala había varios muebles de aspecto sólido y de un estilo que había pasado de moda hacía ya varios años. El techo, alto y oscuro, hacía mucho tiempo que no se pintaba y mostraba la imagen de un cielo sombrío a la hora del crepúsculo. La mayor parte de las paredes estaba cubierta de libros encuadernados en piel, viejos y llenos de polvo.
Una estrecha escalera de caracol con una barandilla de hierro forjado subía hasta una galería que recorría las paredes forradas de estanterías.
—La señorita Lodge, milord.
Ibbitts anunció su nombre como si lo leyera en una esquela.
—Gracias, Ibbitts.

En el otro extremo de la sala, cerca de una ventana que daba al jardín abandonado, Arthur se levantó de detrás de un escritorio profusamente tallado.
De espaldas a la tenue luz exterior, sus duras facciones resultaban inescrutables. Arthur cruzó la habitación en dirección a Elenora.
—¡Bienvenida a tu futuro hogar, querida! —exclamó.
Elenora se dio cuenta de que estaba representando su papel delante del mayordomo. Ella debía hacer lo mismo.
—Gracias. Es un placer volver a verte.
Elenora realizó su mejor reverencia.
Ibbitts salió de la sala de espaldas y cerró la puerta. En cuanto hubo desaparecido, Arthur, quien estaba a mitad de camino de la puerta, se detuvo y miró su reloj. “¿Por qué demonios ha llegado tan tarde? La esperaba hace una hora.”
“¡Bien por su papel de prometido galante!”, pensó Elenora. Sin duda, su nuevo patrono no pretendía mantener la farsa cuando estuvieran solos.
—Disculpe la tardanza —respondió Elenora con calma—. El tráfico estaba imposible a causa de la lluvia.
Antes de que él pudiera contestar, una mujer habló desde la galería superior.
—Arthur, por favor, preséntame —pidió ella con una voz cálida y suave.
Elenora levantó la vista y vio a una mujer diminuta que debía de tener unos treinta y cinco años. Tenía las facciones delicadas y sus ojos eran brillantes y de color avellana. Su cabello, recogido en un sencillo moño, era de color miel oscuro. Llevaba un vestido que parecía bastante nuevo y que probablemente estaba confeccionado con un tejido caro, aunque no se ajustaba a la última moda.
—Permítame que le presente a Margaret Lancaster —manifestó Arthur—. Es la pariente de la que le hablé, la que vivirá aquí mientras llevo a cabo mis negocios. Ella la acompañará a todas partes y le servirá de carabina para que su reputación no se vea afectada mientras esté en esta casa.
—Señora Lancaster —dijo Elenora haciendo otra reverencia.
—Por favor, llámame Margaret. Al fin y al cabo, todos los demás deben creer que pronto entrarás a formar parte de la familia —comentó Margaret bajando la escalera de caracol—. Querida, esto va a ser muy emocionante. Tengo muchas ganas de que empiece la aventura.
Arthur regresó a su escritorio, se sentó y miró, primero a Elenora y después a Margaret.
—Como ya os he explicado, quiero que hagáis todo lo posible por atraer la atención de la aristocracia a fin de que yo pueda llevar a cabo mis negocios con la mayor reserva posible.
—Sí, desde luego —murmuró Elenora.
—Debéis organizarlo todo de inmediato y asistir a los bailes y a las veladas más importantes para que los miembros de la alta sociedad puedan comprobar que tengo una prometida.
—Comprendo —respondió Elenora.
Arthur miró a Margaret y añadió:
—Como acompañante y consejera femenina de Elenora, te encargarás de todos los detalles necesarios para que cause un efecto rápido y convincente en los círculos de la aristocracia.
—Sí, Arthur —respondió Margaret con una expresión algo tensa en el rostro.
—Necesitará vestidos, sombreros y guantes adecuados, además de todas las bagatelas que los acompañan —continuó Arthur—. Como es lógico, todo tiene que ser muy actual y debéis comprarlo en las tiendas adecuadas. Ya sabes lo importante que es la moda para los miembros de la alta sociedad.
A continuación se produjo una breve pausa durante la cual Margaret pareció recuperar el dominio de sí misma.

—Sí, Arthur —volvió a responder en esta ocasión esbozando una sonrisa claramente temblorosa.
Elenora la observó con sorpresa y se preguntó qué era lo que le ocurría.
Arthur, sin embargo, actuaba como si todo fuera bien.
—Bueno, creo que esto es todo por ahora —declaró él mientras alargaba el brazo para coger un diario con tapas de piel y una pluma—. Podéis iros. Estoy seguro de que tenéis que preparar muchas cosas. Si os surge alguna duda, hacédmelo saber.
Elenora se preguntó si se daba cuenta de que las estaba despachando como si fueran dos miembros del servicio. Claro que, en su caso, ése era exactamente su rango, se recordó a sí misma.
Sin embargo, la relación entre él y Margaret era del todo distinta y le sorprendió que ella no se hubiera ofendido. En realidad le pareció que, de repente, Margaret ansiaba salir de la biblioteca.
Elenora pensó en la reacción que Margaret había tenido hacía sólo unos momentos, cuando Arthur había dejado caer que la hacía responsable de las cuestiones relacionadas con la moda y el estilo.
Elenora estaba convencida de que lo que había visto en los ojos de Margaret era verdadero pavor.

Arthur esperó hasta que la puerta se cerró detrás de las dos mujeres. Dejó a un lado el diario, se puso en pie y se acercó a la ventana que daba al jardín.
Era consciente de que Elenora sospechaba que le había ocultado algo, y estaba en lo cierto. Sin embargo, él consideraba que era mejor que no supiera toda la verdad. Y tampoco era necesario contársela a Margaret. Les resultaría más fácil representar sus papeles si no sabían lo que lo había empujado a escribir la obra en la que ellas actuaban.
Arthur permaneció frente a la ventana durante un buen rato contemplando el nebuloso jardín y pensando en cuánto le desagradaba aquella casa.
Su abuelo lo llevó a vivir allí poco después de que sus padres murieran en el incendio de una posada. En aquella época, él tenía seis años y era la primera vez que veía a su abuelo: el viejo conde se había enfadado con su hijo por haberse fugado para casarse. La madre de Arthur era una joven carente de fortuna y de contactos sociales, y el anciano rehusó aceptarla a ella y a su nieto.
Sin duda, su abuelo sabía cómo mantener vivo el resentimiento, pensó Arthur.
Pero tras la pérdida de su hijo en aquel incendio, el anciano conde se dio cuenta de que Arthur iba a ser su único heredero. Decidió entonces llevar a su nieto a la enorme y lúgubre casa de Rain Street y poner todo su empeño en que Arthur no siguiera los pasos de su hijo, según él irresponsables y dominados por el romanticismo.
Y él había aprendido bien la lección, pensó Arthur. Su abuelo le hizo partícipe de sus obligaciones y responsabilidades desde aquel primer día. Diez años más tarde, en su lecho de muerte, el anciano seguía realizando la tarea que él mismo se había asignado. Sus últimas palabras para Arthur fueron: “Recuerda que eres el cabeza de familia. Es responsabilidad tuya cuidar de todos los demás.”
Los únicos momentos agradables que Arthur experimentó durante la década que vivió con su abuelo tuvieron lugar durante las frecuentes y prolongadas visitas que le hacían a George Lancaster, el excéntrico tío abuelo de Arthur.
Fue el tío George quien le proporcionó el apoyo y la influencia positiva que le permitieron capear el temperamento adusto y rígido de su abuelo. A diferencia de los otros miembros de su vasta y extendida familia, lo único que George Lancaster esperaba de él era que fuera lo que era en realidad: un chico en edad de crecer con los sueños, las inquietudes y las esperanzas de un muchacho.

Fue a George, y no a su abuelo, a quien Arthur llegó a querer como había querido a su padre.
Sin embargo, George Lancaster había muerto, asesinado, hacía menos de dos meses.
“Te vengaré —prometió Arthur en voz baja—. Te juro que el asesino pagará por su crimen.”

6

Justo cuando Sally, la doncella, acababa de deshacer el equipaje de Elenora, alguien llamó a la puerta del dormitorio.
Sally abrió y, en el pasillo, apareció Margaret con aire angustiado.
—¿Puedo hablar contigo, Elenora? —preguntó Margaret mirando a ambos lados, sin duda para asegurarse de que no había nadie en el pasillo—. Es bastante urgente.
—Sí, claro, entre —respondió Elenora. A continuación sonrió a Sally y le dijo—: Esto es todo por ahora, gracias.
—Sí, señora.
Sally salió apresuradamente de la habitación y cerró la puerta tras de sí.
Elenora miró a Margaret.
—¿Qué le ocurre? —le preguntó—. En la biblioteca ya me di cuenta de que estaba usted angustiada por algo.
—Angustiada es poco —dijo dejándose caer en un sillón—. Presa de pánico sería una forma más adecuada de definir mi estado.
—¿Y cuál es la causa?
Margaret miró hacia el techo y confesó:
—Porque estoy representando una farsa.
A Elenora aquello le hizo mucha gracia.
—Bueno, y yo también.
—Sí, pero en tu caso esto no constituye ningún problema. Arthur te contrató en una agencia —dijo Margaret gesticulando con la mano—. Él te entrevistó, sabe con exactitud lo que puedes ofrecerle y ha escrito tu papel a partir de esta información. Sin embargo mi situación es muy distinta y, cuando descubra que no soy quien cree que soy, se pondrá furioso.
Presa de la curiosidad, Elenora se sentó despacio en el borde de la cama y observó a Margaret.
—¿Le importaría explicarse?
—Supongo que debería empezar por el principio —admitió Margaret—. Quince días atrás, Arthur vino a verme. Me contó su plan de presentar una prometida falsa en sociedad y me preguntó si querría hacer de carabina. Yo le respondí que estaría encantada de ayudarlo en su proyecto.
—Es usted muy amable.
—¿Amable? ¡Bah! Aproveché la ocasión. Ésta ha sido la primera oportunidad que he tenido de venir a Londres desde mi presentación en sociedad hace catorce años.
—Comprendo.
Margaret realizó una mueca y continuó:
—Mi marido era de mediana edad cuando me casé con él. Padecía de gota y odiaba viajar. Durante el tiempo que vivimos juntos, las únicas salidas que pude realizar fueron las visitas ocasionales a la casa de mi madre y de mi tía. ¿Tienes idea de lo que significa estar atrapada en un pueblecito durante catorce años?
—Bueno, en realidad, sí.

—¡Oh! —exclamó Margaret. Torció el gesto y añadió—: Lo siento. No quería molestarte. La cuestión es..., que soy escritora.
—¿De verdad? ¡Qué emocionante! —Elenora estaba encantada—. ¿Le han publicado algún escrito?
Margaret sonrió.
—La verdad es que sí. Escribo para la editorial Minerva. Utilizo el seudónimo de Margaret Mallory porque estoy convencida de que mis quisquillosos parientes de la rama Lancaster no aprobarían que hubiera una escritora de novelas en la familia.
—Esto es fantástico. He leído dos de sus obras, La boda secreta y La proposición, y las dos me encantaron.
—Gracias —dijo Margaret algo sonrojada—. Eres muy amable.
—Es la verdad. Soy una gran seguidora de su obra, señorita Mallory. Quiero decir..., señora Lancaster.
—Por favor, llámame Margaret.
Elenora titubeó y finalmente preguntó:
—¿Dices que tu identidad constituye un secreto para todos los miembros de tu familia? ¿Incluido el conde?
—Arthur es la última persona que yo desearía que supiera la verdad —aseguró Margaret con el rostro crispado—. Es un hombre de múltiples y excepcionales cualidades en todo lo relacionado con las inversiones y este tipo de asuntos, pero se toma su papel de cabeza de familia con demasiada seriedad. Sin duda a causa de la influencia de su abuelo.
Elenora se acordó del profundo autodominio que había percibido en los ojos enigmáticos del conde.
—Sí, ya me he dado cuenta de que despide cierta severidad.
—Sin ánimo de exagerar, te diré que Arthur puede ser inflexible, autocrático y absolutamente dictatorial. Además, no aprueba las tendencias literarias actuales y tiemblo al pensar en cómo reaccionaría si descubriera que escribo este tipo de libros. Para empezar ya no me habría pedido que viniera a Londres para hacerte de carabina. Prométeme que no le revelarás mi secreto.
—Te lo prometo.
—Gracias. Como te iba contando, he tenido dificultades para escribir algunas partes de mi última novela. En concreto, las que se desarrollan en las fiestas y las veladas de la alta sociedad. La verdad es que no puedo escribir esas escenas con convicción porque apenas conozco la vida en estos círculos.
—Creí que me habías dicho que viniste a Londres para tu propia presentación social...
—Duró menos de quince días, porque Harold pidió mi mano nada más conocerme. En cualquier caso, esto ocurrió hace catorce años, de modo que ya no estoy al corriente de cómo funcionan estos ambientes.
—Creo que empiezo a entender cuál es tu problema.
Margaret se sentó en el borde del sillón y prosiguió:
—Cuando Arthur me pidió que lo ayudara con su plan, creí que constituiría la oportunidad perfecta para venir a Londres y observar de cerca los detalles de la vida en sociedad. Como es lógico, le anuncié que estaría encantada de representar ese papel. —Margaret levantó las manos en un gesto de desesperación—. Sin embargo, esto fue antes de saber que esperaba que me encargara de los vestidos y los complementos que se necesitan para frecuentar los círculos de la alta sociedad.
—Comprendo.
—Lo siento mucho, Elenora, pero no tengo ni idea sobre cómo localizar a la modista, el sombrerero o el fabricante de guantes más de moda. Creo que debería confesarle la verdad a Arthur, pero si lo hago estoy convencida de que me enviará de vuelta a casa y encontrará a alguna otra persona para que represente mi papel.
—Hummm.

Margaret miró a Elenora con expectación.
—¿En qué piensas? —le preguntó.
Elenora sonrió.
—Pienso que no hay ninguna razón para que molestemos a Arthur con estas nimiedades. Estoy convencida de que podremos resolverlas sin grandes dificultades.
—Se acordó del montón de tarjetas que había visto en la bandeja deslustrada de la entrada—. El título y la posición de Arthur nos asegurarán un buen número de invitaciones. En realidad, lo único que necesitamos es el nombre de una buena modista. Ella nos indicará las tiendas que están más de moda.
—¿Y cómo propones que encontremos a la modista adecuada?
Elenora rió entre dientes.
—Mi anterior patrona era un poco inusual en cuanto a sus gustos respecto a la ropa. Sólo llevaba trajes confeccionados con telas de color púrpura.
—¡Qué extraño!
—Puede, pero la señora Egan era una gran seguidora de la moda. Te aseguro que todos sus vestidos púrpura habían sido confeccionados por las modistas más exclusivas. Yo conozco bien a una de ellas porque acompañé a mi patrona a su tienda en varias ocasiones.
—Pero ella te reconocerá —advirtió Margaret.
—No creo que esto deba preocuparnos —comentó Elenora—. Durante el tiempo que pasé con la señora Egan aprendí que las buenas modistas llegan a la cumbre de su profesión no sólo gracias a sus habilidades con la costura, sino también porque son discretas en cuanto a los asuntos de sus clientas más importantes.
A Margaret le brillaron los ojos.
—Y, como futura esposa del conde de St. Merryn, sin duda tú eres una clienta muy importante.

7

Ibbitts permaneció unos instantes en la oscuridad del amplio armario de la ropa blanca y reflexionó acerca de la conversación que acababa de oír.
En realidad, había encontrado ese pequeño agujero por casualidad. Estaba oculto en la pared del fondo del armario y que permitía escuchar las conversaciones que se mantenían en la biblioteca. Ibbitts sospechaba que lo había realizado, muchos años atrás, un criado inteligente que tuvo el buen juicio de mantenerse informado acerca de los negocios de sus patronos.
Una cosa era segura, pensó Ibbitts: estaba en lo cierto respecto a la señorita Lodge. Desde el primer momento en que la vio, examinando el pedestal polvoriento del vestíbulo, supo que había algo extraño en ella. Si bien le había sonreído, como lo hacían todas las mujeres, no percibió ningún destello de lujuria en su mirada. Ni siquiera un brillo de interés sensual.
Lo había admirado como se admira un cuadro bonito o una obra de arte: con apreciación, y nada más.
Su reacción era inusual y, de algún modo, preocupante. Tal como su madre había predicho, su rostro constituía su fortuna y la gente, sobre todo las mujeres, siempre reaccionaba ante su belleza.
Enseguida se dio cuenta de que sus hermosas facciones constituían un gran valor: siendo todavía un niño percibió que las miradas que le dedicaban los demás nada tenían que ver con el modo como miraban a sus hermanos y hermanas, y a los demás niños del pueblo.

Su rostro le permitió conseguir aquel primer y decisivo empleo en la casa del barón, un hombre viejo y obeso que vivía a las afueras del pueblo. El barón se había casado hacía poco con una dama que era varias décadas más joven que él. La esposa era muy guapa y era visible que se aburría mortalmente. Enseguida se mostró encantada con Ibbitts, lo vistió con hermosos trajes e insistió en que permaneciera en el comedor mientras ella comía.

La primera noche que lo invitó a compartir la cama con ella, Ibbitts enseguida comprendió que su rostro no era el único gran valor que poseía. Cuando se arrodilló detrás del suave y rellenito trasero de la baronesa y penetró en su cálido y confortable interior, tuvo una visión del futuro brillante y exitoso que le esperaba.

Aquella noche decisiva, pensó que el mundo probablemente estaba atiborrado de esposas jóvenes, ricas y atractivas que, por razones de dinero y de contactos sociales, habían tenido que casarse con hombres viejos y gordos. Y llegó a la conclusión de que en Londres conseguiría sus mejores oportunidades profesionales.

Y estaba en lo cierto. Cuando, unos meses más tarde, el anciano barón falleció mientras dormía, su viuda se mudó de inmediato a la ciudad con todas sus pertenencias. Además, se llevó a Ibbitts con ella y lo ascendió al puesto de mayordomo. Él trabajó para ella durante más de un año, hasta que se cansó de sus continuas exigencias.

Ibbitts finalmente se despidió y buscó otro empleo. Y no tardó en conseguir un puesto todavía más lucrativo en otra casa acaudalada. Una vez más, tuvo que satisfacer a la joven esposa cuyo marido, calvo y de mediana edad, pasaba la mayor parte de las noches con su querida.

Igual que su primera patrona, aquella dama se había mostrado muy generosa, no sólo con sus favores y un sueldo regular, sino también, y lo que era más importante, con sus espléndidos y caros regalos.

Durante unos cuantos años, Ibbitts ejerció su profesión con gran diligencia. Además de una serie de empleos en los que se vio obligado a satisfacer las exigencias de algunas damas lujuriosas hasta un punto sorprendente, también trabajó, en una o dos ocasiones, al servicio de caballeros adinerados que apreciaron sus dos grandes valores tanto como las mujeres.

Sin embargo, hacía apenas un año, la desgracia cayó sobre él. Lo cierto es que cada vez le fastidiaban más las tediosas exigencias de sus patronos. Su trabajo, que por ley natural se suponía que tenía que ser agradable, se había convertido precisamente en eso, en trabajo. Sin embargo, él se repetía a sí mismo que la paga y los regalos merecían esos sacrificios.

Pero entonces, una noche, para horror de Ibbitts, surgió un problema. O, para ser más precisos, su segundo gran valor no surgió.

Su rostro podía constituir su fortuna, pero, por sí solo, no era gran cosa. Su venturosa profesión dependía de su fiabilidad y de su resistencia en la cama tanto o más que de su rostro.

Ibbitts se quedó consternado cuando lo despidieron con deshonor. Sin embargo, una vez más, la suerte lo acompañó: hacía siete meses que había conseguido su empleo actual en la mansión de Rain Street. El anciano hombre de negocios que lo había contratado le había dado instrucciones simples y concisas. Ibbitts tenía que supervisar a un número reducido, pero suficiente, de personal doméstico que debía encargarse del mantenimiento de la enorme casa, y asegurarse de que estuviera preparada para las raras ocasiones en las que el conde de St. Merryn decidía alojarse allí durante sus breves estancias en Londres.

Para Ibbitts, su nuevo empleo era ideal en todos los aspectos. No sólo no había ningún patrono al que tuviera que satisfacer en la cama, sino que St. Merryn ni siquiera se molestaba en aparecer por allí.

Hasta entonces, Ibbitts había podido actuar a su antojo y utilizado aquella oportunidad para manipular la situación con el objetivo de disfrutar de un retiro temprano y confortable.
Las cosas habían funcionado bien hasta hacía unos cuantos días, cuando, sin previo aviso, St. Merryn apareció dando por supuesto que la casa estaría lista para él. Las primeras veinticuatro horas, Ibbitts se sintió aterrorizado. La larga ausencia de su patrono lo había envalentonado e Ibbitts había introducido varios cambios en el servicio. Como resultado, la mansión no estaba en muy buen estado.
Los cambios de Ibbitts respondían a una excelente razón: la economía. No tenía sentido conservar a la cocinera, al ama de llaves, a la segunda doncella o a los jardineros si el propietario de la mansión no precisaba de sus servicios.
Su única esperanza era que St. Merryn no se quedara mucho tiempo, pensó Ibbitts. Mientras tanto, averiguaría todo lo posible acerca de los asuntos privados del conde.
Durante su trayectoria profesional había descubierto que, en muchos casos, existía un amplio mercado donde vender los secretos de sus patronos.

8

Bennett se dejó caer en el sillón que había delante del de Arthur y le dio otro vistazo al joven enjuto y enojado que, en aquel momento, abandonaba el club.
—Por lo que veo, Burnley ha estado aquí esta tarde —comentó Bennett.
—Así es —asintió Arthur sin siquiera levantar la vista del periódico.
—Hace unos minutos, vi cómo te miraba. Te aseguro que, si las miradas mataran, a estas horas ya habrías pasado a mejor vida.
Arthur volvió la página.
—Por fortuna, las miradas no me producen ese efecto. Al menos no las de Burnley.
—Creo que te odia profundamente —le advirtió Bennett en voz baja.
—No sé por qué. Fue él quien se quedó con la dama, no yo.
Bennett suspiró y se hundió todavía más en el sillón. Le inquietaba que Arthur no mostrara signos de preocupación por la firme y evidente aversión que Burnley sentía hacia él. Claro que, en aquel momento, su amigo centraba toda su atención en el plan que había elaborado para atrapar al asesino de su tío abuelo. Y cuando Arthur se concentraba en un proyecto, no estaba para nada más hasta que lo daba por concluido.
Una obstinación tan acentuada podía constituir en ocasiones un rasgo fastidioso, pensó Bennett. Sin embargo, tuvo que admitir que, probablemente, era ésa la razón de que Arthur hubiera conseguido remontar la fortuna de St. Merryn a su estado de bonanza actual en sólo unos años.
Aunque sabía que Arthur no estaba interesado en escuchar sus advertencias respecto a Roland Burnley, Bennett se sintió obligado a insistir.
—Se dice que la situación financiera de Burnley se ha deteriorado terriblemente —comentó Bennett tratando de enfocar la cuestión desde otro ángulo—. Por lo visto, intenta recuperar sus pérdidas en los garitos.
—Si pretende conseguir un capital por medio del juego, su situación financiera todavía se deteriorará más.
—Desde luego —asintió Bennett. Se arrellanó entonces en el asiento y, juntando las yemas de los dedos, añadió—: No me gusta lo que veo en su rostro cuando los dos estáis en la misma habitación.
—Pues no lo mires.
Bennett suspiró.
—De acuerdo, pero te aconsejo que vigiles tu espalda —le advirtió a Arthur.

—Gracias por el consejo.
—No sé por qué me preocupo —dijo Bennett sacudiendo la cabeza.
—Siento no habértelo agradecido de una forma adecuada. Lo que ocurre es que, en estos momentos, tengo otros asuntos en la cabeza. Estoy a punto de dar el paso siguiente de mi plan.
Cuando Arthur ponía en marcha una de sus laberínticas estrategias no había fuerza conocida que pudiera detenerlo, recordó Bennett. Normalmente, las intrincadas maquinaciones de su amigo estaban relacionadas con las inversiones financieras, pero de vez en cuando aplicaba sus habilidades a otras cuestiones y siempre, invariablemente, se salía con la suya. Un hombre inteligente nunca se interpondría entre Arthur y su objetivo, fuera cual fuese.
—Se ha extendido el rumor de que tu nueva y misteriosa prometida está en la ciudad para disfrutar de los placeres de la vida social durante unas semanas —explicó Bennett—. Como es lógico, se especula mucho acerca de ella. De acuerdo con tus instrucciones, corrí la voz, en determinados círculos, de que proviene de una familia rica y terrateniente del Norte.
—¿Circula algún rumor acerca de que la encontré por medio de una agencia?
—¡Claro que no! —soltó Bennett—. Como es lógico, todos recuerdan la promesa que hiciste el año pasado, pero dedujeron que se trataba de una broma. Nadie creyó, y nadie cree, que un hombre de tu posición pretendiera llevar a la práctica una idea tan descabellada.
—Excelente. Entonces todo se está desarrollando conforme a mi plan.
—Todavía no puedo creer que intentes utilizar a una dama de compañía para que te ayude en este insólito plan —confesó Bennett frunciendo el ceño—. ¿Cómo es ella?
—Conocerás a la señorita Lodge muy pronto. —Arthur bajó el periódico y, tras sonreír con satisfacción, añadió—: Es bastante inteligente y ha vivido lo suficiente para disponer de cierta experiencia.
—Comprendo —murmuró Bennett. En otras palabras, la señorita Lodge no era una virgen inocente.
—Es bastante atractiva —continuó Arthur, que empezaba a entusiasmarse con la descripción—. Tiene un gran autodominio y un cierto aire de autoridad que hará que los demás se lo piensen dos veces antes de formularle preguntas impertinentes. Además, su abuela era una actriz. Espero que este talento sea hereditario. O sea que, en general, es la mujer adecuada.
“Por todos los demonios”, pensó Bennett sorprendido por la larga lista de cualidades de la señorita Lodge y la fluidez con la que Arthur las había enumerado. Allí pasaba algo. Hacía años que no oía a su amigo hablar con tanto entusiasmo de una mujer. ¿Años? ¡Nada de eso! En realidad, nunca había oído a Arthur hablando tan bien de una dama.
Arthur, debido a su singular punto de vista respecto a determinados asuntos, era el único hombre que podía considerar que la experiencia mundana y el talento para actuar eran atributos deseables en una dama distinguida. Cualquier otro hombre los consideraría más apropiados de una cortesana o una querida.
—Justo la mujer que buscabas —murmuró Bennett.
—Sin duda.
Bennett juntó las manos y declaró:
—Sigo opinando que deberías contarle la verdad de lo que planeas.
—En absoluto. Cuanto menos sepa, menos probabilidades hay de que se le escape la verdad en el momento equivocado.
—Comprendo tu preocupación, pero no creo que sea justo mantenerla en la ignorancia —insistió Bennett. Permaneció entonces unos instantes en silencio y expuso su último y más convincente argumento—: Además, ¿has pensado que si le cuentas toda la historia ella podría ayudarte en tus pesquisas?
Arthur entornó los ojos.

—Esto es lo último que deseo —aseguró—. Mis asuntos no son de su incumbencia.
—Ya veo que resulta inútil discutir esta cuestión contigo —dijo Bennett, y después de un profundo suspiro, preguntó—: ¿Ha llegado tu carabina?
—Sí. —Arthur estiró las piernas y apoyó los antebrazos en el sillón—. Para ser sincero, esta tarde tuve un par de dudas respecto a Margaret.
—Creí que me habías dicho que era la única pariente femenina que soportarías tener bajo tu propio techo durante un período prolongado de tiempo.
—Así es; sin embargo, cuando le conté que esperaba que se encargara de todas esas cuestiones misteriosas que están relacionadas con la presentación de mi prometida en sociedad, vi claramente que no sabía nada al respecto: estoy casi seguro de que había auténtico pánico en sus ojos.
—No me sorprende. Si no recuerdo mal, me dijiste que la señora Lancaster no ha vivido nunca en la ciudad, salvo por una temporada corta hace muchos años.
—Es cierto —reconoció Arthur con una mueca—. Supongo que di por sentado que una dama que había estado casada durante catorce años sabría resolver ese tipo de cuestiones. Sin embargo, hoy me he dado cuenta de que es Margaret y no la señorita Lodge la mujer inocente que procede del campo.
Bennett frunció el ceño mientras recordaba los intrincados preparativos que su esposa, fallecida muchos años atrás, llevaba a cabo antes de cada baile y cada velada.
—Necesitarás a alguien para que se haga cargo de todos los detalles —le advirtió Bennett a su amigo—. Una dama moderna debe llevar los trajes, los guantes y los zapatos de baile adecuados. Además tiene que disponer de una peluquera o de una doncella que se encargue de peinarla. Sin olvidar que debe realizar sus compras en las tiendas más de moda.
—Soy consciente de todo esto.
—En mi opinión, Arthur, si la señora Lancaster no es capaz de resolver todas estas cuestiones, debes encontrar a otra pariente que lo haga. De no ser así, te enfrentarás a un desastre social. Créeme, y recuerda que tengo cierta experiencia en estos asuntos.
—No es necesario buscar a nadie más —aseguró Arthur con aire satisfecho—. Margaret se quedará, porque necesito a otra mujer en la casa por cuestiones de decoro. Por otro lado, gracias a mis negocios, sé quién es quién en los círculos de la alta sociedad y esto me permitirá elegir las invitaciones que conviene que acepte la señorita Lodge. Tú acompañarás a las dos mujeres a las primeras veladas y presentarás a mi prometida a las personas adecuadas. No quiero que se quede toda la noche sin bailar.
—Sí, desde luego, estaré encantado de realizar las presentaciones, pero ¿qué hay de la ropa? Te aseguro que este aspecto es crucial.
Arthur se encogió de hombros y dijo:
—Estoy convencido de que la señorita Lodge sabrá arreglárselas con los vestidos.
Aquella confianza inquebrantable en otra persona, por no hablar del hecho de que se trataba de una mujer, era algo desacostumbrado en Arthur, pensó Bennett presa de la curiosidad. Cuando ponía en práctica sus laberínticos planes, Arthur no solía confiar tanto en nadie, ya fuera hombre o mujer.
Bennett sabía que él era una de las pocas personas en las que Arthur confiaba, aunque, por lo visto, la señorita Lodge había entrado a formar parte de ese reducido grupo. Todo aquello era sumamente interesante.
—¿Y qué hay del aspecto social? —insistió Bennett—. Ya sabes lo traidoras que pueden ser las aguas en un baile de sociedad. Si la señorita Lodge habla con la persona equivocada, arruinará la impresión que tanto te esfuerzas en causar. Y todavía sería peor si bailara o saliera al jardín con el hombre equivocado. Las damas jóvenes están protegidas por sus madres o por una carabina experimentada; sin

embargo, por lo que me has contado, la señorita Lodge no tendrá a nadie que vele por ella.
—Tu afirmación no es del todo exacta, Bennett. —Arthur esbozó una leve sonrisa y confesó—: Mi intención es que tú veles por ella.
Bennett soltó un sentido gemido, cerró los ojos y murmuró:
—Temía que dijeras algo parecido.

9

A la mañana siguiente, Elenora examinaba con atención su dormitorio con las manos apoyadas en las caderas y sin dejar de dar golpecitos en el suelo con la punta del pie.
La decoración, oscura y sombría, consistía en un armario de madera tallada muy ornamentado, una cama maciza y cubierta con pesadas telas y una alfombra deslucida. El papel de la pared era de una época anterior, cuando los diseños exóticos y exuberantes estaban de moda. Por desgracia, los colores se habían ido desvaneciendo y ya resultaba imposible distinguir las flores y los tallos retorcidos de las vides.
El grado de limpieza de la habitación estaba acorde con lo que Elenora había visto en el resto de la mansión. Sólo se había sacado el polvo, barrido el suelo y abrillantado los muebles de una forma superficial. El marco del espejo octogonal y la cabecera de la cama estaban cubiertos por una gruesa capa de mugre. Además, la vista turbia que se apreciaba a través de la ventana era una prueba de que nadie había limpiado los cristales recientemente.
Si iba a vivir allí durante las próximas semanas, tenía que hacer algo respecto al deplorable estado de la casa, decidió Elenora.
A continuación abrió la puerta y salió al lúgubre pasillo. No tenía muchas ganas de bajar a desayunar. La cena de la noche anterior había consistido en un insípido pollo estofado, algunas bolas de masa de harina que podían haber servido como lastre para un barco, un plato de verdura que había hervido hasta adquirir un desagradable tono gris y, de postre, un pudin grasiento.
Margaret y ella habían cenado solas en el sombrío comedor. Arthur, con acierto, había optado por ir a cenar al club. Elenora no lo culpaba por su decisión; ella también habría preferido cenar en cualquier otro lugar.
Elenora bajó las escaleras con la mirada puesta en el polvo que se había ido acumulando entre los balaustres del pasamanos y, una vez en la planta baja, se puso a buscar la salita del desayuno. Después de entrar en dos habitaciones que tenían las cortinas echadas y los muebles tapados con telas, se tropezó con Ned.
—Buenos días —saludó ella—. ¿Quieres indicarme dónde se encuentra la salita del desayuno?
Ned pareció desconcertado.
—Creo que está al final del pasillo, señora...
Ella arqueó las cejas.
—¿No sabes dónde se encuentra con exactitud? —le preguntó al chico.
Ned se ruborizó y empezó a tartamudear.
—Lo siento mucho, señora, pero desde que trabajo aquí no se ha utilizado.
—Comprendo. —Elenora se armó de paciencia y le preguntó—: Entonces, ¿dónde se sirve el desayuno?
—En el comedor, señora.
—Muy bien, gracias, Ned.

Elenora recorrió otro pasillo y entró en el comedor. En cierta manera, le sorprendió encontrar allí a Arthur, que estaba sentado en uno de los extremos de la larga mesa. Él levantó la vista del periódico que estaba leyendo y frunció un poco el ceño, como si no estuviera seguro de qué hacer con ella a aquellas horas.
—Elenora —dijo Arthur y, tras levantarse, añadió—: Buenos días.
—Buenos días.
La puerta que comunicaba con la antecocina se abrió de golpe y apareció Sally. Todavía se la veía más nerviosa y angustiada que el día anterior. Tenía la frente empapada en sudor y un par de mechones largos de cabello se habían escapado de su cofia, de un blanco amarillento. Sally miró, sorprendida, a Elenora y se secó las manos en el sucio delantal.
—¡Señora! —exclamó mientras hacía una extraña reverencia—. No sabía que bajaría usted a desayunar.
—Ya me he dado cuenta —respondió Elenora señalando significativamente la mesa con la cabeza.
La doncella se dirigió, a toda prisa, al aparador y abrió un cajón de un tirón. Mientras Sally colocaba los cubiertos, Elenora cruzó la habitación para examinar lo que había para desayunar.
Al parecer, la situación en la cocina no había mejorado desde la noche anterior. Los huevos estaban congelados, las salchichas tenían un color malsano y las patatas olían a grasa rancia. Ante la desesperación, Elenora cogió un par de tostadas blandas y se sirvió una taza de café templado.
Cuando regresó a la mesa, vio que Sally había puesto el servicio en el extremo opuesto al que ocupaba Arthur. Elenora esperó a que la doncella hubiera salido de la habitación, cogió los cubiertos y la servilleta y los trasladó a la derecha de Arthur, donde se sentó con sus tostadas blandas y su taza de café templado.
Un silencio incómodo reinó unos instantes en la habitación.
—Espero que haya dormido bien esta noche —comentó, finalmente, Arthur.
—Muy bien, milord —respondió Elenora antes de darle un sorbo al café. No sólo estaba frío, sino que además tenía un sabor espantoso. Elenora dejó la taza sobre la mesa—. ¿Le importa que le pregunte si los miembros del servicio llevan mucho tiempo en la casa?
Él pareció sorprenderse por la pregunta.
—No había visto a ninguno de ellos en mi vida hasta que llegué hace unos días.
—¿No conoce a ninguno de ellos?
Arthur volvió la página del periódico y explicó:
—Paso en esta casa el menor tiempo posible. De hecho, no había estado aquí desde hacía un año. En las raras ocasiones en que vengo a Londres, prefiero quedarme en el club.
—Comprendo. —Su falta de interés por la casa explicaba algunas cosas, pensó ella—. ¿Quién supervisa a los criados?
—El anciano administrador de mi abuelo se encarga de todo lo relacionado con la casa. De hecho, lo heredé junto con la mansión, y ocuparse de la casa es la única tarea de la que se hace cargo en estos momentos. No utilizo sus servicios para ninguna otra cosa. —Arthur levantó su taza y preguntó—. ¿Por qué desea usted saberlo?
—Hay unos cuantos detalles domésticos que requieren alguna atención.
Él bebió un sorbo de café e hizo una mueca.
—Sí, ya me he dado cuenta, pero no tengo tiempo de encargarme de esos asuntos.
—Desde luego —contestó ella—; sin embargo, yo sí dispongo de tiempo. ¿Le molestaría que introdujera uno o dos cambios en la administración de su hogar?
—Yo no lo considero mi hogar —respondió Arthur encogiéndose de hombros. Dejó la taza sobre la mesa y prosiguió—: De hecho, estoy pensando en vender la casa;

pero, por favor, mientras esté aquí realice todos los cambios que considere oportunos.
Ella mordisqueó una de las tostadas flácidas.
—Entiendo perfectamente que quiera usted vender esta propiedad. Sin duda, se trata de una residencia enorme y cara de mantener.
—El coste no tiene nada que ver con mi decisión. —La mirada de Arthur se endureció—. Lo que ocurre es que no me gusta este lugar. Cuando me case, necesitaré una vivienda en la ciudad para uso ocasional, pero prefiero comprar otra casa para tal fin.
Por alguna razón, al oír ese comentario Elenora perdió el poco interés que tenía por la tostada. Como era lógico, él estaba pensando en un matrimonio real, pensó ella. ¿Por qué la deprimía que él hablara de aquella cuestión? Él tenía ciertas obligaciones con respecto a su título y su familia. Además, cuando buscara a su condesa haría lo mismo que todos los hombres que se encontraban en su situación: elegiría a una dama joven y de buena familia que acabara de terminar los estudios; el tipo de mujer que había considerado demasiado delicada e inocente para emplearla como su prometida falsa.
La prometida de St. Merryn, su verdadera prometida, sería una dama con una reputación inmaculada, una dama cuya familia no estaría salpicada por el escándalo ni tampoco relacionada con el comercio. Además, le aportaría tierras y una fortuna, aunque él no necesitara ninguno de estos bienes, porque así era cómo funcionaban las cosas en la sociedad.
Elenora decidió que había llegado el momento de cambiar de tema de conversación:
—¿Los periódicos traen alguna noticia de interés?
—Los mismos chismes y cotilleos de siempre —respondió él con un cierto desdén—. Nada importante. ¿Qué tiene programado para hoy?
—Margaret y yo habíamos pensado ir de compras.
Él asintió con la cabeza.
—Excelente. Quiero que haga usted su aparición en sociedad lo antes posible.
—Creo que estaremos preparadas para asistir a la primera fiesta mañana por la tarde —lo tranquilizó ella.
Ibbitts entró en el comedor con la deslustrada bandeja del vestíbulo. En ella había un montón de notas y tarjetas.
Arthur levantó la vista.
—¿Qué me trae?
—Otro montón de tarjetas de visita e invitaciones de todo tipo, milord —respondió Ibbitts—. ¿Qué desea que haga con ellas?
—Las revisaré en la biblioteca.
—Sí, milord.
Arthur dejó la servilleta sobre la mesa sin doblar y se puso en pie.
—Discúlpame, querida —declaró—. Debo irme. Más tarde te haré llegar la lista de acontecimientos sociales a los que deberás acudir esta semana.
—Muy bien, Arthur —murmuró ella en un tono formal.
Elenora se dijo a sí misma que no se tomaría la palabra “querida” en serio. Aquella expresión de cariño se debía, única y exclusivamente, a la presencia de Ibbitts.
Cuando Arthur se inclinó y la besó, no en la mejilla, sino directamente en la boca, Elenora se quedó de piedra. Fue un beso breve y posesivo: el tipo de beso que un hombre daría a su auténtica prometida.
¿Quién iba a decir que Arthur era tan buen actor?, se preguntó ella algo aturdida.
Elenora se sintió tan desconcertada por la inesperada muestra de falso afecto que, durante unos instantes, no pudo articular palabra. Cuando se recuperó, Arthur ya había salido del comedor. Elenora oyó el amortiguado golpeteo de los tacones de sus lustrosas y elegantes botas Hessians alejándose por el pasillo.

—¿Algo más, señora? —preguntó Ibbitts en un tono que daba por hecho que no iba a desear nada más.
—En realidad, sí —contestó Elenora dejando la servilleta encima de la mesa—. Tráigame la contabilidad doméstica de los dos últimos trimestres.
Ibbitts se quedó mirándola, sin comprender, durante unos segundos. Sus mejillas enrojecieron y su mandíbula se abrió y se cerró varias veces antes de que consiguiera hablar de nuevo:
—¿Cómo dice, señora?
—Creo que está bastante claro, Ibbitts.
—El administrador del antiguo conde es quien lleva las cuentas de la propiedad, señora. Yo no las tengo. Yo sólo anoto los gastos y le entrego mis anotaciones al señor Ormesby.
—Comprendo. En este caso, quizá pueda responderme unas cuantas preguntas.
—¿Qué preguntas, señora? —preguntó Ibbitts con recelo.
—¿Dónde está la cocinera?
—Dejó el empleo hace unos meses, señora. Todavía no he encontrado una sustituta, aunque Sally parece desenvolverse bien en la cocina.
—Sally trabaja mucho, pero no tiene madera de cocinera.
—Espero poder contratar pronto a una cocinera nueva a través de una agencia —murmuró Ibbitts.
—¿De veras?
Elenora se puso en pie y se dirigió a la puerta de la cocina.
—¿Adónde va, señora? —preguntó Ibbitts.
—A consultar con Sally ciertas cuestiones culinarias. Mientras tanto, le sugiero que se esfuerce en conseguir una cocinera nueva y otra doncella. ¡Ah, sí!, y también necesitaremos un par de jardineros.
La mirada de Ibbitts se oscureció de rabia, pero no dijo nada.
Elenora sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal cuando le dio la espalda para entrar en la cocina.

10

El asesino realizó otro ajuste en la pesada máquina de hierro y bronce y se apartó de ella para examinar su trabajo. Estaba muy cerca de su objetivo. Había resuelto el gran misterio del viejo lapidario, el último misterio, el que su predecesor no había conseguido descifrar. Uno o dos ajustes finales y la máquina estaría terminada. Muy pronto la poderosa energía del rayo de Júpiter estaría a su servicio.
Una euforia febril, y tan renovadora como el fuego de un alquimista, se apoderó de él. Todo su ser vibraba ante la perspectiva del éxito.
El asesino miró su reloj. Ya casi había amanecido. Atravesó el laboratorio y fue apagando las luces a su paso. Después cogió el farol y entró en la cripta.
Había descubierto que existían dos entradas secretas al laboratorio. La jaula de hierro que descendía desde la antigua abadía resultaba muy útil, pero no le gustaba emplearla con frecuencia porque, como su predecesor, temía despertar la curiosidad de los que vivían cerca de allí.
La verdad era que la mayor parte de la gente de los alrededores tenía miedo de la abadía, creía que estaba embrujada. Sin embargo, si alguien especialmente audaz veía a un caballero vestido con elegancia entrando y saliendo de la capilla todas las noches, probablemente podía llegar a superar su temor. Por lo tanto, el asesino reservaba aquella entrada para las ocasiones en las que tuviera mucha prisa.

El río perdido constituía una ruta más segura, aunque también más pesada, para sus visitas regulares y nocturnas al laboratorio.
En la parte trasera de la cripta, el agua lamía el muelle subterráneo y secreto. El asesino subió a uno de los botes de fondo plano que guardaba allí y, moviéndose con cautela para no perder el equilibrio, colocó el farol en la proa y cogió la pértiga.
Con un empujón firme desplazó la pequeña embarcación al centro de la corriente de ese río perdido en el olvido desde hacía siglos. El bote flotaba con suavidad por la superficie del agua oscura y pestilente y el asesino tenía que agacharse de vez en cuando para esquivar los viejos puentes de piedra que cruzaban el río.
Ese viaje le resultaba extraño e inquietante. Lo había realizado ya en múltiples ocasiones, pero dudaba de que llegara nunca a acostumbrarse a la oscuridad opresiva y al olor nauseabundo del agua. Pensar que su predecesor había ido y venido del laboratorio siguiendo incontables veces esa misma ruta, sin embargo, lo reconfortaba. Todo formaba parte de su grandioso destino, creía.
Una de las antiguas reliquias que poblaban las orillas del río apareció ante sus ojos. La luz del farol realizó un movimiento de vaivén por la superficie del relieve de mármol que estaba parcialmente sumergido en el barro. El relieve representaba una escena en la que un dios extraño cubierto con una gorra peculiar daba muerte a un toro enorme. Según las anotaciones del diario de su predecesor, se trataba de Mithras, el misterioso dios de un culto romano que, en su día, había florecido en aquella zona.
El asesino apartó la vista, como había aprendido a hacer cada vez que se cruzaba con una de aquellas viejas estatuas. La mirada acusadora de sus ojos sin visión lo intranquilizaban. Era como si los antiguos dioses pudieran ver el rincón de su interior en el que hervía y se agitaba la extraña energía que alimentaba su genio; como si comprendieran que, en cierto sentido, aquella energía escapaba a su control.

11

La noche siguiente, poco después de las diez, Elenora, Margaret y Bennett Fleming se encontraban junto a un grupo de palmeras plantadas en tiestos.
—El primer baile es fundamental —explicó Bennett mientras examinaba la multitud con actitud de entendido—. Debemos asegurarnos que baila usted con el caballero adecuado.
Elenora observaba con detenimiento a los presentes a través de las hojas de las palmeras. La sala resplandecía gracias a la iluminación de las arañas que colgaban del techo. Una de las paredes estaba forrada con espejos que reflejaban el brillo de la deslumbrante escena.
Las damas, ataviadas con vestidos esplendorosos, y los caballeros, que vestían a la última moda, reían y charlaban con animación. Varias parejas de aspecto muy elegante se deslizaban por la pista de baile. La música descendía de un balcón en el que estaban instalados los músicos. Un pequeño escuadrón de criados vestidos con libreas azules se abrían camino entre la multitud paseando por la sala bandejas con copas de champán y de limonada.
—No sé por qué no puedo bailar con usted primero —le preguntó Elenora a Bennett.
Tan pronto conoció a Bennett Fleming, Elenora decidió que le gustaba mucho. Una sola mirada a su constitución robusta y a la seriedad de su mirada le bastaron para comprender por qué Arthur confiaba en él. Bennett Fleming daba la impresión de ser una de esas pocas personas de buen corazón y carácter firme en las que se podía confiar en situaciones de crisis.

—De ninguna manera, no funcionaría —le aseguró Bennett—. El primero establecerá cierto patrón, ¿comprende? Si elegimos bien, él la colocará en el centro de la atención de forma inmediata.
Margaret lo observó con admiración sincera.
—¿Cómo sabe usted todas estas cosas?
Bennett se sonrojó un poco.
—Mi difunta esposa disfrutaba con los placeres de la buena sociedad. Y, cuando uno está casado con una experta, algo se aprende.
—Sí, claro —murmuró Margaret.
A continuación introdujo la mano en su bolsito y sacó una libretita y un lápiz pequeño.
Bennett frunció el ceño y le preguntó:
—¿Qué hace?
—Tomo notas —aclaró Margaret sin darle importancia.
—¿Para qué?
—Para mi diario.
Elenora contuvo una carcajada. Se preguntó qué diría Bennett si supiera que Margaret estaba realizando una investigación para su nueva novela.
—Comprendo —respondió Bennett mirándola con los ojos entornados. A continuación bebió un sorbo de champán y adoptó la actitud de quien se prepara para entrar en batalla—. Como decía, decidir qué caballero tendrá el privilegio de compartir con usted el primer baile es de suma importancia.
—Hummm —murmuró Elenora—. Este proceso de selección parece similar al de elegir el primer amante.
Bennett se atragantó con el champán.
—El proceso de elegir el primer amante —repitió Margaret en voz baja escribiendo apresuradamente en su libretita—. Sí, me gusta la construcción de esta frase. Tiene algo de misterioso, ¿no cree?
Bennett la miró y dijo:
—No puedo creer que haya escrito esta frase para su diario.
—Así me resultará más interesante cuando lo relea más adelante, ¿no cree? —le preguntó Margaret, obsequiándolo con una brillante sonrisa mientras dejaba caer su libretita en el interior del bolsito.
Bennett decidió no responder a aquella pregunta y volvió a centrar su atención en la pista de baile. De repente, una expresión de alivio iluminó visiblemente su rostro.
—Ahí está —anunció Bennett en voz baja.
—¿Quién? —preguntó Elenora.
—El primero que la acompañará a la pista de baile.
Bennett volvió la cabeza. Elenora siguió su mirada y vio a un caballero alto y distinguido vestido con un chaqué azul, que estaba junto a las puertas que conducían al jardín. Parecía tener cerca de sesenta años y estaba conversando con otro hombre. Su actitud y su expresión dejaban bien claro que la colorida escena que se desarrollaba a su alrededor lo aburría profundamente.
—¿Quién es? —preguntó Margaret—. ¿Y por qué dice usted que es el compañero adecuado para el primer baile de Elenora?
—Se trata de lord Hathersage —explicó Bennett—. Es un hombre adinerado con contactos en toda la sociedad. Su mujer murió hace dos años sin dejarle un heredero y es del dominio público que está buscando una nueva esposa.
—En este caso, ¿por qué querría bailar conmigo? —le preguntó Elenora con curiosidad—. Se supone que yo ya estoy comprometida.
—Todo el mundo sabe que Hathersage es muy especial en cuanto a damas se refiere —respondió Bennett con paciencia—. Él se considera un experto. Bailar con él sin duda atraerá la atención de todos. Los demás caballeros estarán deseosos por

descubrir lo que ha visto en usted. En pocas palabras: Hathersage la convertirá en alguien popular.
—¿Qué ocurrirá si él no quiere bailar conmigo? —preguntó Elenora.
Por primera vez, un brillo de secreta diversión iluminó los amables ojos de Bennett.
—No habrá problema alguno en este sentido.
Margaret le lanzó una mirada rápida e inquisitiva.
—¿Por qué cree usted que querrá bailar con Elenora? Incluso desde aquí se nota que es uno de esos hombres que padece de exceso de aburrimiento.
—Hathersage y Arthur han llevado a cabo negocios en común en varias ocasiones —explicó Bennett—. Además, Hathersage le debe a Arthur un gran favor.
Elenora, presa de la curiosidad, desplegó su abanico con un gesto parsimonioso.
—Quizá no debería preguntarlo, pero no puedo resistirme. ¿Qué tipo de favor?
—Arthur es un genio en todo lo relacionado con las inversiones. Hace seis meses, un proyecto de minería en Yorkshire despertó un gran interés. Arthur intuía que aquella operación constituía un fraude y que lo más probable era que terminara mal. Se enteró de que Hathersage se disponía a comprar una participación en el proyecto y le envió una nota en la que le advertía que no se trataba de una inversión aconsejable. Poco después, aquella operación se vino abajo y todos los que participaron en ella perdieron su dinero. Hathersage, gracias al consejo de Arthur, se libró del desastre.
Sin duda, el proyecto minero al que se refería Bennett era el mismo que había acabado con su padrastro, el mismo que la había privado de su herencia, pensó Elenora. Qué lástima que Samuel Jones no hubiera sido amigo de Arthur. Claro que Jones nunca escuchaba los buenos consejos.
Bennett la miró y le dijo:
—Yo puedo concertar este primer baile, pero lo que ocurra después dependerá totalmente de usted. Cuando esté en la pista de baile con Hathersage, deberá mantener con él una conversación ingeniosa. Si puede divertirlo, aunque sólo sea durante unos instantes, él estará encantado.
Elenora arrugó la nariz.
—Más que como una dama de compañía, me hace sentir usted como una cortesana, señor Fleming.
Bennett realizó una mueca y susurró:
—Discúlpeme.
—Más que como una dama de compañía, me hace sentir como una cortesana —repitió Margaret en voz baja—. Excelente.
A continuación volvió a sacar su libretita.
—No tiene importancia —le respondió Elenora con una sonrisa—. Haré lo posible por contarle algo divertido a lord Hathersage.
Bennett llamó a un criado y envió una nota a Hathersage.
Cinco minutos más tarde Elenora estaba en la pista de baile sonriéndole a su alto compañero de cabello cano. Hathersage se mostraba muy amable, pero era evidente que no estaba más que devolviendo un favor. A aquella distancia, el hastío de su expresión era incuestionable. Elenora pensó que debía de hacer mucho tiempo que se sentía aburrido.
—Ha sido usted muy amable al acceder a la petición del señor Fleming —comentó Elenora.
—Tonterías, estoy encantado de serle útil —contestó Hathersage sin ninguna muestra de sinceridad en la voz—. La verdad es que no supone un gran esfuerzo bailar con una mujer atractiva.
—Gracias —respondió ella.
¿Cómo podía mantener una conversación interesante con un hombre que, sin duda alguna, deseaba estar en cualquier otro lugar?

—Debo decirle que envidio a St. Merryn —continuó Hathersage con sequedad—. Ha conseguido una prometida sin tener que someterse a las exigencias de la sociedad. Yo, por mi parte, tendré que soportar el ritual de ser presentado a una lista interminable de jovencitas bobas que acaban de salir del colegio.
Su actitud empezaba a irritar a Elenora.
—Sospecho que el proceso de conseguir un buen partido debe de resultar tan arduo para las jóvenes damas como para los caballeros como usted.
—Ni hablar —respondió él al parecer realmente angustiado—. No se puede imaginar lo difícil que resulta para un hombre de mi edad y experiencia entablar una conversación con una cría de diecisiete años. De lo único que quieren hablar esas muchachitas es de las últimas majaderías de Byron o de la moda más reciente de París.
—Debería usted contemplar la situación desde el punto de vista de las jóvenes damas. Le aseguro que debe de resultarles en extremo difícil mantener una conversación con un hombre de la edad de su propio padre cuando, en realidad, desearían estar bailando con un poeta joven y atractivo.
Hathersage pareció algo desconcertado. A continuación frunció el ceño y preguntó:
—¿Cómo dice?
—Un hombre a quien, además, sólo le interesa el aspecto, la reputación y la herencia de una —dijo Elenora con un sonido de desaprobación—. Y, cuando ese caballero en extremo aburrido demuestra no tener ningún conocimiento acerca de los temas que le interesan a una, no resulta nada extraño que ella no sea capaz de mantener con él ningún tipo de conversación, ¿no le parece? Resulta difícil imaginarse a esa joven dama corriendo de regreso a su hogar para anotar los recuerdos románticos que le ha dejado un compañero de baile así, ¿verdad?
Se produjo entonces una pausa incómoda durante la cual Hathersage asimiló el comentario de Elenora.
En los ojos de Hathersage brilló un interés auténtico, aunque reticente.
—¿Dónde demonios la ha encontrado St. Merryn, señorita Lodge?
Ella lo deslumbró con su sonrisa más refinada y le respondió:
—Como ya conoce usted a mi prometido, sin duda debe de saber que dispone de una mente extremadamente lógica. Simplemente utilizó su talento para el análisis y el razonamiento lógico para encontrar una prometida adecuada.
—¿Lógica y razonamiento? —preguntó, Hathersage fascinado—. ¿Y adónde le condujeron esas habilidades en su búsqueda de tal dechado de virtudes?
—A una agencia especializada en suministrar damas de compañía del tipo más exclusivo, naturalmente.
Hathersage se rió y decidió continuar con la broma.
—Ah, sí, claro, él mismo aseguró que lo haría.
—Es una forma muy sensata de actuar. Si se analiza a fondo la cuestión, los maridos y las esposas son, en esencia, compañeros, ¿no cree usted?
—Nunca había considerado la institución del matrimonio desde este punto de vista, pero reconozco que tiene algo de razón.
—Piense por un momento en la brillantez de la táctica de St. Merryn. En la agencia le proporcionaron una extensa selección de damas bien educadas con referencias impecables y una reputación intachable. En lugar de verse obligado a bailar con todas ellas y esforzarse en entablar conversaciones que probablemente le aburrirían mortalmente, él se dedicó a realizar entrevistas minuciosas.
—Entrevistas... —dijo Hathersage con una sonrisa— ¡Qué inteligente!
—Lo mejor de esta estrategia es que funciona en ambos sentidos. Por su parte, las candidatas al puesto también pudieron formularle preguntas. Por lo tanto se ahorraron tener que divertir y entretener a una serie de caballeros de edad que no saben nada de las últimas obras de Byron y que lo único que buscan es una heredera atractiva que les proporcione un hijo.

Hathersage se detuvo en medio de la pista de baile y, durante unos angustiosos instantes, Elenora temió haber metido la pata y provocado un completo desastre.
Entonces Hathersage echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.
Todas las cabezas de la sala se volvieron hacia ellos. Todas las miradas se clavaron en Elenora y Hathersage.
Cuando él acompañó a Elenora junto a Bennett y Margaret, la fila de caballeros que esperaban para solicitar un baile se extendía desde las macetas con palmeras hasta la entrada de la sala de juego.
—Considere el favor totalmente devuelto —le dijo Bennett a Hathersage.
—Al contrario —respondió Hathersage, todavía riéndose—. Ésta ha sido la velada más divertida que he pasado en mucho tiempo.

12

Arthur apoyó las dos manos en la barandilla del mirador y escudriñó la abarrotada sala de baile en busca de Elenora. Era más de medianoche y no estaba de buen humor. Había concluido otra noche de pesquisas que le habían proporcionado escasos resultados. La verdad era que había conseguido cierta información en relación con una de las misteriosas cajas de rapé que buscaba, pero todavía quedaban muchas preguntas sin respuesta. Además, tenía la inexplicable sensación de que el tiempo se le acababa.
Tardó unos cuantos minutos en localizar a Elenora. Cuando identificó su cabello negro y brillante en el otro extremo de la sala, entendió por qué le había resultado tan difícil distinguirla: estaba rodeada por una muchedumbre de hombres que ansiaban atraer su atención.
Charlaba con toda familiaridad con un grupo de caballeros que sin duda había conocido esa misma noche. Además, el escote de su vestido esmeralda de cintura alta era demasiado pronunciado y mostraba una buena parte de sus suaves pechos y de sus hombros de contorno delicado. Elenora resplandecía como una joya exótica y Arthur estaba convencido de que todos los hombres de las proximidades la deseaban.
Arthur se preguntó dónde estaban Bennett y Margaret. Se suponía que tenían que estar supervisando la situación.
Mientras Arthur observaba a Elenora, uno de los caballeros que estaban junto a ella realizó una reverencia y la condujo hasta la pista de baile. Fuera lo que fuese lo que Elenora le contaba debía de ser en extremo divertido, porque aquel hombre se reía como un loco.
La noche había ido de mal en peor durante las últimas horas, pensó Arthur, pero la visión de su prometida falsa divirtiéndose con un completo desconocido era la gota que colmaba el vaso. Sin duda, la situación en el salón de baile estaba totalmente fuera de control.
Arthur se apartó de la barandilla y empezó a bajar las escaleras.
—Permítame que le felicite por su encantadora prometida, St. Merryn —declaró, a sus espaldas, una voz que le resultaba familiar.
Arthur se detuvo y observó al hombre que se acercaba a el por el mirador.
—Hathersage.
—Hace un rato tuve el enorme placer de bailar con la señorita Lodge. Sin duda, es una dama fuera de lo común. —Hathersage se detuvo, observó por unos instantes a los bailarines y se rió entre dientes—. La verdad es que estoy considerando seriamente la posibilidad de emplear su estrategia para encontrar una esposa.
—¿Qué quiere decir? —preguntó Arthur.

—Me refiero a su brillante idea de entrevistar a una serie de señoritas en una agencia especializada en suministrar damas de compañía.
A Arthur se le heló la sangre. ¿Era posible que Elenora le hubiera contado a Hathersage toda la verdad acerca de su farsa? Imposible.
—¿Le ha mencionado lo de la agencia? —preguntó Arthur con cautela.
—Le aseguro que ha sido la historia más divertida que he oído en mucho tiempo —repuso Hathersage—. Mañana estará en boca de todos. Un ingenio como el de la señorita Lodge constituye un atributo valioso en una esposa, como en cualquier otro tipo de compañera...
Arthur se relajó un poco al darse cuenta de que, aunque Elenora le había contado la verdad a Hathersage, resultaba tan descabellada que él no la había creído.
Los demás miembros de la sociedad creerían a Hathersage, reflexionó Arthur. Todo estaba bien.
—Sí, es única —comentó Arthur.
—Desde luego —asintió Hathersage y, entornando un poco los ojos, añadió—: No debería quitarle la vista de encima, St. Merryn. No me sorprendería que algunos de los hombres que, en este preciso momento, merodean alrededor de ella estén maquinando la forma de apartarla de usted.
Maldición, ¿era posible que el mismo Hathersage estuviera considerando aquella opción? Según se decía, buscaba una nueva esposa y, sin duda, era lo bastante rico para no preocuparse por la situación financiera de la dama.
Una oleada de rabia lo invadió, pero su fuerza de voluntad y una buena dosis de lógica lo ayudaron a contenerla. Hathersage sólo se estaba divirtiendo.
—Si me disculpa, seguiré su consejo e iré a proteger mis intereses —declaró con calma.
—Prepárese para hacer cola.
Arthur esperó a que el acompañante de Elenora la condujera fuera de la pista de baile para bajar las escaleras. No tenía ninguna intención de hacer cola. Sin embargo, le irritó tener que utilizar la fuerza física y cierto grado de intimidación para abrirse camino hasta Elenora.
Cuando, por fin, llegó hasta ella, Elenora no se mostró muy entusiasmada: tras un ligero sobresalto inicial, se limitó a dedicarle una sonrisa de una forma cortés y socarrona.
—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó en voz baja para que nadie más pudiera oírla—. Creí que tenía otros planes para esta noche.
Se comportaba como si él fuera la última persona que habría querido ver aquella noche, pensó Arthur. Consciente de la presencia de los caballeros contrariados que merodeaban a su alrededor, Arthur sonrió como lo haría un caballero a la dama que le pertenecía e, inclinándose hacia la mano de Elenora, preguntó:
—¿Qué planes podían ser más importantes que bailar con mi encantadora prometida? —La tomó del brazo y la guió con firmeza hacia la pista de baile—. ¿Dónde están Bennett y Margaret? —gruñó.
—Desaparecieron en la sala de juego hace, más o menos, una hora —explicó Elenora examinándolo con cierta preocupación—. ¿Qué ocurre? Parece usted algo perturbado.
—No estoy perturbado, estoy molesto.
—Comprendo. En fin, no puede usted culparme por no saber distinguir entre los dos estados. En su caso, resultan bastante parecidos.
Arthur no permitió que su comentario eliminara su mal humor.
—Se suponía que Bennett y Margaret tenían que vigilarla.
—¡Ah, así que éste es el problema! ¿Estaba usted preocupado por mí? No tiene usted por qué preocuparse. Le aseguro que soy capaz de cuidarme yo sola.
Él se acordó del grupo de hombres que la habían rodeado minutos antes.

—No me gusta la idea de que esté sola en una sala de baile y en medio de una multitud de desconocidos.
—Le puedo asegurar que no estaba sola. Además, estoy haciendo amigos a un ritmo acelerado.
—Ésta no es la cuestión. Usted es una mujer muy competente, Elenora, pero sin lugar a dudas no tiene experiencia para desenvolverse en los círculos aristocráticos.
—Se acordó de la advertencia de Bennett y añadió—: Estas aguas pueden ser muy traicioneras.

—Le aseguro que no tiene por qué preocuparse por mí. Le recuerdo que ésta fue una de las razones por las que se dirigió usted a una agencia de damas de compañía. Entre otros requisitos, deseaba contratar a una mujer de mundo, a alguien que dispusiera de sentido común.
—Esto nos lleva a otra cuestión —dijo Arthur sujetándola con más firmeza—. ¿En qué estaba pensando cuando le contó a Hathersage que la había contratado en una agencia?
—Bennett me ha advertido que tenía que contarle algo que llamara su atención, y así lo he hecho. Yo había oído hablar de la promesa que realizó usted hace un año asegurando que buscaría a su futura esposa en una agencia y he decidido que, si me refería a aquella pequeña broma, Hathersage se divertiría. Y exactamente así ha sido.
—Ya. —Arthur tuvo que admitir que ella tenía razón. A Hathersage le había parecido muy divertida—. ¿Quién le ha hablado de la promesa que realicé un año atrás?
—Todo el mundo ha oído hablar de aquel comentario. Sin duda ha entrado a formar parte de su leyenda personal.
Arthur realizó una mueca.
—En aquel momento pretendía que fuera un comentario ingenioso, una de esas cosas que se dicen para evitar la compasión o las preguntas no deseadas —explicó él.
—Comprendo. Sin embargo, después, cuando se dio cuenta de que necesitaba una mujer para que simulara que era su prometida, se le ocurrió pensar que la idea, en realidad, era muy buena, ¿no es así?
—O contrataba a una dama de compañía o a una actriz —explicó él—. Y era algo reacio a contratar a una actriz porque temía que la reconociera alguien que... —Arthur titubeó mientras buscaba una forma diplomática de expresar lo que pensaba—, la hubiera visto actuar sobre el escenario.
Elenora percibió su breve pausa y, arqueando las cejas, puntualizó:
—O alguien que hubiera disfrutado de sus favores fuera del escenario.
—No quería injuriar a su abuela —comentó él con sequedad.
—No la ha injuriado. Ella habría sido la primera en reconocer que las actrices y las bailarinas de opereta gozan de cierta reputación entre los caballeros de la alta sociedad.
Él se sintió aliviado de que aquella cuestión no la hubiera ofendido o molestado. Entonces se dio cuenta de que era un descanso poder hablar sin tapujos con una mujer, y su estado de ánimo mejoró por primera vez aquella noche. Con Elenora no tenía que preocuparse por si hería, de una forma accidental, su sensibilidad femenina. Sin duda era una mujer de mundo.
—De todos modos —continuó él mientras retomaba la cuestión que quería tratar con ella—, habría sido mejor que no le hubiera recordado a Hathersage mi promesa de elegir una dama de compañía para hacerla mi esposa. Ahora todos sentirán verdadera curiosidad por usted.
—Disculpe, pero ¿no era éste el propósito de la farsa? Su objetivo era utilizarme para distraer la atención de los miembros de la alta sociedad mientras llevaba a cabo sus negocios privados, ¿no es cierto?

Él realizó una mueca y admitió:
—Así es.
—Parece lógico que cuanto mayor sea el número de personas que sientan curiosidad por mí, menos serán las que presten atención por lo que usted hace.
—Está bien —gruñó él—. Tiene razón y admito mi derrota. No sé por qué me he molestado en iniciar esta discusión. Debo de haber padecido una pérdida de memoria momentánea.
Sin embargo este razonamiento era falso, reconoció él para sus adentros. Había empezado aquella pequeña riña porque la posibilidad de que Hathersage tuviera puesto un ojo sobre Elenora lo había alterado en gran medida. Además, ver que otros hombres se fijaban tanto en ella lo había perturbado y no quería analizar en profundidad el porqué de este hecho.
Elenora se echó a reír.
—¡Por todos los santos, nadie en su sano juicio creerá que usted acudió a una agencia para encontrar una esposa!
—Es probable que no.
Ella lo miró con reprobación.
—La verdad es que debería usted tranquilizarse y concentrarse en sus negocios —aconsejó Elenora—. Yo me encargaré de los asuntos por los que me paga. Espero que sus planes se estén desarrollando bien.
Arthur pensó que ella era la única parte de su intrincado plan que estaba funcionando. De repente se le ocurrió que le gustaría mucho comentar con ella los otros aspectos de su estrategia. Necesitaba hablar con alguien y Elenora era una mujer de mundo e inteligente que no se impresionaba con facilidad. Además, ahora estaba convencido de que sabía guardar un secreto.
Por otro lado, necesitaba ideas nuevas con desesperación. Su falta de progresos durante los últimos días era preocupante.
Bennett le había aconsejado que le contara la verdad a Elenora y, después de todo, quizá su idea no era tan mala.
Arthur se detuvo en uno de los extremos de la pista de baile y, sin hacer caso de la mirada inquisitiva de Elenora, la guió hacia las cristaleras que comunicaban con la terraza.
—Necesito aire —declaró—. Venga, hay algo que quiero contarle.
Elenora se dejó guiar por él.
El frescor de la noche resultaba agradable después del ambiente caluroso de la abarrotada sala de baile. Arthur cogió a Elenora por el brazo y la condujo al otro extremo de la terraza, lejos de las luces. Descendieron los escalones de piedra que conducían al jardín, iluminado con farolas.
Arthur y Elenora caminaron durante un rato y se detuvieron finalmente junto a una gran fuente. Arthur escogió sus palabras con cuidado antes de iniciar su relato.
—No he venido a la ciudad para establecer un consorcio de inversores —explicó con lentitud—. Ésta es la excusa que he inventado para encubrir mi verdadero propósito.
Elenora asintió con la cabeza sin mostrar ningún signo de sorpresa.
—Tenía la sensación de que había algo más en todo este asunto —le dijo a Arthur—. Un hombre de su inteligencia y su determinación no contrataría a una prometida falsa sólo para evitar los inconvenientes de tener que enfrentarse a todas las jóvenes casaderas de la sociedad.
Él esbozó una sonrisa.
—Este comentario demuestra lo poco que sabe usted acerca de estos inconvenientes. Sin embargo, tiene razón. La contraté para encubrir mi verdadero objetivo.
Elenora se tocó la barbilla con expectación y preguntó:
—¿Y cuál es su verdadero objetivo?

Él titubeó otro par de segundos mientras observaba con fijeza los ojos claros de Elenora y, finalmente, desechó sus últimos recelos. Todos sus instintos le decían que podía confiar en ella.
—Intento encontrar al hombre que asesinó a George Lancaster, mi tío abuelo —declaró.
Al oír aquella noticia, Elenora se quedó paralizada, mirando a Arthur con atención. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que acababa de oír, consiguió mantener bastante la compostura.
—Comprendo —dijo con un tono de voz neutro.
Él recordó la ocasión en que Elenora lo había tomado por un loco que se había escapado del manicomio.
—Supongo que ahora cree que estoy loco de verdad.
—No —respondió ella, pensativa—. No. Lo cierto es que este objetivo tan peculiar explica su curiosa decisión de contratarme. Estaba bastante segura de que su objetivo no consistía en un mero negocio.
—Sea lo que fuere —continuó él con un tono de voz cansado—, lo que es seguro es que no se trata de un mero negocio.
—Cuénteme cómo murió su tío abuelo —le pidió Elenora.
Él apoyó una de sus botas en el borde de la fuente y el antebrazo en su muslo. Durante unos instantes escudriñó las aguas oscuras del pilón mientras ponía en orden sus pensamientos.
—La historia es larga y complicada. Empezó hace muchos años, cuando mi tío abuelo tenía dieciocho. Por aquel entonces realizó un viaje a Europa. En aquella época ya estaba obsesionado con la ciencia, de modo que pasó la mayor parte del viaje en las bibliotecas más antiguas de los países que visitó.
—Continúe.
—En Roma tropezó con los libros y los diarios de un alquimista misterioso que había muerto doscientos años antes. Mi tío abuelo se quedó fascinado por lo que descubrió.
—Según se dice, la línea que ha separado la alquimia y la ciencia a lo largo de la historia, ha sido, en múltiples ocasiones, difusa y difícil de distinguir —comentó Elenora con voz suave.
—Es cierto. En cualquier caso, entre los libros del alquimista, mi tío abuelo encontró un antiguo lapidario titulado El libro de las piedras.
Elenora enarcó las cejas.
—Los viejos lapidarios son tratados acerca de las propiedades mágicas y ocultas de las piedras preciosas, ¿no es cierto?
—Exacto —respondió Arthur—. En concreto, este lapidario lo había escrito el alquimista en persona. El libro estaba encuadernado en piel labrada y tenía tres piedras preciosas de color rojo oscuro incrustadas en la portada. En el interior se hallaba la fórmula y las instrucciones para la construcción de un aparato denominado “Rayo de Júpiter”. El texto estaba escrito en un complicado código alquímico.
—¡Qué curioso! ¿Cuál era el propósito del aparato?
—Por lo visto, era capaz de crear un haz de luz parecido a un rayo de gran potencia que podía utilizarse como un arma. —Arthur sacudió la cabeza y añadió—: Tonterías ocultistas, por supuesto; claro que, en el fondo, la alquimia no es más que eso.
—Desde luego.
—Como le decía, en aquella época mi tío abuelo era joven y falto de experiencia. Me contó que le emocionó mucho el hallazgo del lapidario. Según las notas del alquimista, las tres piedras rojas constituían la clave para producir la poderosa energía que emitía el aparato.
—¿Qué hizo su tío abuelo con el lapidario?

—Lo trajo a Inglaterra y se lo enseñó a sus dos mejores amigos de aquella época. Los tres se sintieron cautivados por la idea de construir aquella máquina.
—Supongo que no tuvieron éxito.
—Mi tío abuelo me contó que, aunque lograron construir un aparato que se parecía mucho al dibujo que había en el lapidario, no consiguieron extraer la extraña energía que, supuestamente, estaba oculta en las piedras.
Elenora sonrió levemente.
—No me sorprende —confesó—. Estoy convencida de que las instrucciones del alquimista no eran más que fantasías descabelladas.
Arthur contempló el rostro de Elenora. En la penumbra, sus ojos parecían estanques oscuros y arrebatadores, mucho más misteriosos que las fórmulas de un alquimista. La falda de su vestido brillaba, como una joya, a la luz de la luna. Arthur tuvo que esforzarse para contener el impulso imperioso de tocar la piel suave y delicada de su nuca, y se obligó a concentrarse en su historia.
—Mi tío abuelo me contó que, al final, tanto él como sus dos compañeros llegaron a esa misma conclusión: el “Rayo de Júpiter” era una fantasía. Después de aprender la lección acerca de la inutilidad de la alquimia, dejaron de lado los experimentos y el aparato y se dedicaron a estudios más serios, como la química y las ciencias naturales.
—¿Qué hicieron con las piedras y el aparato que habían construido?
—Uno de los tres se quedó con la máquina, supuestamente como recuerdo de su flirteo con la alquimia. En cuanto a las piedras, decidieron incrustarlas en sendas cajas de rapé como emblema de su amistad y de su compromiso con el camino verdadero de la ciencia moderna.
—¿Una caja de rapé para cada uno de ellos?
—Exacto. Las cajas se esmaltaron con escenas de un alquimista realizando su trabajo. El tío George me contó que él y sus amigos formaron un pequeño club denominado Sociedad de las Piedras. Ellos eran los únicos miembros y cada uno adoptó un nombre en clave sacado de la astrología y lo grabó en la caja.
—Parece lógico —comentó Elenora—. La alquimia siempre ha estado muy vinculada a la astrología. ¿Qué nombres escogieron?
—Mi tío abuelo se llamaba Marte. El segundo hombre, Saturno, y el tercero, Mercurio. Pero nunca me dijo los nombres auténticos de sus compañeros. No había razón alguna para que me los mencionara: yo no era más que un niño cuando me contó la historia.
—Es un relato fascinante —susurró Elenora—. ¿Qué ocurrió con la Sociedad de las Piedras?
—Durante algún tiempo, los tres hombres mantuvieron una estrecha relación en la que compartían la información acerca de sus investigaciones y experimentos. Sin embargo, después de cierto tiempo se separaron. El tío George me explicó que uno de los miembros de la sociedad falleció cuando tenía veintitantos años. Murió a causa de una explosión que tuvo lugar en su laboratorio. El tercer hombre, por lo que yo sé, sigue con vida.
—Y su tío abuelo está muerto —comentó ella.
—Así es. Murió asesinado en su laboratorio hace sólo unas semanas.
Elenora frunció un poco el ceño y preguntó:
—¿Está seguro de que fue asesinado? ¿No pudo tratarse de un accidente?
Arthur la miró.
—Le dispararon dos veces en el pecho.
—¡Santo cielo! —exclamó Elenora conteniendo el aliento—. Comprendo.
Arthur contempló el agua que caía a la fuente y confesó:
—Yo quería mucho a mi tío abuelo.
—Le expreso mis condolencias.

La sinceridad de su voz era genuina y Arthur se sintió extrañamente conmovido por sus palabras.
Se despertó de su ensueño melancólico y retomó el relato de su historia.
—El detective que contraté para que investigara el asesinato ha resultado ser un fracaso. Según sus conclusiones, mi tío fue asesinado por un ladrón al que sorprendió en su laboratorio o, con mayor probabilidad, por el joven que lo ayudaba en sus experimentos.
—¿Ha hablado usted con el ayudante?
Arthur apretó la mandíbula.
—Por desgracia, John Watt huyó la noche del asesinato y no he podido encontrarlo.
—Discúlpeme, pero debe usted admitir que su desaparición refuerza la teoría del detective.
—Conozco bien a Watt y estoy convencido de que nunca habría cometido un asesinato.
—¿Y qué hay de la otra teoría? —preguntó ella—. La que se refiere al ladrón.
—Sin duda hubo un ladrón, pero éste no actuó por azar. Después de la muerte de mi tío, registré su casa con detenimiento y no encontré El libro de las piedras por ningún lado. —Arthur apretó el puño que tenía sobre el muslo—. Y la caja de rapé que tenía incrustada la piedra roja también había desaparecido. No eché en falta nada más.
Elenora reflexionó sobre sus palabras y finalmente preguntó:
—¿Está seguro?
—Por completo. En mi opinión, mi tío abuelo fue asesinado por alguien que buscaba el lapidario y la caja de rapé. Además, estoy convencido de que las tres cajas constituyen pistas importantes. Si logro encontrar las que pertenecían a los antiguos amigos de mi tío abuelo, quizá descubra algo útil. Últimamente he centrado todos mis esfuerzos en esta dirección.
—¿Ha tenido usted suerte?
—Un poco —respondió él—. Esta noche, por fin he averiguado la dirección de un anciano caballero que quizá pueda proporcionarme información acerca de una de las cajas. Todavía no he podido hablar con él, pero espero hacerlo muy pronto.
Se produjo un breve silencio. Arthur oyó la música y las risas que procedían de la sala de baile, pero que parecían venir de muy lejos. Allí, junto a la fuente, se experimentaba una sensación de confidencialidad que rayaba en lo íntimo. La esencia floral del perfume de Elenora atraía sus sentidos y ponía en tensión los músculos de su estómago. Entonces se dio cuenta de que se estaba excitando.
“Contrólate, lo último que necesitas en estos momentos es una complicación de este tipo.”
—Dice usted que ha desechado las conclusiones del detective —prosiguió Elenora al cabo de unos instantes—, pero ¿tiene alguna idea acerca de quién puede ser el asesino de su tío abuelo?
—No exactamente. —Arthur titubeó—. Al menos, ninguna que tenga sentido.
—Usted es un hombre de lógica y raciocinio. Si está considerando alguna teoría, por extraña que parezca, estoy convencida de que dispondrá de una base sólida.
—En este caso no. Pero admito que mi mente vuelve, una y otra vez, a un comentario que mi tío abuelo realizó respecto a sus dos amigos y la sociedad que habían fundado.
—¿Cuál fue su comentario? —preguntó ella.
—Mi tío mencionó que uno de ellos, el que se apodaba Mercurio, nunca superó su fascinación por la alquimia, aunque pretendía lo contrario. Según me contó, Mercurio era el más brillante de los tres. Hubo una época en la que creían que algún día sería proclamado el segundo Newton de Inglaterra.
—¿Qué fue de él?
Arthur la miró.

—Mercurio fue el miembro de la sociedad que falleció en la explosión de su laboratorio —admitió.
—Comprendo. Bueno, entonces resultará difícil llegar a la conclusión de que él haya sido el asesino, ¿no cree?
—Resultará imposible. —Arthur suspiró—. Sin embargo no dejo de pensar en esta posibilidad.
—Aunque estuviera vivo, ¿por qué habría esperado todos estos años para asesinar a su tío abuelo y robar el lapidario y la piedra?
—No lo sé —respondió Arthur—. Quizás ha tardado todo este tiempo en descifrar el secreto que permite extraer la energía de las piedras rojas.
—Sin embargo, tal secreto no existe —dijo Elenora extendiendo las manos—. Su tío abuelo reconoció que el proyecto del alquimista no era más que una fantasía.
—Así es, pero mi tío también me dijo algo más —continuó Arthur con lentitud—. Algo que me preocupa. Según me contó, aunque Mercurio era, sin lugar a dudas, muy inteligente, hacia el final de su vida mostró signos de desequilibrio mental e incluso de auténtica locura.
—¡Ajá! —exclamó Elenora dándose unos golpecitos en la palma de la mano con el abanico—. Entonces es posible que el tal Mercurio creyera en el poder de las piedras rojas.
—Así es. Pero, aunque fuera cierto, todo sucedió hace un montón de años. Mercurio, fuera quien fuese, hace mucho tiempo que está en la tumba.
—Quizás alguien ha encontrado sus notas o sus diarios y ha decidido continuar su experimento.
Arthur sintió una oleada de admiración.
—Esta teoría es muy interesante, señorita Lodge...
La risa, ligera y burlona, de una mujer lo interrumpió en mitad de la frase. El sonido procedía del otro lado del alto seto que había junto a ellos. La voz de un hombre susurró una respuesta.
—Sí, la he visto con Hathersage —declaró la mujer—. La señorita Lodge es un pieza única, ¿no crees? Sin embargo, si me preguntas mi opinión, te diré que hay algo muy raro en ella. —La mujer inspiró delicadamente y prosiguió—: Aún más, creo que hay algo muy raro en toda la situación.
—¿Por qué lo dices, Constance? —preguntó el hombre con un tono de voz divertido y curioso a la vez—. Me parece que St. Merryn ha encontrado una prometida muy misteriosa.
Arthur reconoció la voz. Pertenecía a un hombre llamado Dunmere, socio de uno de sus clubs.
—¡Bah! —exclamó Constance esta vez resoplando con indignación—. Dudo que St. Merryn pretenda realmente casarse con ella. Esto resulta obvio. Cuando un hombre de su rango y posición busca una esposa, elige a una joven heredera de una buena familia. Esto es del dominio público. Por otro lado, nadie sabe nada acerca de la procedencia de la señorita Lodge y, a juzgar por su comportamiento y por lo que he oído de su conversación, me atrevería a afirmar que no se trata de una joven inocente.
Arthur vio que Elenora escuchaba con atención la conversación que tenía lugar al otro lado del seto. Cuando ella levantó la vista y lo miró a los ojos, él se llevó un dedo a los labios para indicarle que permaneciera en silencio. Elenora asintió con la cabeza frunciendo el ceño.
“Con suerte —pensó Arthur—, aquel par de cotillas se alejarían de allí.”
—No estoy de acuerdo —replicó Dunmere—. A St. Merryn se lo considera un excéntrico y no resulta extraño que elija una esposa que se salga de la norma.
—Toma nota de mis palabras —contestó Constance—: hay algo muy raro en su compromiso con la señorita Lodge.

Arthur oyó el ruido de pisadas sobre la gravilla y el crujido de unas faldas. Imposible evitar el encuentro con Constance y Dunmere: se dirigían hacia la fuente.
—Quizá se trate de un compromiso por amor —sugirió Dunmere—. St. Merryn es muy rico y puede permitirse este lujo.
—¿Una boda por amor? —preguntó Constance soltando una risa falsa y crispada—. ¿Estás loco? Estamos hablando de St. Merryn, y él es más frío que el hielo. Todo el mundo sabe que lo único que despierta sus pasiones son sus inversiones.
—Admito que no parece poseer una gran sensibilidad romántica —accedió Dunmere—. Yo estaba en el club la noche que le dijeron que su prometida había huido. Nunca olvidaré su reacción: fue de total despreocupación.
—Exacto. Cualquier hombre que posea aunque sólo sea un mínimo de sensibilidad romántica habría salido en su busca.
—No quisiera molestarte, querida, pero por una prometida que traiciona a su futuro esposo con otro hombre no vale la pena arriesgar el cuello en un duelo.
—¿Y qué hay del honor de St. Merryn? —preguntó Constance.
—No era su honor el que estaba en juego —contestó Dunmere con sequedad—, sino el de la dama. Te aseguro que ningún miembro de la alta sociedad se cuestionaría el honor de St. Merryn.
—Sin embargo, desde todos los puntos de vista, St. Merryn se comportó como si aquel asunto no fuera más que una de las aburridas representaciones teatrales tan propias del teatro Drury Lane.
—Quizás es así como él lo consideraba —respondió Dunmere en un tono meditativo.
—¡Tonterías! Te digo que St. Merryn es tan frío como una tumba. Ésta es la razón de que no saliera tras su prometida aquella noche. Y ésta es la razón de que yo esté tan convencida de que, sea lo que fuere, este compromiso no tiene nada que ver con el amor.
Arthur observó a Elenora: todavía escuchaba la conversación con interés, pero no logró deducir lo que pensaba y, por alguna razón, esto lo preocupó.
—Querida Constance —manifestó Dunmere con malicia—, se diría que averiguaste que St. Merryn es de naturaleza fría de una forma personal. Qué ocurrió, ¿intentaste convertirlo en el blanco de tu encantador arte de seducción y él rechazó la oferta de tu tentadora cama?
—No seas absurdo —respondió Constance con prontitud—. No tengo ningún interés personal en St. Merryn, sólo repito lo que todo el mundo sabe que es verdad. Cualquier hombre que esté jugando a las cartas en su club mientras su prometida huye con su amante carece de sentimientos y, en consecuencia, es incapaz de enamorarse.
Constance y Dunmere casi habían llegado al extremo del seto. En breves momentos doblarían la esquina del seto. Arthur se preguntó si le daría tiempo de alcanzar el otro extremo del seto para esconder a Elenora detrás.
Antes de que pudiera indicarle sus intenciones, ella se puso de puntillas. El primer pensamiento de Arthur fue que pensaba salir corriendo del inminente encuentro con esa pareja de cotillas.
Sin embargo, se quedó de piedra cuando ella, en lugar de huir, le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él.
Elenora colocó una mano detrás de la cabeza de Arthur para acercarlo a ella.
—Béseme —le ordenó con un jadeo entrecortado.
Claro, pensó Arthur, qué inteligente: la mejor manera de acallar aquel cotilleo era que los vieran enlazados en un abrazo apasionado. Elenora era una mujer de reacciones rápidas.
Arthur la acercó a él y juntó sus labios con los de ella.
Enseguida se olvidó de la pequeña obra que se suponía que estaban representando y un calor ardiente y embriagador recorrió su cuerpo.

Percibió muy vagamente el gritito asombrado de Constance y la risa ahogada de Dunmere, pero los ignoró y besó a Elenora con más pasión.
Elenora apretó de pronto los dedos contra los hombros de Arthur. Él sabía que su reacción súbita y apasionada la había sobresaltado. Arthur deslizó entonces una mano por la espalda de Elenora hasta donde empezaba la curva de sus caderas y la empujó contra la intimidad del hueco que se formaba entre sus piernas, una de las cuales todavía estaba apoyada en el borde de la fuente.
Aquella posición le permitió sentir la suavidad del estómago de Elenora contra su erección, y un dolor cálido y agradable se apoderó de la parte baja de su cuerpo.
—¡Vaya, vaya, vaya! —murmuró Dunmere—. Por lo visto, St. Merryn no es tan frío como tú creías, mi querida Constance. Y, además, a la señorita Lodge no parece asustarle el terrible destino que la espera estando en sus manos.

13

Margaret se acomodó en el asiento acolchado del carruaje y sonrió a Arthur con aire esperanzado.
—Creo que todo ha salido bien, ¿no crees?
Arthur estaba sentado frente a ella. La luz mortecina de las lámparas del interior del carruaje cubría su rostro de sombras y de misterio.
—Sí —respondió él en voz baja y grave con los ojos puestos en Elenora—. En mi opinión, todos hemos realizado una actuación excelente esta noche.
Un escalofrío leve de inquietud, o quizá de incertidumbre, recorrió el cuerpo de Elenora, que decidió concentrarse en observar las abarrotadas calles para evitar, así, la mirada atenta de Arthur.
Cuando lo besó en el jardín, su única intención era llevar a cabo una actuación convincente para acallar los cotilleos. Sin embargo, casi de inmediato perdió el control de la situación.
Todavía no entendía lo que había ocurrido. Primero apremió a Arthur para que la abrazara delante de su escasa audiencia y, al minuto siguiente, se sintió conmovida e impresionada de los pies a la cabeza.
El beso la había dejado acalorada y desorientada. Estaba convencida de que si Arthur no la hubiera estado sujetando con tanta fuerza cuando Constance y Dunmere aparecieron por el extremo del seto habría perdido el equilibrio. Todavía sentía en la nuca un cosquilleo que le resultaba desconcertante.
—La verdad es que has conseguido la distracción que querías —continuó Margaret, ajena al desasosiego que reinaba en la penumbra del carruaje—. Todos los asistentes al baile estaban muertos de curiosidad. Y os aseguro que los rumores se acentuaron todavía más cuando regresasteis de vuestro paseo por la terraza.
—¿De verdad? —preguntó Elenora con despreocupación.
—Sin lugar a dudas —confirmó Margaret—. No sé cómo lo hicisteis, pero el señor Fleming y yo estuvimos de acuerdo en que parecía que hubierais protagonizado una escena de amor ardiente en los jardines. Debo decir que se trató de una actuación impresionante.
Elenora no se atrevió a apartar la vista de las calles envueltas en sombras y se limitó a murmurar:
—Mmmm.
—Yo también me siento satisfecho de los resultados de la representación del jardín —comentó Arthur como si se tratara de un crítico teatral difícil de complacer.
Elenora, desesperada por cambiar de tema, esbozó una sonrisa cálida y leve y, mirando a Margaret, le preguntó:

—¿Has disfrutado de la velada?
—¡Oh, sí, muchísimo! —exclamó Margaret con una actitud ensoñadora—. El señor Fleming y yo pasamos la mayor parte del tiempo hablando de las últimas novedades literarias. Por lo visto, es un gran admirador del trabajo de la señora Mallory.
Elenora apenas consiguió ocultar la risa tras un pañuelo.
—Sin duda, el señor Fleming posee un gusto excelente —declaró.
—Yo también opino lo mismo —confirmó Margaret.
Arthur frunció el ceño y dijo:
—Ya le he advertido a Bennett, una y otra vez, que probablemente su costumbre de leer novelas sea la responsable de que tenga una percepción del mundo tan poco realista y tan ridículamente romántica.

Unos veinte minutos más tarde el carruaje se detuvo, con un estruendo, delante de la entrada principal de la mansión de St. Merryn. Ned, con aspecto dormido, abrió la puerta.
Margaret ocultó un leve bostezo con el dorso de su mano enguantada.
—¡Santo cielo! —exclamó—, esta velada tan larga me ha agotado. Si me disculpáis, me iré directamente a la cama.
A continuación subió las escaleras como si tuviera unos muelles en los pies. En realidad, pensó Elenora, Margaret no parecía estar nada cansada. De hecho, aquella noche no sólo se movía con especial ligereza, sino que sus ojos brillaban con más intensidad.
Elenora todavía estaba analizando el resplandor sutil y nuevo de los ojos de Margaret cuando se dio cuenta de que Arthur sostenía en alto el candelabro y examinaba la estancia con el ceño fruncido.
—¿No te parece distinto el vestíbulo? —preguntó él.
Ella examinó la sala.
—No, creo que no.
—Pues a mí, sí. Los colores parecen más vivos, el espejo no está tan oscuro y las estatuas y los jarrones parecen más nuevos.
Sorprendida, Elenora examinó más de cerca la figura de mármol que tenía junto a ella, y se echó a reír:
—Tranquilízate, no hay nada extraño en el aspecto nuevo de los objetos. Esta tarde di instrucciones para que limpiaran a fondo el vestíbulo mientras estábamos fuera. A juzgar por la capa de polvo que había antes, no se había hecho en mucho tiempo.
Él la observó con una mirada escrutadora.
—Comprendo.
Por alguna extraña razón, Elenora se sintió incómoda.
—En fin, es bastante tarde, ¿no crees? —preguntó ella mientras intentaba adoptar una actitud educada y profesional—. Será mejor que yo también me vaya a la cama. Estoy tan poco acostumbrada a trasnochar como lo está Margaret.
—Me gustaría hablar contigo antes de que subas a dormir —declaró Arthur.
Sus palabras sonaron como una orden, no como una petición. Elenora tuvo de pronto un presentimiento: ¿iba a despedirla por lo que había ocurrido en el jardín?
—Muy bien —musitó ella.
Arthur miró a Ned y le dijo:
—Puedes irte a la cama. Gracias por esperarnos despierto, pero era innecesario. Podemos arreglárnoslas solos cuando volvemos tan tarde. De ahora en adelante, no nos esperes levantado. Tú también tienes que descansar.
Ned pareció sorprendido por el gesto amable de su patrono.
—Sí, señor. Gracias, señor —respondió, y se marchó a toda prisa.

Un segundo más tarde, después de que Ned desapareciera por las escaleras que conducían a las dependencias del servicio, Elenora oyó cerrarse con un ruido sordo la puerta que conducía a la planta inferior de la casa.
De repente, el vestíbulo le pareció cercano y, sobre todo, muy íntimo.
—Sígame, señorita Lodge, mantendremos nuestra conversación en la biblioteca.
Arthur cogió un candelabro y avanzó por el pasillo. Elenora lo siguió con cierta reserva. ¿Estaría enfadado por la actitud de entusiasmo excesivo que ella había mostrado durante el beso? Quizá podía explicarle que ella había sido la primera sorprendida: no sabía que tuviera ese talento interpretativo.
Arthur la condujo al interior de la biblioteca y cerró la puerta con firmeza.
Un sentimiento de fatalidad se apoderó de Elenora.
Sin pronunciar una palabra, Arthur dejó el candelabro y se dirigió a la chimenea. Una vez allí, apoyó una rodilla en el suelo y avivó las brasas. A continuación se incorporó, se quitó el fular y, después de arrojarlo sobre una silla cercana, se desabotonó la camisa blanca de hilo y dejó al descubierto algunos de los cabellos, oscuros y rizados, que cubrían su pecho.
Elenora apartó la vista de su cuello desnudo. Tenía que concentrarse, se dijo a sí misma, su puesto de trabajo estaba en juego. No podía permitir que la despidiera sólo porque lo había besado con cierta euforia. De acuerdo, con mucha euforia, rectificó para sus adentros. En cualquier caso, no era culpa suya.
Elenora carraspeó.
—Si desaprueba mi sugerencia de que nos abrazáramos antes, me disculpo. Sin embargo, debo recordarle que, en gran medida, me contrató por mis cualidades interpretativas.
Arthur cogió la licorera y empezó a decirle:
—Señorita Lodge...
—También desearía recordarle que mi abuela fue una actriz profesional —interrumpió ella.
Él sirvió dos copas de brandy y asintió con solemnidad:
—Sí, ya me ha mencionado a su abuela en varias ocasiones.
—La cuestión es que quizás heredé de ella más habilidades interpretativas de las que creía, ¿comprende? —explicó Elenora abanicándose con fuerza—. Esto explicaría la intensidad de mi, bueno... representación. Le aseguro que a mí me sorprendió tanto como a usted.
—¿De verdad?
Arthur le tendió una copa de brandy y se apoyó en una de las esquinas de su escritorio. A continuación, movió ligeramente su copa describiendo pequeños círculos y contempló a Elenora con una expresión inquietante.
—Así es —respondió Elenora intentando esbozar una sonrisa tranquilizadora—. En el futuro, procuraré contener mis habilidades en esta área.
—Volveremos a la cuestión de su talento interpretativo en unos segundos. Antes, quiero terminar la conversación que estábamos manteniendo cuando nos interrumpió ese par de cotillas.
—¡Ah!
Elenora miró la copa que él le había dado y decidió que necesitaba tomar algo que la fortaleciera. A continuación bebió un trago largo del fuerte licor y, cuando éste llegó al fondo de su garganta, casi se quedó sin respiración. Fue como si se hubiera tragado una brasa ardiente.
Sin duda Arthur notó que algo no iba bien, porque enarcó las cejas.
—Quizá debería usted sentarse, señorita Lodge —le aconsejó.
Ella se dejó caer como una piedra en el sofá y respiró profundamente.
—Este brandy es muy fuerte —declaró, casi sin aliento.
—Así es —corroboró él mientras se llevaba la copa a los labios—. Y también es muy caro. En mi opinión, es mejor beberlo a sorbos que de un solo trago.

—Lo recordaré en el futuro —aseguró Elenora.
Él asintió con un movimiento de la cabeza.
—Bien, como le comentaba, he averiguado el nombre de un caballero que quizá sepa algo acerca de las cajas de rapé. Tengo la intención de hablar con él. Sin embargo, agradecería que me comunicara cualquier idea que se le ocurra sobre cómo localizar a John Watt, el ayudante de mi tío abuelo.
—¿El hombre que desapareció la noche del asesinato? —preguntó ella.
—Sí. Me he pasado los tres últimos días recorriendo los lugares que solía frecuentar, las tabernas y los pubs que más le gustaban, el barrio en el que creció y este tipo de sitios. Pero no he encontrado ni rastro de él, al menos hasta ahora. Es como si se hubiera evaporado.
Elenora reflexionó unos instantes sobre lo que Arthur acababa de decir.
—¿Ha hablado con los miembros de su familia? —le preguntó.
—Watt es huérfano. No tiene familia.
—¿Y está seguro de que no es el asesino?
Arthur empezó a negar con la cabeza y, cuando se detuvo, abrió una de sus grandes manos y, con la palma hacia el techo, declaró:
—Cuando se trata de la naturaleza humana todo es posible, pero no creo que Watt sea el malo de esta obra. Lo conozco desde hace años y es un hombre honesto y trabajador. Además, sentía verdadera devoción por mi tío abuelo, que confiaba plenamente en él y le pagaba con generosidad. No me cabe en la cabeza que Watt pudiera haberle agredido.
—¿Aquella noche Watt no robó nada? ¿No echó usted de menos ningún objeto de valor? —preguntó Elenora.
—No.
—Entonces, quizá no es en los pubs y en las tabernas donde debería haber buscado —declaró Elenora con lentitud.
—¿Dónde habría buscado usted? —preguntó él.
—No soy ninguna experta y sabe Dios que no tengo experiencia alguna en la resolución de crímenes —declaró Elenora con prudencia—. Sin embargo, creo que un hombre honesto y trabajador que hubiera huido por temor a perder la vida y que no hubiera echado mano de ningún objeto de valor para costearse la manutención y el alojamiento, sólo tendría una idea en la cabeza.
—¿Cuál? —preguntó Arthur con intriga.
—Encontrar un trabajo lo antes posible.
Arthur permaneció inmóvil con un brillo de entendimiento en los ojos.
—¡Claro! —exclamó en voz baja—. He pasado por alto lo evidente. Aun así, todavía queda un territorio muy amplio que se podría investigar. ¿Cómo se encuentra a un hombre solo en esta ciudad?
—¿Está seguro de que estaba solo?
—¿Qué quiere decir?
—Dice que se trata de un hombre joven y sin familia, pero ¿no había ninguna mujer en su vida?
Arthur levantó la copa de brandy medio vacía en señal de brindis.
—Una idea excelente, señorita Lodge. Ahora que lo menciona, recuerdo que una joven criada de la casa de mi tío abuelo parecía estar bastante prendada de Watt. Lo primero que haré mañana por la mañana será entrevistarla.
Elenora se relajó un poco: ahora Arthur parecía satisfecho, así que, después de todo, quizá no la despediría.
Él se separó del escritorio y se puso delante de la chimenea. Bajo la luz titilante de las llamas, el brandy de su copa de vidrio tallado brillaba como una joya líquida.
—Tenía el presentimiento de que hablar con usted me ayudaría a aclarar mis pensamientos —declaró él al cabo de unos instantes—. Le agradezco sus comentarios y sus observaciones.

Ese elogio le dio a Elenora más calor que el fuego del hogar.
—Espero que le resulten útiles —dijo ella consciente de que le habían subido los colores—. Le deseo mucha suerte, señor.
—Gracias, sin duda la necesitaré —respondió examinando las llamas como si buscara respuestas o, quizás, inspiración—. Ahora llegamos a la segunda cuestión que quería tratar con usted esta noche.
Elenora se preparó para lo peor.
—¿Sí, milord?
—Me refiero al beso del jardín.
Ella sujetó la copa de brandy con fuerza y dijo:
—A juzgar por los comentarios acerca de nuestra relación, esa dama no creía que estuviéramos comprometidos de verdad. Así que se me ocurrió que, si se corría la voz de que nuestra relación estaba basada en el amor, los miembros de la aristocracia se sentirían más inclinados a aceptar nuestra pequeña farsa.
—Fue un movimiento muy inteligente por su parte —contestó él—. La felicito por su rapidez de reacción.
Elenora se sintió muy aliviada y, con un gesto rápido, bebió un sorbito de brandy.
—Gracias, señor —respondió intentando darle a su voz un tono de profesionalidad y competencia—. Hice lo posible para que mi representación resultara convincente.
Él se volvió y la miró: sus ojos reflejaban el calor del fuego. Una vez más, como le había ocurrido antes, en los jardines, cuando él le devolvió el beso, algo en su interior se puso en tensión.
Una excitación peligrosa y seductora chisporroteó, invisible, en el aire que los separaba. Elenora notó que la intensa pasión que flotaba en el ambiente afectó a Arthur tanto como la estaba afectando a ella, y la copa de brandy le tembló en su mano.
—Sin duda, alcanzó usted su objetivo —aseguró Arthur mientras dejaba su copa en la repisa de la chimenea. Se acercó entonces a Elenora con pasos lentos y deliberados, sin dejar de mirarle a los ojos—. De hecho, me sentí tan arrastrado por la situación que me pregunté si estaba usted realmente actuando.
Ella intentó pensar en algo inteligente que decir ante ese comentario, pero no se le ocurría nada. Permaneció sentada y sin poder moverse en el borde del sofá mientras él se le iba acercando.
Arthur se detuvo delante de ella y, delicadamente, le quitó la copa de brandy de las manos y la dejó sobre la mesita sin apartar ni un momento los ojos de Elenora.
Arthur la cogió por los hombros y la ayudó a incorporarse.
—¿De verdad no fue más que una farsa? —preguntó Arthur acariciando los labios entreabiertos de Elenora con el dedo pulgar—. ¿Es usted realmente tan buena actriz, señorita Lodge?
El roce aterciopelado del dedo de Arthur le cortó a Elenora la respiración. Aquella leve caricia le pareció extremada y deliciosamente íntima y despertó en ella el intenso deseo de volver a sentirla de nuevo.
Elenora se había quedado sin habla. Una buena actriz sabía mentir con descaro cuando la situación lo requería, se recordó a sí misma. Sin embargo, por alguna extraña razón, ella no pudo negar lo que sabía que debía negar.
En lugar de negar lo evidente, rozó con su lengua el dedo de Arthur, y el tacto de su piel le hizo sentir un leve estremecimiento.
Arthur sonrió con lentitud y ella se ruborizó. No podía creer lo que había hecho con la lengua. ¿De dónde le había surgido aquella necesidad de saborearlo?, se preguntó con cierta sensación de pánico.
—Creo que esto responde mi pregunta —murmuró Arthur cogiéndola por la nuca e inclinándose hasta colocar sus labios justo encima de los de ella—. Debo confesarte que esta noche, en los jardines, yo tampoco actuaba.
—Arthur...

Él la besó como si saboreara un elixir prohibido. Sin embargo, pensó Elenora, era ella quien probaba lo desconocido aquella noche. Escalofríos ardientes recorrieron su cuerpo produciéndole, al mismo tiempo, una sensación de frío y calor, y sumiéndola en un estado de euforia. Elenora clavó los dedos en los hombros de Arthur como si le fuera la vida en ello.
Él interpretó la presión de sus dedos como una invitación e intensificó su beso. Cuando Elenora sintió la lengua de Arthur deslizándose por su labio inferior se sobresaltó, pero aun así no se apartó.
Aquél era el placer estimulante que su abuela le había contado que podía experimentarse en los brazos del hombre adecuado. Lo que Elenora había sentido cuando Jeremy Clyde la besaba no era más que un arroyo poco profundo en comparación con la cascada de sensaciones que experimentaba en aquel momento.
Elenora sintió deseos de lanzarse y sumergirse hasta el fondo de ese pozo misterioso.
Arthur le quitó las horquillas del cabello con tal delicadeza y exquisitez que Elenora se puso a temblar. Ningún hombre hasta entonces le había soltado el cabello.
Arthur la besó entonces en el cuello, y ella sintió el borde de sus dientes.
El comentario que Lucinda realizó respecto a la prometida de Arthur que había huido cruzó su mente aturdida: “Ella se sentía aterrorizada por él.”
Arthur le cogió uno de los senos con la mano y ella sintió su calor a través de la seda verde y fina del corpiño.
Elenora gimió con suavidad y deslizó los brazos alrededor de su cuello.
Él, en lugar de apretarla contra su cuerpo con más fuerza, murmuró algo parecido a una queja, algo que podía haber sido una maldición sorda. Arthur levantó la cabeza a desgana y se separó un poco de Elenora. A continuación acogió su rostro en sus manos y sonrió con ironía.
—Éste no es el momento ni el lugar —declaró. La pasión y el arrepentimiento le habían dado a su voz un tono grave—. Ocupa usted un puesto único en esta casa, pero esto no cambia el hecho de que sea una de mis empleadas. Nunca me he aprovechado de ninguna mujer que estuviera a mi servicio y no pienso hacer una excepción con usted.
Durante unos segundos, Elenora creyó que no había oído bien lo que Arthur le había dicho. ¿Todavía la consideraba, sólo, una más de sus empleadas? ¿Después de aquel abrazo tan apasionado? ¿Después de haber confiado en ella y de haberle pedido consejo acerca del modo de llevar a cabo su investigación?
La realidad estalló en la cara de Elenora y rasgó la delicada membrana de sensualidad y deseo que ella había tejido a su alrededor. En realidad, no sabía si sentirse furiosa o herida, pero la mezcla de rabia, frustración y vergüenza que la embargó la dejó casi sin habla.
Casi, pero no del todo.
—Discúlpeme, señor —respondió pronunciando cada palabra como si estuviera cubierta por una capa gruesa de hielo—. No sabía que me considerara sólo otro miembro de su servicio...
—Elenora.
Ella dio un paso atrás y él no tuvo más remedio que separar las manos de su rostro.
—... y en ningún caso le permitiría que quebrantara usted las reglas estrictas que rigen su comportamiento respecto a las mujeres que tiene a su servicio...
—Por todos los demonios, Elenora...
Ella esbozó su mejor sonrisa y añadió:
—Tranquilícese, me comprometo a no olvidar, nunca más, cuál es mi lugar. De ningún modo me gustaría ser responsable de poner a un patrono tan altruista en una situación tan inaguantable, señor.
Él apretó la mandíbula y espetó:
—Interpretas mal mis palabras.

—Para mí, están muy claras. —Elenora fingió mirar la hora en el reloj de pared y dijo—: Cielos, se ha hecho muy tarde, ¿no es cierto? —A continuación, realizó una de sus reverencias más elegante—. Si no necesita más mis servicios esta noche, buenas noches, señor.
Él entornó los ojos.
—Maldita sea, Elenora...
Ella giró sobre sus talones, le dio la espalda y caminó con rapidez hacia la puerta.
Los pasos de Arthur eran más largos que los de Elenora, de modo que llegó a la puerta antes que ella. Durante un momento de desesperación, ella intentó decidir qué haría si él le obstruía el paso.
Sin embargo Arthur no le impidió que realizara su solemne salida: le abrió la puerta con un ademán elegante e inclinó la cabeza con aire burlón.
Mientras cruzaba el umbral con la barbilla en alto, Elenora percibió la sonrisa maliciosa de Arthur por el rabillo del ojo.
—Cuando este asunto haya terminado, señorita Lodge, como es lógico me veré obligado a dar por terminados sus servicios en esta casa —declaró él con calma—. Entonces, le aseguro que retomaremos esta conversación y analizaremos con atención el curso que nuestra asociación deba seguir en el futuro.
—No confíe en que tengamos esa conversación tan razonada que usted propone, milord. No veo ninguna razón para volver a ofrecer algo que ya ha sido rechazado.
Elenora no se molestó en mirar atrás para averiguar cómo había reaccionado Arthur a su comentario; se concentró en no apretar el paso y caminó con determinación en dirección a las escaleras.

Una hora más tarde, Elenora oyó el golpeteo sordo y regular de los pasos de Arthur en el pasillo: parecían ir al unísono con los latidos de su corazón.
Arthur se detuvo en la puerta del dormitorio de Elenora. La tensión era insoportable. ¿Llamaría a la puerta con suavidad?
Claro que no lo haría, ni con suavidad ni de ninguna otra manera, reflexionó Elenora. Antes, en la biblioteca, lo había dejado muy claro.
Sin embargo ella percibió su presencia al otro lado de la puerta y supo, con tanta claridad como si hubiera podido leerlo en su mente, que él estaba considerando esa posibilidad, y muy seriamente.
Al cabo de unos instantes, Elenora le oyó recorrer el pasillo en dirección a su dormitorio.

14

Elenora abrió los ojos con mucha cautela y sintió un gran alivio cuando vio que un rayo de luz se filtraba entre las cortinas: ¡la mañana había llegado por fin! El reloj de la mesita marcaba las nueve y media y Elenora se sorprendió de que, finalmente, hubiese conseguido dormir un poco.
Tenía la sensación de que se había pasado la noche alternando pesadillas con prolongados períodos de insomnio en los que revivía el beso de la biblioteca una y otra vez.
Elenora apartó los edredones, se calzó las zapatillas y se puso la bata. A continuación, se lavó con rapidez en la jofaina estremeciéndose con el contacto punzante del agua fría. Cuando terminó, se recogió el cabello en un moño alto y lo tapó con una gorra de un blanco inmaculado que sujetó con unas horquillas.

Después se dirigió al armario para examinar el surtido de vestidos que colgaban en su interior.
Poder contar con la ropa nueva que había encargado a la antigua costurera de la señora Egan constituía un aspecto positivo de su empleo, pensó. Aunque lo cierto era que no le serviría de nada en su próxima colocación, pues era muy poco probable que sus futuros patronos quisieran una dama de compañía que vistiera con tanta elegancia.
Como había previsto, la modista estuvo más que dispuesta a guardar en secreto el antiguo puesto de Elenora al servicio de la señora Egan. Claro que cualquier modista ambiciosa y mínimamente inteligente no cotillearía sobre una cosa así, pensó Elenora.
En cuanto a su situación personal, no quería preocuparse de sus futuros problemas de guardarropía. Con suerte, no tendría muchos más patronos, pensó Elenora mientras elegía un alegre vestido matutino de color amarillo adornado con cintas de un tono verde claro. Gracias a los honorarios triples y a la bonificación que St. Merryn le pagaría, cuando dejara aquel empleo casi habría reunido dinero suficiente para pagar el alquiler de una librería pequeña. Y, si tenía suerte en su próxima colocación, con otros seis meses de trabajo podría ahorrar el dinero necesario para equipar la tienda con las últimas novedades literarias.
Entonces, por fin sería libre e independiente.
Mientras se vestía, se obligó a concentrarse en su nuevo y brillante futuro en lugar de pensar en los besos ardientes de Arthur.
Cuando minutos más tarde abrió la puerta de su dormitorio no encontró a nadie en el pasillo. Se preguntó si Arthur habría bajado a desayunar. A pesar de lo que había ocurrido la noche anterior, tenía ganas de verlo de nuevo. Elenora se dirigió a las escaleras sin hacer ruido para no despertar a Margaret.
Una vez en la planta inferior, recorrió el pasillo que conducía a la parte posterior de la casa.
Cuando llegó frente a la puerta del comedor respiró hondo, levantó la barbilla, adoptó una actitud solemne y entró como si la noche anterior no hubiera ocurrido nada en absoluto.
Su actuación fue en vano, pues la habitación estaba vacía.
Lástima, porque le habría gustado demostrarle a Arthur que sus besos no eran dignos de ser recordados. Elenora suspiró, cruzó la puerta que comunicaba con la antecocina y bajó las estrechas escaleras que conducían al piso inferior, donde estaban las dependencias del servicio. Sus zapatos no produjeron ningún ruido en los escalones.
Elenora decidió que, aquella mañana, le bastaría con una taza de té y una tostada caliente.
Cuando llegó al final de la escalera oyó unas voces apagadas. Procedían del otro lado de una puerta cerrada. Elenora las reconoció de inmediato, se trataba de Ibbitts y Sally, la doncella.
—Deja de lloriquear, criatura estúpida —gruñó Ibbitts en voz baja—. Harás lo que te ordeno o te verás otra vez en la calle.
—Por favor, no me haga esto, señor Ibbitts —sollozó Sally—. Una cosa fue registrar los objetos personales de la señorita Lodge mientras desempaquetaba su baúl... Aquello no me gustó, pero, al menos, no le causé ningún daño. Sin embargo esto es distinto. Si me obliga a robarle su bonito reloj podrían arrestarme y colgarme.
—¡Bah! Aunque St. Merryn te pillara con las manos en la masa, no te entregaría a las autoridades. He servido en muchas casas y sé muy bien cuál es el tipo de patrono que haría una cosa así: él no es de ésos, es demasiado blando de corazón.
Elenora se dio cuenta de que Ibbitts no aprobaba el carácter amable de Arthur.

—Como mínimo, me despedirá sin referencias —dijo Sally llorando más fuerte—. Ya sabe usted que necesito este empleo con desesperación, no me obligue a arriesgarme a perderlo.
—Puedes estar segura de que lo perderás si no haces lo que te digo, muchacha. Yo me encargaré de que así sea. Recuerda lo que le pasó a Paul cuando rehusó entregarme mi parte. Acabó de patitas en la calle, y sin referencias. No me extrañaría que, en estos momentos, se ganara la vida como salteador de caminos. Lo más probable es que, para Navidad, ya lo hayan ahorcado.
Elenora oyó con claridad los profundos sollozos entrecortados de Sally a través de los paneles de la puerta.
—No puedo hacerlo, señor. Soy una buena chica. Nunca he hecho nada tan malo. No puedo.
—¿Que eres una buena chica? —preguntó Ibbitts riéndose con rudeza—. Tu anterior patrona no opina lo mismo. Te echó por seducir a su hijo, ¿no es cierto? Te encontró en la bodega tumbada en el suelo dando pataditas al aire y con su querido hijo entre las piernas, ¿no es así?
—No fue así como sucedió —se defendió Sally con voz ronca—. Él me atacó, fue él.
—Porque lo provocaste. Apostaría algo a que creías que te daría algo de dinero por tus esfuerzos.
—Esto no es verdad.
—No importa —respondió Ibbitts—. Lo que tienes que recordar es que te despidieron sin referencias y los dos sabemos que estarías entregando tus favores en algún callejón si yo no te hubiera contratado. Tienes suerte de tener un empleo.
—Por favor, señor, hasta ahora he hecho todo lo que me ha mandado, incluso le entrego parte de mi sueldo. Pero no puedo hacer lo que me pide. No puedo. No está bien.
Elenora ya había tenido suficiente. Agarró el pomo de la puerta y lo hizo girar sin dificultad; la empujó con tanta fuerza que al abrirse golpeó contra la pared y rebotó un par de veces.
Ibbitts y Sally la miraron sobresaltados, con la boca abierta.
Las facciones perfectas de Ibbitts se transformaron en una máscara de rabia.
La mirada de Sally expresaba un pánico creciente: se llevó una de las manos a la garganta y soltó un chillido ahogado de desesperación parecido al de un pajarillo que acaba de caer del nido.
Elenora se volvió hacia Ibbitts y dijo:
—Su vil comportamiento resulta inaceptable. Recoja sus cosas de inmediato y salga enseguida de esta casa.
Ibbitts se recuperó con rapidez y realizó una mueca desdeñosa.
—¿Quién demonios cree usted que es para irrumpirme de esta manera en mis asuntos privados?
Elenora decidió que aquél era un momento excelente para respaldarse en la autoridad que le confería su papel ficticio de prometida de Arthur.
—Soy la futura señora de esta casa —anunció con frialdad—. Y no toleraré sus actos despreciables.
—Así que la futura señora, ¿eh? —Un brillo malicioso chisporroteó en los ojos de Ibbitts. Sin embargo, en lugar de proferir un improperio, sacudió el dedo en dirección a la desafortunada Sally y dijo—: Sal de aquí, muchacha y ve a tu habitación. Terminaré contigo más tarde.
Sally empalideció.
—Sí, señor Ibbitts —musitó.
Se dirigió a toda prisa hacia la puerta, pero Elenora obstaculizaba la salida.
—Discúlpeme, señorita Lodge —suplicó con labios temblorosos—. Por favor, déjeme salir.
Elenora le tendió un pañuelo y se apartó.

—Vete, Sally, y seca tus lágrimas. Todo saldrá bien.
Sally no mostró ningún indicio de creerla; simplemente cogió el pañuelo de hilo bordado, se tapó el rostro con él y salió con ligereza de la habitación.
Elenora se quedó a solas con Ibbitts.
Él la miró de arriba abajo con tanto desprecio que habría hecho justicia a un caballero arrogante de la alta sociedad.
—Bien, señorita Lodge, creo que ha llegado el momento de que pongamos las cosas en claro. Los dos sabemos que usted nunca será la señora de esta casa, ¿no es así?
A Elenora se le revolvió el estómago, pero se mostró impasible.
—No tengo ni idea de a qué se refiere, Ibbitts.
—Aunque el señor conde haya conseguido hacerla pasar por una dama elegante en los círculos de sociedad, a mí no me ha engañado. No es usted más que una dama de compañía y está en esta casa sólo temporalmente. Cuando St. Merryn deje de necesitarla la despedirá como a cualquier otro miembro del servicio.
Elenora sintió un hormigueo en las palmas de las manos. Tenía razón cuando le advirtió a Arthur que sería difícil engañar a los criados. Su única esperanza consistía en salir airosa de aquel enfrentamiento.
—Resulta evidente que ha estado escuchando a escondidas a su patrono, Ibbitts —declaró sin alterarse—. Una costumbre detestable, sin lugar a dudas. Y, como suele ocurrir cuando uno escucha las conversaciones que no debe, ha entendido los hechos de forma equivocada.
—¡Bah! He entendido los hechos correctamente y usted lo sabe muy bien. St. Merryn la contrató en la agencia Goodhew & Willis, ¿no es cierto? Le oí contar su plan a la señora Lancaster. Le paga unos honorarios por representar el papel de su prometida. ¿Sabe en qué la convierte esto, señorita Lodge? En una actriz.
—Ya es suficiente, Ibbitts —espetó ella.
—Y todos sabemos lo que ocurre con las actrices, ¿verdad? —Ibbitts soltó un resoplido de desagrado—. Le guste o no, antes de abandonar este puesto, le habrá usted calentado la cama al señor conde.
Ibbitts había sabido cuál era la verdad desde un principio, pensó Elenora. Esto explicaba el desprecio sutil que le había expresado desde su llegada. Sin embargo, a juzgar por la forma en que acababa de enviar a Sally fuera de la habitación, era evidente que había guardado el secreto para sí mismo. Sin duda, hasta que pudiera utilizarlo en su propio provecho.
El desastre se avecinaba, pensó Elenora. Arthur se pondría furioso cuando supiera que su mayordomo conocía su plan. Lo más probable era que decidiera abandonar su táctica de hacerla pasar por su prometida. Y, si ya no la necesitaba, antes de que acabara el día ella se encontraría de nuevo en las oficinas de Goodhew & Willis.
En fin, no podía hacer otra cosa más que seguir adelante. Ibbitts era un hombre despreciable y, de una u otra forma, tenía que abandonar aquella casa.
—Dispone de media hora para recoger sus cosas, Ibbitts —declaró ella con rotundidad.
—No pienso ir a ninguna parte —respondió él con aspereza—. Y, si sabe lo que le conviene, no dará ninguna otra orden en esta casa. De ahora en adelante bailará a mi son, señorita Lodge.
Ella lo miró con fijeza.
—¿Está loco?
—No estoy loco, señorita Lodge: soy mucho más listo de lo que usted cree. Si intenta echarme de esta casa, me aseguraré de que el señor conde sepa que conozco sus planes. —Ibbitts soltó una risita y añadió—: Es más, le diré que los conozco porque a usted le gusta hablar en la cama.
—Esta forma de actuar es muy peligrosa, Ibbitts —declaró Elenora con lentitud—. En cualquier caso, St. Merryn no le creerá.

Ibbitts esbozó una sonrisa sibilina y declaró:
—Cuando le describa las elegantes cintas azules que adornan su bonito camisón de hilo blanco, estoy convencido de que creerá todo lo que le cuente.
—Usted sabe cómo es mi camisón porque obligó a Sally a describírselo.
—Así es, pero el señor conde deducirá que si lo conozco tan bien es porque se lo he visto puesto, ¿no le parece? Y, aunque no se crea mi historia, en lo que a usted respecta, el daño estará hecho. Si el señor conde averigua que sus planes ya no son un secreto, los abandonará. Y esto significa que ya no la necesitará más, señorita Lodge. Estará usted en la calle sólo unos diez minutos más tarde que yo.
—Es usted un insensato, Ibbitts.
—La insensata es usted si cree que puede librarse de mí con tanta facilidad, señorita Lodge. —Ibbitts soltó una risa tosca y continuó—: Sin embargo, está de suerte, porque estoy dispuesto a hacer un trato con usted. Mantenga la boca cerrada acerca de lo que ha oído en esta habitación hace unos minutos y yo no le contaré al conde que he visto su camisón o que conozco su secreto.
—¿De verdad cree que me someteré a su chantaje, Ibbitts?
—Sí, señorita Lodge, hará usted lo que le digo, como Sally y Ned, y, además, se mostrará agradecida. —A continuación se rió con sorna—. De hecho, se sentirá tan agradecida que me pagará la comisión habitual, como los demás.
Elenora cruzó los brazos y preguntó:
—¿Y cuál es su comisión habitual?
—Sally y Ned me entregan la mitad de su salario trimestral.
—¿Y qué consiguen a cambio?
—¿Qué consiguen? Conservar sus puestos de trabajo, ¡esto es lo que consiguen! Usted también aceptará mi trato porque ambos sabemos que tiene mucho más que perder que yo.
—¿Ah, sí?
—Así es, vieja zorra. —dijo Ibbitts torciendo el gesto—. Gracias a mi rostro, yo siempre podré encontrar un nuevo empleo. Sin embargo, cuando el conde la despida, lo más probable es que usted no vuelva a encontrar otro trabajo respetable. Estoy seguro de que, antes de que termine el año, estará levantándose las faldas ante algún caballero ebrio por los portales de los alrededores de Covent Garden.
Elenora no se molestó en contestarle: se dio la vuelta y salió al pequeño pasillo.
La risa ronca y cruel de Ibbitts la siguió.
Elenora se cruzó con Ned, quien esperaba, tembloroso, en lo alto de las escaleras de la cocina.
—¿Qué ha ocurrido, señorita Lodge? Sally dice que nos van a despedir.
—Tú y Sally conservaréis vuestros empleos, Ned. Es Ibbitts quien pronto estará fuera de esta casa.
—No lo creo —dijo Ned sacudiendo la cabeza con tristeza y resignación—. Los que son como él al final siempre ganan. Él se encargará de que nos despidan sin referencias por haberle causado todas estas molestias.
—Tranquilízate. El conde es un hombre justo. Cuando le explique la situación, la comprenderá. Tú y Sally estaréis bien.
“Soy yo quien pronto estará buscando otro empleo”, pensó ella. Se resolviera como se resolviese el problema con Ibbitts, de lo que no había duda era de que cuando St. Merryn supiera que su secreto estaba en manos de un ser tan despreciable e indigno de toda confianza como Ibbitts, se vería obligado a dar por finalizada su estrategia.
En fin, había sabido desde un principio que aquel trabajo era demasiado bueno para ser verdad.

Arthur se detuvo en la puerta del establo y se quedó contemplando a John Watt, que estaba amontonando la paja en un compartimento ayudándose de una horca. El joven no parecía el mismo chico que Arthur recordaba.
Cuando trabajaba en la casa de George Lancaster, Watt siempre iba limpio y arreglado. La camisa y los pantalones que vestía en aquel momento eran, con toda probabilidad, los mismos que llevaba puestos cuando huyó. Aquella ropa no había sobrellevado bien las exigencias de la nueva profesión de Watt. Tras seis semanas en aquellas caballerizas, su atuendo de calidad se había convertido en poco más que unos harapos sucios y deshilachados.
Watt se había sujetado el cabello en una cola con un pedazo de tela y el sudor le caía por la frente. Sin embargo, fiel a su naturaleza, trabajaba duro, aunque era poco probable que su nuevo patrono le pagara un sueldo remotamente parecido al que recibía de George Lancaster.
—Hola, Watt —saludó Arthur en voz baja.
Watt se sobresaltó bruscamente y se dio la vuelta; con la horca en alto y una expresión de alarma en el rostro. Cuando vio a Arthur, soltó un resoplido y exclamó:
—¡Ah, es usted, señor! —Tragó saliva y bajó despacio la horca, como en señal de rendición—. Sabía que tarde o temprano me encontraría usted.
Arthur caminó hacia él y le preguntó:
—¿Por qué huiste, Watt?
—Ya debe de saber usted la respuesta, señor. —Watt apoyó la horca en la pared del establo, se secó la frente con una mano mugrienta y exhaló un profundo suspiro—. Tenía miedo de que creyera que yo había asesinado al señor Lancaster.
—¿Por qué habría de creerlo?
Watt, confundido, frunció el ceño y declaró:
—Porque yo era la única persona que estaba en la casa con el señor Lancaster aquella noche.
—Mi tío abuelo confiaba en ti. Yo también confío en ti, y lo mismo puede decirse de Bess.
—¿Ha hablado con Bess? —le preguntó Watt sobresaltado.
—Ha sido ella quien me ha contado que habías cambiado de nombre y habías aceptado un empleo aquí, en las caballerizas.
Watt entornó los ojos y realizó una mueca de dolor.
—No debí haberle contado dónde estaba. Sin embargo, se sentía tan angustiada que me vi obligado a hacerle saber que me encontraba a salvo. Le pedí que no se lo contara a nadie, pero es una muchacha honesta y supongo que era pedirle demasiado que mintiera por mí, sobre todo a usted, señor.
—No debes culpar a Bess. Hace un rato he mantenido una larga charla con ella. Te ama con todo el corazón y habría guardado tu secreto si creyera que yo iba a perjudicarte. Además, no se lo ha contado a nadie más, ni siquiera al detective que la interrogó.

—¿Un detective la ha interrogado? —Watt estaba horrorizado—. ¡Mi pobre Bess! Debió de sentirse muy asustada.
—Estoy seguro de que así fue. Aunque no le contó al detective que sabía dónde estabas. Sólo confió en mí porque la convencí de que creo en tu inocencia.
Watt se mordió el labio inferior con nerviosismo y explicó.
—Bess me contó que el detective opina que yo soy el asesino del pobre señor Lancaster.
—Cuando el detective me dijo que había llegado a esta conclusión, lo despedí, porque yo sabía que estaba equivocado.
Watt enarcó las cejas en señal de sorpresa.
—¿Por qué está tan seguro de que yo no maté al señor Lancaster? —preguntó.

—Te conozco desde hace años, Watt. Estoy convencido de que no eres violento. Eres un hombre que no se enfurece fácilmente; tienes un carácter tranquilo y paciente.
Watt parpadeó un par de veces.
—No sé cómo agradecérselo, señor —musitó.
—La mejor forma de agradecérmelo es contarme todo lo que puedas recordar de los días anteriores al asesinato de mi tío abuelo y de los hechos que tuvieron lugar la noche de su muerte.

Una hora más tarde, satisfecho de que Watt le hubiera contado todo lo que sabía, Arthur le aconsejó que regresara con su amada y le prometió que Bess y él dispondrían de nuevos empleos en una de las fincas de los Lancaster.
Su siguiente parada antes de regresar a la mansión de Rain Street fue la casa del anciano administrador que había recibido parte de la herencia de su abuelo.
En la casa reinaba el silencio y la penumbra, y los criados deambulaban de un lado a otro con el rostro sombrío.
—El doctor dice que al señor Ormesby no le queda más de una semana —le contó el ama de llaves secándose las manos en el delantal mientras conducía a Arthur al dormitorio donde su patrono yacía en el lecho de la muerte—. Es usted muy amable al venir a despedirse.
—Es lo menos que podía hacer —respondió Arthur. Al mirar más de cerca al ama de llaves, se dio cuenta de que estaba entrada en años. Lo más probable era que aquélla fuera la última colocación que pudiera obtener—. ¿Ormesby ha dispuesto una pensión para usted?
Ella abrió los ojos con sorpresa y respondió:
—Es usted muy amable al preguntármelo, señor, pero estoy convencida de que el señor Ormesby habrá tenido la amabilidad de recordarme en sus últimas voluntades. He estado trabajando para él durante veintisiete años sin interrupción.
Arthur anotó mentalmente que debía asegurarse de que Ormesby hubiera dejado suficiente dinero a su ama de llaves para permitirle subsistir durante el resto de sus días.
Ormesby y su abuelo, el viejo conde, tenían muchas cosas en común y ninguno de los dos había destacado por su generosidad.

Elenora estaba colocando sus últimos objetos personales en el baúl cuando Margaret entró con aire angustiado y a toda prisa en el dormitorio.
—¡Por todos los santos!, ¿qué ocurre aquí? —preguntó Margaret deteniéndose en medio de la habitación. Miró entonces el baúl como si se tratara de un enemigo y declaró—: Sally me ha interrumpido mientras escribía una escena en la que he estado trabajando los últimos dos días y me ha dicho que te estás preparando para irte.
—Lamento decirte que el gran plan de St. Merryn se ha venido abajo —explicó Elenora.
—No te comprendo.
—Ibbitts sabe por qué estoy aquí y me ha confesado que no dudará en utilizar esta información en su propio provecho. Cuando Arthur sepa que sus planes se han estropeado ya no necesitará mis servicios. Así que he pensado que lo mejor que puedo hacer es recoger mis cosas y prepararme para irme.
—Esto es absurdo.
—No tanto —dijo Elenora soltando un suspiro—. Te confieso que siempre he tenido la sensación de que la intrincada farsa de St. Merryn estaba condenada al fracaso.

Elenora se enderezó y examinó el dormitorio mientras experimentaba una extraña sensación de pérdida que nada tenía que ver con cuestiones económicas. Entonces se dio cuenta de que no quería marcharse, y no sólo porque al hacerlo se vería obligada a pasar de nuevo por el pesado proceso de encontrar otro empleo.
No era la casa lo que echaría en falta, sino el ligero escalofrío de placer que recorría su espalda cada vez que entraba en una habitación y se encontraba con Arthur.
“Acaba de inmediato con esta actitud sensiblera. No tienes tiempo para regodearte en pensamientos melancólicos. Debes concentrarte en el futuro.”
—Querida Elenora, esto es terrible —declaró Margaret—. Estoy segura de que tiene que haber un error. No puedes irte. Por favor, no tomes decisiones precipitadas sin hablar antes con Arthur. Estoy convencida de que él lo solucionará todo.
Elenora sacudió la cabeza.
—No veo de qué modo podrá seguir utilizándome en su estrategia como era su intención —le explicó a Margaret—. Ibbitts ha puesto en peligro todo el proyecto.
—Arthur dispone de muchos recursos. Estoy segura de que encontrará la manera de continuar con su plan.
Elenora se dirigió hacia la ventana atraída por el chirrido de las ruedas de un carruaje, miró hacia abajo y vio que Arthur llegaba. Llevaba debajo del brazo un paquete de gran tamaño y estaba muy serio.
—El conde ha regresado —le dijo a Margaret—. Será mejor que baje y termine con este asunto.
—Iré contigo —dijo Margaret siguiéndola con ligereza—. Estoy convencida de que todo terminará bien.
—No sé cómo —declaró Elenora intentando ocultar la tristeza que se estaba gestando en su interior—, porque el conde ya no necesita mis servicios.
—Permíteme decirte, querida —continuó Margaret mientras bajaban las escaleras—, que cuando se trata de Arthur es mejor no intentar predecir sus acciones. Lo único que se puede decir de él con certeza es que cuando traza un rumbo es casi imposible conseguir que lo cambie. Pregúntale a cualquier miembro de la familia.
Sally y Ned estaban en el vestíbulo; parecían nerviosos y hablaban en voz baja. Cuando vieron a Elenora y a Margaret interrumpieron su conversación.
—¿Qué ocurre? —preguntó Elenora—. ¿Ha sucedido algo más?
—Se trata de Ibbitts, señora —respondió Ned—. Ahora mismo está en la biblioteca con el señor conde. No quiero pensar en todas las mentiras que le estará contando al señor.
Margaret frunció el ceño y preguntó en voz alta:
—¿Qué le hace pensar que St. Merryn creerá antes en su palabra que en la de Elenora?
—No lo sé, señora —susurró Sally—, pero Ibbitts sonreía cuando entró en la biblioteca. —La doncella se puso entonces a temblar y añadió—: Y no es la primera vez que veo esa sonrisa.

15

Arthur se reclinó en su silla y observó a Ibbitts con atención mientras éste le contaba su versión.
—Le aseguro que no se ha producido ningún daño, señor —terminó Ibbitts con expresión solemne y un tono de sinceridad en la voz—. No diré ni una palabra acerca de sus planes secretos.
—¿Seguro?

—Desde luego que no, señor. —Ibbitts levantó su majestuosa barbilla y, enderezando los hombros, añadió—: Ante todo, le soy fiel.
—¿Dice que la señorita Lodge le confesó mi secreto mientras intentaba convencerlo para que entrara en su dormitorio?
—Como es lógico, señor, no acepté su invitación, aunque ella sólo llevaba puesto un camisón de hilo blanco adornado con unas cintas azules. Me tomo las responsabilidades de mi trabajo con mucha seriedad.
—Ya veo.
Ibbitts suspiró y dijo:
—Para ser justos, no debería usted cargar toda la culpa en los frágiles hombros de la señorita Lodge.
—¿Por qué lo dice?
Ibbitts soltó un resoplido de lástima.
—Una mujer de su edad y de su condición tiene pocas posibilidades de conseguir un matrimonio respetable, ¿no cree usted? Las mujeres como ella no tienen más remedio que buscar en cualquier lado cuando se sienten necesitadas, ¿comprende?
La puerta se abrió con brusquedad y Elenora entró en la biblioteca como una exhalación. Margaret la seguía de cerca.
—No escuches ni una palabra de lo que Ibbitts te cuente —dijo Elenora mientras cruzaba la habitación con pasos largos y firmes. Estaba roja de ira—. Es un mentiroso y un chantajista y se aprovecha de los otros criados. Le he comunicado que debe abandonar esta casa de inmediato.
Arthur se levantó con educación.
—Buenos días, Elenora. —A continuación inclinó la cabeza en dirección a Margaret—. Por favor, sentaos.
Margaret tomó asiento de inmediato con el rostro encendido por la expectación y musitó para sí:
—Esto promete ser interesante.
A pesar de la indicación de Arthur, Elenora se detuvo frente a su escritorio con los ojos brillantes de rabia y anunció con indignación:
—Ibbitts obliga a los criados a que le entreguen la mitad de sus salarios. Esto es lo que les cobra para permitirles conservar sus empleos. Es despreciable. Sally y Ned me han contado que ésta es la razón de que el ama de llaves, la cocinera y los jardineros dejaran sus puestos hace algunos meses, y es por esto que la casa ha quedado desatendida.
Ibbitts la miró con una expresión de lástima en el rostro y, sacudiendo la cabeza, y dijo:
—Me temo que la señorita Lodge sufre una alteración nerviosa, señor. Sin duda se trata de histeria femenina. He visto este tipo de achaques en mujeres solteras de cierta edad. A veces, una vinagreta resulta útil.
Elenora le lanzó una mirada de desprecio absoluto y preguntó:
—¿Lo niega?
—Desde luego. —Ibbitts se enderezó con orgullo—. Si milord desea verificar mi inocencia respecto a esta cuestión, sólo tiene que preguntar a los criados. Estoy convencido de que tanto Sally como Ned le dirán que no les exijo tal cosa.
—A Sally y a Ned los tiene usted aterrorizados, Ibbitts —replicó Elenora—, y dirán cualquier cosa que les ordene.
Resultaba interesante observar a Elenora en un estado de total indignación, pensó Arthur. Por desgracia, no tenía tiempo de disfrutar de la escena en aquellos momentos.
—¿Te importaría sentarte, Elenora? —le preguntó Arthur con calma.
—Además de tratar a Sally y a Ned de esta forma tan infame, Ibbitts te ha estado espiando —continuó ella.

—Esto es mentira. —Ibbitts se volvió para mirar a Arthur—. Nunca se me habría ocurrido escuchar las conversaciones privadas de mi patrono. Fue Sally quien lo oyó por casualidad y vino a contarme que la señorita Lodge no era más que una empleada. Como es lógico, les ordené, tanto a ella como a Ned, que mantuvieran en secreto sus asuntos privados, señor conde. Ellos obedecerán y yo estoy dispuesto a ayudarle en sus planes en todo lo que pueda.
—¡Embustero! —exclamó Elenora entre dientes—. Intenta culpar a Sally...
—Siéntate, Elenora —dijo Arthur de nuevo, en esta ocasión con más dureza, como si se tratara de una orden.
Ella lo obedeció a regañadientes.
Ibbitts le dedicó una mirada mordaz y dijo:
—Discúlpeme, milord, pero ¿examinó usted las referencias de la señorita Lodge antes de seleccionarla para este puesto?
—Fueron sus referencias las que no examiné —replicó Arthur—. Y, sin duda, Ormesby tampoco lo hizo debido a su mala salud.
—Le aseguro que mis referencias son excelentes —respondió Ibbitts con rapidez.
—Porque las escribió usted mismo. Me apostaría algo a que lo hizo —masculló Elenora.
—Esto es mentira —repuso Ibbitts entre dientes, y, volviéndose hacia Arthur, añadió—: Estaré encantado de suministrarle cartas de mis patronos anteriores, señor. Creo que las encontrará todas muy satisfactorias.
—No será necesario —respondió Arthur tomando uno de los libros que había traído de la casa del moribundo Ormesby—. Esta mañana, de camino a casa, he examinado los libros. Los asientos del último año me dicen todo lo que necesito saber acerca de usted, Ibbitts.
Ibbitts miró los volúmenes con aspecto confuso.
—¿Qué son, señor?
—Las cuentas de la casa. —Arthur abrió el diario y deslizó el dedo hasta llegar a un asiento que había señalado antes—. Sin ir más lejos, el mes pasado usted requirió el pago de los salarios de una serie de empleados que ya no trabajan aquí. —Arthur miró a Ibbitts y prosiguió—: entre ellos están el ama de llaves, la cocinera y los jardineros, que dejaron sus puestos el otoño pasado.
Ibbitts dio un paso atrás: no había duda de que le habían pillado por sorpresa.
—Tiene que haber un error, señor.
Arthur cerró el volumen encuadernado en piel.
—El error ha sido no haberlo despedirlo hace ya meses, Ibbitts. Sin embargo, voy a rectificarlo ahora mismo. Recoja sus cosas y salga de esta casa de inmediato.
—Señor, usted mismo ha dicho que su administrador está enfermo —dijo Ibbitts, presa de la rabia y la desesperación—. Debió de anotar mal las cantidades.
—Mi administrador ha estado demasiado enfermo como para salir de su casa y supervisar los hechos por sí mismo, pero le aseguro que está completamente lúcido. Estas cantidades se le entregaron a usted para que pagara a los criados. Resulta evidente que, cuando éstos se despidieron, en lugar de informar a Ormesby, usted continuó cobrando sus salarios. Sospecho que se ha embolsado todo ese dinero. Quiero que esté fuera de esta casa antes de una hora.
Elenora se pudo de pie de un salto y exclamó:
—Sabía que harías lo correcto.
Arthur suspiró.
—Por favor, siéntate, Elenora —le rogó de nuevo.
Ella apretó los dientes, pero se sentó.
Ibbitts estaba aturdido.
—¿Me despide?

—Claro que lo despido. —Arthur alargó la mano hacia atrás y tiró de un llamador de terciopelo—. Es usted un mentiroso y un chantajista. Considérese afortunado de que no lo mande a la cárcel.
La puerta de la biblioteca se abrió y apareció Ned con aspecto asustado pero decidido.
—¿Sí, milord? —preguntó.
—Ibbitts ya no trabaja en esta casa. Acompáñalo a su habitación para que recoja sus pertenencias. Asegúrate de que no se lleva ningún objeto de valor camino de la puerta. ¿Está claro?
Ned miró a Arthur, después a Ibbitts, quien tenía el ceño fruncido, y de nuevo a Arthur. La ansiedad desapareció de su mirada.
—Sí, señor —respondió con tono algo más firme—. Lo acompañaré hasta la puerta trasera en su nombre.
El rostro de Ibbitts se congestionó de rabia y desdén.
—Le sugiero que pida a Sally y a Ned sus referencias, milord. Pronto descubrirá que no las tienen. Sally perdió su último empleo porque sedujo al hijo de su patrono y Ned perdió el suyo porque se puso de su lado cuando ella negó haberlo hecho.
Ned cerró los puños con fuerza.
Elenora se puso de pie y declaró:
—Yo no dudo, ni por un momento, de la versión de Sally y de Ned. Es Ibbitts quien ha demostrado ser indigno de confianza.
Arthur se frotó el puente de la nariz.
—Te agradecería que permanecieras sentada, Elenora. Me estás mareando con tanto levantarte y sentarte.
—Lo siento.
Elenora se dejó caer en su asiento con una desgana evidente. Arthur la vio dando en la alfombra golpecitos de impaciencia con la punta de uno de sus zapatos y se le ocurrió pensar que su corta carrera como dama de compañía no había afectado en lo más mínimo su inclinación natural a dar órdenes.
A pesar de todos los problemas a los que se enfrentaba en aquel momento, Arthur sonrió para sus adentros. Sin duda, a Elenora le sacaba de quicio tener que transigir ante él.
Arthur fijó su atención en Ned.
—Sally y tú conservaréis los empleos. Además, me encargaré de que se os devuelvan las cantidades que Ibbitts os obligó a entregarle.
—Gracias, señor —tartamudeó Ned sorprendido.
Arthur señaló la puerta y dijo:
—Márchese, Ibbitts, ya he perdido bastante tiempo en este asunto.
Ibbitts apretó las mandíbulas con furia y, al pasar junto a Elenora, le lanzó una mirada vengativa.
Arthur esperó hasta que Ibbitts hubo llegado a la puerta para volver a hablar.
—Una cosa más, Ibbitts —declaró mientras unía las yemas de los dedos de ambas manos—. Creo que hay cierta confusión respecto a la posición de la señorita Lodge en esta casa.
—Sé muy bien cuál es su posición —murmuró Ibbitts—. No es más que una dama de compañía.
—Esta deducción es errónea —respondió Arthur con serenidad—. Tengo la intención de casarme con la señorita Lodge. Puede estar seguro de que es la futura señora de esta casa. Si comete el error de extender rumores en sentido contrario, lo lamentará. ¿Está claro?
Arthur miró de reojo a Elenora y vio que abría mucho los ojos.
Ibbitts enseñó los dientes y resopló:
—Es asunto suyo cómo quiera llamarla, milord.
—Así es —asintió Arthur—. Es asunto mío. Ahora puede usted marcharse.

Ibbitts atravesó el umbral de la puerta con paso enérgico y Ned lo siguió y cerró la puerta tras él.
Arthur se quedó a solas con Margaret y Elenora.
—¡Bien! —exclamó Margaret—. La verdad es que ha sido muy emocionante —declaró sonriendo a Elenora con satisfacción—. Te dije que Arthur lo solucionaría todo. Ahora puedes ordenar a Sally que deshaga tu equipaje.
Arthur se quedó helado y miró a Elenora intentando que su reacción no se reflejara en su rostro.
—¿Ha hecho usted el equipaje? —le preguntó.
—Sí, claro. —Elenora carraspeó—. No creía que fuera usted a necesitar mis servicios cuando averiguara que Ibbitts había descubierto que no soy más que una empleada y no su prometida de verdad.
Margaret miró a Arthur y explicó:
—Cuando Elenora se enfrentó a Ibbitts él le dijo que conocía tus planes. De hecho, intentó chantajearla. ¿Puedes creerlo?
Arthur se arrellanó en el asiento mientras reflexionaba en lo que acababa de ocurrir.
—¿Ibbitts intentó extorsionarla a cambio de mantener silencio acerca de su situación en esta casa? —preguntó.
—Así es —aseguró Elenora sacudiendo la mano—. Pero esto no es nada comparado con la vileza con que ha tratado a Sally y a Ned. Yo puedo cuidarme de mí misma, pero ellos son mucho más vulnerables.
Arthur se preguntó si Elenora era consciente de lo poco común de su sentido de la responsabilidad entre los miembros de la alta sociedad. En aquel mundo, echar a la calle a las doncellas cuando un miembro masculino de la familia las dejaba embarazadas era de lo más normal y a las amas de llaves ya mayores se las despedía, sin pensión alguna, cuando ya no podían realizar su trabajo.
—Señor, ya le advertí que le resultaría en extremo difícil, si no imposible, esconder información a los miembros del servicio —dijo Elenora sacudiendo la cabeza.
—Le quedaría muy agradecido si dejara de comentar mis errores —manifestó él con suavidad.
Elenora se sonrojó y musitó:
—Discúlpeme, señor.
Él suspiró.
—No importa. En realidad, tenía usted razón —reconoció.
Elenora frunció el ceño y, con una expresión de preocupación en el rostro, confesó:
—Lo cierto es que no veo cómo puedo continuar en este puesto ahora que alguien tan poco de fiar como Ibbitts conoce la verdad.
—No veo ninguna razón para modificar mi estrategia —respondió él—. El plan parece funcionar según había previsto. Los miembros de la alta sociedad están fascinados con usted y me dejan libre para... —Arthur hizo una pausa y se recordó a sí mismo que Margaret estaba en la habitación— realizar mis negocios.
—Sin embargo, si Ibbitts extiende el rumor acerca de mi verdadera posición en esta casa, su plan ya no será viable.
Su insistencia para desembarazarse del papel para el que él la había contratado tambaleó el acerado autodominio de Arthur.
—Lo que yo veo —declaró él pronunciando cada una de sus palabras con un énfasis deliberado— es que usted es la única esperanza que tengo para llevar a cabo mi plan. Además, si tenemos en cuenta el sustancioso salario que le pago, creo que tengo derecho a esperar una actuación realmente convincente por su parte, ¿está de acuerdo?
Margaret parpadeó sorprendida por la dureza de sus palabras.
Elenora se limitó a inclinar la cabeza con suma formalidad con la pretensión de expresar que se sentía molesta, pero no intimidada.
—Desde luego, milord —respondió con sequedad—. Me esforzaré en satisfacerlo.

—Gracias.
¿Qué demonios lo había llevado a hablarle de ese modo?, se preguntó Arthur. Él nunca se permitía perder los estribos.
Margaret se apresuró en suavizar aquella situación tan desagradable.
—En realidad, Elenora, no debes preocuparte por lo que Ibbitts pueda contar. ¿Qué miembro de la alta sociedad aceptaría la palabra de un mayordomo despedido y sin referencias antes que la del conde de St. Merryn?
—Ya lo sé —respondió Elenora, pero él sabe que lo que yo conté como una broma es en realidad la verdad.
—Aunque Ibbitts chismorree acerca de ti no podrá hacernos ningún daño, pues los demás creerán que es simplemente la broma que, por otra parte, ya es conocida por todos —la tranquilizó Margaret.
—Margaret tiene razón —dijo Arthur—. Tranquilícese, Elenora, no tenemos por qué preocuparnos por Ibbitts.
—Supongo que tiene usted razón —respondió Elenora no muy satisfecha.
Margaret suspiró aliviada y dijo:
—Entonces esta cuestión está resuelta. Te quedas, Elenora.
Elenora frunció el ceño.
—Esto me recuerda que estamos un poco escasos de servicio.
Otro problema que tenía que resolver antes de poder continuar con su investigación, pensó Arthur con cansancio. Cogió una pluma y una hoja de papel y dijo:
—Enviaré un mensaje a una agencia.
—No es necesario que pierda el tiempo entrevistando a todos los candidatos que le envíe una agencia —repuso Elenora con resolución—. Sally tiene dos hermanas que necesitan trabajo. Por lo visto, una de ellas es una cocinera excelente y la otra estará encantada de trabajar como doncella. Creo que Sally será una buena ama de llaves. Además, Ned tiene un tío y un primo que son jardineros expertos. Da la casualidad de que su patrono acaba de vender su casa y ha despedido a todo el servicio, de modo que buscan un nuevo puesto. Le sugiero que los contrate.
Margaret aplaudió.
—¡Santo cielo, Elenora, eres sorprendente! Parece que tienes la cuestión del servicio totalmente por la mano.
Arthur se sintió tan aliviado al verse libre de la carga de encontrar nuevos criados que poco le faltó para levantar a Elenora en volandas y besarla.
—Dejo este asunto en sus manos —comentó Arthur con formalidad en lugar de dejarse llevar por sus impulsos.
Ella accedió con un movimiento de cabeza involuntario, pero a él le pareció que se sentía muy complacida.
Aquél era un asunto urgente del que ya no tenía que ocuparse, pensó Arthur con mejor ánimo.
—Si me disculpáis, debo subir a cambiarme de ropa —dijo Margaret poniéndose en pie. Se dirigió entonces hacia la puerta y, una vez allí, explicó—. El señor Fleming llegará pronto. Esta tarde visitaremos algunas librerías.
Arthur se levantó y cruzó la habitación para abrirle la puerta. Ella salió con presteza al pasillo y desapareció. Cuando Arthur volvió la cabeza y vio que Elenora se disponía a seguir a Margaret, levantó una mano.
—Si no le importa —declaró con voz suave—, me gustaría explicarle lo que John Watt me ha contado.
Ella se detuvo a mitad de camino de la puerta con el rostro iluminado por la emoción.
—¿Lo ha encontrado?
—Sí, gracias a su sugerencia de que hablara con su novia —admitió Arthur echándole un vistazo a su reloj—. Son las cuatro pasadas. Ordenaré que traigan el carruaje y daremos una vuelta por el parque. Si se nos ve juntos, tomará más fuerza

la idea de que estamos prometidos. Además, así dispondremos de intimidad para mantener nuestra conversación.

16

Eran cerca de las cinco cuando Arthur condujo el elegante carruaje hacia la puerta de acceso al enorme parque. A su lado, vestida con su nuevo traje de paseo azul y un sombrero a juego, Elenora se recordaba a sí misma por milésima vez que no era más que una dama de compañía contratada para representar un papel. Sin embargo, en lo más hondo de su corazón, no podía resistir la tentación de imaginar, aunque sólo fuera por unos instantes, que la obra se había convertido en realidad y que Arthur la había invitado a salir simplemente porque quería estar con ella.

Ante sus ojos se extendía una escena alegre y llena de color. La tarde primaveral era cálida y soleada y, como era costumbre en la ciudad, gran parte de la buena sociedad había acudido al parque para contemplar y ser contemplada.

Las capotas de muchos de los vehículos estaban bajadas para dejar al descubierto a los pasajeros, todos ellos vestidos con elegancia. Varios caballeros cabalgaban sobre monturas exquisitamente engalanadas por un sendero colindante y se detenían con frecuencia para saludar a los pasajeros de los carruajes, intercambiar cotilleos y flirtear con las damas. Las parejas que paseaban por el parque estaban en realidad anunciando a la sociedad que habían acordado planes de matrimonio o que estaban considerando seriamente esta posibilidad.

Elenora no se sorprendió al descubrir que Arthur manejaba las riendas como todo lo demás: es decir, con una suave pero eficiente autoridad serena. Sus caballos rucios, bien emparejados y perfectamente domados, respondían de inmediato a sus gestos.

—Encontré a Watt en unas caballerizas —explicó Arthur.

—¿Le contó algún detalle en relación con la muerte de su tío abuelo?

—Watt me explicó que el día del asesinato, él y el tío George se pasaron prácticamente toda la tarde trabajando en ciertos experimentos en el laboratorio. Después de la cena, George se retiró a su dormitorio, en el piso de arriba. Watt también se fue a dormir. Su dormitorio estaba en la planta baja, cerca del laboratorio.

—¿Oyó algo, aquella noche? —preguntó Elenora.

Arthur sacudió la cabeza con gravedad y respondió:

—Watt me contó que estaba profundamente dormido, pero se despertó al oír unos ruidos extraños y un grito ahogado que procedían del laboratorio.

—¿Fue a investigar de qué se trataba?

—Sí. No era extraño que el tío George fuera al laboratorio bien entrada la noche para comprobar los resultados de algún experimento o hacer anotaciones en su diario. Watt temió que hubiera sufrido algún percance. Pero, la puerta del laboratorio estaba cerrada con llave. Watt tuvo que ir a buscar la suya, que estaba en su mesilla de noche. Mientras iba en su busca, oyó dos disparos.

—¡Santo cielo! ¿Y vio al asesino?

—No. Cuando regresó al laboratorio ya había huido por una ventana.

—¿Cómo estaba su tío abuelo?

—Watt lo encontró en el suelo agonizando sobre un charco de sangre.

Elenora se estremeció al pensar en aquella escena.

—¡Qué horror! —exclamó.

—El tío George todavía estaba consciente y murmuró unas palabras antes de morir. Watt me contó que no les encontró sentido alguno, y supuso que George

experimentaba algún tipo de alucinación causado por las heridas mortales que sufría.
—¿Recuerda Watt lo que dijo su tío?
—Sí —respondió Arthur con calma—. Las últimas palabras de mi tío abuelo iban dirigidas a mí. George dijo: “Dile a Arthur que Mercurio todavía está con vida.”
Elenora contuvo el aliento un instante y dijo:
—Entonces, tenía usted razón. La muerte de su tío está relacionada con sus antiguos compañeros y las piedras rojas.
—Así es. Sin embargo, yo he actuado a partir del supuesto que Mercurio estaba muerto. —Arthur torció la boca y agregó—: No debería haber llegado a ninguna conclusión sin disponer de pruebas.
Elenora estudió las tensas arrugas que remataban las comisuras de los labios de Arthur y todo el enojo que había sentido la noche anterior se evaporó.
—Dígame, milord, ¿siempre asume usted toda la responsabilidad cuando las cosas van mal?
Él le lanzó una mirada rápida y ceñuda.
—¿Qué tipo de pregunta es ésta? Yo asumo la responsabilidad que me corresponde.
—Y alguna más, creo yo —dijo Elenora. Justo en ese momento se dio cuenta de que dos damas elegantemente vestidas que paseaban en otro carruaje los estaban mirando con la misma expresión ávida que muestran los gatos al ver a una presa potencial. Elenora inclinó entonces su primoroso parasol para taparles la vista—. Aunque no hace mucho que lo conozco, me he dado cuenta de que está usted demasiado acostumbrado a seguir los dictados del deber. Acepta usted todas las obligaciones que caen sobre sus hombros como si formaran parte de su vida.
—Esto quizá se deba a que la responsabilidad es mi vida —respondió él con sequedad—. Controlo una fortuna considerable y soy el responsable de una familia muy extensa. Además de todos mis familiares, un buen número de capataces, granjeros, criados y jornaleros dependen de mí de una u otra forma. Dada esta situación, no veo cómo podría escapar a las exigencias del deber.
—No quería insinuar que deba usted eludir sus obligaciones —repuso ella con rapidez.
Arthur parecía estar divirtiéndose.
—Me agrada saber que no intentaba usted criticarme, porque la intuición me dice que los dos tenemos mucho en común respecto a cómo sobrellevamos nuestras responsabilidades.
—Oh, no creo... —repuso ella.
—Recuerde, por ejemplo, la forma en que salió en defensa de Sally hoy mismo. No tenía ninguna necesidad de implicarse en sus asuntos.
—Tonterías. Sabe usted muy bien que uno no puede escuchar unas amenazas tan viles y permanecer impasible.
—Algunas personas lo habrían hecho sin el menor escrúpulo y se habrían dicho a sí mismas que no tenían ninguna responsabilidad en aquel asunto —aseguró Arthur mientras tiraba un poco de las riendas—. También creo que somos parecidos en otros aspectos, señorita Lodge.
—¿Qué quiere decir? —preguntó ella con precaución.
Él se encogió de hombros y se explicó:
—Después de interrumpir la escena entre Ibbitts y Sally, usted podría haber accedido a su chantaje para proteger su empleo en mi casa.
—Tonterías.
—Después de todo, había una cantidad importante de dinero en juego: el triple de sus honorarios más una bonificación. Incluso repartida con un extorsionista, esta cantidad es mucho mayor que la que podría conseguir durante un año de trabajo como dama de compañía en cualquier otra casa.

—Uno no puede ceder ante las extorsiones. —Elenora ajustó el parasol y prosiguió—: Sabe muy bien que usted, de haber estado en mi lugar, habría hecho lo mismo.
Arthur simplemente sonrió: con sus palabras Elenora acababa de demostrar justo lo que él defendía.
Elenora frunció el ceño y exclamó:
—¡Ah, ya veo lo que quiere decir! Quizá compartamos ciertas tendencias de carácter, pero esto no es a lo que yo me refería.
—¿Y a qué se refería usted, señorita Lodge?
—Lo que intento explicarle está más relacionado con su sentido excesivo del autodominio, con su idea de lo que considera que es correcto y adecuado que usted haga. Creo que se exige más de lo que es estrictamente necesario, ¿comprende?
—No, no lo comprendo, señorita Lodge.
Elenora movió el parasol con exasperación e insistió:
—Déjeme que lo exprese de esta manera, milord. ¿Qué hace usted para sentirse feliz?
Se produjo entonces un silencio breve y cortante.
Elenora contuvo el aliento y se preguntó si habría sobrepasado, otra vez, los límites de una empleada. Cuando ya se estaba preparando para recibir una dura reprimenda, percibió un temblor en la comisura de los labios de Arthur.
—¿Es ésta una forma amable de informarme de que no soy especialmente encantador, ingenioso, listo o divertido? —preguntó él—. Si es así, podría haberse ahorrado sus comentarios, porque ya ha habido quien me ha hecho esta observación.
—En una ocasión amé a un hombre que era encantador, ingenioso, listo y divertido —explicó ella—. Él también decía que me amaba, pero al final demostró ser un mentiroso desleal y un cazafortunas despiadado. Así que no me siento muy atraída por el tipo de hombre encantador, ingenioso, listo y divertido.
Él le lanzó una mirada de reojo enigmática.
—¿Es eso cierto?
—Así es —confirmó ella.
—¿Y dice que era un cazafortunas?
—Desde luego. En realidad, yo no disponía de una gran fortuna como es la suya, milord. —Elenora no pudo reprimir un leve suspiro nostálgico—. Sin embargo, tenía una hermosa casa y unas tierras excelentes que, si se administraban bien, producían unas ganancias considerables.
—¿Quién las administraba, su padre? —preguntó él.
—No, mi padre falleció cuando yo era todavía una niña. No lo conocí. Mi madre y mi abuela administraron las tierras y la casa, y yo lo aprendí de ellas. La finca iba a ser mi herencia, pero mi madre volvió a casarse y a mi padrastro sólo le interesaba la renta que se obtenía de las tierras.
—¿Qué hizo con el dinero?
—Se vanagloriaba de ser un inversor hábil, pero normalmente perdía más de lo que ganaba. Su última aventura financiera estaba relacionada con cierta mina en Yorkshire.
Arthur apretó las mandíbulas.
—Recuerdo aquel proyecto. Si es el mismo en el que estoy pensando, fue una estafa desde el principio.
—Ya. En fin, por desgracia mi padrastro lo perdió todo en aquel negocio y, de la impresión, sufrió un ataque fatal de apoplejía. Yo tuve que responder ante los acreedores. Se lo quedaron todo. —Elenora realizó una pausa—. O casi todo.
Arthur ajustó un poco las riendas y preguntó:
—¿Y el cazador de fortunas? ¿Qué fue de él? ¿Desapareció sin más?

—Oh, no. Vino a verme enseguida, en cuanto supo que yo no iba a heredar nada, y anuló nuestro compromiso de inmediato. Dos meses más tarde me enteré de que se fugó con una joven de Bath cuyo padre le había dejado en herencia una gran suma de dinero y algunas joyas de gran valor.
—Comprendo.
Estuvieron unos instantes en silencio, y Elenora percibió con claridad el golpeteo amortiguado de las herraduras de los caballos, el traqueteo de las ruedas del carruaje y el sonido de las voces que flotaban por el parque.
De repente, se dio cuenta de que había contado mucho más de lo que pretendía acerca de sus asuntos personales. Habían empezado hablando de un asesinato. ¿Qué la había llevado a hablar de ella?
—Discúlpeme, señor —murmuró Elenora—. No era mi intención aburrirlo con mi historia personal. La verdad es que es un tema muy deprimente.
—¿Dice usted que los acreedores de su padrastro se lo quedaron casi todo? —preguntó Arthur con curiosidad.
—Como puede usted imaginar, el día que me encontré cara a cara con los acreedores, todo resultó bastante caótico. Tuve que recoger mis objetos personales bajo la vigilancia de un detective que ellos mismos habían contratado para supervisar el desahucio. Yo utilicé el baúl de mi abuela: lo había adquirido cuando era todavía una actriz, y tenía un doble fondo.
—¡Ah! —Arthur esbozó una leve sonrisa—. Empiezo a ver adónde quiere llegar. ¿Qué consiguió llevarse de la casa a escondidas, señorita Lodge?
—Sólo los objetos que ocultaba en el baúl: un broche de oro y de perlas de mi madre, un par de pendientes y veinte libras.
—Muy lista.
Ella arrugó la nariz.
—No tanto como habría deseado. ¿Tiene usted una idea de la escasa cantidad de dinero que dan los prestamistas por un broche precioso y un par de pendientes? Sólo unas libras. De todos modos, conseguí trasladarme a Londres y encontré una colocación gracias a Goodhew & Willis, aunque le aseguro que, después de todo eso, fue muy poco el dinero que me quedó.
—Comprendo.
Elenora se enderezó y volvió a ajustar el parasol.
—Ya hemos hablado bastante de este tema tan depresivo —dijo con decisión—. Volvamos al asunto de la investigación. ¿Cuál va a ser su línea de acción?
Él no respondió de inmediato. A Elenora le dio la impresión de que quería seguir hablando de su deplorable situación financiera.
Sin embargo, él apretó sus manos enguantadas sobre las riendas, envió una señal leve a los caballos rucios y retomó la cuestión del asesinato de su tío abuelo.
—He estado reflexionando sobre esta decisión —declaró él—, y creo que mi siguiente paso consistirá en intentar localizar al tercer miembro de la Sociedad de las Piedras, el que se hacía llamar Saturno. Además, creo que sería una buena idea vigilar de cerca a Ibbitts.
—¿A Ibbitts? —preguntó Elenora sobresaltada—. ¿Por qué? Me aseguró que no podría hacernos daño.
—No me preocupan los rumores que pueda extender acerca de su posición —explicó Arthur—. Lo que me interesa es saber si alguien intenta ponerse en contacto con él ahora que ya no trabaja en mi casa.
—¿Por qué querría nadie ponerse en contacto con él?
Arthur la miró.
—Si yo fuera un asesino que pretende permanecer oculto, estaría muy interesado en saber si algún familiar de la víctima está realizando averiguaciones y, de ser así, si estoy o no entre los sospechosos. ¿Y qué mejor que interrogar a un criado

descontento?

Elenora estaba impresionada.
—Ésta es una idea brillante, milord.
Él realizó una mueca.
—No estoy seguro de que pueda calificarse de brillante, pero creo que no debería ignorarla. Puede que Ibbitts oyera algo más que la conversación sobre su condición de dama de compañía.
De repente, a Elenora se le iluminó el rostro.
—Ayer por la noche hablamos acerca de John Watt y de la investigación que lleva usted a cabo en la biblioteca. ¡Claro! Es muy probable que Ibbitts sepa que usted busca a un asesino.
Arthur asintió con un movimiento de cabeza.
—Si alguien se pusiera en contacto con Ibbitts, podría deducirse que es el asesino y que siente ansia o curiosidad por saber lo que ocurre en Rain Street.
—Parece lógico pensar que nadie, salvo el asesino, se preocuparía por interrogar a un mayordomo despedido —corroboró ella—. Sin embargo, ¿cómo vigilará usted a Ibbitts día y noche?
—He estado pensando en ello. Podría utilizar a algún chico de la calle, pero no siempre son de fiar. La alternativa es contratar a un detective. Sin embargo, muchos de ellos son tan desleales como los chicos de la calle. Además, es del dominio público que resulta fácil sobornarlos.
Elenora titubeó mientras recordaba su única experiencia con un detective.
—Si decide usted acudir a Bow Street —empezó a decir—, allí hay un hombre en el que podría confiar. Se llama Hitchins.
Antes de que Arthur pudiera pedirle información acerca de Hitchins, un hombre montado en un brioso caballo pardo se acercó al carruaje. Elenora lo miró sin prestar atención y percibió la excelencia del animal y el brillo de las botas lustrosas del jinete.

Cuando empezaba a retirar la vista, una impresión de reconocimiento la sacudió.
Imposible, pensó. No podía ser él. Con un sentimiento terrible y sobrecogedor, levantó la vista hacia las hermosas facciones del caballero.
Él también la miraba, sorprendido.
—¡Elenora! —exclamó Jeremy Clyde. Sus ojos brillaban con la seductora calidez que, en cierta época, había hecho latir con fuerza el pulso de Elenora—. ¡Eres tú! Creí que me había equivocado cuando percibí una figura familiar en este carruaje. ¡Qué placer volver a verte, querida!
—Buenos días, señor Clyde. Tengo entendido que se casó usted hace unos meses. —Elenora esbozó la más fría de sus sonrisas—. Por favor, acepte mis felicitaciones. ¿Su esposa está en la ciudad con usted?
Jeremy pareció sentirse desconcertado por la dirección que ella le había dado a la conversación. Elenora tuvo la impresión de que él se había olvidado de que tenía una esposa y agradeció al destino que no le hubiera permitido casarse con ese hombre. De haberlo hecho, sin duda ahora sería la esposa inconveniente a quien Jeremy le costaba recordar.
—¡Sí, claro, está aquí! —respondió Jeremy al recobrar la memoria—. Hemos alquilado una casa para pasar en la ciudad la temporada de bailes. No tenía ni idea de que estuvieras en la ciudad, Elenora. ¿Cuánto tiempo pasarás aquí?
Arthur le lanzó una mirada rápida y, a continuación, miró a Elenora.
—¿Es un conocido tuyo, querida?
—Discúlpame —respondió rápidamente ella.

Elenora se puso muy nerviosa al darse cuenta de que había olvidado los buenos modales, pero enseguida recuperó el dominio de sí misma y efectuó las presentaciones.
Jeremy inclinó la cabeza con educación, pero Elenora percibió la expresión atónita de sus ojos cuando se dio cuenta de quién era el caballero al que le estaban presentando. Aunque no había reconocido a Arthur de vista, lo cual, pensó Elenora, no era sorprendente porque se movían en círculos distintos, sí reconoció el nombre y el título de St. Merryn.
La consternación inicial de Elenora se transformó en regocijo.
Resultaba evidente que Jeremy se sentía desconcertado al ver a su prometida rechazada sentada junto a uno de los hombres más misteriosos y poderosos de la aristocracia.
Pero mientras lo observaba, Elenora se dio cuenta de que su sorpresa y su confusión se fueron transformando en una especulación maliciosa. Jeremy estaba empezando a buscar el modo de utilizar la relación de Elenora con Arthur en su propio beneficio.
¿Cómo se le habría podido pasar por alto este aspecto de él cuando la había cortejado? Ahora que la venda había caído de sus ojos, Elenora no podía evitar preguntarse qué la había atraído de él.
—¿De qué conoce usted a mi prometida, Clyde? —preguntó Arthur de esa forma despreocupada y peligrosa que Elenora empezaba a reconocer.
El rostro de Jeremy se volvió tan blanco como una sábana.
—¿Prometida? —repitió dando la impresión de que la palabra se le atragantaba—. ¿Está usted prometido a Elenora, señor? Pero... esto es imposible. No lo comprendo. No puede ser...
—No ha respondido usted a mi pregunta —interrumpió Arthur mientras sorteaba un vehículo—. ¿De qué conoce a mi prometida?
—Somos..., esto..., viejos amigos.
Jeremy tuvo que espolear a su montura para que acelerara el paso y poder seguir así el ritmo del carruaje.
—Ya veo. —Arthur asintió con la cabeza, como si la respuesta de Jeremy lo explicara todo—. Usted debe de ser el cazador de fortunas, el que canceló su compromiso con Elenora cuando descubrió que había perdido su herencia. Tengo entendido que se fugó usted después con una joven heredera. Sin duda se trató de un acto muy astuto por su parte.
Jeremy se crispó. Su rabia debió de transmitirse por las riendas, porque su excitable caballo reaccionó con una sacudida nerviosa de cabeza y empezó a cabriolar por el sendero.
—Es evidente que Elenora le ha contado una versión distorsionada de los hechos —replicó Jeremy mientras tiraba con violencia de las riendas—. Le aseguro que nuestra relación no terminó debido al estado desastroso de sus finanzas. —Hizo una pausa significativa y añadió—: Por desgracia, había otras razones relacionadas con la “vida privada” de la señorita Lodge que me obligaron a cancelar nuestro compromiso.
Las veladas insinuaciones de que Elenora había mantenido relaciones con otro hombre, provocaron en ella tal furia que apenas podía respirar.
—¿Cuáles son esas razones? —preguntó Arthur como si no hubiera captado las sutiles implicaciones que encerraban las palabras de Jeremy.
—Le sugiero que se lo pregunte a la señorita Lodge. —Jeremy luchaba con las riendas de su caballo, que agitaba la cabeza y daba pasos laterales—. Después de todo, un caballero no habla de los asuntos íntimos de una dama, ¿no es así?
—No, si desea evitar una cita al amanecer —replicó Arthur.
Al oír aquellas palabras tan poco ambiguas, varias cabezas cercanas se volvieron, de inmediato, hacia el carruaje. Elenora se dio cuenta de que, de repente, Arthur,

Jeremy y ella eran el centro de atención de todos los miembros de la sociedad que estaban por los alrededores. Fue como si los hubieran colocado en el foco de un cristal de aumento.
Jeremy se quedó con la boca abierta y Elenora no se extrañó ni pizca al verlo, porque estaba segura de la suya también lo estaba.
No podía creer lo que acaba de oír: Arthur había amenazado a Jeremy con un duelo.
—Bueno..., verá, no sé lo que... —Jeremy se interrumpió y tiró con violencia de las riendas de su inquieta montura.
Aquella provocación adicional fue demasiado para el animal, que se levantó sobre las patas traseras con furia mientras agitaba las delanteras en el aire.
Jeremy perdió el equilibrio y empezó a resbalar, inevitablemente hacia uno de los costados del animal. Mientras luchaba con desesperación para recuperar la posición vertical, el caballo salió disparado a pleno galope y Jeremy cayó violentamente en el suelo sobre su trasero.
Risitas femeninas y masculinas surgieron de los carruajes cercanos y de los jinetes que habían presenciado la debacle.
Arthur ignoró la escena, sacudió las riendas y los caballos avanzaron a un trote vigoroso.
Elenora miró hacia atrás por encima del hombro y vio cómo Jeremy se ponía de pie, se sacudía el polvo del trasero y se alejaba, indignado, campo a través. La visión fugaz de su rostro ruborizado fue suficiente para que un estremecimiento le recorriera todo el cuerpo. Jeremy estaba furioso.
Elenora se volvió con rapidez y fijó la vista al frente mientras se agarraba, con fuerza, al parasol.
—Me disculpo por esta lamentable escena —declaró con voz tensa—. Me ha pillado por sorpresa. Nunca había imaginado que me encontraría cara a cara con Jeremy aquí, en Londres.
Arthur condujo los caballos hacia la puerta del parque.
—Ahora regresaremos a casa. Gracias a Clyde, hemos conseguido nuestro propósito. Nuestra presencia en el parque no ha pasado inadvertida y sin duda será objeto de extensos comentarios esta noche en todos los salones de baile de la ciudad.
—Sin duda. —Elenora tragó saliva y lanzó una mirada rápida a Arthur. No estaba segura de cuál era su estado de ánimo—. Es muy generoso por su parte contemplar la situación desde un punto de vista tan positivo.
—Mas mi naturaleza amable tiene ciertos límites —manifestó él—. Espero que se mantenga a distancia de Clyde.
—Desde luego —respondió ella consternada por el hecho de que él creyera que quería tener algo que ver con Jeremy—. Le aseguro que no siento ningún deseo de volver a hablar con él.
—La creo. Sin embargo, es posible que él intente reiniciar su antigua relación.
Ella frunció el ceño y declaró:
—No veo por qué.
—Cómo ya sabe, Clyde es un oportunista y quizá pretenda utilizar su antigua relación con usted en su propio provecho.
A Elenora le dolió que, aunque sólo fuera por un instante, él creyera que era necesario prevenirla en ese sentido.
—Le prometo que tendré cuidado —le aseguró.
—Se lo agradezco; la situación ya resulta bastante complicada, no la compliquemos más.
A Elenora se le encogió el corazón. Arthur no estaba muy contento, pensó ella. Aunque, ¿por qué debería estarlo? El incidente con Jeremy era la segunda complicación del día en la que ella estaba implicada.

Si se veía involucrada en más líos, Arthur podía decidir que le causaba más problemas que beneficios y, a juzgar por su expresión reflexiva e inquietante, debía de estar teniendo pensamientos similares.
Elenora decidió entonces que sería una buena idea cambiar de tema y eligió el primero que le vino a la cabeza.
—Debo felicitarle por sus excelentes habilidades interpretativas, milord —comentó ella con admiración—. La amenaza implícita de retar a duelo a Jeremy en caso de que extendiera rumores desagradables sobre mí resultó muy convincente.
—¿Eso cree?
—Desde luego. Sólo se trató de una frase, pero la pronunció con mucha fuerza, milord. Diría que con el grado exacto de frialdad y contención. Al oírle incluso sentí un escalofrío.
—Queda por ver si causaron el mismo efecto en Clyde —comentó Arthur con aire pensativo.
—Estoy convencida —aseguró Elenora riendo entre dientes—. Durante un momento, incluso me dio la impresión de que hablaba usted en serio. Le aseguro que si no hubiera sabido que estaba representando su papel en esta obra, habría jurado que hablaba de corazón.
Él le lanzó una mirada de extrañeza.
—¿Qué le hace pensar que no hablaba en serio?
—Me toma usted el pelo —respondió ella.
Los dos sabían que la amenaza no había sido real, pensó ella. Después de todo, si Arthur no se había preocupado en perseguir a su verdadera prometida cuando huyó con otro hombre, era poco probable que se enzarzara en un duelo por el honor de una prometida falsa.

No fue hasta mucho más tarde, subiendo ya a su dormitorio, cuando Elenora recordó que Arthur no había respondido a su pregunta. No le había contado lo que hacía para sentirse feliz.

17

La pechugona camarera realizó otro intento para captar su atención cuando le vio dirigirse a la puerta de la taberna llena de humo. Ibbitts la miró de arriba abajo con desdén para hacerle saber que los enormes pechos que sobresalían del corpiño manchado de su vestido no le inspiraban deseo, sino repugnancia. Ella se ruborizó, y la rabia y la humillación se reflejaron en su rostro. A continuación se dio la vuelta y se dirigió con rapidez a la mesa de unos clientes escandalosos.
Ibbitts soltó para sí una maldición y abrió la puerta. Desde que St. Merryn lo había despedido, dos días antes, estaba de un humor de perros. Además, haberse pasado gran parte de la noche bebiendo cerveza barata y jugando a los dados con una suerte pésima no había ayudado a mejorar su estado de ánimo.
Ibbitts bajó los escalones de la entrada arrastrando los pies y se dirigió a su nuevo alojamiento. Era cerca de medianoche y había luna llena: un escenario ideal para los atracadores. Algunos carruajes traqueteaban por la calle. Sabía que los ocupaban caballeros borrachos que, aburridos de los clubes y los salones de baile, acudían a aquel vecindario en busca de placeres más mundanos.
Ibbitts introdujo la mano en uno de los bolsillos de su abrigo y cerró los dedos alrededor de la empuñadura de la navaja que llevaba para protegerse.

Esa estúpida camarera estaba loca si creía que él consideraría siquiera la posibilidad de levantarle las faldas. Además, ¿por qué querría compartir las sucias sábanas de una muchacha de taberna que probablemente sólo se bañaba una vez a la semana, si es que llegaba a tanto? Durante los últimos años, él se había acostumbrado a revolcarse con las damas, limpias y perfumadas, de la aristocracia; unas damas que vestían tejidos de seda y satén; unas damas que se sentían agradecidas por las atenciones de un hombre fuerte y bien formado que las satisfacía en la cama.

Una figura se movió en las sombras de un callejón que había más adelante. Ibbitts se puso tenso y agarró nerviosamente la empuñadura de la navaja con más fuerza. Oyó el golpeteo de unos pasos en el pavimento y volvió la vista hacia la puerta de la taberna preguntándose si lo más prudente era correr hacia allí.

En aquel momento, una prostituta borracha salió torpemente de la oscuridad mientras cantaba, en voz baja y desafinada, una balada. Cuando vio a Ibbitts, la mujer se detuvo tambaleándose.

—¡Vaya, un guapetón! —exclamó—. ¿Qué te parece un poco de ejercicio? Te haré un buen precio. La mitad de la tarifa de los caballeros. ¿Qué te parece?

—¡Apártate de mi camino, estúpida mujer!

—No es necesario ser grosero. —A continuación, encorvó la espalda y se dirigió hacia las luces de la taberna—. Siempre ocurre lo mismo con los guapos. Se creen que son demasiado buenos para las chicas trabajadoras como yo.

Ibbitts se relajó un poco, pero aceleró el paso. Estaba ansioso por regresar a la seguridad de su nuevo alojamiento. Había llegado el momento de pensar en el futuro. Tenía planes que elaborar.

Todavía disponía de su aspecto, se recordó a sí mismo. Con suerte se conservaría bien durante unos cuantos años más. Pronto encontraría otra colocación. Sin embargo, la triste verdad era que probablemente no volvería a disfrutar de una situación tan confortable y provechosa como la que acababa de perder.

Aquella oscura perspectiva avivó su rabia. Lo que deseaba era vengarse, pensó. Daría cualquier cosa por que St. Merryn y la señorita Lodge pagaran por haberle arruinado la cómoda colocación de que disfrutaba en la mansión de Rain Street.

La única manera de conseguirlo era utilizar la información que había obtenido escuchando a escondidas, aunque, hasta el momento, no se le había ocurrido ninguna estrategia prometedora.

El mayor obstáculo era que no sabía a quién dirigirse. ¿Qué miembro de la aristocracia pagaría por saber que St. Merryn intentaba encontrar al asesino de su tío abuelo o que la divertida broma acerca de que la señorita Lodge provenía de una agencia era cierta?

Pero aún había otro obstáculo: ¿quién aceptaría la palabra de un mayordomo desempleado antes que de la del poderoso conde que lo había despedido?

No, lo más probable era que tuviera que volver a su anterior profesión, decidió al llegar a su nueva dirección, y toda la culpa la tenían St. Merryn y la señorita Lodge.

Ibbitts entró en el lúgubre vestíbulo y subió las escaleras. La única buena noticia en el horizonte era que no tenía que ponerse a buscar un nuevo empleo de inmediato. Durante los últimos meses se había apoderado, a escondidas, de varios objetos de plata y de un par de alfombras de una calidad excelente de la casa de Rain Street y los había llevado a los prestamistas de Shoe Lane que trataban con objetos robados. Gracias a ello, disponía de cierto dinero que le permitiría tomarse su tiempo para elegir su próximo puesto.

Ibbitts se detuvo delante de la puerta de su habitación de alquiler, sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Cuando la abrió, percibió el tenue brillo de la llama de una vela.

Su primer pensamiento fue que se había equivocado de puerta: no podía haber sido tan estúpido como para irse y dejar una vela encendida.
Pero de la oscuridad surgió entonces una voz que le heló hasta la médula de los huesos:
—Entre, Ibbitts. —El intruso se movió un poco en una de las esquinas de la habitación. Los pliegues de su capa, negra y larga, flotaron a su alrededor. Sus facciones quedaban ocultas bajo una gruesa capucha—. Creo que usted y yo tenemos un negocio en común.
La visión de las legiones de maridos que había engañado a lo largo de los años cruzó por la mente de Ibbitts. ¿Acaso uno de ellos había descubierto la verdad y se había tomado la molestia de buscarlo?
—Yo... Yo... —Ibbitts tragó saliva e intentó hablar otra vez—. Yo, no le comprendo. ¿Quién es usted?
—No necesita saber mi nombre para venderme la información que posee. —El hombre rió con suavidad—. De hecho, será infinitamente más seguro para usted que desconozca mi identidad.
Un destello de esperanza brotó en el interior de Ibbitts.
—¿Información?
—Tengo entendido que, hace poco, ha dejado su empleo en la casa del conde de St. Merryn —explicó el hombre—. Le pagaré bien si me cuenta algo de interés relacionado con su entorno.
El acento culto y bien educado del intruso dejaba claro que se trataba de un caballero. El último atisbo de ansiedad de Ibbitts se transformó en euforia. A lo largo de los años, y por propia experiencia, había aprendido que los hombres que se movían en los círculos selectos de la sociedad no eran más de fiar que los que vivían en los suburbios, pero entre los dos grupos existía una diferencia significativa: los hombres de la aristocracia tenían dinero y estaban dispuestos a pagar por lo que querían.
Su suerte había vuelto a cambiar, pensó Ibbitts mientras entraba, con aire despreocupado, en la habitación exhibiendo en su rostro una de esas sonrisas que todo el mundo se volvía para mirar. Ibbitts se aseguró de acercarse a la luz de la vela lo suficiente para que el hombre de la capa viera sus hermosas facciones.
—Está usted de suerte, señor —dijo Ibbitts—. En efecto, dispongo de cierta información interesante que está a la venta. ¿Discutimos los términos del trato?
—Si la información me resulta útil, usted mismo puede fijar el precio.
Aquellas palabras sonaron como música en los oídos de Ibbitts.
—Según mi experiencia, un caballero sólo hace este tipo de oferta cuando quiere a una mujer o cuando busca venganza. —Ibbitts se rió entre dientes—. En este caso, supongo que se trata de lo segundo, ¿no es cierto? Ningún hombre en su sano juicio llegaría tan lejos para poner las manos encima de una fémina tan irritante como la señorita Elenora Lodge. En fin, señor, si lo que busca es vengarse de St. Merryn, me sentiré más que feliz de ayudarlo.
El intruso no respondió y su extrema quietud renovó en cierto grado el nerviosismo de Ibbitts.
No le sorprendía que St. Merryn tuviera un enemigo tan resuelto e implacable. Los hombres tan ricos y poderosos como el conde siempre conseguían molestar a unas cuantas personas. Sin embargo, fueran cuales fuesen las motivaciones del intruso, Ibbitts no tenía ninguna intención de hacer indagaciones. Si había sobrevivido en las mansiones de la aristocracia todos aquellos años era porque había aprendido el delicado arte de la discreción, como demostraba el hecho de que no le había contado a St. Merryn que conocía las pesquisas que estaba llevando a cabo acerca del asesinato de su tío.
—Mil libras —declaró Ibbitts mientras contenía el aliento. Aquel precio era muy elevado. Se habría contentado con cien libras e incluso con cincuenta. Aunque él

sabía que la aristocracia no respetaba nada a menos que costara una cantidad considerable de dinero.
—Trato hecho —respondió el intruso de inmediato.
Ibbitts volvió a respirar.
A continuación le contó al hombre de la capa todo lo que había oído en el armario de la ropa blanca de la mansión de Rain Street.
Cuando terminó, hubo una breve pausa.
—De modo que todo es como yo esperaba —murmuró el intruso como si hablara para sí mismo—. Sin duda, tengo un oponente en este asunto, igual que mi predecesor. Mi destino se vuelve más claro cada día.
Ese hombre hablaba en un tono extraño e Ibbitts se intranquilizó de nuevo. Se preguntó si no habría revelado demasiada información antes de tener el dinero en las manos. Los miembros de la aristocracia no siempre se sentían obligados a mantener su palabra con los que no eran de su clase. Las deudas de juego las liquidaban con premura, porque las consideraban una cuestión de honor. Pero a la hora de pagar sus facturas, no les inquietaba lo más mínimo hacer esperar indefinidamente a tenderos y comerciantes.
Ibbitts dejó escapar un profundo suspiro y se preparó para aceptar, en caso necesario, una tarifa mucho menor. No estaba en posición de exigir, se recordó a sí mismo.
—Gracias —declaró el otro hombre—. Ha sido usted muy útil.
A continuación se movió de nuevo en las sombras e introdujo una mano entre los pliegues de la capa.
Ibbitts comprendió, demasiado tarde, que el desconocido no estaba buscando el dinero. Cuando su mano reapareció, la luz de la luna realizó un baile endemoniado en la superficie metálica de la pistola que sostenía.
—¡No!
Ibbitts dio un traspié mientras intentaba coger la navaja de su bolsillo.
La pistola rugió y llenó la pequeña habitación de humo y claridad. El disparo alcanzó a Ibbitts en el pecho y lo lanzó con fuerza contra la pared. Un frío agudo se adueñó con rapidez de sus órganos vitales. Ibbitts sabía que iba a morir, pero consiguió coger la navaja.
La maldita aristocracia siempre ganaba, pensó mientras empezaba a resbalar por la pared. La sensación de frío se extendió por su interior y su visión empezó a oscurecerse.
El intruso se acercó y sacó otra pistola de su bolsillo. A través de la creciente neblina que dificultaba su visión, Ibbitts percibió el borde inferior de la capa, que flotaba alrededor de las botas lustrosas del intruso. “Justo como uno de esos demonios alados”, pensó Ibbitts.
La rabia le proporcionó un último arranque de energía. Ayudándose de la pared, Ibbitts se impulsó hacia adelante y, con la navaja en la mano, se lanzó contra el asesino.
Sobresaltado, el intruso se hizo a un lado, pero tropezó con la pata de una silla. Entonces se tambaleó e intentó recuperar el equilibrio mientras hacía ondear la capa salvajemente a su alrededor. La silla cayó al suelo.
Ibbitts asestó un navajazo a ciegas y sintió que la hoja de la navaja atravesaba y desgarraba un tejido. Durante un segundo, rogó para que ésta se clavara en la carne de ese demonio, pero se le enganchó en los gruesos pliegues de la capa y se le escapó de la mano.
Ibbitts, agotado, se derrumbó. Vagamente, oyó repiquetear la navaja contra el suelo, a su lado.
—Hay todavía otra razón por la que un caballero podría pedirle que fijara usted un precio —susurró el intruso en la oscuridad—: es que no tenga intención de pagarlo.

Ibbitts no oyó el segundo disparo: explotó en su cerebro y destruyó una buena parte del rostro que había constituido su fortuna.

El asesino salió a toda prisa de la habitación, pero antes apagó la vela y cerró la puerta; se precipitó escaleras abajo jadeando con intensidad. Cuando llegó a la planta baja, se acordó de la máscara. Se la sacó entonces del bolsillo de la capa y se la colocó en la cabeza.
Las cosas no habían salido exactamente tal como las había planeado.
No se esperaba ese ataque desesperado de su víctima. Los dos ancianos habían muerto con facilidad y él había supuesto que el maldito mayordomo lo haría del mismo modo.
Cuando Ibbitts se abalanzó sobre él, con la navaja en la mano y la camisa cubierta de sangre, le pareció como un muerto al que hubiera revivido una descarga eléctrica.
La sensación de terror que experimentó en ese momento todavía lo embargaba, excitaba sus nervios y enturbiaba su mente, que solía mantener perfectamente lúcida.
Un coche de alquiler le esperaba en la oscuridad de la calle. El cochero se arrebujó en el sobretodo y apretó la botella de ginebra contra su cuerpo. El asesino se preguntó si habría oído los disparos. No, pensó. Era muy poco probable. La habitación de Ibbitts estaba al otro lado del edificio, una construcción vieja, de piedra y muros muy gruesos. Además, en la calle varios carruajes traqueteaban ruidosamente.
Si el sonido de los disparos habría llegado a oídos del cochero, debía de ser prácticamente imperceptible.
Durante uno o dos segundos titubeó, pero entonces decidió que en aquel barrio nada debía preocuparle. El cochero estaba bastante bebido y tenía poco interés en las actividades de su pasajero. Lo único que le preocupaba era su tarifa. Y aunque sintiera curiosidad o decidiera hablar sobre él con sus amigos en la taberna, no había ningún peligro, pensó el asesino mientras entraba en la cabina del vehículo. En realidad, el cochero no le había visto el rostro en ningún momento: lo llevaba oculto tras la máscara.
El asesino se dejó caer sobre los desgastados almohadones y el coche se puso en movimiento. Su respiración se fue serenando poco a poco. A continuación rememoró los sucesos recientes y su mente lógica y aguda repasó todos los detalles. Buscó metódicamente en su memoria los posibles errores o las pistas que podía haber dejado inadvertidamente.
Al final se sintió satisfecho y decidió que la cuestión estaba bajo control.
Todavía respiraba demasiado rápido y estaba un poco aturdido, pero se sintió complacido al notar que sus nervios se habían tranquilizado. Entonces levantó las manos delante de su rostro. El interior de la cabina no estaba iluminado, de modo que no pudo ver sus dedos con claridad, pero estaba casi seguro de que ya no temblaban.
La sensación de pánico que había experimentado justo después del ataque inesperado de Ibbitts se había evaporado, y ahora oleadas de excitación recorrían su cuerpo.
Quería, no..., necesitaba celebrar su gran éxito. Esta vez no recurriría al burdel selecto al que había acudido después de asesinar a George Lancaster y al otro hombre de edad. En esta ocasión necesitaba una celebración mucho más personal, una que se ajustara al destino que se iba desplegando frente a él.
El asesino sonrió en la oscuridad. Ya había previsto la necesidad de saborear aquel logro emocionante y lo había planificado minuciosamente, tal como había hecho con los demás aspectos de aquel asunto.

Sabía exactamente cómo celebraría su triunfo absoluto sobre su oponente.

18

El anciano contemplaba fijamente el fuego crepitante con el pie afectado de gota encima de un taburete y una copa de oporto en su mano nudosa. Arthur esperó con los brazos apoyados en los laterales dorados de su asiento. La conversación no se estaba desarrollando con fluidez. Era evidente que para lord Dalling el tiempo había dejado de ser un río que fluía en un único sentido para convertirse en un pozo profundo en el que las corrientes del pasado y el presente se entremezclaban.

—¿Cómo se ha enterado usted de mi interés por las cajas de rapé antiguas? —preguntó Dalling frunciendo el ceño con desconcierto—. ¿Usted también las colecciona?

—No, señor —respondió Arthur—. Visité varias tiendas especializadas en la venta de cajas de rapé de calidad y pregunté a los propietarios los nombres de los clientes que consideraban más entendidos en este tipo de cajas. El suyo se repitió en varios de los mejores establecimientos.

Arthur no vio la necesidad de añadir que obtener su dirección actual le había resultado bastante más complicado. Hacía años que Dalling no adquiría cajas de rapé y los tenderos le habían perdido la pista.

Además, el anciano caballero se había mudado dos años atrás. La mayor parte de sus contemporáneos habían muerto o tenían tales lagunas en su memoria que les resultaba imposible recordar la localización de la nueva vivienda de su amigo. Por fortuna, un barón de edad que todavía jugaba a las cartas todas las noches en el club de Arthur recordó la dirección de Dalling.

Arthur estaba sentado con Dalling en la biblioteca del anciano lord. Los muebles y los libros de las estanterías eran de otra era, como su propietario. Era como si los últimos treinta años no hubieran transcurrido, como si Byron no hubiera escrito todavía una palabra, como si Napoleón no hubiera sido derrotado, como si los científicos no hubieran realizado grandes adelantos en la investigación de los misterios de la electricidad y la química. Incluso los ajustados pantalones de su anfitrión procedían de otra época y otro lugar.

El tictac del reloj de pared sonaba con pesadez en el silencio de la estancia. Arthur temía si su última pregunta habría enviado irremediablemente a su anfitrión a las tenebrosas profundidades del pozo del tiempo.

Sin embargo, al final, Dalling se movió.

—¿Una caja de rapé con una gran piedra roja incrustada, dice? —preguntó.

—Así es. Y con el nombre de Saturno labrado en la tapa.

—Sí, recuerdo una caja como la que usted describe. Un conocido mío la tuvo durante muchos años. Era una caja preciosa. Recuerdo que, en una ocasión le pregunté dónde la había comprado.

Arthur no se movió por temor a distraer al anciano, pero preguntó:

—¿Le indicó el lugar?

—Creo que me contó que él y unos compañeros suyos habían encargado a un joyero que fabricara tres cajas parecidas, una para cada uno de ellos —explicó el anciano.

—¿Quién era ese caballero? ¿Recuerda su nombre?

—Claro que lo recuerdo —dijo Dalling con expresión tensa—. No estoy senil.

—Discúlpeme. No pretendía dar a entender que lo estuviera.

Dalling pareció calmarse.

—Glentworth. Así se llamaba el caballero que poseía la caja de rapé con el nombre de Saturno.
—Glentworth —repitió Arthur. Se puso de pie y agregó—: Gracias, señor. Le estoy muy agradecido por su ayuda.
—Según he oído, ha fallecido recientemente. No hace mucho, la semana pasada, creo.
¡Por todos los demonios! ¿Glentworth había muerto? ¿Después de todos los esfuerzos que había realizado para encontrarlo?
—No asistí a su funeral —continuó Dalling—. Solía acudir a todos, pero al final eran demasiados, de modo que dejé de hacerlo.
Arthur intentó pensar en cómo proceder. Se dirigiera adonde se dirigiese en aquel laberinto, siempre se encontraba con una pared.
El fuego crujió. Dalling sacó de su bolsillo una caja de rapé adornada con piedras preciosas, abrió la tapa y cogió un pellizco de tabaco pulverizado. Lo inhaló con una aspiración rápida y eficaz, cerró la caja y se arrellanó en su asiento soltando un suspiro de satisfacción. Sus párpados se cerraron con pesadez.
Arthur se dirigió a la puerta.
—Gracias por su tiempo.
—De nada —repuso el anciano.
Sin siquiera abrir los ojos, Dalling se puso a toquetear la exquisita caja de rapé mientras le daba vueltas y más vueltas en la mano.
Arthur abrió la puerta y, cuando ya estaba a punto de salir de la habitación, su anfitrión habló de nuevo:
—Quizá podría hablar con la viuda —declaró.

19

El baile de disfraces era todo un éxito. Lady Fambridge había desplegado su bien conocido talento escenográfico en la decoración que había elegido para el acontecimiento. La sala, enorme y elegante, no la iluminaban las habituales deslumbrantes arañas, sino faroles rojos y dorados. La tenue iluminación proyectaba en la sala sombras alargadas y misteriosas.
A lo largo de las paredes se habían ido agrupando estratégicamente varias macetas con palmeras procedentes del invernadero de lady Fambridge para proporcionar espacios aislados destinados a las parejas.
Elenora había descubierto enseguida que los bailes de disfraces eran lugares de coqueteos y devaneos. Eran la oportunidad para que los hastiados miembros de la sociedad participaran en los juegos de la seducción y la intriga, sus favoritos, de una forma más abierta de la habitual.
Aquella mañana, durante el desayuno, Arthur había admitido que cuando aceptó la invitación no era consciente de que el evento requeriría llevar un traje de dominó y una máscara.
Esto era lo que ocurría cuando se dejaban las decisiones sociales en manos de los hombres, pensó Elenora. No siempre prestaban atención a los detalles.
En cualquier caso, Margaret y Bennett parecían estar divirtiéndose mucho. Hacía media hora que habían desaparecido. Elenora tenía la sospecha de que le estaban sacando provecho a alguno de los rincones íntimos que las palmeras iban creando estratégicamente alrededor de la habitación.
En cuanto a ella, en ese mismo momento se estaba abriendo paso entre la multitud hacia la puerta más cercana. Necesitaba un descanso.

Durante la última hora, había bailado con diligencia con un buen número de caballeros enmascarados sin preocuparse de ocultar sus facciones tras la pequeña máscara de plumas que sostenía en una mano. Después de todo, como le había recordado Margaret, el objetivo era que la reconocieran.
Había cumplido con sus obligaciones lo mejor que había sabido, pero ahora no sólo estaba aburrida, sino que a pesar de las blandas zapatillas de baile que calzaba, estaban empezando a dolerle los pies. La dieta regular de bailes y veladas se cobraba su precio, pensó Elenora.
Casi había alcanzado la puerta cuando se dio cuenta de que un hombre vestido con un dominó negro se dirigía con determinación hacia ella. Llevaba puesta la capucha de la envolvente capa, de modo que tenía el rostro cubierto de sombras. Cuando se acercó, Elenora se dio cuenta de que ocultaba sus facciones tras una máscara de seda negra.
El hombre se deslizaba entre la gente como el lobo que busca entre la manada a la oveja más débil. A Elenora se le alegró el corazón y se olvidó por un momento de sus pies doloridos. Cuando Arthur salió de su casa esa tarde, llevando consigo un dominó y una máscara negros, le dijo que se encontrarían en el baile de los Fambridge y que la acompañaría de vuelta a casa.
Aunque ella no lo esperaba tan pronto, quizás había tenido éxito en sus indagaciones y quería comentar sus nuevos descubrimientos con ella. Elenora se reconfortó al pensar que Arthur, aunque parecía querer ignorar, al menos por el momento, la atracción que había entre ellos, la trataba como una especie de consejera en aquel proyecto.
Pero cuando Elenora tuvo al desconocido del dominó delante, su excitación se evaporó al instante: aquel hombre no era Arthur. Elenora no sabía cómo podía estar tan segura de ello, pero lo estaba, incluso antes de que la tocara.
No fue la voz lo que lo delató, pues no pronunció ni una palabra. Sin embargo, Elenora no se extrañó de que no hablara, no era el primer caballero que, aquella noche, la invitaba a bailar por medio de gestos. Las voces eran fáciles de identificar y varios de los invitados preferían llevar a cabo sus juegos anónimamente. De todos modos, ella había reconocido a la mayoría de sus compañeros de baile, sobre todo a aquellos con los que había bailado algún vals en otras ocasiones.
El vals era un tipo de baile sorprendentemente íntimo. No había dos hombres que lo bailaran de la misma manera. Algunos lo hacían con una precisión casi militar; otros arrastraban a su pareja por la pista de baile con un entusiasmo tan enérgico que parecía que estuvieran participando en una carrera de caballos; e incluso había hombres que se aprovechaban del contacto íntimo para apoyar las manos en lugares que el sentido de la propiedad indicaba que no eran adecuados.
Elenora titubeó cuando el hombre del dominó negro le ofreció el brazo con una elegante floritura. Aquel hombre no era Arthur y los pies le dolían de verdad; fuera quien fuese, había realizado un esfuerzo considerable para llegar hasta ella a través de la multitud. Lo menos que podía hacer era bailar con él, pensó Elenora. Después de todo, le pagaban por representar un papel.
El hombre de la máscara la tomó del brazo. Al segundo siguiente ella se había arrepentido de su decisión. El roce de sus dedos, largos y finos, le produjo un escalofrío inexplicable.
Elenora inspiró profundamente y se dijo a sí misma que todo lo que sentía no era más que producto de su imaginación. Había un halo alrededor de aquel desconocido que le alteraba los nervios de una forma muy desagradable.
Cuando él la guió por la pista de baile al ritmo del vals, Elenora no pudo evitar arrugar la nariz ante el desagradable olor que ese hombre emanaba. Era evidente que había sudado mucho recientemente, pero el olor que despedía no era el del sudor derivado de un esfuerzo físico, sino que estaba impregnado de una esencia que Elenora no conseguía identificar. Se trataba de un olor que le repugnaba.

Elenora examinó la pequeña parte de su rostro que no estaba cubierta por la máscara. Sus ojos, iluminados por los faroles, brillaron a través de los orificios de la máscara negra.
El primer pensamiento de Elenora fue que estaba bebido, pero desechó esta idea cuando se dio cuenta de que su equilibrio y su coordinación eran perfectos. Quizás únicamente se trataba de que había ganado o perdido una fortuna a las cartas, o en algún otro juego de azar. Esto podía explicar su inusual excitación.
La tensión se apoderó de los músculos de Elenora y deseó, de todo corazón, no haber aceptado la oferta del hombre encapuchado. Pero ya era demasiado tarde. A menos que quisiera provocar una escena, estaba atrapada hasta que la música cesara.
Elenora no tenía duda alguna de que era la primera vez que bailaba un vals con ese hombre, pero se preguntó si no lo había conocido en algún otro lugar.
—¿Disfruta usted de la noche? —le preguntó Elenora con la esperanza de que él hablara.
Sin embargo, el hombre se limitó a inclinar la cabeza en un gesto afirmativo, pero silencioso.
Sus largos dedos la sujetaban con tanta fuerza que ella sentía el contorno del anillo que llevaba puesto.
La mano enguantada de aquel hombre le apretó con fuerza la cintura y Elenora casi tropezó. Si deslizaba la mano más abajo ella daría por terminado el baile de inmediato, se dijo a sí misma. No podía permitir que aquel hombre la tocara de un modo más íntimo.
Elenora apartó la mano del hombro de su compañero de baile y la colocó en su brazo con la intención de separarse un poco de él. Al realizar aquel movimiento, rozó con la mano un desgarro largo e irregular en los pliegues voluminosos de la gruesa tela de su dominó. Quizá se le había enganchado en la portezuela del carruaje. Elenora se preguntó si debería comentárselo.
No, cuanto menos hablaran, mejor. No quería mantener una conversación amable con aquel hombre, aunque él mostrara deseos de hablar.
Entonces, cuando se hallaban en uno de los extremos de la pista de baile, el hombre de la máscara, sin medir palabra, interrumpió el baile, hizo una pronunciada reverencia, giró sobre sí mismo y se dirigió, a grandes pasos, hacia la puerta más cercana.
Elenora lo observó mientras se alejaba algo aturdida por el extraño episodio, pero muy aliviada por el hecho de que hubiera terminado.
De repente, sintió que su propio dominó le daba demasiado calor: necesitaba respirar aire fresco todavía más que antes.
Elenora se tapó el rostro con la máscara y consiguió salir de la sala en sombras sin atraer más la atención, recorrió un silencioso pasillo y buscó refugio en el invernadero de los Fambridge, que estaba iluminado por la luz de la luna.
El enorme invernadero despedía un olor intenso y tranquilizador a tierra fértil y plantas vigorosas. Elenora se detuvo en la entrada para dar tiempo a que sus ojos se acostumbraran a las sombras.
Al cabo de unos instantes, la pálida luz de la luna que atravesaba los paneles de cristal e iluminaba el recinto le permitió distinguir el contorno de las mesas de trabajo y del voluminoso follaje de las plantas.
Elenora avanzó por un pasillo flanqueado por plantas de hojas anchas mientras disfrutaba del silencio y la soledad. Había bailado con un buen número de desconocidos misteriosos y enmascarados aquella noche, pero Arthur no estaba entre ellos. Aunque se hubiera acercado a ella oculto tras un dominó y una máscara, y aunque no hubiera pronunciado ni una palabra, ella habría reconocido su forma de tocarla, pensó Elenora. Algo en su interior reaccionaba a la cercanía de Arthur, como si les uniera una especie de conexión metafísica. Sin duda, él también

experimentaba algo parecido cuando estaba cerca de ella. ¿O acaso ella se estaba engañando?
Elenora alcanzó el final del pasillo flanqueado por plantas que crecían en macetas y, cuando estaba a punto de regresar, algo, el roce de unos zapatos en las baldosas del suelo y el susurro de la tela de un dominó, le indicó que ya no estaba sola en el invernadero.
Su pulso se aceleró y Elenora se ocultó instintivamente en la sombra de una palmera de gran tamaño. ¿Y si su compañero de baile la había seguido hasta allí?
El invernadero le había parecido un refugio seguro, pero ahora se daba cuenta de que se había quedado atrapada en el fondo de aquella construcción. El único camino de regreso a la sala de baile exigía que pasara junto a la persona que la había seguido.
—¿Señorita Lodge? —preguntó una voz baja y temblorosa de mujer.
Elenora se sintió muy aliviada. No reconoció la voz de la recién llegada, pero saber que se trataba de una mujer la relajó. Decidió entonces apartarse de la sombra de la enorme palmera y dejarse ver.
—Sí, estoy aquí —respondió.
—Me pareció verla venir hacia este lugar.
La mujer avanzó a lo largo del pasillo hacia Elenora. Llevaba un dominó de un color claro en el que se reflejaba la luz de la luna. Debía de ser azul cielo o verde. Tenía puesta la capucha, de modo que su rostro quedaba oculto.
—¿Cómo me ha reconocido? —preguntó Elenora con curiosidad y un poco sorprendida al descubrir que todavía se sentía algo recelosa.
El baile con el enmascarado desconocido había alterado sus nervios, habitualmente templados, más de lo que ella había creído.
—La vi llegar en el carruaje de St. Merryn. —Era una mujer menuda, y el color pálido de su disfraz le proporcionaba un aspecto algo etéreo. Caminaba hacia Elenora como si sus pies no tocaran el suelo—. Además, su máscara y su dominó son muy característicos.
—¿Nos han presentado? —preguntó Elenora.
—No, discúlpeme. —La dama levantó delicadamente su mano enguantada y se retiró la capucha. Su peinado era muy elegante y su cabello debía de ser de color rubio, aunque a la misteriosa luz de la luna parecía de plata—. Me llamo Juliana Burnley.
¡La anterior prometida de Arthur! Elenora consiguió, a duras penas, reprimir un gruñido. La noche iba de mal a peor. ¿Dónde se encontraba Margaret cuando la necesitaba?
—Señora Burnley... —murmuró Elenora.
—Por favor, llámeme Juliana —contestó ella mientras se quitaba la máscara.
Elenora había oído suficientes rumores para deducir que Juliana era muy guapa. Sin embargo, la realidad resultaba, en cierto modo, intimidante. Incluso a la pálida luz de la luna era evidente que Juliana era una auténtica belleza. Tenía unas facciones elegantes y delicadas.
Todo en ella era tan primoroso y encantador que, en cierto modo, parecía irreal. Allí, entre la vegetación iluminada por la luz de la luna, Juliana bien podría haber sido la reina de las hadas recibiendo a la corte en el jardín.
—Como desee. —Elenora se quitó la máscara y añadió—: Sin duda, sabe usted quién soy.
—La nueva prometida de St. Merryn. —Juliana se detuvo, de forma primorosa, a poca distancia de Elenora—. Supongo que debería felicitarla.
Terminó la frase con una entonación creciente, como si formulara una pregunta.
—Gracias —respondió Elenora con frialdad—. ¿Deseaba usted algo?
Juliana se estremeció.

—Lo siento, no estoy llevando muy bien esta situación. La verdad es que no sé cómo hacerlo.
Nada resultaba tan irritante como una persona que titubeara y divagara sin ir al grano, pensó Elenora.
—¿Qué es, con exactitud, lo que desea? —le preguntó.
—Esto me parece tan difícil... Quizá me resultaría más fácil si me permitiera empezar por el principio.
—Si cree que servirá de ayuda...
Juliana volvió un poco la cabeza y examinó una planta cercana, como si no hubiera visto nada parecido en toda su vida.
—Estoy segura de que ha oído los rumores —dijo por fin.
—Ya sé que estaba usted prometida a St. Merryn y que huyó con Roland Burnley, si es esto a lo que se refiere.
Elenora no se molestó en ocultar su impaciencia.
Juliana apretó un puño y explicó:
—No tuve elección. Mis padres estaban decididos a que me casara con St. Merryn. Nunca habrían permitido que cancelara el compromiso. Estoy convencida de que, si le hubiera confiado a mi padre que no podía reunir las fuerzas necesarias para casarme con St. Merryn, él me habría encerrado en mi dormitorio y me habría tenido a pan y agua hasta que accediera a casarme.
—Comprendo —respondió Elenora con voz indiferente.
—¿No me cree usted? Le aseguro que mi padre es muy estricto. No tolera ninguna discrepancia. Todo debe hacerse conforme a sus dictados. Y mi madre nunca lo contradice. Yo habría hecho cualquier cosa para librarme del matrimonio que habían concertado para mí, y mi querido Roland me salvó.
—Comprendo.
Juliana sonrió con nostalgia y añadió:
—Es guapo, noble y muy, muy valiente. No conozco a ningún otro hombre que hubiera sido capaz de enfrentarse a mi padre y al suyo, por no mencionar a St. Merryn, para salvarme de un matrimonio horrible.
—¿Está segura de que su matrimonio con St. Merryn habría sido horrible?
—Me habría resultado intolerable —respondió Juliana estremeciéndose—. Durante las semanas que estuvimos prometidos solía llorar por la noche, en la cama, hasta el amanecer. Le rogué a mi padre que buscara otro marido para mí, pero él se negó a hacerlo.
—¿Exactamente por qué está usted tan convencida de que no habría soportado estar casada con St. Merryn?
Las finas cejas de Juliana se unieron en una expresión delicada de confusión.
—¿Por qué? Porque es exactamente como mi padre. ¿Cómo podía querer casarme con un hombre que me trataría como siempre lo había hecho mi padre? ¿Un hombre que no prestaría atención a mis opiniones? ¿Un hombre que no me permitiría tomar mis propias decisiones? ¿Un hombre que actuaría como un tirano en su propio hogar? Habría preferido entrar en un convento.
Elenora empezó a comprenderlo todo. De repente, resultaba muy claro por qué Juliana había escapado con su Roland.
—Bueno, supongo que esto explica unas cuantas cosas —contestó Elenora.
Juliana examinó su rostro y preguntó:
—Usted no le tiene ningún miedo a St. Merryn, ¿no es cierto?
Aquella pregunta tomó a Elenora por sorpresa. Estuvo pensando en la respuesta durante unos instantes. Sentía un gran respeto por Arthur y, sin duda, no deseaba ponerlo de mal humor innecesariamente. Tampoco se atrevería a contrariarlo, pero ¿tenerle miedo?
—No —respondió.
Juliana titubeó y asintió con la cabeza.

—Ya veo que para usted es distinto. Debo admitir que la envidio. ¿Cómo lo consigue?
—¿Cómo consigo qué?
—¿Cómo consigue que St. Merryn preste atención a sus opiniones? ¿Cómo consigue que no dirija su vida? ¿Cómo consigue que él no se salga con la suya en todas las situaciones?
—Ésta es una pregunta muy personal, Juliana —respondió Elenora—. Preferiría que me explicara usted cuál es la razón de que me siguiera hasta aquí.
—Lo siento, no pretendía ser indiscreta. Pero no puedo evitar sentir curiosidad por la mujer que...
—¿Que ha ocupado su lugar? —sugirió Elenora.
—Sí, supongo que podría expresarse de esta forma. Sólo me preguntaba cómo se relaciona con él.
—Digamos que mi relación con St. Merryn es muy distinta a la que usted tuvo con él.
—Comprendo. —Juliana asintió de nuevo con la cabeza, pero esta vez con aire entendido—. Quizá no le tiene miedo porque es bastante mayor que yo y tiene mucha más experiencia del mundo y de los hombres.
Elenora se dio cuenta de que estaba apretando los dientes.
—Sin duda. Ahora, si no le importa, ¿qué deseaba decirme?
—Ah, sí, claro. —Juliana se enderezó y levantó la mandíbula—. Esto me resulta muy difícil, señorita Lodge, pero he venido a pedirle una cosa.
—¿Cómo dice?
Juliana extendió la mano en un gesto grácil de súplica.
—Debo pedirle un gran favor. Es usted mi última esperanza. No sé a quién más dirigirme.
Durante unos instantes, Elenora se preguntó si Juliana no estaría llevando a cabo un juego extraño. Pero la desesperación de aquella mujer era evidente. Fuera lo que fuese lo que le ocurría, no se trataba de ninguna broma.
—Lo siento —respondió Elenora suavizando el tono de su voz a pesar de la irritación que experimentaba. Lo cierto era que Juliana parecía bastante angustiada—, pero no sé cómo podría ayudarla.
—Usted está prometida a St. Merryn.
—¿Y esto qué tiene que ver con este asunto? —preguntó Elenora con recelo.
Juliana carraspeó.
—Se rumorea que, aunque no están casados, parecen tener una relación muy íntima.
Elenora se quedó helada. Aquella expresión no era más que un eufemismo amable cuyo significado todo el mundo conocía muy bien. Elenora se dijo a sí misma que era de esperar que en los círculos sociales se especulara acerca de si Arthur y ella mantenían relaciones íntimas. Debería haber previsto aquellos rumores. A diferencia de Juliana, ella no era una muchacha inocente de dieciocho años que vivía bajo la protección estricta de sus padres.
Para la buena sociedad, se recordó Elenora, ella no sólo era una mujer madura, sino que estaba envuelta en un aire de misterio y vivía además bajo el mismo techo que su prometido, que todavía era más misterioso que ella. La presencia de Margaret en la casa proporcionaba a la situación una fachada aceptable desde el punto de vista social, pero no evitaba los cotilleos de la gente.
No debería haberla sorprendido averiguar que los propagadores de chismorreos estaban convencidos de que mantenía relaciones íntimas con Arthur.
—Uno debería recordar que los cotilleos no siempre se ajustan a la verdad —respondió Elenora intentando conferir a sus palabras un tono disuasivo.
—No pretendía ofenderla —contestó Juliana—. Sólo quería que supiera que, según tengo entendido, mantiene usted una relación estrecha con St. Merryn. Se dice que,

la otra noche, en los jardines de cierta sala de baile, él la besó apasionadamente. —Juliana se interrumpió—. A mí nunca me besó así.
—Sí, bueno...
—Además, también se dice que amenazó con retar a un caballero que habló con usted en el parque.
—Le aseguro que aquel incidente se ha tratado de una forma desproporcionada —se apresuró a responder Elenora.
—La cuestión es que St. Merryn, sin lugar a dudas, amenazó a aquel hombre. —Juliana suspiró—. Varias personas lo oyeron. Ésta es la cuestión, ¿comprende? Él ni siquiera se molestó en seguirme la noche que me escapé con Roland.
—¿Quería usted que él la siguiera? —preguntó Elenora suavemente, de pronto muy interesada por conocer la verdad.
—No, desde luego que no. —Juliana dio varios golpecitos a una mesa de trabajo con el extremo de su máscara—. En realidad, me sentí muy agradecida de que no nos siguiera. Me producía terror pensar que pudiera herir o incluso matar a Roland en un duelo. Sin embargo, según me han contado, St. Merryn estuvo jugando a cartas aquella noche. —En el rostro de Juliana se dibujó una expresión de pesar—. Lo cual confirma lo que siempre había creído.
—¿Y qué es lo que siempre había creído?
—Que, aunque St. Merryn estaba comprometido conmigo, sus sentimientos no lo estaban.
—Me alegro de que pudiera casarse con el hombre que ama —comentó Elenora con gentileza—. Aunque todavía no sé qué es lo que quiere de mí.
—Mi querido Roland asumió un gran riesgo cuando me salvó de St. Merryn y ha pagado un precio terrible por ello.
—¿De qué precio me habla? Acaba de decirme que St. Merryn no lo perjudicó de ningún modo.
—Aquella noche no me di cuenta de todo lo que Roland arriesgaba por mí —dijo Juliana esforzándose por no romper a llorar—. Mi mayor temor era que St. Merryn nos siguiera, pero el verdadero peligro residía en otro lugar, en el mismo seno de nuestras familias.
—¿Qué quiere decir?
—Sabíamos que mi padre se enfurecería y que me dejaría sin un penique, y esto es exactamente lo que ocurrió. Sin embargo, lo que no habíamos previsto es que el padre de Roland se enfadara tanto como para privarle de su asignación.
—¡Santo cielo!
—Nos encontramos en una situación financiera desesperada, señorita Lodge; sin embargo, Roland es muy orgulloso y no acudirá a su padre para rogarle que le restituya su asignación.
—¿Y cómo sobreviven?
—Mi madre, ¡bendita sea!, aun a riesgo de ser el blanco de la cólera de mi padre, nos entrega, en secreto, parte del dinero que él le suministra para el mantenimiento de la casa. Además, he vendido algunas de las joyas que me llevé cuando Roland y yo huimos. —Juliana se mordió el labio—. Por desgracia, no he obtenido mucho dinero por ellas. Resulta sorprendente lo poco que se valoran las buenas joyas cuando una se ve obligada a empeñarlas.
Elenora sintió una oleada de auténtica empatía.
—Lo sé. Yo también he tenido ocasión de descubrirlo.
Juliana no parecía interesada en comparar los precios de los prestamistas. Estaba muy concentrada en su relato.
—Roland, por su parte, ha probado suerte en las mesas de juego. Hace poco, conoció a un hombre que parecía saber desenvolverse en este mundo.
—¿Qué quiere decir?

—Este hombre condujo a Roland a un club en el que, según le prometió, se jugaba limpio. Al principio, Roland ganaba con frecuencia y, durante un tiempo, creyó que su buena suerte nos ayudaría a salir airosos de la situación. Pero últimamente sus cartas han sido muy malas. La noche pasada, perdió mucho dinero y, como había apostado hasta mi último collar, ahora apenas nos queda nada.
Elenora suspiró.
—Comprendo muy bien lo que debe de sentir.
—No hay mucho más que podamos hacer —confesó Juliana sacudiendo la cabeza—. Supongo que era muy inocente por mi parte, pero debo decirle que no tenía ni idea de lo que costaba un simple traje de baile y un par de zapatos a juego hasta que Roland y yo nos quedamos sin ingresos. —A continuación tocó los pliegues del dominó que llevaba puesto—. Si he podido venir aquí esta noche es porque una amiga me ha dejado prestado su disfraz. Roland no sabe que estoy aquí. Él ha acudido, una vez más, a las salas de juego.
—Lamento mucho sus dificultades —declaró Elenora.
—Me temo que Roland se siente cada vez más desesperado —le confió Juliana en un susurro—. No sé qué hará si su suerte no cambia. Ésta es la razón de que haya acudido a usted en busca de ayuda, señorita Lodge. ¿Nos echará una mano?

20

Veinte minutos más tarde, Elenora regresó a la sala de baile iluminada por la luz tenue de los faroles. La muchedumbre de bailarines disfrazados con capas y máscaras era todavía más numerosa. Elenora descubrió un rincón vacío al amparo de unas palmeras y se sentó en el pequeño banco dorado que había allí.
Abstraídamente, observó a los múltiples bailarines intentando localizar con la mirada a Margaret y a Bennett mientras reflexionaba acerca de la conversación que acababa de mantener con Juliana.
Sus pensamientos se detuvieron de repente cuando vislumbró a un hombre con un dominó y una máscara negra que se dirigía hacia ella. “Otra vez no”, pensó sintiendo un escalofrío. No permitiría que aquel hombre la tocara de nuevo. No podía olvidar la sensación que le había producido su mano en su cintura y el olor de su extraña excitación.
Sin embargo, segundos más tarde, se dio cuenta de que no se trataba del mismo hombre y una concluyente sensación de alivio la invadió. Si bien aquel hombre también avanzaba entre la multitud con los movimientos decididos de un predador, no había en sus pasos una energía antinatural, sino poder y control. La capucha de su dominó colgaba a su espalda y, aunque sus ojos quedaban ocultos tras la máscara de seda negra, su perfil orgulloso y su espeso cabello negro, peinado hacia atrás dejando al descubierto su ancha frente, resultaban inconfundibles.
Un cosquilleo de anticipación incontrolable recorrió las venas de Elenora. Entonces retiró la máscara de su rostro y sonrió.
—Buenas noches, señor —manifestó—. Llega usted pronto, ¿no?
Arthur se detuvo frente a ella y la saludó con una reverencia.
—¡Bien por mi ingenioso disfraz! He llegado hace unos minutos. Enseguida encontré a Margaret y a Bennett, pero me dijeron que la habían perdido a usted entre la multitud.
—Había ido al invernadero a tomar un poco de aire fresco.
—¿Está lista para marcharse? —preguntó Arthur.

—Sí, la verdad es que sí. —Elenora se puso de pie—. Aunque es probable que Margaret no quiera regresar a casa tan pronto. Creo que lo está pasando muy bien con el señor Fleming.
—Esto es obvio —dijo Arthur tomándola del brazo. A continuación la guió hacia la puerta y le explicó—: Acaba de informarme de que ella y Bennett se van a la velada de los Morgan. Bennett la acompañará a casa más tarde.
Elenora sonrió y confesó:
—Me parece que se están enamorando.
—No traje a Margaret a Londres para que viviera un romance —refunfuñó Arthur—. Su papel consistía en hacerle a usted de guía y en aportar una presencia femenina a mi casa para que su reputación no sufriera mientras ejerce usted este empleo.
Elenora recapacitó en silencio sobre si contarle o no el rumor que, según Juliana, circulaba entre la aristocracia. Al final, decidió que contarle a Arthur que la buena sociedad suponía que tenían una relación íntima no haría más que complicar la situación. Si le informaba de ello, Arthur probablemente se preocuparía en exceso por las responsabilidades que creía tener con ella y esto era lo último que Elenora quería.
—¡Vamos, señor! Resulta maravilloso que Margaret haya encontrado un caballero agradable que la haga feliz. Admítalo.
—Sí, sí —asintió él.
—Y lo más encantador de esta situación es que usted se merece todo el mérito por haber permitido que su romance floreciera —añadió Elenora sin poder resistirse—. Después de todo, si no hubiera invitado a Margaret a Londres ella nunca habría conocido a Bennett.
—Esto no formaba parte de mi estrategia —murmuró él de una forma misteriosa—. No me gusta que las cosas no se desarrollen según mis planes.
En realidad no estaba molesto, concluyó Elenora, y entonces se echó a reír.
—A veces es bueno que los planes se nos vayan al traste.
—¿Cuándo ha visto que algo así haya tenido un resultado que no sea desastroso?
“Cuando lo conocí en las oficinas de Goodhew & Willis”, pensó Elenora con nostalgia. Ella acudió a la agencia en busca de un puesto de dama de compañía, una colocación tranquila para trabajar para alguien como la señora Egan y, en su lugar, se encontró con Arthur. Y, ahora, ocurriera lo que ocurriese entre ellos, sabía que su vida nunca volvería a ser igual.
Pero no podía contarle esto a Arthur, de modo que se limitó a sonreír con la esperanza de conferirle a su expresión un aire misterioso.
Cuando llegaron a la entrada principal de la mansión de los Fambridge, Arthur pidió que le trajeran el carruaje. Minutos más tarde, uno de los carruajes que permanecían en la larga cola de vehículos que esperaban en la calle se separó de los demás. Cuando el carruaje llegó al pie de las escaleras, Arthur ayudó a Elenora a subir a su interior.
Él entró tras ella con agilidad y los pliegues de su dominó flotaron a su espalda como las alas negras de un pájaro de presa nocturno.
Arthur cerró la portezuela y se sentó frente a Elenora. Aquélla era la primera vez que estaban solos en el vehículo, pensó ella.
—¡Ya está bien de esta estúpida mascarada! —exclamó Arthur desatándose la máscara y echándola a un lado—. No le veo la gracia a ocultar la propia identidad, a menos que uno intente cometer algún acto indebido.
—No tengo ninguna duda de que esta noche se han cometido varios en la sala de baile de los Fambridge.
—Sí, desde luego. —Arthur se arrellanó en uno de los extremos del asiento y, tras torcer la boca en un gesto de diversión, agregó—: Y sospecho que la mayoría tienen algo que ver con relaciones ilícitas de algún tipo.
—Ajá.

Él la contempló con su mirada peligrosa.
—Espero que no se haya visto sometida a ninguna humillación. El trabajo de Margaret consiste en asegurarse de que usted no es objeto de ningún tipo de atenciones inapropiadas, pero es obvio que no está concentrada en su papel. Si algún hombre le ha hecho alguna insinuación inadecuada...
—No, milord —se apresuró a responder ella—. No he tenido ningún problema de este tipo. Sin embargo, he estado hablando con una vieja conocida suya.
—¿Con quién?
—Con Juliana. En la actualidad, la señora Burnley.
Él realizó una mueca y preguntó:
—¿Estaba aquí esta noche?
—Así es.
—¿Se ha presentado a usted?
—En efecto.
Él no parecía muy contento.
—Espero que el encuentro no fuera desagradable y que ella no montara una escena.
—Ella no ha montado ninguna escena, pero el encuentro, como usted lo llama, podría decirse que ha sido interesante.
Él tamborileó con los dedos en la portezuela.
—¿Por qué tengo la impresión de que no me va a gustar lo que está a punto de contarme? —le preguntó a Elenora.
—En realidad no es tan horroroso —lo tranquilizó ella—, aunque sospecho que su reacción inicial podría ser algo..., negativa.
—Y yo sospecho que tiene usted toda la razón. —Arthur sonrió con una anticipación casi feroz—. Sin embargo, intentará hacerme cambiar de opinión, ¿no es cierto?
—Desde mi punto de vista, si usted lograra tener una reacción positiva redundaría en beneficio de todos.
—¡Vamos, suéltelo ya! —gruñó él.
—Sería mejor que, primero, le explicara cuál es la situación.
—Ahora ya no tengo ninguna duda de que mi reacción será negativa.
Ella simuló no haberlo oído y preguntó:
—¿Sabía usted que tanto la familia de Juliana como la de Roland les han suspendido sus asignaciones?
Él enarcó las cejas.
—Sí, había oído algunos rumores al respecto. Sin embargo, estoy convencido de que sólo se trata de una situación temporal. Tarde o temprano el viejo Burnley o Graham cederán.
—Juliana también lo creía, pero ya no confía en esta posibilidad, y Roland tampoco. Ambos están convencidos de que sus familias les han dado la espalda para siempre. Juliana está muy trastornada.
—¿En serio? —preguntó Arthur sin mostrar preocupación alguna por los sentimientos de Juliana.
—Su madre le ha entregado algo de dinero, pero no es suficiente para que ambos subsistan. La amenaza de un desastre financiero ha arrastrado a Roland a los garitos.
—Sí, lo sé. Yo diría que pronto aprenderá que las salas de juego constituyen una forma estupenda de perder el poco dinero que le queda.
—¿Sabía usted que Roland intenta rehacer su fortuna en las mesas de juego?
—Eso no es ningún secreto.
Claro que conocía la situación, pensó Elenora con ironía, igual que sabía que Ibbitts le robaba dinero de las cuentas de la casa. Era típico de Arthur estar bien informado de lo que ocurría a su alrededor.
Elenora decidió utilizar otra estrategia.

—Juliana está muy asustada —declaró.
Arthur volvió la cabeza y mostró su fiero perfil. A continuación miró por la ventanilla como si aquella conversación lo aburriera y hubiera encontrado algo de un interés extraordinario en la calle. La luz de una farola dibujó el contorno de sus pómulos y de su mandíbula, pero su expresión permaneció oculta en las sombras.
—No me sorprende —comentó él.
Elenora volvió a recordar el rumor relacionado con los sentimientos de Juliana respecto a Arthur: “Dicen que se sentía aterrorizada por él.”
Elenora observó el rostro esquivo de Arthur y, de repente, supo con certeza que él siempre había sido consciente de que su prometida le tenía miedo.
Elenora no se sorprendió de que Arthur supiera lo que Juliana sentía. Sin embargo, la idea de que se hubiera tomado como algo personal las sensibleras imaginaciones de una jovencita o que incluso hubiera permitido que lo deprimieran, la dejó de una pieza.

—En mi opinión, Juliana creció demasiado sobreprotegida —manifestó Elenora con determinación—. Su juventud y su falta de experiencia mundana fueron sin duda causa de que cayera víctima de los fantasmas que suelen ser producto de la imaginación de las jóvenes.
Él se volvió hacia ella.
—Pero no de la suya, ¿verdad, señorita Lodge? —preguntó Arthur con sorna.
Ella desestimó aquella idea moviendo la máscara que sostenía en la mano.
—Una mujer que tiene la intención de entrar en el comercio no puede permitirse el lujo de poseer una sensibilidad demasiado refinada.
Una sonrisa se esbozó casi imperceptiblemente en la comisura de los labios de Arthur y, al instante, se desvaneció. Él inclinó entonces la cabeza con aire solemne.
—Sin duda, es cierto que una sensibilidad delicada puede interferir en la obtención de beneficios —admitió él observándola con atención—. Yo lo aprendí hace ya varios años, de modo que nunca permito que los sentimientos influyan en las decisiones que debo tomar en relación con estas cuestiones.
Aquello no prometía mucho, pensó Elenora. Dada su legendaria y prodigiosa intuición respecto a las finanzas y las inversiones, sin duda él ya había adivinado que ella iba a pedirle algún favor relacionado con el dinero y le estaba advirtiendo que podía ahorrarse el esfuerzo.
Elenora decidió insistir y empleó las armas que mejor podían convencerlo: la lógica y la responsabilidad.
—Señor, iré directa al grano —declaró Elenora—. Juliana se acercó a mí esta noche para pedirme un favor.
Él entornó un poco los ojos y dijo:
—No me diga que tuvo el valor de pedirle dinero.
—No —se apresuró a responder ella satisfecha de poder dejar de lado aquella cuestión de una vez.
La expresión de Arthur se iluminó levemente.
—Me alegra oírlo —declaró—. Por un momento, pensé que había intentado convencerla de que le hiciera un préstamo, aunque no lograba entender por qué creía ella que usted estaría dispuesta a hacerlo.
—No me pidió un préstamo —explicó Elenora con gran cautela—. Al menos, no de una forma directa. Sin embargo, usted recordará que extendió el rumor de que estaba en la ciudad para formar un consorcio de inversores.
—¿Y qué ocurre con este rumor?
Elenora enderezó los hombros.
—Juliana me rogó que le pidiera a usted que ofreciera a Roland una participación en su nuevo consorcio.

Arthur se quedó unos instantes mirándola como si Elenora le hubiera hablado en un idioma desconocido. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.
—He llegado a la conclusión de que tiene usted un sentido del humor realmente extraño, señorita Lodge.
Ella lo miró a los ojos y percibió irritación, pero no rabia. Existía una diferencia entre estos dos sentimientos y, en relación con Arthur, estaba convencida de que sólo la segunda era realmente peligrosa. La primera podía dominarse si se utilizaba la razón.
—Por favor, no intente intimidarme, señor —manifestó ella con calma—. Lo único que le pido es que me escuche.
—¿Todavía hay más?
—Comprendo que es pedirle mucho dadas las circunstancias, pero creo que haría bien si le concediera este favor a Juliana.
La sonrisa de Arthur era tan fría como el acero.
—Sin embargo, debe usted recordar que, en estos momentos, no estoy creando ningún consorcio —dijo él secamente.
—No, pero los crea con frecuencia y ambos sabemos que, tarde o temprano, emprenderá otra aventura financiera. Podría ofrecerle una participación a Roland en su próximo proyecto.
—No veo ninguna razón lógica por la que debiera invitar a Roland Burnley a formar parte de un consorcio, aunque dispusiera de los fondos necesarios para comprar una participación, y, según ha indicado usted antes, éste no es el caso.
—El hecho de que disponga o no de los fondos necesarios para comprar una participación constituye otra cuestión. Hablaremos de ella en breve.
—¿De veras?
—¿Acaso intenta usted intimidarme? Si es así, debe saber que su estrategia no funciona —afirmó ella.
—Quizá debería intentarlo con más intensidad.
Elenora realizó un esfuerzo para armarse de paciencia.
—Intento explicarle por qué debería tener en cuenta la posibilidad de que Roland sea un miembro de su próxima asociación de inversores.
—Ardo de impaciencia por oírla.
—La cuestión —continuó Elenora decidida a terminar su argumento— es que, desde cierto punto de vista, se podría decir que usted constituye la razón de que Juliana y Roland se encuentren en su actual y desafortunada situación financiera.
—¡Maldita sea! ¿Está usted diciendo que soy el culpable de que esos dos huyeran?
Elenora se enderezó y declaró:
—En cierta manera, sí.
Él maldijo en voz baja otra vez y se reclinó en el asiento.
—Dígame, señorita Lodge, ¿cree usted que fue culpa mía que a Juliana le horrorizara hasta tal punto tener que sufrir un destino peor que la muerte en mi compañía que decidiera huir en mitad de la noche con otro hombre?
—Desde luego que no. —Elenora se sentía muy consternada por las conclusiones de Arthur—. Lo que digo es que usted es, en parte, responsable de los resultados de aquella huida, porque podría haber ido tras ellos y haberlos detenido. Además, si los hubiera seguido, podría haberlos atrapado antes de que la reputación de Juliana sufriera ningún daño.
—Por si no ha oído la historia en su totalidad, le diré que, aquella noche, estalló una tormenta horrorosa —le recordó Arthur—. Sólo un loco se habría aventurado a salir.
—O alguien loco de amor —rectificó ella sonriendo levemente—. He oído varias versiones de la historia, milord, y he llegado a la conclusión de que usted no encaja con esta última definición. Si hubiera estado enamorado de Juliana habría salido en su busca.

Él extendió los brazos y los apoyó en el respaldo de su asiento. Su sonrisa era fina y afilada como la hoja de una espada.
—Sin duda, alguien se habrá molestado ya en explicarle que lo único que me motiva es el dinero. Los demás me adjudican muchos atributos, señorita Lodge, pero le aseguro que ser apasionado no es uno de ellos.
—Sí, bueno, yo diría que pocas personas lo conocen lo suficiente para emitir un juicio de este tipo, y esto también es culpa suya.
—¿Cómo demonios puede considerarme culpable de esto?
—No pretendo ofenderlo, señor, pero usted no favorece la... —Elenora se interrumpió de repente y se dio cuenta de que “intimidad”, que era la palabra que había estado a punto de utilizar, no era el bon mot que buscaba para describir la naturaleza distante y de autodominio de Arthur—. Digamos que no favorece las relaciones personales estrechas.
—Y por una buena razón. Dichas relaciones con frecuencia interfieren en las decisiones económicas adecuadas.
—No creo, ni por un instante, que éste sea el motivo de que mantenga a la mayoría de las personas a cierta distancia de usted. Sospecho que la verdad es que su exagerado sentido de la responsabilidad le impide bajar la guardia. No se atreve usted a correr el riesgo de confiar en otra persona y dejar que ésta asuma el control durante un tiempo.
—Tiene usted una forma muy peculiar de percibir mi temperamento —murmuró él.
—Y, desde mi forma peculiar de percibirlo, estoy convencida de que usted es un hombre de pasiones intensas, aunque sometidas a un control estricto.
Él la miró de forma extraña, como si acabara de proporcionarle una buena razón para dudar de su cordura.
—Dígame, señorita Lodge, ¿de verdad cree que yo, bajo ninguna circunstancia, perseguiría a una prometida que huye de mí?
—¡Oh, sí, milord! Si su naturaleza pasional se viera implicada, la perseguiría hasta las mismas puertas del infierno.
Él realizó una mueca y dijo con ironía:
—Una imagen muy poética.
—Sin embargo, usted no persiguió a Juliana aquella noche del pasado año. Por lo tanto, debemos enfrentarnos a las consecuencias de su decisión.
—Explíqueme otra vez por qué debería resolver los problemas financieros de los Burnley —solicitó él en tono grave—. No acabo de percibir el eje de su argumentación.
—Es muy sencillo, señor. Si aquella noche hubiera perseguido a los amantes, lo más probable es que Juliana fuera, en la actualidad, su condesa y, por lo tanto, no padecería ninguna dificultad económica. Por otra parte, Roland todavía gozaría del apoyo de su padre y estaría gastando, alegremente, su abultada asignación en trajes y botas.
Arthur sacudió la cabeza maravillado y declaró:
—Su lógica me ha dejado sin palabras, señorita Lodge.
—Porque no le encuentra ningún fallo, ¿no es cierto?
—¿Sabe lo que creo, señorita Lodge? Creo que usted no ha llegado a su conclusión gracias a un proceso lógico y razonable.
—¿Ah, no?
—Creo que defiende el caso de Juliana debido a una de esas malditas sensibilidades que proclama no poseer.
—¡Tonterías!
—Admítalo. Las lágrimas de Juliana emocionaron su blando corazón. —Arthur parecía divertirse—. Según creo recordar, tiene la habilidad de ponerse a llorar en el momento justo.
—Ella no lloró —puntualizó Elenora.

Arthur arqueó las cejas.
—Bueno, quizá soltó unas cuantas lágrimas —admitió ella—. Pero le aseguro que era muy sincera. Sin duda, nada, salvo la más absoluta desesperación, podría haberla inducido a acercarse a mí. —Elenora tomó aliento—. Milord, me doy cuenta de que sus asuntos privados no son de mi incumbencia...
—Ésta es una observación muy inspirada, señorita Lodge. No podría estar más de acuerdo.
—Sin embargo...
—Sin embargo está usted interfiriendo en mis asuntos —terminó él—. Sin duda porque no puede evitarlo. Estoy convencido de que forma parte de su naturaleza entrometerse en mis asuntos privados, del mismo modo que forma parte de la naturaleza de un gato atacar a un ratón desventurado al que ha acorralado.
Elenora se ruborizó y se sintió muy consternada por la opinión que Arthur tenía de ella.
—Usted no es un ratón —consiguió decir con voz débil.
Y no añadió que, si había un gato de caza en aquel vehículo, estaba sentado justo delante de ella.
Arthur no pareció convencido de su afirmación.
—¿Está segura de que no soy el ratón y usted el gato?
—¡Milord! —Elenora tragó saliva, entrelazó sus manos con tensión sobre su regazo y se ruborizó—. Se burla usted de mí.
—¡Hum!
Él se estaba burlando de ella, se dijo Elenora con convicción. Sin embargo, lo único que podía hacer era ignorar aquella provocación deliberada y terminar la defensa de la petición de Juliana. Le había prometido a la joven que se encargaría de plantear su ruego.
—Lo que intento explicarle —continuó Elenora— es que, le guste o no, está usted involucrado en este desafortunado lío. Además, usted dispone de los medios para solucionarlo.
—Mmm —murmuró él. La perspectiva de solucionar la situación de los Burnley no le atraía especialmente. Arthur le lanzó a Elenora una mirada acerada y declaró—: Dado su interés en la cuestión de las finanzas, estoy convencido de que comprenderá que, si le ofrezco al joven Roland una participación en un consorcio, me veré obligado a prestarle el dinero para comprar la referida participación.
—Bueno, sí, soy consciente de este hecho, pero él podría devolverle el préstamo con lo que ganara en la inversión.
—¿Y si la inversión fracasa? ¿Qué ocurrirá entonces, gatita? ¿Tendré que asumir la pérdida de Roland además de la mía?
—Por lo que dice todo el mundo, sus inversiones han fallado en muy raras ocasiones, por no decir en ninguna. Margaret y el señor Fleming me han asegurado que es usted un genio en todo lo relacionado con las finanzas. Estoy convencida de que, aunque no se sienta muy satisfecho por el giro de los acontecimientos, reflexionará con interés acerca de la petición de Juliana y decidirá actuar en su ayuda.
—Está usted muy segura de ello, ¿no es cierto? —preguntó él con amabilidad.
—Así es.
Arthur volvió a concentrarse en lo que sucedía al otro lado de la ventanilla y no se movió durante un buen rato.
Elenora empezó a inquietarse y se preguntó si no lo habría presionado demasiado.
—Supongo que debería hacer alguna cosa en relación con el lío en el que Roland y Juliana se encuentran —declaró él al cabo de un rato.
Elenora dejó escapar un leve suspiro de alivio y esbozó una sonrisa de aprobación.
—Sabía que su carácter compasivo le impediría dar la espalda a Juliana y a Roland.

—No se trata de una cuestión de compasión, sino de culpabilidad —respondió él con resignación.
—¿Culpabilidad? —Elenora, con los labios apretados, reflexionó sobre esta idea y, a continuación, sacudió la cabeza—. Esto ya es ir demasiado lejos, señor. Este suceso no ha sido más que un desafortunado error que usted puede rectificar. Sin embargo, no creo que deba usted culpabilizarse por lo que ocurrió.
—Pedir la mano de Juliana fue, sin duda, un error de cálculo desastroso por mi parte. Y es cierto que decidí no salir en su busca la noche que se escapó. Sin embargo, estos dos factores no constituyen el origen de mi sentimiento de culpa.
Elenora empezó a intranquilizarse por el cariz que estaba tomando la conversación. Le preocupaba que él asumiera más culpa de la estrictamente necesaria e, inconscientemente, apoyó la mano en la rodilla de Arthur.
—No debe usted ser demasiado duro consigo mismo, señor —declaró de todo corazón—. Juliana era muy joven, estaba sobreprotegida y sospecho que le faltaba algo de sentido común. Sin duda, no se dio cuenta de que usted sería un esposo excelente.
A continuación se produjo un breve silencio.
Arthur dirigió la mirada hacia la mano enguantada que Elenora tenía levemente apoyada sobre su pierna.
Ella siguió su mirada y, al darse cuenta de la intimidad de su gesto, se quedó paralizada. Elenora percibía el calor del cuerpo de Arthur a través de la suave piel de su guante.
Los dos se quedaron contemplando la mano de Elenora sobre la pierna de Arthur durante un período de tiempo que les pareció una eternidad. Elenora no podía moverse. Se sentía como si hubiera entrado en trance y de repente una extraña sensación de pánico recorrió su cuerpo.
Al cabo de unos instantes Elenora se recuperó. Consternada, se apresuró a retirar la mano y la apoyó en su regazo. Tenía la sensación de que las yemas de los dedos todavía le ardían.
Carraspeó.
—Como decía, no creo que deba sentirse culpable por este suceso. Después de todo, usted no hizo nada malo.
Él la miró y Elenora se sobresaltó al descubrir en sus ojos el brillo de un humor irónico.
—Esto no es más que una cuestión de opinión —declaró él—. ¿Quién cree que calculó hasta el último condenado detalle del plan de la fuga?
—¿Cómo dice? —Elenora comprendió de pronto lo que ocurría—. ¿Usted lo arregló todo para que la pareja huyera aquella noche?
—Yo me encargué de todo —admitió Arthur sacudiendo la cabeza—. Desde la elección de la fecha hasta la compra de la escalera con la longitud adecuada para llegar a la ventana del dormitorio de Juliana y las gestiones para la entrega del carruaje y el tiro.

21

Elenora miró a Arthur con estupor. Él, por su parte, disfrutó de su expresión. No era frecuente que lograra desconcertarla de aquella manera.
Sin embargo, por muy divertido que le resultara verla sorprendida y conmocionada, aquella sensación no había sido en absoluto tan satisfactoria como el contacto de

sus dedos en su muslo. Todavía sentía el calor de su mano a través de la tela de sus pantalones.
La conmoción de Elenora se transformó en admiración.
—¡Claro! —Sus labios temblaron y, a continuación, esbozó una amplia sonrisa—. Fue usted quien elaboró aquel plan de fuga, no Roland.
—Alguien tenía que hacerlo por él. Resultaba obvio que el joven Burnley ardía en deseos de rescatar a su dama del terrible destino que la aguardaba. Además, una fuga era la única forma en que yo podía librarme de aquel lío sin humillar a Juliana y a su familia.
—¿Cómo convenció a Roland para que aceptara un plan elaborado por usted? En aquella época, debía de considerarlo su peor enemigo.
—Así es. Creo que para él yo era la encarnación del mal. En realidad, todavía lo soy. Bennett Fleming me ayudó en aquel proyecto.
—Claro.
Los ojos de Elenora chispearon de placer.
—Fue él quien convenció a Roland de que la única manera de rescatar a Juliana era huir con ella —prosiguió Arthur—. Cuando Roland se mostró entusiasmado, aunque abrumado por la forma de llevar a cabo la fuga, Bennett le contó la estrategia que yo había planeado. —Arthur se acordó del día y medio que había dedicado a la elaboración del plan—. Anoté todos los detalles. ¿Sabe lo complicado que resulta preparar una fuga con éxito?
Elenora se echó a reír. El sonido de su risa despertó algo en el interior de Arthur, que sintió una necesidad, casi irresistible, de cruzar el estrecho espacio que los separaba, cogerla en sus brazos y besarla hasta que su alegría se transformara en deseo.
Las palabras que Elenora había pronunciado hacía sólo unos momentos se repetían, una y otra vez, en su mente: “Juliana era muy joven, estaba sobreprotegida y sospecho que le faltaba algo de sentido común. Sin duda, no se dio cuenta de que usted sería un esposo excelente.”
—Debo admitir que nunca he tenido que pensar en lo que se necesita para una fuga —contestó ella con satisfacción—. Sin embargo, ahora que lo pienso, comprendo que puede resultar muy complicado.
—Créame, no es una tarea fácil. Roland no sabía cómo ponerla en práctica y yo tenía la desagradable sensación de que si la dejaba en sus manos lo haría tan mal que el padre de Juliana los atraparía antes de que..., esto..., el daño estuviera hecho.
—Quiere decir antes de que la reputación de Juliana estuviera tan comprometida que la única alternativa fuera el matrimonio.
—Sí. Al final, a pesar de mi detallado plan, todo salió bien por los pelos.
—A causa de la tormenta —puntualizó Elenora soltando una leve risa—. A pesar de sus cálculos, no podía usted prever un cambio tan drástico en el clima.
—Supuse que Roland tendría el sentido común de posponer la fuga hasta que las carreteras estuvieran transitables. —Arthur suspiró—. Pero no, el joven alocado insistió en ajustarse al plan hasta el mínimo detalle, incluida la fecha y la hora. No puede usted imaginar lo que sufrí cuando me dijeron que la pareja había huido en pleno temporal. Estaba convencido de que el padre de Juliana los encontraría y la llevaría de regreso a su casa antes de que ella y Roland se hubieran comprometido sin remedio.
—Esta preocupación explica que usted jugara a las cartas hasta el amanecer.
—Fue una de las noches más largas de mi vida —le aseguró él—. Tenía que mantener mi mente alejada de la posibilidad de que mi plan fracasara.
De repente, el carruaje se detuvo. No podían estar ya en casa, pensó Arthur, no tan pronto. Quería pasar más tiempo en los estrechos confines del carruaje; quería estar más tiempo a solas con Elenora.

Arthur miró a través de la ventanilla y sintió un escalofrío de intranquilidad cuando se dio cuenta de que no estaban en Rain Street: se habían detenido cerca de un parque y otro vehículo se había parado junto al suyo.
Arthur levantó uno de los almohadones de su asiento y sacó una pistola del compartimento secreto que había debajo. Elenora frunció el ceño con preocupación y Arthur percibió su tensión. Ella, sin embargo, no formuló preguntas embarazosas.
La trampilla del techo se abrió y Jenks miró a Arthur desde el banquillo de arriba.
—Un cochero me ha hecho señales para que me detuviera, señor. Dice que su pasajero quiere hablar con usted. ¿Qué desea usted que haga?
Arthur vio que la portezuela del otro coche se abría de golpe. Hitchins saltó al pavimento y se acercó a ellos.
—Está bien, Jenks —dijo Arthur colocando de nuevo la pistola en el compartimento secreto. Cerró la tapa acolchada y añadió—: Este hombre trabaja para mí.
—Bien, señor.
La trampilla del techo se cerró y Hitchins abrió la portezuela del carruaje de Arthur.
—Milord. —A continuación, vio a Elenora y una amplia sonrisa iluminó sus duras facciones—. Es un placer volver a verla, madame. Tiene usted muy buen aspecto.
Ella sonrió.
—Buenas noches, señor Hitchins.
—Ayer, cuando milord vino a Bow Street para contratarme, le dije que la recordaba a usted con claridad. El día que la escolté hasta la salida de su casa supe que saldría adelante. Tiene usted carácter, señora. Y, ahora, mírese, viaja usted en un carruaje elegante y se ha convertido en la prometida de un conde.
Elenora se echó a reír.
—Ni siquiera yo me lo creo, señor Hitchins.
Arthur se acordó de todo lo que Hitchins le había contado la tarde anterior, cuando le habló del día que lo contrataron para el desahucio. “Fue algo sorprendente, señor. Sorprendente. Ahí estaba ella, a punto de perder todo lo que poseía, pero su principal preocupación eran los criados y el resto de los trabajadores de la finca. Pocas personas en su situación se habrían interesado por alguien más en un momento como aquél...”
Arthur miró a Hitchins.
—¿Qué ha venido a decirme? —le preguntó.
El detective dirigió la mirada hacia Arthur con una expresión grave en el rostro.
—Fui a su club, como me había indicado, señor, pero el portero me dijo que ya se había marchado. Me comunicó que usted se había ido a un baile de disfraces y me proporcionó la dirección. Me dirigía hacia allí cuando nos cruzamos con su carruaje.
—¿Lo que quiere contarme tiene algo que ver con Ibbitts?
—Sí, señor. Usted me dio instrucciones de que lo avisara si alguien iba a verlo. Pues bien, alguien lo hizo. Hace menos de dos horas, un caballero entró en su alojamiento y lo esperó allí hasta que Ibbitts regresó de la taberna. Estuvieron a solas durante un tiempo y, después, el visitante se fue. Un coche lo esperaba en la calle.
Una fría neblina recorrió las venas de Arthur.
—¿Pudo usted ver al visitante de Ibbitts? —preguntó con una voz que sorprendió a Hitchins.
—No, señor. Me hallaba a cierta distancia y no pude ver su rostro. Él tampoco me vio a mí. Usted me dijo que no debía permitir que nadie supiera que estaba vigilando a Ibbitts.
—¿Qué puede decirme del visitante?
Hitchins arrugó el rostro con una profunda concentración.
—Como le he dicho, llegó en un coche. La luz era escasa, pero vi que llevaba puesta una capa y que se cubría la cabeza con una capucha. Cuando se marchó, tenía mucha prisa.
Arthur vio que Elenora seguía la conversación con mucho interés.

—¿Está seguro de que el visitante era un hombre, señor Hitchins? —preguntó ella.
—Sí —respondió Hitchins—. Lo afirmo por la forma en que se movía.
—¿Y qué hay de Ibbitts? —preguntó Arthur—. ¿Volvió a salir de su alojamiento?
—No, señor. Por lo que yo sé, todavía sigue allí. Me dirigí a la parte trasera del edificio y observé su ventana. En el interior no había ninguna luz encendida. Supongo que debió de echarse a dormir.
Arthur miró a Elenora.
—La acompañaré a casa y, después, iré a ver a Ibbitts. Quiero averiguar todo lo que pueda acerca de su visita de esta noche.
—¿Y qué pasará si no quiere contarle lo ocurrido? —preguntó ella.
—No creo que me resulte difícil hacerle hablar —respondió él con tranquilidad—. Conozco a los de su clase. Lo único que tengo que hacer es ofrecerle dinero.
—No es necesario que me acompañe a Rain Street antes de ir a hablar con Ibbitts —contestó Elenora sin dilación—. Sería una gran pérdida de tiempo. Las calles están atascadas debido al tráfico y acompañarme le ocasionaría un gran retraso.
—No creo... —empezó él.
Ella no le permitió terminar la frase.
—Dadas las circunstancias, ésta constituye la mejor línea de acción. Soy consciente de que se siente ansioso por entrevistar a Ibbitts y no existe ninguna razón para que yo no pueda acompañarle.
—Ella tiene razón, señor —manifestó Hitchins deseoso de ayudar.
Arthur lo sabía. Sin embargo, si Elenora hubiera sido cualquier otra dama él ni siquiera habría tenido en cuenta la posibilidad de llevarla a aquella parte de la ciudad. Pero ella no era cualquier otra mujer. Elenora no se desmayaría al ver a un cliente de una taberna borracho por la calle o a una prostituta ejerciendo su oficio en algún callejón. Además, gracias a Jenks, Hitchins y a él mismo, estaría segura.
—Está bien —accedió Arthur al final—. Siempre que me dé su palabra de que permanecerá en el carruaje mientras yo hablo con Ibbitts.
—Creo que podría serle de ayuda durante la entrevista.
—No entrará usted en el alojamiento de Ibbitts, y esto es definitivo.
Elenora no pareció muy satisfecha, pero no discutió su decisión.
—Estamos perdiendo el tiempo, señor —se limitó a decir.
—Desde luego. —Arthur cambió de asiento—. Venga con nosotros, Hitchins.
—Sí, señor.
Hitchins entró en el carruaje y se sentó.
Arthur indicó la dirección a Jenks. A continuación apagó las lámparas del interior del carruaje y corrió las cortinas para que nadie viera a Elenora.
—Fue una idea brillante que contratara usted al señor Hitchins para vigilar a Ibbitts —comentó ella.
Arthur casi sonrió. La admiración que reflejaba la voz de Elenora le produjo una absurda satisfacción.

22

Media hora más tarde el carruaje se detuvo, con un chirrido, en la calle oscura donde se encontraba el alojamiento de Ibbitts. Elenora había acertado en cuanto a lo del tráfico, pensó Arthur mientras bajaba del vehículo detrás de Hitchins. Si la hubiera acompañado a Rain Street habría perdido más de una hora.
Antes de cerrar la portezuela del carruaje, Arthur miró a Elenora con la intención de recordarle su promesa de permanecer en el interior del vehículo.

—Tenga cuidado, Arthur —pidió ella antes de que él pudiera hablar. La palidez de su rostro contrastaba con las sombras que proyectaba en él la capucha del dominó—. Esta situación no me gusta.
La inquietud que reflejaba su voz cogió a Arthur por sorpresa. Él la escudriñó en la oscuridad. Hasta aquel momento, le había parecido que estaba tranquila y muy segura de sí misma. Aquel ataque de ansiedad le extrañó.
—No se preocupe —respondió él en voz baja—, Jenks e Hitchins se quedarán con usted.
—No es mi seguridad lo que me preocupa. —Elenora se inclinó hacia él y bajó la voz—. Lo que ocurre es que, sea por la razón que fuere, este asunto me produce una sensación muy desagradable. Le ruego que no entre ahí solo. Yo no necesito la protección de los dos hombres. Por favor, llévese a uno de ellos con usted.
—Yo tengo la pistola —repuso él.
—Las pistolas son conocidas por fallar en el momento más inoportuno.
Aquella muestra de intranquilidad no era común en ella, pensó Arthur. Sin embargo no tenía tiempo para tranquilizarla, de modo que sería más fácil aceptar su propuesta.
—De acuerdo, si esto ha de calmar sus nervios, me llevaré a Hitchins conmigo y dejaré a Jenks para que vigile a usted y al carruaje.
—Gracias —respondió ella.
El alivio y la gratitud de Elenora preocuparon a Arthur más que todo lo que había dicho hasta entonces.
Arthur cerró la portezuela del carruaje y miró a Jenks.
—Deme un farol. Hitchins y yo entraremos en aquel edificio. Usted vigile a la señorita Lodge.
—Sí, milord.
Jenks le tendió uno de los faroles. Hitchins lo encendió y, a continuación, sacó una navaja de aspecto temible de uno de sus bolsillos.
Arthur contempló la hoja brillante del arma.
—Por favor, esconda el arma hasta que resulte imprescindible utilizarla.
—Lo que usted diga, señor. —Hitchins, de un modo servicial, deslizó la navaja en su funda oculta y dijo—: La habitación de Ibbitts se encuentra en el piso superior, en la parte trasera del edificio.
Arthur fue el primero en entrar en el lúgubre vestíbulo del edificio. No se percibía ningún reflejo de luz por debajo de la puerta de la única vivienda de la planta baja.
—Aquí viven dos camareras —explicó Hitchins—. Las vi salir hace unas horas. Lo más probable es que no regresen hasta el amanecer.
Arthur asintió con la cabeza y subió con ligereza las escaleras. Hitchins lo siguió de cerca con el farol.
El rellano superior estaba sumido en la más profunda oscuridad. Hitchins levantó el farol y su tenue luz amarillenta iluminó una puerta cerrada.
Arthur cruzó el descansillo y golpeó la puerta con el puño.
No hubo respuesta.
Acercó entonces la mano al pomo de la puerta, que giró con facilidad. Con demasiada facilidad.
La aprensión de Elenora estaba justificada, pensó Arthur. Algo iba mal en aquel lugar.
Abrió la puerta.
El olor a sangre derramada, a pólvora quemada y a muerte flotaba en la oscuridad.
—¡Maldita sea! —susurró Hitchins.
Arthur le arrebató el farol y lo sostuvo en alto. La luz iluminó el cuerpo que yacía en el suelo. Aunque el rostro de Ibbitts estaba parcialmente destrozado, la parte intacta era suficiente para confirmar su identidad. La sangre que manchaba la zona frontal de su camisa indicaba que le habían disparado dos veces.

—Sea quien fuere el asesino, quería asegurarse del éxito de su acción —comentó Arthur en voz baja.
—Y lo ha tenido. —Hitchins echó una ojeada al pequeño recinto—. Parece que hubo una pelea.
Arthur vio la silla que yacía tumbada en el suelo.
—Así es. —Se acercó al cuerpo de Ibbitts. La luz del farol se reflejó en la hoja de una navaja que se encontraba cerca del brazo extendido de Ibbitts—. Por lo visto, intentó defenderse.
—No hay sangre en la navaja. —Hitchins realizó un sonido de desaprobación—. ¡Pobre diablo, no dio en el blanco! No le hizo ni un rasguño.
Arthur se puso en cuclillas para observar la navaja de cerca. Como Hitchins había señalado, no se apreciaba ninguna señal de sangre. Sin embargo, había varios hilos negros y largos enganchados en la junta de la hoja con la empuñadura.
—Al parecer le rasgó el abrigo al asesino —comentó.
Arthur se enderezó y una sensación de angustia le atenazó las entrañas: Elenora esperaba en el carruaje. Se volvió con rapidez hacia la puerta y exclamó:
—¡Vamos, Hitchins! Tenemos que irnos. Me encargaré de advertir anónimamente a las autoridades acerca de esta muerte. Ocurra lo que ocurra, no quiero que el nombre de la señorita Lodge se vea implicado en este asunto, ¿queda claro?
—Sí, milord. —Hitchins lo siguió hasta el rellano—. No se preocupe, señor, siento un gran respeto por la señorita Lodge y no querría que se viera incomodada de ningún modo. Ya ha sufrido bastante.
La admiración que reflejaba la voz de Hitchins era genuina. Arthur estaba convencido de que podía confiar en él con respecto a aquel asunto.
Descendieron las escaleras con rapidez maldiciéndose Arthur a sí mismo a cada paso que daba. Había sido un estúpido al permitir que Elenora lo convenciera para que lo acompañara. Una cosa era correr el riesgo de que la vieran con él en una zona de la ciudad más bien poco inmaculada. En este caso, lo peor que podía pasar era que los miembros de la alta sociedad murmuraran escandalizados sobre ellos; pero eso no les perjudicaría demasiado.
Sin embargo, si alguien la veía sentada en un carruaje delante de la escena de un crimen la situación sería totalmente distinta.
Cuando llegaron al vestíbulo principal, Arthur apagó el farol antes de salir al exterior.
—No corra —le advirtió a Hitchins—, pero, por el amor de Dios, tampoco se entretenga.
—No tengo ninguna intención de tomármelo con calma, señor.
Ambos salieron a la calle y se dirigieron con ligereza hacia el carruaje. Hitchins subió al estante superior y se sentó junto a Jenks. Arthur oyó cómo le explicaba lo ocurrido en voz baja y, antes de que Arthur hubiera cerrado la portezuela del vehículo, Jenks ya lo había puesto en marcha.
—¿Qué ocurre? —preguntó Elenora.
—Ibbitts ha muerto. —Arthur se dejó caer en el asiento situado delante de Elenora—. Asesinado.
—¡Santo cielo! —Elenora titubeó durante unos segundos—. ¿Ha sido el hombre que Hitchins vio antes? ¿El que esperó hasta que Ibbitts llegara y se marchó con prisas?
—Lo más probable es que haya sido él.
—Pero ¿quién querría matar a Ibbitts y por qué?
—Supongo que el asesino consiguió la información que quería y, a continuación, decidió que la muerte era la única forma de mantener callado a Ibbitts.
Con la pistola en la mano, Arthur contempló la calle escudriñando los portales que estaban a oscuras e intentando identificar las formas de las sombras. ¿Estaría el asesino todavía por allí? ¿Estaría merodeando por algún callejón? ¿Habría visto a Elenora?

—En fin, esto parece demostrar que alguien sabe que usted está investigando el asesinato de su tío abuelo —comentó ella.
—Así es —asintió Arthur sujetando con fuerza la empuñadura de la pistola—. Este asunto se ha convertido en el juego del escondite. Ojalá Hitchins hubiera visto más de cerca al individuo que entró en la vivienda de Ibbitts.
—¿Ha descubierto usted alguna pista en la escena del crimen?
—No me entretuve en efectuar un registro exhaustivo. Lo único que resultaba evidente era que Ibbitts intentó defenderse con su navaja.
—¿Cree usted que hirió a su atacante? —preguntó Elenora con evidente interés—. Si lo consiguió, quizá tengamos más posibilidades de identificarlo.
—Por desgracia, creo que sólo logró desgarrar la capa de su asesino. En la hoja de la navaja había unos cuantos hilos negros, pero ningún rastro de sangre.
Un extraño silencio se produjo en la zona que Elenora ocupaba.
—¿Unos hilos negros? —repitió ella con voz grave—. ¿Como de una capa larga?
—Exacto. Supongo que hubo una pelea y el arma de Ibbitts se enganchó en la tela de la capa de su asesino. Aunque no sé cómo podría ayudarnos esta información. Si dispusiéramos de algún otro testigo...
Elenora inspiró profundamente.
—Creo que es posible que haya otro testigo, señor.
—¿Quién? ¿Quién?
—Yo —susurró ella algo aturdida—. Es posible que bailara con el asesino poco después de que cometiera el crimen.

23

Elenora se sentó en el asiento más cercano al fuego con la intención de calentarse mientras Arthur iba y venía de un lado a otro de la biblioteca. Ella percibió la energía cargada de impaciencia e intranquilidad que despedía su cuerpo.
—¿Está segura de que la capa estaba desgarrada? —preguntó él.
—Sí, estoy segura. —Elenora extendió las manos hacia las llamas, pues, por alguna razón desconocida, el calor del fuego no se extendía por la habitación—. Rocé la rasgadura con los dedos.
La mansión estaba en silencio, salvo por el fuego que ardía en la biblioteca, completamente a oscuras. Arthur no había despertado a ninguno de los criados y Margaret todavía no había regresado.
Arthur había hablado muy poco después de oír la inquietante noticia que le comunicó Elenora. El viaje de regreso se había producido casi en absoluto silencio. Elenora sabía que Arthur había dedicado aquel tiempo a sopesar la información que ella le había proporcionado, a elaborar teorías y a establecer posibles conclusiones. Y ella había respetado su profunda concentración.
Cuando llegaron al vestíbulo, él enseguida la condujo a la biblioteca y encendió el fuego.
—Tenemos que hablar —declaró él mientras dejaba su dominó negro sobre el respaldo de una silla.
—De acuerdo —accedió ella.
Arthur deshizo el lazo del pañuelo que llevaba anudado al cuello y dejó que colgara descuidadamente sobre la parte frontal de su chaqueta. A continuación empezó a caminar de un lado a otro de la habitación.
—¿Le comentó usted que tenía la capa rota? —preguntó él.

—No. No le dije nada al respecto. La verdad es que no deseaba mantener una conversación con él. —Elenora se encogió de hombros—. En aquellos momentos, mi principal deseo era que el baile terminara lo antes posible.
—¿Él tampoco le dijo nada?
—Ni una palabra. —Elenora se mordió el labio mientras recordaba la escena del baile—. Supongo que no quería proporcionarme una pista tan significativa acerca de su identidad.
Arthur se quitó la chaqueta y el chaleco y dejó ambas piezas sobre una mesa redonda de un solo pie.
Elenora respiró profundamente y se obligó a concentrar su atención en las llamas. Arthur no parecía darse cuenta de que prácticamente se estaba desnudando delante de ella.
“Tranquilízate”, pensó. En realidad, sólo se estaba poniendo cómodo. Un caballero tenía el derecho de hacerlo en la intimidad de su propio hogar. Sin duda, su mente estaba concentrada en el asesinato, no en la pasión, y no se daba cuenta del efecto que estaba causando en los nervios de ella.
—Esto podría significar que usted lo conoce de alguna otra ocasión —continuó Arthur—. Quizá temía que, si hablaba, lo reconocería.
—Sí, es posible. Lo único que puedo decir con certeza es que nunca había bailado con él.
—¿Cómo puede estar tan segura?
Elenora se aventuró a mirarlo otra vez. Seguía todavía caminando por la habitación con la energía contenida de un león enjaulado.
—Es difícil de explicar —respondió ella—. Cuando se dirigió hacia mí entre la multitud, creí que se trataba de usted.
Al oír aquello, Arthur se detuvo.
—¿Qué demonios le hizo creer tal cosa?
—Llevaba el mismo tipo de dominó que usted y una máscara prácticamente idéntica a la suya.
—¡Maldita sea! Intentaba confundirla. La similitud de los disfraces no puede haber sido una coincidencia.
Ella recapacitó sobre aquella cuestión y sacudió la cabeza.
—No estoy de acuerdo. ¡Claro que podría haber sido una coincidencia! Había en el baile muchos caballeros que llevaban capas y máscaras similares.
—¿Ha confundido a algún otro hombre conmigo esta noche?
Elenora, aturdida, sonrió ante aquella pregunta tan perspicaz.
—No; en realidad, no. Sólo confundí con usted al hombre del dominó desgarrado y únicamente por unos instantes.
—¿Cómo llegó a la conclusión de que no era yo?
Elenora creyó percibir una extraña mezcla de curiosidad y recelo en sus palabras, como si, en realidad, estuviera formulando otra pregunta: “¿Me reconocería en una habitación oscura y atiborrada de personas? Nadie me conoce tanto...”
“Yo sí”, pensó ella. Sin embargo, no podía expresar aquel pensamiento en voz alta.
Elenora reflexionó en busca de una respuesta que resultara lógica. No podía explicarle que el olor que despedía el asesino no se parecía en nada al de él. Este comentario sería demasiado personal, demasiado íntimo, y revelaría hasta qué punto ella era consciente de Arthur.
—No era exactamente de su estatura —respondió ella—. He bailado con usted y sus hombros quedan respecto a los míos más arriba que los de él. —Ella podía apoyar la cabeza en el hombro de Arthur, pensó Elenora con melancolía—. Y usted es más corpulento. —Los hombros de Arthur eran elegantemente musculosos y resultaban muy seductores—. Además, los dedos de aquel hombre eran más largos que los de usted.
La expresión de Arthur se volvió sombría.

—¿Se fijó usted en sus dedos?
—Sin duda, señor. En general, las mujeres somos muy conscientes de las manos de un hombre cuando éste nos toca. ¿No les ocurre lo mismo a los hombres?
Él le dio una respuesta evasiva. Como si dijera: “Sí, sí.”
—¡Ah, y también me fijé en otras dos cosas! —continuó ella—. Llevaba un anillo en la mano izquierda y calzaba unas Hessians.
—Como otros miles de hombres en la ciudad —murmuró él. Entonces la miró con una ceja arqueada—. ¿O sea que también se fijó en sus botas?
—En cuanto me di cuenta de que no se trataba de usted, sentí curiosidad acerca de su identidad. —Elenora contempló el fuego—. Fuera quien fuese, sin duda no era un hombre de edad. Bailaba con una gran soltura. Sus movimientos no eran rígidos ni vacilantes. Puedo asegurarle que no era de la generación de su tío abuelo.
—Esta información es muy útil —comentó él con lentitud—. Reflexionaré sobre ella con atención. ¿Se fijó usted en alguna cosa más?
—Resulta difícil de explicar, pero en aquel momento sentí que había algo extraño en su actitud. Parecía ser presa de una excitación malsana.
—Acababa de matar a un hombre. —Arthur se detuvo delante de la ventana y contempló el jardín, que estaba iluminado por la luz de la luna—. Sin duda todavía le dominaba la espantosa emoción del asesinato, de modo que la buscó y bailó con usted.
—Parece bastante raro, ¿no cree? —Elenora se estremeció—. Se diría que, después de cometer un asesinato, uno querría ir directamente a su casa y tomar un baño caliente en lugar de ir a bailar.
—No fue al baile de los Fambridge para bailar con cualquier mujer —declaró Arthur sin inmutarse—. Fue allí para bailar con usted.
Elenora se estremeció y reconoció:
—Debo admitir que parecía buscarme de forma deliberada, pero no comprendo por qué habría de hacer algo así.
—Yo sí que lo comprendo.
Elenora volvió la cabeza con rapidez por la sorpresa que le causó su tétrica afirmación.
—¿Comprende usted sus motivos? —preguntó.
—Sin duda, esta noche averiguó, gracias a Ibbitts, que lo estoy buscando. Su arrogancia lo llevó a querer celebrar lo que consideró un triunfo sobre mí.
Elenora apretó los labios.
—Quizá tenga usted razón, pero esto no explica que quisiera bailar conmigo.
Arthur se volvió hacia ella y Elenora casi se quedó sin aliento al ver la rabia salvaje que brillaba en sus ojos.
—¿No lo comprende? Existe una tradición muy antigua y muy despreciable entre los hombres que luchan entre ellos. Con frecuencia, los vencedores, para proclamar su victoria, poseen a las mujeres de sus oponentes.
—¿Poseen? ¡Señor, usted está hablando de violación! —Elenora se puso de pie de golpe—. Y yo le aseguro que sólo se trató de un baile.
—Y yo le aseguro, señorita Lodge, que en la mente del asesino aquel baile constituyó un acto simbólico que representaba otro acto totalmente distinto.
—Esto es ridículo —empezó a afirmar ella con rotundidad. Entonces se acordó de lo mucho que se había incomodado al sentir la mano de aquel desconocido sobre su cintura, y respiró hondo—. Dejando a un lado cómo veía él la situación, desde mi punto de vista no fue más que un breve vals con una pareja muy desagradable.
—Lo sé, pero su opinión no viene al caso.
—No estoy de acuerdo —replicó ella con fiereza.
Él actuó como si no la hubiera oído y susurró:
—Debo elaborar otro plan.
Elenora se dio cuenta de que él ya estaba pensando en su nueva estrategia.

—Muy bien. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.
—Usted no hará nada, Elenora, salvo subir a su dormitorio y recoger sus cosas. Su empleo en esta casa termina esta noche. Le haré llegar sus honorarios.
—¿Cómo? —Elenora lo miró enfurecida—. ¿Me despide?
—Así es. La enviaré a una de mis fincas hasta que este asunto haya terminado.
Una sensación de pánico se apoderó de ella. No pensaba volver al campo. Su nueva vida estaba allí, en Londres. Ocurriera lo que ocurriese, no permitiría que Arthur la enviara a una finca de un pueblo remoto y la obligara a quedarse allí, esperando Dios sabía cuánto tiempo.
Sin embargo, ponerse histérica sólo empeoraría las cosas, se dijo a sí misma. El hombre que tenía delante era Arthur y la lógica era lo que funcionaba mejor con él.
Elenora se esforzó para que su voz sonara tranquila y serena.
—¿Intenta enviarme lejos de aquí sólo porque el asesino ha bailado conmigo?
—Ya se lo he dicho, para él aquello fue más que un baile.
Elenora se sonrojó y dijo:
—Por todos los santos, señor, no se puede decir que me forzara.
—Lo que hizo —explicó Arthur con un tono de voz grave e inquietante— fue demostrar que la considera a usted un peón en el juego que está realizando conmigo. No permitiré que la utilice de ninguna manera.
Debía tener paciencia con su inflexibilidad, se dijo Elenora a sí misma. Después de todo, intentaba protegerla.
—Valoro lo que intenta usted hacer —manifestó ella mientras se esforzaba por mantener la calma—, pero ya es demasiado tarde. Le guste o no, estoy involucrada en este asunto. Me temo, milord, que no piensa usted con su habitual claridad.
Él la miró con fijeza.
—¿De verdad? —preguntó.
Al menos ahora había captado su atención, pensó ella.
—Es evidente que se preocupa usted mucho por mi seguridad, lo cual resulta muy galante por su parte. Sin embargo, ¿qué le hace pensar que el asesino se olvidará de mí si me envía usted al campo?
—Cuando comprenda que he cambiado mi estrategia perderá su interés por usted.
—¿Cree usted que puede confiar en que tendrá esta reacción? ¿Ha considerado la posibilidad de que probablemente el asesino piense que yo dispongo de una información, acerca de usted y de sus planes, más valiosa que la que disponía Ibbitts?
Se produjo un silencio demoledor. Elenora vio reflejada la comprensión en el rostro de Arthur y se dio cuenta de que él no tenía más remedio que aceptar su lógica.
—Le proporcionaré una escolta armada —replicó él.
—Podría hacerlo, pero esto no detendría, necesariamente, al asesino. Él se mueve por la sociedad con total libertad. ¿Qué podría hacer yo? ¿Evitar a todos los caballeros? ¿Y durante cuánto tiempo? ¿Semanas, meses...? No puede usted mantenerme vigilada indefinidamente. No, estaré mucho mejor aquí, ayudándolo a encontrar al asesino.
—¡Maldita sea, Elenora...!
—¿Y qué hay de Margaret? Si yo no estoy a mano, el asesino podría intentar utilizarla a ella. Después de todo, ella no sólo es un miembro de esta casa, sino que forma parte de su familia. Si me elimina a mí del juego el asesino podría considerarla su próximo objetivo.
—Maldita sea —repitió Arthur esta vez con suavidad—. Tiene usted razón, no pensaba con claridad.
—Esto se debe a que ha estado sometido a una gran tensión esta noche —lo tranquilizó ella—. No debe ser tan duro con usted mismo. Presenciar la escena de un crimen tendría un efecto depresivo en la capacidad lógica de cualquiera.
Él sonrió de una forma extraña.

—Sí, claro. Debí haberme dado cuenta de que éste era el origen de mi falta de razonamiento de esta noche.
—No se preocupe —respondió ella con la intención de animarlo—. Estoy convencida de que su capacidad de raciocinio habitual regresará pronto.
—Espero que así sea.
Sin embargo, el tono de su voz no resultaba nada convincente, pensó ella.
—Permítame recordarle que le he sido muy útil en esta investigación —continuó ella, ansiosa por retomar la cuestión prioritaria—. Si me permite continuar ayudándolo, es muy probable que resolvamos este rompecabezas mucho más deprisa que si lo hace usted solo.
—No estoy nada convencido de lo que usted dice —murmuró él.
—Además, si me mantiene a su lado en el papel de su prometida no sólo podrá protegerme, sino que el asesino supondrá que sabemos lo mismo ahora que antes de la muerte de Ibbitts.
Él tensó la mandíbula.
—Por desgracia, él tendría razón.
—No, no la tendría. —Ahora fue Elenora quien empezó a pasear por la habitación—. Mientras bailaba conmigo, me fijé mucho en sus características. Es muy probable que lo reconozca si vuelvo a tener algún contacto próximo con él. Como mínimo, puedo desechar a un buen número de caballeros debido a la edad, la altura, la constitución física y el modo en que se mueven, por no mencionar la forma de sus manos.
Él entornó los ojos y Elenora supo que había dado en el clavo.
—¿Lo ve, señor? —Elenora esbozó una sonrisa reconfortante—. Si continuamos con su plan original dispondremos de cierta ventaja, porque el asesino no sabrá que hemos realizado una conexión entre mi compañero de baile y el asesino de Ibbitts. Él no sabrá que somos conscientes de unos cuantos detalles físicos e importantes acerca de él.
—Tiene usted razón —admitió Arthur. A continuación cerró un puño en señal de rabia y frustración—. Si la envío lejos de inmediato él sospechará que sabemos que bailó con usted. Y si cree que conocemos este detalle, quizá piense que sabemos más de lo que en realidad sabemos.
—Además, probablemente se volvería más cauteloso. Y el hecho de que se sintiera seguro y actúe con cierta temeridad puede resultarnos ventajoso.
Arthur la contempló durante un buen rato, reflexionando.
—Muy bien —dijo por fin—. Me ha convencido usted de que no estará más segura en el campo que aquí, bajo este techo.
Elenora se detuvo delante de la escalera de caracol y sonrió aliviada.
—Exacto.
—Sin embargo, de ahora en adelante, ni usted ni Margaret saldrán de la casa solas. Cada vez que deseen salir, tendrán que dejar que yo, o alguno de los criados masculinos, las acompañe.
—¿Y qué hay de Bennett Fleming? ¿Lo considera un acompañante aceptable? Sabemos que él no es el asesino. Entre otras cosas, porque es demasiado bajo.
Arthur titubeó y, a continuación, asintió con la cabeza.
—Creo que podemos afirmar con seguridad que Bennett no es un loco alquimista dedicado a llevar a cabo un experimento descabellado. Yo le confiaría mi vida. Sin duda, podemos considerarlo un acompañante adecuado. Hablaré con él lo antes posible. Es preciso que le explique que Margaret y usted corren peligro para que pueda vigilarlas de cerca cuando estén con él.
—Sí, y también deberíamos hablarle a Margaret de su investigación secreta.
Un silencio denso y pesado se extendió entonces por la biblioteca. Elenora percibió con claridad los crujidos y los chasquidos del fuego. La conversación había

terminado. Habían alcanzado un acuerdo, uno que le permitiría seguir en la casa y ayudar a Arthur a encontrar al asesino.
Lo más sensato era subir y meterse en la cama.
Elenora miró hacia la puerta, pero no pudo reunir la fuerza de voluntad necesaria para levantarse y dirigirse hacia ella.
Arthur, por su parte, tampoco mostraba signos de querer irse y seguía contemplando a Elenora con sus ojos fascinantes.
—Hitchins tenía razón respecto a usted —declaró él cuando el silencio alcanzó el punto de máxima tensión—. Es una mujer resuelta y decidida, señorita Elenora Lodge. Tiene carácter. No creo que, en toda mi vida, haya discutido tanto como lo he hecho con usted en los últimos días.
El corazón de Elenora se encogió. Él la consideraba una mujer conflictiva. Todo el mundo sabía que los hombres no consideraban atractivas a las mujeres complicadas.
Elenora carraspeó.
—Reconozco que hemos mantenido unas cuantas conversaciones acaloradas, señor, pero no creo que sea justo afirmar que hemos discutido.
—¿Conversaciones acaloradas? ¿Es así cómo las llama? En fin, sospecho que estamos destinados a mantener todavía un buen número de conversaciones de este tipo mientras viva usted en esta casa. Ésta es una idea aterradora, ¿no cree?
—Se burla usted de mí, milord. Dudo que esta perspectiva nos hiciera temblar de miedo a ninguno de los dos.
Él sonrió de medio lado.
—¿Hay algo que la haga temblar de miedo, señorita Lodge?
Ella hizo un gesto con la mano intentando dar muestras de despreocupación. Lo cierto era que en aquel mismo instante estaba temblando un poco, aunque no de miedo. Elenora rogó para que él no lo notara.
—Muchas cosas —afirmó ella.
—Claro. —Arthur se dirigió hacia ella con paso decidido mientras su voz iba adquiriendo un tono grave y sensual—. ¿Qué opina de la posibilidad de que mantengamos algo más que una serie de conversaciones acaloradas si seguimos trabajando juntos de una forma tan íntima? ¿Sería ésta una de las cosas que la haría temblar y estremecerse, señorita Lodge?
Ella lo miró a los ojos, y al percibir la pasión creciente que había en ellos, estuvo a punto de derretirse sobre la alfombra.
—Los dos disponemos de una fuerza de voluntad excepcional —contestó ella sintiendo de pronto que le faltaba el aliento—. Estoy convencida de que somos capaces de mantener nuestra relación en un ámbito estrictamente profesional.
Él se detuvo delante de ella. Las puntas de sus botas estaban a sólo unos centímetros de los zapatos de ella. Si Elenora daba un paso atrás chocaría con los balaustres de la escalera de hierro forjado.
—Seguro que ambos seríamos capaces de mantener una relación profesional —declaró él con suavidad—. Sin embargo, ¿qué ocurriría si decidiéramos no hacerlo? ¿Qué sucedería entonces, señorita Lodge? ¿Temblaría usted en ese caso?
La boca de Elenora se secó y una sensación de excitación la recorrió, de repente, de arriba abajo. A continuación sintió que la calidez se apoderaba de la parte baja de su cuerpo y empezaron a temblarle las rodillas. Elenora no lograba retirar la mirada de los ojos ardientes de Arthur.
—Esta perspectiva tampoco me hace temblar, señor —susurró.
—¿Ah, no? —Arthur levantó las manos y cogió los barrotes de la escalera que había a ambos lados de la cabeza de Elenora—. La envidio, señorita Lodge, porque cada vez que pienso en la posibilidad de tener una relación íntima con usted le aseguro que yo tiemblo.

Arthur no la tocaba, pero la tenía aprisionada, y estaba tan cerca de ella que Elenora percibía el olor, único y misterioso, que despedía su cuerpo. La cabeza empezó a darle vueltas y tuvo que humedecerse los labios para poder hablar.
—Tonterías —consiguió decir ella. Aunque su afirmación sonó más bien débil, pensó Elenora. No pudo resistir la cercanía de Arthur y le tocó la mandíbula con la punta de los dedos—. Ni siquiera se estremece usted.
—Esta afirmación demuestra lo poco que me conoce.
Sin retirar las manos de los barrotes de la escalera, Arthur se inclinó hasta que su boca quedó justo encima de la de Elenora.
Su intención era besarla, pensó ella, pero le estaba dando tiempo para que protestara o se marchara.
Una emoción salvaje y temeraria recorrió el cuerpo de Elenora. Lo último que quería hacer aquella noche era huir de Arthur. En realidad, deseaba exactamente lo contrario. Todo en ella ansiaba hundirse en su abrazo y experimentar los misterios de la pasión que sabía que encontraría en sus brazos.
Elenora colocó las palmas de las manos sobre la parte frontal de la camisa de hilo blanco de Arthur. Cuando lo tocó, oyó un gemido ronco de deseo en su pecho. Al saber que producía un efecto tan intenso en él, Elenora se sintió como una hechicera.
Notó entonces que Arthur apretaba las manos alrededor de los barrotes de hierro y, a continuación, su boca se unió a la de ella.
Una oleada de pasión maravillosa, embriagadora y vertiginosa recorrió el cuerpo de Elenora. Y supo que, si no exploraba aquellas emociones estremecedoras con él, se arrepentiría el resto de su vida.
Elenora rodeó el cuello de Arthur con los brazos. Él reaccionó de inmediato y acercó su cuerpo al de ella hasta que Elenora quedó atrapada entre el excitado cuerpo de Arthur y la barandilla de la escalera. Él se agarró a los barrotes como si fueran lo único que lo mantenía en contacto con la tierra.
—Elenora. —Arthur suspiró hondo—. La mente me dice que esto no es una buena idea, pero esta noche no me siento capaz de escuchar mi lógica.
—Existen otras cosas en el mundo además de la lógica. —Elenora le sonrió—. Cosas que son igual de importantes.
—Hasta esta noche no lo creía.
La besó otra vez. En esta ocasión con más intensidad.
Ella respondió con avidez, entreabrió los labios y deslizó los dedos por el cabello oscuro de Arthur.
Él separó la mano derecha del barrote que estaba junto a la oreja izquierda de ella y empezó a desabrochar el corpiño de su vestido, que se deslizó hacia abajo con una facilidad increíble. Cuando Elenora sintió la mano de Arthur sobre su seno izquierdo, una sensación de sorpresa y placer recorrió su cuerpo. A continuación, una tensión, extraña y deliciosa creció en su interior y Elenora soltó un gritito ronco y suave.
Él retiró ligeramente los labios de los de ella y miró el seno de Elenora que tenía cubierto con la mano.
—Eres preciosa.
A continuación le acarició el pezón con el pulgar.
Elenora quería tocarlo con la misma intimidad, de modo que fue bajando las manos a medida que le iba desabotonando la camisa. Él susurró algo y, aunque ella no consiguió distinguir sus palabras, la excitante promesa que encerraban le pareció muy clara.
Mientras le desabrochaba la camisa, el pulso de Elenora se aceleró y oleadas consecutivas de excitación recorrieron su cuerpo. Acarició el pecho desnudo de Arthur con las yemas de los dedos, embelesada por el tacto sensual de su piel firme y de la textura del vello que la cubría.

E, incapaz de resistirse, lo besó en el cuello y en el hombro. Arthur se estremeció. Su respuesta animó a Elenora a seguir deslizando la mano por su torso musculoso y desnudo hasta llegar a la cinturilla del pantalón.
Él exhaló un sonido, mitad gemido y mitad risa contenida, y cogió la mano exploradora de Elenora.
—Estamos jugando con fuego —susurró él junto a la curva del cuello de Elenora—. No es un juego que suela permitirme, pero esta noche estoy convencido de que por algunas llamas vale la pena arriesgarse.
Ella no estaba segura de lo que Arthur quería decir, pero antes de que pudiera interrogarlo sobre sus palabras, él soltó el otro barrote, la cogió en brazos y la acomodó con dulzura contra su pecho. Las faldas del vestido medio desabrochado de Elenora cayeron sobre los brazos de Arthur y rozaron el respaldo de una silla.
Él la transportó con ligereza y la depositó sobre la alfombra, delante de la chimenea. Antes de que Elenora pudiera reorientarse en su nueva posición, él se tumbó junto a ella.
Arthur colocó el brazo izquierdo debajo de la cabeza de Elenora y, con la otra mano, cogió el borde inferior de su falda y fue apartando el suave tejido hasta dejar al descubierto los muslos de ella. Cuando se dio cuenta de que estaba desnuda ante él a la luz del fuego, Elenora contuvo el aliento.
Sin duda, una mujer de mundo consideraría que esto era normal, se dijo a sí misma. Además, le resultaba muy excitante sentir el calor de las llamas sobre su piel desnuda.
Elenora apretó los ojos con fuerza mientras intentaba dominar los vivos estremecimientos que sentía. Arthur dejó de acariciarle el muslo y Elenora vio que intentaba desabrocharse los pantalones.
Unos segundos después Elenora sintió el empuje firme de su erección contra su cadera y abrió los ojos con curiosidad para echar una ojeada rápida. Ya había visto a algunos animales de granja con una erección, pero nunca a un hombre.
La visión la dejó casi sin habla.
—¡Santo cielo! —exclamó antes de poder detenerse.
El miembro de Arthur era grande, mucho más grande de lo que ella esperaba.
—¿Qué ocurre? —preguntó él mientras inclinaba la cabeza para besarla en el cuello—. ¿Estás bien?
—Sí, sí, desde luego.
Elenora volvió a cerrar los ojos con rapidez. Quería preguntarle si ése era el tamaño normal, pero temía que la pregunta lo perturbara. Además, no quería que él creyera que era otra Juliana y que le aterrorizaba hacer el amor con él. Tenía que abordar con sutileza aquella cuestión, pensó Elenora.
Antes de que consiguiera encontrar las palabras adecuadas para una pregunta tan delicada, se sorprendió de nuevo al ver que él sacaba un pañuelo de hilo de su bolsillo y lo dejaba a un lado. Elenora se preguntó si Arthur pensaba estornudar en medio del acto.
Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle acerca del pañuelo o del tamaño, los dedos de Arthur se deslizaron por la mata de pelo que ocultaba las partes más privadas de Elenora.
La acarició entonces de una forma muy íntima y a Elenora la embargó una sensación de ansiedad deliciosa. Ella se retorció contra él mientras buscaba algo más, algo que no podía describir.
—Estás lista, ¿no? —preguntó él junto a la boca de Elenora—. Estás húmeda, blanda e hinchada.
—Sí, sí.
Ella no tenía ni idea de a qué se refería él con aquellas palabras, pero aquella noche sólo podía contestarle que sí.

Arthur se colocó encima de ella separándole los muslos con la presión de los suyos. Elenora notó la erección de Arthur buscando la entrada húmeda y palpitante de su cuerpo y se preguntó si no sería demasiado tarde para discutir la cuestión del tamaño.
Pero ya era demasiado tarde. Muy tarde. Él ya la había penetrado y empujaba una y otra vez, hasta que la llenó y ella creyó que iba a explotar.
Un dolor agudo e inesperado se apoderó de Elenora. Sorprendida, soltó un gritito y hundió las uñas en la espalda de Arthur.
—¡Santo cielo!
Elenora abrió los ojos de golpe y se encontró con la mirada salvaje de Arthur.
—¡Elenora...! —Su rostro reflejaba una emoción que bien podía haber sido enojo—. ¿Por qué no me lo habías dicho?
—¿Decirte qué?
Elenora se retorció un poco, consciente de que su cuerpo se iba acoplando al de él. Se ajustaba con dificultad, concluyó ella, pero se ajustaba. Y eso era lo importante.
—¿Por qué no me dijiste que eras virgen? —preguntó él entre dientes.
—Porque no era importante.
—Yo sí que lo considero importante —repuso él.
—Yo no.
—Maldita sea, creí que eras una mujer con experiencia en este tipo de cosas.
Elenora le sonrió.
—Tengo buenas noticias para ti: a partir de este mismo momento, soy una mujer con experiencia.
—No me tomes el pelo —le advirtió él—. Estoy muy enfadado contigo.
—¿Esto significa que no vas a terminar lo que hemos empezado?
El rostro de Arthur resultaba temible a la luz del fuego.
—En estos momentos no puedo pensar con claridad.
Ella deslizó los dedos entre los cabellos de Arthur.
—Entonces permíteme que tome la decisión por los dos. Yo preferiría terminar, si te sientes capaz de hacerlo.
—¿Capaz? Soy incapaz de hacer otra cosa.
Arthur apoyó los codos en la alfombra, cogió la cabeza de Elenora entre las manos y la besó con determinación. Ella notó que él empezaba a moverse despacio y con cuidado en su interior. Percibió que Arthur estaba al límite de su profundo control habitual y se sintió feliz por haber sido ella quien lo había llevado hasta aquel extremo peligroso.
Él se apretó contra ella penetrándola más profundamente y acelerando el movimiento. Elenora sentía la rigidez de los músculos de su espalda debajo de sus manos. Una tensión dulce creció en el interior de ella y lo abrazó contra su cuerpo deseosa de explorar aquel territorio nuevo y desconocido.
—¡Elenora, Elenora! No puedo aguantar más. Discúlpame.
Sin otra advertencia, Arthur se separó de ella, se arrodilló y cogió el pañuelo que había dejado en el suelo unos minutos antes. A continuación, envolvió el extremo de su miembro con el tejido de hilo, soltó un gruñido y entrecerró los ojos mientras se dejaba ir.
Cuando terminó, se desplomó en parte sobre el cuerpo de ella, colocando una pierna por encima de sus muslos y rodeándole posesivamente la cintura con el brazo.

Elenora se quedó quieta durante un tiempo saboreando las sensaciones del momento: el peso del cuerpo de Arthur, la calidez del fuego y el calor persistente del interior de sus muslos.
Poco después Arthur se movió, se apoyó en los codos y miró a Elenora.

—No era con exactitud lo que esperabas, ¿no es cierto? —preguntó.
—Ha sido... interesante —respondió ella.
Él realizó una mueca y declaró:
—La parquedad de elogios es una crítica en sí misma.
Elenora se dio cuenta de que había herido sus sentimientos.
—Algunas partes de la experiencia han sido muy... estimulantes —le aseguró.
Él se inclinó, apoyó la frente en la de ella y le besó la punta de la nariz.
—Discúlpame, querida.
Elenora se sintió horrorizada, consiguió salir de debajo del cuerpo de Arthur y se sentó con rapidez mientras sostenía el corpiño de su vestido contra sus senos. A continuación le lanzó una mirada fulminante.
—No debes culparte, Arthur.
Él se tumbó de espaldas, cruzó los brazos por debajo de su cabeza y la examinó con una expresión indescifrable en el rostro.
—¿Ah, no?
—Claro que no. Recuerda que fui yo quien te animó a hacerlo. Mi abuela me habló, en una ocasión, de ciertas sensaciones estimulantes que sólo pueden experimentarse en los brazos de un hombre. Hacía tiempo que sentía curiosidad por estas sensaciones y te aseguro que estaba ansiosa por descubrir si eran verdad.
—¿De modo que me has utilizado para satisfacer tu curiosidad? —Arthur arqueó las cejas—. Y a mí que me parecía que, simplemente, te sentías atraída por mí.
—Pues claro que me sentía atraída por ti. —Elenora se horrorizó al pensar que él pudiera creer lo contrario—. En realidad me sentía muy, muy atraída por ti. Nunca antes me había sentido tan atraída por un hombre.
—Eres muy amable, pero no puedo evitar pensar que sólo intentas hacerme sentir mejor por lo que acaba de ocurrir.
—No hay ninguna razón para que te sientas mal, te lo aseguro. En realidad, la idea fue mía.
—Supongo que eres consciente de que, si en algún momento me hubieras mencionado que carecías de experiencia, las cosas se habrían desarrollado de un modo distinto.
Estaba claro que no pensaba dejar correr aquella cuestión. Todavía estaba enfadado. Elenora se ruborizó y empezó a sentir las punzadas de un sentimiento que bien podía tratarse de culpabilidad. Suspiró.
—Sí, soy consciente de que, si hubieras sabido que no tenía experiencia, tu sentido de la responsabilidad, que es demasiado estricto, te habría impedido hacer el amor conmigo.
Una sonrisa cruzó los ojos de Arthur.
—Yo no he dicho esto.
—No es necesario que pronuncies las palabras exactas —murmuró ella—. Sé muy bien que no tenía ningún derecho a ponerte en esta situación. —El enojo se despertó en su interior—. Sin embargo, debo decirte que resulta muy irritante experimentar una sensación tan excitante en determinado momento y verse obligada a sentir culpabilidad y responsabilidad por este acto al momento siguiente.
Él la sorprendió con una sonrisa malvada e inesperada.
—En esto estamos totalmente de acuerdo.
Ella lo miró con desafío.
—Te recuerdo, una vez más, que no estoy en la misma categoría que las jóvenes casaderas de la alta sociedad. No soy otra Juliana dulce, inocente y sobreprotegida.
Él se incorporó con lentitud.
—Seas lo que fueres, Elenora, sin duda no eres otra Juliana.
—Sí, bueno, sólo quería asegurarme de que comprendías, de una forma clara, que lo que ha ocurrido aquí esta noche no ha sido en absoluto culpa tuya. Tú no eres en nada responsable de la situación.

Él estuvo reflexionando sobre sus palabras durante lo que a ella le pareció una eternidad. Poco después asintió con la cabeza y se levantó con soltura y flexibilidad.
—¿Sabes qué, querida? Creo que coincido contigo en esta cuestión. —Arthur se colocó delante de la chimenea y se metió la camisa en los pantalones—. Muy bien, me has convencido. Acepto cargar todo el peso de la responsabilidad en tus preciosos hombros. Incluso estoy dispuesto a afirmar que me siento utilizado.
—¡No! —Elenora, sorprendida, se puso en pie—. ¡No, en absoluto, nunca pretendí utilizarte!
—De todos modos, esto es lo que parece, ¿no crees? —Cuando Arthur terminó de introducir la camisa por la cinturilla de los pantalones, se volvió hacia Elenora—. Te has aprovechado de mi enorme debilidad para explorar una experiencia nueva y estimulante, ¿no es cierto?
Elenora se sintió acalorada.
—Sin lugar a dudas, tú no eres débil.
—Según parece, cuando se trata de ti, lo soy.
—Tonterías.
Él levantó una mano y añadió:
—Sin embargo, tú sabías con certeza que yo no resistiría la tentación de besarte. Admítelo.
Elenora creyó percibir un brillo sospechoso en los ojos de Arthur. ¿Acaso se reía de ella? No, si lo hiciera no tendría sentido. Aquella cuestión era demasiado seria.
—Esto no es verdad —respondió ella de una forma inflexible—. No pensé ni por un momento que no pudieras resistirte a mí. Es más, tampoco lo creo ahora.
—Te lo aseguro, es la verdad. —Arthur acabó de ajustarse los pantalones—. Me temo que no soy más que una víctima desventurada de tus encantos.
Le estaba tomando el pelo, pensó Elenora. ¿O no?
Lo miró directamente a los ojos, pero no logró aclarar nada. Su confusión aumentaba por momentos.
—La palabra “desventurado” es la última que emplearía para definirte —contestó ella.
—Ahora intentas esquivar la responsabilidad y das a entender que yo debería haberme mostrado más fuerte y decidido. —Arthur sacudió la cabeza mientras se dirigía hacia ella—. Me decepcionas, señorita Lodge, creía que eras mucho más honesta y que, en ningún caso, utilizarías este truco.
“Maldición”, pensó ella. No lograba entender cuáles eran sus intenciones.
—No se trata de ningún truco —replicó ella—. Además, debo decirte que...
El sonido amortiguado de la puerta principal la interrumpió; se oyeron voces en el vestíbulo y una ola de pánico invadió a Elenora. Margaret y Bennett habían llegado.
Elenora miró a su alrededor con nerviosismo mientras buscaba una salida. Quizá podía salir al jardín por la ventana. Pero entonces, ¿cómo entraría de nuevo en la casa?
—¿Qué ocurre, Elenora? —preguntó Arthur con suavidad mientras se abotonaba la camisa—. ¿No habías calculado que tu noche de seducción podía verse interrumpida en un momento inoportuno?
—No te burles de mí —manifestó ella en un susurro ronco—. Podrían entrar aquí en cualquier momento. ¿Qué vamos a hacer?
Arthur le dedicó una reverencia galante.
—No temas. Aunque no estoy convencido de que te lo merezcas, te salvaré de la vergüenza de verte descubierta en una situación tan comprometedora.
—¿Cómo? —preguntó ella sin rodeos.
—Déjame a mí los detalles.
Arthur cogió su dominó, lo llevó al extremo de la habitación y lo depositó cerca de la ventana que daba al jardín. A continuación escondió el pañuelo entre los pliegues.

Después ayudó a Elenora a ponerse el vestido, la cogió del brazo y la condujo hasta la escalera de caracol. Ella contempló la galería que recorría las paredes de la biblioteca con el ceño fruncido.
—¿Esperas que me esconda ahí arriba?
—Uno de los paneles en realidad es una puerta oculta que comunica con el armario de la ropa blanca. —Arthur la apremió para que subiera los estrechos escalones—. Nadie ha utilizado esta puerta en años. Casi había olvidado que existía hasta que deduje que Ibbitts debió de esconderse ahí para escuchar nuestras conversaciones.
—¿Un panel secreto? ¿De verdad?
—De verdad.
—¡Qué emocionante! —Elenora inspiró mientras subía con ligereza los escalones delante de Arthur—. Igual que en una novela de misterio.
—Ya veo que consideras más estimulante la puerta secreta que haber hecho el amor conmigo.
—¡Oh, no! De verdad. Es sólo que nunca había tenido la oportunidad de utilizar una puerta secreta.
—No busques excusas. Ya has maltratado bastante mi delicada sensibilidad por esta noche.
—Si esperas que me tome este comentario como una broma —repuso ella—, debo decirte que tu sentido del humor deja mucho que desear.
—¿Qué te hace suponer que estoy bromeando?
Una vez en la galería, Arthur giró hacia la izquierda, cogió el borde de uno de los paneles y tiró de él. Elenora lo observó, fascinada, mientras una sección de la biblioteca se deslizaba a un lado y dejaba al descubierto un armario a oscuras.
—Entra. —Arthur la apremió para que entrara—. La puerta del armario comunica con el pasillo, muy cerca de tu dormitorio. Te sugiero que te des prisa y llegues allí antes de que Margaret termine de despedirse de Bennett.
Elenora se introdujo en las sombras y se dio la vuelta.
—¿Y tú?
El brillo malicioso de la mirada de Arthur desapareció y su expresión se volvió fría y reflexiva.
—Creo que ésta es una oportunidad excelente para tener una charla con Bennett. Le pediré que me ayude a vigilaros a ti y a Margaret.
—¡Sí, desde luego!
—Buenas noches, mi dulce seductora. La próxima vez, te aseguro que haré lo posible para proporcionarte una experiencia más estimulante.
Arthur cerró el panel ante el rostro de Elenora antes de que ella pudiera recuperarse de la idea de que habría una próxima vez.

24

Arthur bajó las escaleras de caracol tarareando para sí una melodía. La combinación de culpabilidad, pánico y el brillo que su amor había producido en los maravillosos ojos castaños de Elenora no tenía precio.
Era estupendo que ella hubiera aceptado la responsabilidad de jugar con sus emociones, pensó Arthur con alivio.
La situación en la que estaban involucrados se había convertido en mucho más compleja después de los sucesos de aquella noche. Sin embargo, a pesar de todo, él se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.
Por otro lado, tenía que resolver no uno, sino dos asesinatos.

Cuando llegó a los pies de la escalera, se alisó el cabello hacia atrás y se echó una rápida mirada en el espejo octogonal que había junto a la puerta: quería asegurarse de tener el aspecto de un hombre que estaba en la intimidad de su biblioteca intentando relajarse después de una ajetreada noche en la ciudad.
Arthur examinó entonces la habitación. Por lo que pudo comprobar, no había ningún indicio de que acabara de experimentar un ataque de pasión imprudente y salvaje con su falsa prometida.
Arthur abrió la puerta de la biblioteca y recorrió con lentitud el pasillo procurando marcar bien los pasos para asegurarse de que Margaret y Bennett se dieran cuenta de su llegada.
El murmullo de sus voces se detuvo cuando él entró en el vestíbulo. Margaret y Bennett estaban muy juntos y el ambiente de intimidad que los rodeaba era inconfundible.
Los dos lo miraron, Margaret con las mejillas encarnadas y Bennett con una expresión de sorpresa.
—Buenas noches, Arthur —saludó Margaret con voz alegre—. No sabía que estabas despierto.
Arthur inclinó la cabeza y afirmó:
—Estoy seguro de que estás exhausta y deseosa de subir a tu dormitorio.
—Bueno, en realidad, no... —empezó Margaret.
Arthur la ignoró y miró a Bennett.
—Estaba tomando un brandy en la biblioteca. ¿Deseas acompañarme?
Bennett apretó la empuñadura de su bastón.
—Sí, claro.
Margaret frunció el ceño con una expresión evidente de intranquilidad.
—¿Por qué quieres hablar a solas con Bennett, Arthur? Supongo que no me pondrás en evidencia y le preguntarás acerca de sus intenciones, ¿no? Si es eso lo que pretendes, te recuerdo que soy una viuda, no una jovencita sin experiencia, y que mi vida personal es asunto mío.
Arthur suspiró.
—Otra mujer que cree que deberían permitirle tomar sus propias decisiones. ¿En qué demonios se está convirtiendo el mundo, Fleming? A este ritmo, las mujeres acabarán muy pronto por no necesitar a los pobres hombres.
—Hablo en serio, Arthur —contestó Margaret con firmeza.
—Está bien, querida —dijo Bennett besándole la mano—. St. Merryn y yo somos viejos amigos. No tengo ningún inconveniente en tomar un brandy con él en la biblioteca.
A Margaret no la complacía demasiado esa decisión, pero su mirada se suavizó.
—Muy bien, pero prométame que no permitirá usted que él lo coaccione y lo obligue a hacer afirmaciones o promesas contrarias a sus deseos.
Bennett le dio unos golpecitos tranquilizadores en la mano.
—No se preocupe por mí, querida. Soy perfectamente capaz de manejar esta situación.
—Sí, claro.
Margaret lanzó a Arthur una última mirada de advertencia, se levantó un poco las faldas y subió con ligereza las escaleras.
Arthur precedió a Bennett y avanzaron por el pasillo en dirección a la biblioteca.
—Estoy convencido de que mi brandy nuevo te encantará.
Bennett se rió.
—No tengo ninguna duda. Tú sólo compras lo mejor.
Arthur entró en la biblioteca detrás de Bennett, cerró la puerta y se dirigió al mueble donde estaban las copas y la licorera.
—Siéntate, por favor —le pidió a su amigo—. Te he pedido que vinieras porque tengo un asunto muy importante que discutir contigo.

—Comprendo. —Bennett se sentó en uno de los sillones que había frente a la chimenea y estiró las piernas—. Supongo que deseas preguntarme acerca de mis intenciones en relación con Margaret. Te aseguro que son honestas por completo.
—Claro que lo son. Santo cielo, Bennett, ésta es la última de mis preocupaciones. Eres uno de los hombres más honestos que he conocido en toda mi vida.
Bennett se sintió algo violento y, al mismo tiempo, satisfecho por su comentario.
—Bueno, gracias. El sentimiento es recíproco, como sin duda ya sabes.
Arthur asintió con brusquedad, cogió las dos copas que acababa de llenar y le tendió una a Bennett.
—Me alegro de ver a Margaret tan feliz y sé que tú eres la razón de que se sienta así.
Bennett se relajó y bebió un sorbo de brandy.
—Me considero un hombre muy afortunado. No creí que pudiera amar a otra mujer después de perder a Elizabeth. No es frecuente que la vida nos ofrezca una segunda oportunidad, ¿no crees?
—No. —Arthur reflexionó unos instantes—. Los dos formáis una pareja excelente. Tú lees novelas y Margaret las escribe. Resulta ideal, ¿no crees?
Bennett se atragantó y se apresuró a preguntar:
—¿Conocías su profesión de escritora?
—Desde luego.
Arthur se sentó frente a Bennett.
—Ella cree que tú no sabes que escribe para la editorial Minerva con el seudónimo de señora Margaret Mallory —informó Bennett.
—¿Por qué todo el mundo supone que no sé lo que ocurre en mi propia familia? —preguntó Arthur. Vio entonces una cinta de color azul cielo sobre la alfombra, cerca del sofá, y se interrumpió.
Se trataba de una de las ligas de satén azul que Elenora usaba para sujetarse las medias.
Arthur se puso en pie de repente.
Bennett frunció el ceño.
—¿Ocurre algo?
—No, nada. De repente, se me ocurrió atizar un poco el fuego.
Arthur cogió el atizador, sacudió con desgana las brasas un par de veces y regresó con desenfado a su asiento de tal modo que, durante el recorrido, se detuvo muy cerca de la liga.
—No te pedí que vinieras para hablar de Margaret, sino del estado de mis investigaciones. Ha habido otro asesinato.
—¡No me digas! —Bennett se interrumpió cuando estaba a punto de tomar un trago de brandy y sus cejas se unieron formando una espesa línea por encima de su nariz—. ¿A qué asesinato te refieres?
Arthur aprovechó el momento de distracción y, con la punta de la bota, empujó la liga debajo del sofá. Todavía resultaba visible, si uno sabía dónde mirar, pero era poco probable que Bennett se pusiera de cuatro patas para examinar la alfombra en busca de indicios de un acto de libertinaje.
Arthur, satisfecho por haber hecho todo lo que podía para esconder la prueba, regresó por fin a su asiento.
—Esta noche he descubierto el cadáver de Ibbitts.
—¡Santo cielo!
Arthur se sentó.
—La situación se ha vuelto muy peligrosa. Necesitaré tu ayuda, Fleming.

Elenora oyó que llamaban a la puerta de su dormitorio, justo cuando se estaba quitando el dominó y el vestido. Era Margaret.

—Un momento —contestó.
Elenora apretujó el vestido y el disfraz en el interior del armario, cogió la bata y se la colocó por encima de los hombros; se quitó los pendientes y las horquillas del cabello y se puso un gorro blanco.
Una mirada rápida en el espejo la convenció de que parecía una mujer a la que acababan de sacar de la cama.
Elenora abrió la puerta con la esperanza de que Margaret no se diera cuenta de que respiraba con demasiada agitación para ser alguien que acababa de despertarse. Sin embargo, Margaret no parecía estar de humor para fijarse en detalles superfluos. Parecía muy ansiosa.
—¿Estás bien? —preguntó Elenora alarmada.
—Sí, sí, estoy bien, pero tengo que hablar contigo.
—Claro. —Elenora se hizo a un lado para que Margaret pudiera entrar en el dormitorio—. ¿Qué ocurre?
—Se trata de Arthur. Se ha llevado a Bennett a la biblioteca para mantener una conversación privada con él. —Margaret caminaba con nerviosismo de un lado a otro del tocador—. Me aterroriza pensar que pueda exigirle a Bennett que le confiese cuáles son sus intenciones respecto a mí.
—Comprendo.
—Le he recordado a Arthur que soy una viuda y que, por lo tanto, tengo derecho a disfrutar de una vida privada con un caballero sean cuales fueren sus intenciones.
—Desde luego.
—Pero tú conoces a Arthur desde hace algún tiempo y sabes que suele tomar las riendas de la vida de los demás aunque éstos no lo deseen.
—Sí, bueno, por si te hace sentirte mejor, creo que puedo asegurarte que el objeto de la conversación que mantienen ahora mismo en la biblioteca no son las intenciones de Bennett.
Margaret dejó de caminar y se volvió para mirar a Elenora con una expresión inquisitiva en el rostro.
—¿Estás segura? —preguntó.
—Bastante. Quizá sea mejor que te sientes. Se trata de una larga historia que empieza con el asesinato de George Lancaster.
—¡Santo cielo! —exclamó Margaret mientras se sentaba de golpe en la silla que había junto a la cómoda.

Al cabo de un media hora, Bennett, comprometido con una causa noble, salió de la casa. Arthur lo acompañó hasta la puerta principal y la cerró con llave cuando Bennett hubo salido. A continuación apagó las lámparas del vestíbulo y regresó a la biblioteca.

Una vez en el interior de la enorme habitación, se dirigió al sofá, hincó una rodilla en la alfombra y buscó la liga azul.
Después de coger el trozo de cinta condenatoria, se puso de pie. Durante unos instantes examinó la liga que sostenía en la palma de la mano. Era delicada y tan femenina que resultaba excitante. Arthur sintió que se excitaba sólo con mirarla: recordó cómo se la había quitado de la pierna a Elenora para poder bajarle la media.
Cada vez que entrara en aquella habitación recordaría lo que había pasado allí aquella noche, pensó Arthur. Hacer el amor con Elenora lo había cambiado de un modo que, aunque todavía no podía describir, sabía que lo había afectado de una forma muy profunda.
Sucediera lo que sucediese en el futuro, ya nunca volvería a ser el mismo hombre.

Por la mañana, Elenora no bajó a la planta baja hasta que ya no pudo aguantar las punzadas del hambre. Incluso entonces, dudó y consideró la posibilidad de pedir que le subieran el desayuno al dormitorio.
Finalmente abrió la puerta y salió con determinación al pasillo. Desayunar en la habitación para así evitar enfrentarse a Arthur habría constituido un acto de extrema cobardía.
Se sorprendió al darse cuenta de que se sentía bien. Al acostarse creyó que pasaría una noche agitada, pero lo cierto era que había dormido profundamente. Mejor así, se dijo a sí misma cuando llegó al final de las escaleras: al menos no tendría los ojos rojos e hinchados ni la piel opaca por la falta de sueño.
Para su reencuentro con Arthur, había elegido un vestido de muselina verde y una gorguera blanca. Tenía la impresión de que con aquel color vivo parecía más segura de sí misma.
Aquella mañana necesitaba toda la autoconfianza que pudiera reunir. ¿Qué se le decía a un hombre el día siguiente de haber hecho el amor con él de una forma loca y apasionada en su biblioteca?
—Buenos días, señora. —Ned apareció en el vestíbulo con aspecto preocupado—. Ahora mismo iba a enviar a la nueva doncella a su habitación para que le preguntara si quería desayunar en el dormitorio.
—Muy considerado por tu parte, Ned, pero sólo tomo el desayuno en la cama cuando estoy enferma. Y casi nunca lo estoy.
—Sí, señora. El desayuno está servido en el comedor pequeño, como usted ordenó, señora. Sally y su hermana acabaron de arreglarlo ayer por la tarde.
—Excelente.
Elenora le ofreció una sonrisa resplandeciente, inspiró para tomar fuerzas y recorrió el pasillo hasta llegar al comedor pequeño.
A pesar de su inquietud por tener que ver a Arthur de nuevo, dedicó unos instantes a disfrutar de los cambios que se habían producido en aquella estancia.
El comedor estaba tan limpio que casi brillaba y de las bandejas de plata que había en el aparador emanaban aromas de lo más apetecibles. La luz del cálido sol primaveral entraba a raudales por las ventanas. La vista del jardín quedaba un poco desmerecida porque la vegetación era demasiado exhuberante y estaba algo descuidada; sin embargo esto cambiaría muy pronto, pues los jardineros nuevos empezarían a trabajar en el jardín aquel mismo día.
Elenora se sorprendió al comprobar que Arthur no estaba solo en la mesa. Margaret le acompañaba.
—¡Ah, ya estás aquí! —exclamó Margaret—. Empezaba a preocuparme por ti. Estaba a punto de enviar a alguien para averiguar si te encontrabas bien.
Elenora, consciente de que Arthur la observaba con una actitud divertida, intentó no sonrojarse.
—Como acabo de explicarle a Ned, disfruto de una salud excelente —respondió ella.
Arthur se levantó con amabilidad y le ofreció una silla.
—Nos preguntábamos si no habría realizado demasiado ejercicio ayer por la noche... —Elenora le lanzó una mirada recriminatoria—, en la pista de baile —terminó Arthur con total inocencia.
Elenora observó fijamente su rostro durante unos segundos y, detrás de su ironía, percibió una preocupación genuina. Por todos los santos, ¿creía realmente que ella necesitaría permanecer en cama durante todo un día para recuperarse de la impresión de haber hecho el amor con él? Ella no era una frágil florecilla.
—No sea usted absurdo.

Elenora ignoró la silla que él sostenía para ella, cogió su plato y se dirigió al aparador para inspeccionar las bandejas repletas de comida.
—Arthur te está tomando el pelo —contestó Margaret de inmediato—. Claro que no estaba preocupada por que hubieras bailado demasiado ayer por la noche. Sólo creí que los horribles sucesos posteriores podían haberte afectado, esto es todo. Arthur y yo estábamos hablando de lo ocurrido justo en este momento. Fue un suceso espantoso.
—No me pasa nada malo, te lo aseguro.
Elenora examinó con detenimiento el contenido de las fuentes humeantes.
—Le sugiero el pescado —comentó Arthur—. Está buenísimo.
—Y prueba los huevos —apuntó Margaret—. Te aseguro que la hermana de Sally es una cocinera excelente.
Elenora se sirvió un poco de todo y regresó a la mesa, donde Arthur seguía todavía ofreciéndole la silla.
Elenora se sentó.
—Gracias.
Arthur se quedó mirando la comida que estaba amontonada en el plato de Elenora.
—Resulta obvio que su apetito no se ha visto afectado por los acontecimientos recientes.
—En lo más mínimo, señor.
Él se sentó delante de ella y comentó:
—Yo también estaba bastante hambriento esta mañana.
Elenora decidió que ya había soportado bastante sus insinuaciones. Cogió un cuchillo y, mientras untaba con mantequilla una tostada, preguntó:
—¿Qué pasos piensa dar hoy en sus investigaciones, señor?
La expresión de Arthur se volvió grave.
—Con toda la excitación de ayer por la noche, olvidé mencionarle que, antes de ir a la escena del crimen, descubrí una pista interesante.
Elenora bajó la tostada.
—¿De qué se trata?
—Del nombre del caballero que podía ser Saturno. Por lo visto, falleció hace unos días. Tengo la intención de hacerle una visita a su viuda esta mañana.
—Esta noticia es muy emocionante —respondió Elenora, demasiado entusiasmada por la noticia como para reprenderlo por no habérsela comentado antes—. Debe llevarme con usted.
Él enarcó una ceja.
—¿Por qué razón?
—Una mujer que acaba de enviudar puede sentirse reacia a hablar de cuestiones privadas con un caballero a quien no conoce. Si hay otra mujer presente, es probable que se sienta más cómoda.
Arthur reflexionó sobre aquello durante unos instantes y finalmente admitió:
—Quizá tenga razón. Muy bien, saldremos a las once y media.
Elenora se relajó un poco. Aunque todo lo demás hubiera cambiado entre los dos, una cosa permanecía inalterable: Arthur todavía la trataba como a una socia en relación con aquel asunto, una socia cuyo consejo valoraba. Elenora decidió aferrarse a aquel hecho.
Margaret sonrió.
—Hablando de otra cuestión —empezó a decir—, Arthur acaba de confesarme que sabe que escribo novelas. ¿No te parece sorprendente? Y pensar que temía que me enviara de vuelta al campo si descubría la verdad.
Elenora miró a Arthur a los ojos y sonrió. Pocas de las cosas relacionadas con aquellos de los que se sentía responsable escapaban al conocimiento de ese hombre.

—En cierta manera, no me sorprende descubrir que haya conocido tu profesión durante todo este tiempo, Margaret —declaró Elenora.

Media hora más tarde, Elenora abrió la puerta de su dormitorio y, antes de salir, inspeccionó el pasillo. Estaba vacío. Hacía unos minutos había oído a Arthur dirigirse a su habitación: debía vestirse para ir a visitar a la viuda Glentworth. Margaret estaba trabajando en su manuscrito, como era habitual a aquella hora.
Esto significaba que no habría nadie en la biblioteca.
Elenora salió al pasillo y se dirigió con rapidez al armario de la ropa blanca. Las zapatillas que calzaba no realizaron ningún ruido al caminar sobre la alfombra.
Cuando llegó al armario, volvió a inspeccionar el pasillo para asegurarse de que nadie la observaba. A continuación entró en la habitación, pequeña y oscura, y cerró la puerta.
A tientas, encontró la palanca que abría el panel secreto y tiró de ella con precaución.
El panel se deslizó a un lado. Elenora salió a la galería y miró hacia abajo para asegurarse de que ninguno de los criados había decidido ponerse a limpiar la biblioteca en ese momento. No vio a nadie; como esperaba, disponía de toda la sala para ella sola.
Elenora se arremangó las faldas, bajó con ligereza la escalera de caracol y cruzó la habitación hasta el lugar donde ella y Arthur habían hecho el amor.
Examinó la zona con ansiedad, pero no había ningún rastro de su liga azul. Tenía que estar por allí, pensó ella.
La noche antes no se dio cuenta de que no la tenía hasta que Margaret salió de su dormitorio. Cuando notó que la media de la pierna izquierda estaba arrugada sobre su tobillo, supuso que la liga se le había desatado cuando se quitó el vestido a toda prisa para ponerse la bata. Entonces decidió que la buscaría por la mañana, a la luz del día.
Sin embargo, aunque había examinado la habitación a fondo, no la había encontrado. Entonces se dio cuenta de que lo más probable era que la hubiera perdido en la biblioteca. Cuando pensó en que Bennett Fleming podía haberla visto y llegado a la conclusión obvia, casi sufrió un ataque de histeria.
Una cosa era ser una mujer de mundo, una dama misteriosa y con experiencia, y otra muy distinta que un caballero amable y correcto como Bennett Fleming encontrara su liga en un lugar donde no tenía por qué estar.
Elenora exhaló un suspiro de alivio cuando vio que la liga no estaba a la vista. Lo más probable era, por tanto, que Bennett no la hubiera visto la noche anterior, aunque, por desgracia, alguno de los criados podía haberla encontrado aquella mañana.
Elenora se puso a gatas para buscar debajo del sofá.
—¿Buscas esto? —preguntó Arthur desde arriba.
El sonido de su voz sobresaltó a Elenora, que levantó la cabeza con tal precipitación que estuvo a punto de golpeársela contra el borde de la mesa.
Elenora se tranquilizó y levantó la vista hacia la galería, donde Arthur, con aire despreocupado, la observaba apoyado en la barandilla. La liga azul pendía de los dedos de su mano derecha. Elenora pensó que debía de haberla visto cuando entró en el armario y la había seguido.
Elenora, irritada, se puso de pie.
—De hecho —explicó mientras procuraba no levantar la voz—, sí que la estaba buscando. Podrías haber supuesto que estaría preocupada al no saber dónde la había perdido. Si me hubieras dicho que la habías encontrado, me habrías ahorrado muchas preocupaciones.

—No te inquietes; la encontré ayer por la noche antes de que Fleming la viera. —Arthur lanzó la liga al aire con negligencia y volvió a cogerla con una actitud impasible—. En ningún momento imaginó que me llevaste al huerto justo antes de que él llegara.
Elenora arrugó el ceño, se levantó un poco las faldas con ambas manos y empezó a subir las escaleras.
—Permíteme decirte que, en determinadas ocasiones, tu sentido del humor es sin duda retorcido.
—Algunas personas te dirían que en realidad no tengo sentido del humor, ni retorcido ni de ningún otro tipo.
—Es comprensible que algunas personas hayan llegado a esta conclusión. —Elenora se detuvo en la parte superior de las escaleras y alargó la mano para coger la liga—. ¿Quieres devolvérmela?
—Creo que no —dijo Arthur introduciendo la liga en uno de sus bolsillos—. He decidido empezar una colección.
Ella lo miró con incredulidad.
—No puedes estar hablando en serio.
—Compra otro juego de ligas y pide que me envíen a mí la factura —respondió él.
A continuación la besó en la boca antes de que ella pudiera reprenderlo. Cuando, por fin, separó sus labios de los de ella, Elenora estaba sin aliento.
—Ahora que lo pienso, será mejor que compres varios juegos de ligas —añadió Arthur sonriendo con gran satisfacción—. Tengo la intención de que sea una colección muy extensa.

26

—Enterramos a mi marido hace unos días —dijo la señora Glentworth contemplando el retrato que colgaba encima de la chimenea—. Todo fue muy repentino. Fue víctima de un accidente en su laboratorio. El generador de electricidad, ¿saben? Debió de sufrir una terrible conmoción y se le paró el corazón.
—Por favor, acepte nuestras condolencias por su pérdida, señora Glentworth —manifestó Elenora con dulzura.
La señora Glentworth asintió mecánicamente con la cabeza. Se trataba de una mujer frágil y huesuda; tenía el cabello gris y ralo y lo llevaba recogido bajo un gorro viejo. Un aire de digna pobreza y estoica resignación pesaba sobre sus delgados hombros.
—Le advertí acerca de aquella máquina. —La señora Glentworth apretujó el pañuelo que sostenía en las manos y tensó la mandíbula como si le rechinaran los dientes—. Pero él nunca me escuchó. Siempre realizaba experimentos con ella.
Elenora contempló a Arthur, que estaba de pie junto a la ventana sosteniendo una taza intacta de té en una mano. Su rostro constituía una máscara impasible que, sin embargo, no ocultaba su expresión atenta. Elenora estaba convencida de que estaba pensando, precisamente, lo mismo que ella. A la luz de los últimos acontecimientos, el accidente fatal del laboratorio de Glentworth parecía algo más que una mera coincidencia.
Sin embargo, si la señora Glentworth sospechaba que su marido había sido asesinado, no daba ninguna muestra de ello. Quizá no le importaba demasiado, pensó Elenora. La deslucida sala estaba envuelta en una penumbra apropiada para una situación de luto, pero la viuda no parecía sentirse triste, sino tensa y desesperada. Elenora habría jurado que, tras las palabras correctas y los modales civilizados de su anfitriona, ardía una rabia irrefrenable.

La señora Glentworth los había recibido de buen grado, sin duda intimidada por el nombre y el título de Arthur. Sin embargo, era obvio que estaba algo desconcertada.
—¿Sabía usted que, George Lancaster, mi tío abuelo, fue asesinado en su laboratorio por un ladrón hace unas semanas? —preguntó Arthur.
La señora Glentworth frunció el ceño.
—No, no lo sabía —respondió.
—¿Y sabía usted que su marido y Lancaster habían sido muy buenos amigos en su juventud? —añadió Elenora con voz suave.
—Desde luego. —La señora Glentworth apretujó el pañuelo—. Soy consciente de que los tres eran amigos muy íntimos.
Elenora notó que Arthur se quedaba muy quieto y no se atrevió a mirarlo.
—¿Ha dicho usted los tres, señora Glentworth? —preguntó Elenora con la esperanza de que su voz reflejara una curiosidad desinteresada.
—Durante una época, eran como uña y carne. Se conocieron en Cambridge, ¿saben? Lo único que les preocupaba era la ciencia, no el dinero, de modo que se volcaron en sus laboratorios y en sus experimentos ridículos.
—Señora Glentworth —empezó Elenora con cautela—, me pregunto si...
—Le aseguro que, en ocasiones, he deseado que mi marido fuera un atracador o un salteador de caminos —confesó la señora Glentworth. De pronto se estremeció y como si el muro de una presa se hubiera derrumbado en su interior, la ansiedad y la rabia reprimidas brotaron al exterior—. Quizás entonces me habría quedado algún dinero. Pero no, él estaba obsesionado con las ciencias naturales. Se gastó prácticamente hasta el último penique en aparatos para el laboratorio.
—¿Qué tipo de experimentos llevaba a cabo su esposo? —preguntó Arthur.
La señora Glentworth pareció no haber oído la pregunta. Su rabia fluía sin freno.
—Glentworth tenía unos ingresos respetables cuando nos casamos —prosiguió—. Si no hubiera sido así, mis padres no me habrían permitido casarme con él. Sin embargo, actuó de forma irresponsable y nunca invirtió ni un penique. Se gastó todo el dinero sin tenernos en consideración ni a mí ni a sus hijas. Era peor que un jugador empedernido. Siempre alegaba que necesitaba un microscopio más moderno o una lente nueva.
Arthur intervino para reconducir la conversación.
—Señora Glentworth, ha mencionado usted que su esposo tenía un segundo amigo...
—Miren a su alrededor. —La señora Glentworth agitó la mano con la que sostenía el pañuelo—. ¿Ven algún objeto de valor? Nada. Nada en absoluto. A lo largo de los años, mi marido vendió la plata y las pinturas para obtener dinero y comprar artículos para su laboratorio. Al final, incluso vendió su querida caja de rapé. Creí que nunca se separaría de ella. Incluso me había dicho que quería que lo enterraran con la caja.
Elenora miró con más atención el retrato que había encima de la repisa de la chimenea. Representaba a un caballero corpulento y de cabello ralo vestido con unos pantalones y un abrigo pasados de moda. En una mano sostenía una caja de rapé en cuya tapa estaba incrustada una piedra roja tallada de gran tamaño.
Elenora miró a Arthur y vio que él también examinaba el retrato.
—¿Vendió la caja de rapé que aparece en este retrato? —preguntó Arthur.
La señora Glentworth inspiró levemente por la nariz mientras se la tapaba con el pañuelo.
—Sí —respondió.
—¿Sabe quién se la compró? —volvió a preguntar él.
—No. Supongo que la llevó a una casa de empeño. Y lo más probable es que consiguiera muy poco dinero a cambio. —La mandíbula de la señora Glentworth tembló de rabia—. Aunque yo no vi ni un penique de ese dinero. De hecho, ni siquiera se molestó en contarme que la había vendido.

Arthur la miró fijamente.
—¿Tiene alguna idea de cuándo la empeñó?
—No —respondió ella—. Debió de ser poco antes de que se matara con el generador de electricidad. —La señora Glentworth utilizó el pañuelo arrugado para secarse alguna que otra lágrima—. Quizá la vendió aquel mismo día. Creo recordar que la tenía durante el desayuno. Salió de casa para practicar un poco de ejercicio y tardó un poco en volver. Sin duda, fue entonces cuando acudió a ver al prestamista.
—¿Cuándo se dio cuenta de que la caja no estaba? —preguntó Elenora.
—No me di cuenta hasta que descubrí su cadáver, esa noche. Aquella tarde yo había ido a visitar a una amiga que estaba enferma. Cuando regresé mi marido ya estaba en casa y se había encerrado bajo llave en el laboratorio, como solía hacer siempre. Ni siquiera se molestó en salir para cenar.
—¿Esto era inusual? —preguntó Arthur.
—En absoluto. Cuando se enfrascaba en uno de sus experimentos, podía pasarse horas en el laboratorio. Sin embargo, antes de irme a la cama llamé a la puerta para recordarle que apagara las luces cuando subiera al dormitorio. Como no obtuve ninguna respuesta, me preocupé. Como ya he dicho, la puerta estaba cerrada con llave, de modo que tuve que ir a buscar una copia. Entonces fue cuando..., cuando yo...
La señora Glentworth se echó a llorar y se sonó la nariz.
—... cuando descubrió su cadáver —terminó Elenora con amabilidad.
—Así es. Tardé un tiempo en tranquilizarme y darme cuenta de que la caja de rapé no estaba. Entonces llegué a la conclusión de que debía de haberla vendido aquel mismo día. Sólo Dios sabe lo que hizo con el dinero, pues no estaba en sus bolsillos. Quizá decidió pagar a alguno de sus acreedores más apremiantes.
A continuación se produjo un breve silencio. Elenora intercambió otra mirada de complicidad con Arthur, pero ninguno de los dos dijo nada.
—De todos modos, nunca creí que se separaría de aquella caja —manifestó la señora Glentworth al cabo de un rato—. Se sentía muy unido a ella.
—¿Su marido estuvo solo en la casa aquella tarde, mientras usted visitaba a su amiga? —preguntó Arthur.
—Así es. Tenemos una criada, pero aquel día no estaba en casa. En realidad, ya no suele estar mucho por aquí. Hace tiempo que no le pagamos y sospecho que está buscando otro empleo.
—Comprendo —declaró Arthur.
La señora Glentworth miró a su alrededor con aire de resignación.
—Supongo que tendré que vender la casa. Es la única propiedad que poseo. Sólo espero que obtenga por ella el dinero suficiente para pagar a los acreedores de mi marido.
—¿Qué hará después de vender la casa? —preguntó Elenora.
—Me veré obligada a mudarme a la casa de mi hermana y su marido. Los detesto y ellos sienten lo mismo por mí. Además, no les sobra el dinero. Tendré una vida miserable, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?
—Yo le diré lo que puede hacer —declaró Elenora de una forma resuelta—. Puede usted vender la casa a St. Merryn. Él le dará más de lo que conseguiría si se la vendiera a cualquier otra persona. Además, le permitirá utilizarla durante el resto de su vida.
La señora Glentworth la miró con la boca abierta.
—¿Cómo dice? —Lanzó una mirada rápida e incrédula a Arthur—. ¿Por qué querría el señor conde comprar esta casa por más dinero del que vale?
—Porque hoy nos ha ayudado usted muchísimo y él se sentirá feliz al poder mostrarle su agradecimiento. —Elenora miró a Arthur y añadió—: ¿No es así, Arthur?
Arthur arqueó las cejas, pero sólo dijo:

—Desde luego.
La señora Glentworth miró a Arthur con aire inseguro.
—¿Comprará usted mi casa sólo porque he contestado a sus preguntas?
Él sonrió levemente.
—La verdad es que me siento muy agradecido, señora. Pero desearía hacerle una última pregunta.
—Sí, claro.
La esperanza y el alivio empezaron a iluminar la expresión demacrada de la señora Glentworth.
—¿Recuerda el nombre del otro amigo de su marido?
—Lord Treyford —respondió la señora Glentworth frunciendo un poco el ceño—. Nunca lo conocí, aunque, al principio, mi esposo lo mencionaba con frecuencia. Pero Treyford está muerto. Murió asesinado hace muchos años, cuando todavía era joven.
—¿Sabe alguna otra cosa de él? —insistió Arthur—. ¿Estaba casado? ¿Dejó alguna viuda con quien me pueda entrevistar? ¿Algún hijo, quizá?
La señora Glentworth reflexionó unos instantes y sacudió la cabeza.
—No lo creo. Hace mucho tiempo, mi marido mencionó en diversas ocasiones que Treyford estaba dedicado a sus investigaciones en cuerpo y alma y que no disponía de tiempo para las exigencias que suponían una esposa y una familia. —La señora Glentworth suspiró—. En realidad, creo que sentía envidia de Treyford porque éste no estaba sometido a este tipo de obligaciones.
—¿Hizo su marido algún otro comentario acerca de Treyford? —preguntó Arthur.
—Solía decir que lord Treyford era, con mucho, el más brillante de los tres. En una ocasión me comentó que, si Treyford hubiera vivido más años, lo habrían considerado el segundo Newton de Inglaterra.
—Comprendo —respondió Arthur.
—Se creían muy inteligentes, ¿sabe? —dijo la señora Glentworth apretando las manos con fuerza en su regazo. Parte de su rabia se reflejó, de nuevo, en su rostro—. Estaban convencidos de que cambiarían el mundo con sus experimentos y sus elevadas conversaciones sobre las ciencias. Sin embargo, ¿qué bien han aportado sus estudios sobre filosofía natural? Ninguno. Y, ahora, todos han fallecido, ¿no es así?
—Eso parece —respondió Elenora en voz baja.
Arthur dejó sobre la mesa su taza de té sin terminar.
—Ha sido usted de gran ayuda, señora Glentworth. Ahora, si nos disculpa, debemos irnos. Me encargaré de que mi administrador la visite de inmediato para resolver la cuestión de la casa y de sus acreedores.
—Salvo ella, claro —terminó la señora Glentworth con acritud—. Ella todavía está viva. Los ha sobrevivido a todos, ¿no es cierto?
Elenora no miró a Arthur, pero era consciente de que, como ella, se había quedado de piedra.
—¿Ella? —repitió Arthur con un tono inexpresivo.
—Siempre la consideré una especie de hechicera —añadió la señora Glentworth con voz grave y lúgubre—. Quizá les lanzó una maldición. No me extrañaría.
—No la comprendo —respondió Elenora—. ¿Había una mujer en el estrecho círculo de amistades que tenía su esposo antiguamente?
Otra ola de rabia cruzó el rostro de la señora Glentworth.
—La llamaban su Diosa de la Inspiración. Mi marido y sus amigos nunca se perdieron sus tertulias de los miércoles por la tarde. Cuando ella los llamaba, acudían de inmediato a su casa de la ciudad. Entonces bebían oporto y brandy y charlaban sobre filosofía natural como si fueran hombres sabios e importantes. Supongo que intentaban impresionarla.
—¿Quién es ella? —preguntó Arthur.

La señora Glentworth estaba tan inmersa en sus desagradables recuerdos que la pregunta la aturdió.
—¿Que quién es?, pues lady Wilmington, claro. Ellos eran sus esclavos devotos, pero ahora todos han muerto y ella es la única superviviente. Un giro extraño del destino, ¿no creen?

Poco tiempo después Arthur ayudó a Elenora a subir al carruaje. Su mente estaba ocupada con la información que la señora Glentworth acababa de proporcionarles. Sin embargo, esto no le impidió apreciar la elegante curva de la espalda de Elenora cuando ella se inclinó para arremangarse las faldas antes de entrar en la cabina del vehículo.
—Has conseguido que esta visita me costara una buena cantidad de dinero —comentó él con suavidad mientras cerraba la portezuela y se sentaba frente a Elenora.
—Vamos, sabes muy bien que, aunque yo no hubiera estado allí, le habrías ofrecido ayuda a la señora Glentworth. Admítelo.
—No admito nada. —Arthur se apoyó en el respaldo y centró su atención en la conversación que acababan de mantener en la anticuada salita de la viuda Glentworth—. El hecho de que Glentworth falleciera por un accidente en su laboratorio sólo unas semanas después de que mi tío abuelo fuera asesinado podría significar que el asesino no ha golpeado dos, sino tres veces.
—Glentworth, tu tío abuelo e Ibbitts —dijo Elenora, y cruzó los brazos por debajo de su pecho como si hubiera sentido un escalofrío repentino—. Quizá la misteriosa lady Wilmington pueda contarnos algo importante. ¿La conoces?
—No, pero espero solucionar este detalle esta misma tarde, si es posible.
—Sí, claro, como has hecho con la señora Glentworth.
—Así es.
—Tu título y tu fortuna sin duda te proporcionan alguna que otra ventaja —comentó Elenora.
—Me abren puertas y me permiten formular preguntas. —Arthur se encogió de hombros y añadió—: Sin embargo, por desgracia no garantizan que las respuestas sean sinceras.
Y tampoco bastaban para conseguir a una mujer que estaba decidida a entrar en el mundo del comercio, mantener su independencia y vivir la vida según sus propias condiciones, pensó Arthur.

27

—¡Oh, sí, claro, recuerdo aquellas reuniones de los miércoles por la tarde como si hubiera celebrado la última la semana pasada! —Una expresión distante y casi melancólica ensombreció los ojos azules de lady Wilmington—. ¡Éramos todos tan jóvenes y apasionados en aquellos días! La ciencia era nuestra nueva alquimia y los que nos dedicábamos a desvelar sus secretos nos considerábamos los inventores de la era moderna.
Elenora bebió un sorbo de té de la taza de porcelana fina y, muy discretamente, examinó la elegante sala mientras escuchaba a Clare, o sea lady Wilmington, hablando del pasado. La situación allí era casi opuesta a la de la salita pobremente amueblada de la señora Glentworth, pensó Elenora. Resultaba evidente que lady Wilmington no tenía problemas financieros.

La sala estaba decorada al estilo oriental que se había puesto de moda hacía algunos años y conservaba la suntuosidad y la sensualidad del diseño original. El exótico estampado floral de color azul oscuro y dorado de las paredes, la alfombra de diseño intrincado y el mobiliario, de un estilo ampuloso y recargado, estaban complementados con varios espejos de hermosos marcos. Era una habitación diseñada para atraer los sentidos.

A Elenora no le costaba imaginarse a su adinerada anfitriona rodeada de sus admiradores en aquel entorno. Lady Wilmington debía de tener cerca de setenta años, pero vestía a la moda y con ropa cara. Su vestido, de color bronce y de cintura alta, parecía diseñado para llevarse en aquella esplendorosa habitación. El fino perfil de los pómulos de su rostro y de los huesos de sus hombros delataba que, antiguamente, había sido una gran belleza. En la actualidad tenía el cabello plateado, pero el recogido que llevaba, aunque quizá con algún postizo, no estaba en absoluto pasado de moda y era muy elaborado.

Elenora sabía, por experiencia, que cuanto mayor se hacía una mujer más joyas se ponía y lady Wilmington no constituía una excepción a esta regla. De sus orejas colgaban unos pendientes de perlas y en sus dedos y sus muñecas brillaba un surtido de diamantes, rubíes y esmeraldas.

Sin embargo, lo que realmente llamó la atención de Elenora fue el medallón de oro que colgaba de su cuello. A diferencia de los anillos, era muy sencillo. Parecía un recuerdo muy personal. Quizá contenía un retrato en miniatura de uno de sus hijos o de su esposo fallecido.

Arthur se dirigió a la ventana más cercana y se quedó contemplando los jardines perfectamente cuidados como si estuviera fascinado por lo que veía.

—Entonces, ¿recuerda usted a mi tío abuelo, a Glentworth y a Treyford? —preguntó Arthur.

—Desde luego. —Lady Wilmington rozó con los dedos de una mano el medallón de oro—. Los tres se dedicaban las ciencias. Vivían para sus experimentos de la misma forma que los pintores o los escultores viven para su arte. —Lady Wilmington bajó la mano y sonrió con tristeza—. Pero ahora todos han fallecido. El último ha sido Glentworth y tengo entendido que su tío abuelo fue asesinado por un ladrón hace unas semanas. Reciba mis condolencias, señor.

—Yo no creo que fuera asesinado por un ladrón común que sorprendió robando en su domicilio —explicó Arthur llanamente—. Estoy convencido de que lo mató alguien que está relacionado con los viejos tiempos en los que los caballeros de la Sociedad de las Piedras frecuentaban sus tertulias de los miércoles.

Arthur todavía parecía estar concentrado en la vista del exterior. Elenora, en cambio, no había dejado de observar a su anfitriona con atención y percibió el ligero temblor que sacudió los hombros de lady Wilmington cuando Arthur le dio a conocer su conclusión. Una vez más, los dedos de lady Wilmington acariciaron el medallón.

—Imposible —respondió lady Wilmington—. ¿Cómo puede ser?

—Todavía no tengo la respuesta a esta pregunta, pero estoy decidido a encontrarla. —Arthur se volvió con lentitud para mirarla—. Mi tío abuelo no es la única víctima de este criminal. Creo que la muerte de Glentworth tampoco fue un accidente y estoy convencido de que el mismo hombre que los asesinó a los dos también mató a mi antiguo mayordomo.

—¡Santo cielo! —exclamó lady Wilmington con voz temblorosa. Su taza de té vibró cuando la dejó sobre el platillo—. No sé qué decir. Todo esto es tan... increíble. ¿Y dice que su mayordomo también ha sido asesinado? Pero ¿por qué querría alguien hacer algo así?

—Para hacerlo callar después de haberle sonsacado información.

Lady Wilmington sacudió la cabeza una vez como si quisiera aclarar sus ideas.

—¿Información sobre qué? —preguntó.

—Sobre mis investigaciones acerca del asesinato de George Lancaster, por supuesto. El asesino sabe que lo busco y quería averiguar qué había descubierto. —Arthur apretó la mandíbula y añadió—: Lo cual no es mucho y, desde luego, no vale la vida de un hombre.
—Desde luego.
Lady Wilmington se estremeció.
—Sin embargo, el asesino no piensa de una forma muy racional —continuó Arthur—. Creo que mató a mi tío abuelo y a Glentworth para conseguir las piedras rojas que estaban incrustadas en sus cajas de rapé.
Lady Wilmington frunció el ceño.
—Recuerdo con exactitud aquellas piedras tan extraordinarias. Eran fascinantes. Treyford creía que eran rubíes inusualmente oscuros, pero Glentworth y Lancaster sostenían que habían sido talladas en la antigüedad a partir de un tipo de cristal único.
—¿Vio usted en alguna ocasión el lapidario de mi tío abuelo? —preguntó Arthur—. El que trajo de Italia junto con las piedras.
—Sí, claro. —Lady Wilmington suspiró con nostalgia—. ¿Qué ocurre con él?
—Estoy convencido de que el asesino que estamos persiguiendo está loco y cree que puede construir el aparato infernal descrito en el Libro de las piedras —explicó Arthur.
Lady Wilmington lo miró fijamente: estaba tan sorprendida que se quedó, unos instantes, con la boca abierta.
—No puede ser —afirmó ella por fin con gran convicción—. Esta idea es totalmente absurda. En mi opinión, ni un loco se tomaría las instrucciones del viejo libro en serio.
Arthur le devolvió la mirada por encima del hombro.
—¿Los tres hombres hablaron de la máquina en alguna ocasión?
—Sí, claro. —Lady Wilmington recuperó el dominio de sí misma y su voz se tranquilizó—. El lapidario la denominaba El Rayo de Júpiter. Hablamos del aparato en varias ocasiones. De hecho, Treyford y los demás intentaron construirlo, pero al final llegaron a la conclusión de que nunca podría funcionar.
—¿Cómo llegaron a estar tan seguros de ello? —le preguntó Elenora.
Lady Wilmington se masajeó la sien con los dedos de una mano.
—No recuerdo todos los detalles. Tiene algo que ver con la dificultad de aplicar la energía de un fuego intenso en el núcleo de las piedras para despertar su energía latente. Al final, todos estuvieron de acuerdo en que esto no se podía conseguir.
—Sé con certeza que mi tío abuelo llegó a esta conclusión —comentó Arthur—. Pero ¿está usted convencida de que Glentworth y Treyford también lo hicieron?
—Sí. —Una expresión ausente brilló en los ojos de lady Wilmington. Una vez más, rozó el medallón fugazmente, como si buscara consuelo en él mientras contemplaba el pasado—. Verá, en aquellos días era habitual que algunas de las personas que se dedicaban al estudio de la ciencia y las matemáticas coquetearan con lo oculto. En la actualidad, las ciencias ocultas continúan fascinando a las mentes más educadas de algunos círculos. Y, sin duda, también será así en el futuro.
Elenora la observó con atención y comentó:
—Se dice que el mismo Newton se sentía fascinado por las ciencias ocultas y que dedicó muchos años a estudiar en profundidad la alquimia.
—Así es —afirmó lady Wilmington con firmeza—. Y si una mente tan brillante se vio seducida por lo oculto, ¿quién podría culpar a un mero mortal por caer presa de unos misterios tan intrigantes?
—¿Cree usted que Glentworth o quizá Treyford continuaron secretamente aquellos experimentos después de que los tres decidieran abandonar la alquimia? —preguntó Arthur.

Lady Wilmington parpadeó y enderezó los hombros. Cuando se volvió para mirar a Arthur, era evidente que acababa de regresar del pasado.
—No puedo imaginar algo así ni por un instante. Después de todo, eran hombres modernos, educados y de una gran inteligencia. ¡Santo cielo, no eran unos alquimistas!
—Si usted me lo permite, tengo una pregunta más —declaró Arthur.
—¿De qué se trata?
—¿Está segura de que lord Treyford falleció en la explosión que tuvo lugar hace unos años en su laboratorio?
Lady Wilmington cerró los ojos y acarició el medallón.
—Sí —susurró—. Sin duda, Treyford está muerto. Yo misma vi el cadáver. Igual que su tío abuelo. Supongo que no creerán que el asesino que buscan es un anciano...
—No, en absoluto —respondió Elenora—. Estamos seguros de que buscamos a un hombre joven, un hombre que está, de hecho, en la flor de la vida.
—¿Cómo lo saben? —preguntó lady Wilmington.
—Porque el asesino tuvo el valor de bailar conmigo después de matar a Ibbitts —respondió Elenora.
Lady Wilmington pareció aturdida.
—¿Bailó usted con el asesino? ¿Cómo sabe que se trataba de él? ¿Puede describirlo?
—Por desgracia, no —admitió Elenora—. Bailamos en una fiesta de disfraces y no llegué a verle el rostro. Pero su dominó estaba rasgado y creemos que ese desgarro se produjo durante la pelea que mantuvo con el mayordomo.
—Comprendo. —Lady Wilmington parecía preocupada—. Debo decir que todo esto es muy extraño.
—Así es —contestó Arthur. Miró el reloj—. Debemos irnos. Gracias por recibirnos, señora.
—Ha sido un placer. —Lady Wilmington inclinó la cabeza majestuosamente—. Les agradecería que me mantuvieran informada de sus progresos en relación con este asunto.
—De acuerdo. —Arthur sacó una tarjeta de su bolsillo y la dejó sobre una mesa—. Si se le ocurre algo que pudiera resultarme útil en mis investigaciones, le agradecería que me lo notificara de inmediato sea la hora que fuere y tanto si es de día como de noche, señora.
Lady Wilmington cogió la tarjeta.
—Desde luego.

Arthur no le dijo nada a Elenora hasta que estuvieron en el interior del carruaje. Él se arrellanó en el asiento y apoyó el brazo en el respaldo del mismo.
—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué opinas de lady Wilmington?
Elenora recordó la forma en que lady Wilmington había ido de vez en cuando acariciando el medallón a lo largo de la conversación.
—Creo que estaba muy enamorada de uno de los miembros de la Sociedad de las Piedras —respondió ella.
La expresión de Arthur se tensó debido a la sorpresa.
—Esto no es, con exactitud, lo que esperaba oír, pero resulta muy interesante. ¿De cuál de los tres crees que se enamoró?
—De lord Treyford, el que falleció en la flor de la vida. El que, tanto ella como los demás, consideraban el más brillante de los tres. Sospecho que lleva su retrato en el interior del medallón de oro.
Arthur se frotó la barbilla.

—No me he fijado en el medallón, pero sí me he dado cuenta de que me ha ocultado información. He realizado negocios con personas muy astutas y sé reconocer cuándo alguien me miente.
Elenora titubeó.
—Si nos ha mentido, sospecho que lo ha hecho porque está convencida de que era necesario.
—Quizás intenta proteger a alguien —comentó Arthur—. Sea lo que fuere, ahora estoy convencido de que debemos conseguir más información acerca de Treyford.

El asesino había bailado con la señorita Lodge. Debía de estar loco para tomarse aquella libertad tan osada.
“Loco.”
Lady Wilmington se estremeció después de tener aquel pensamiento. Permaneció sentada durante largo tiempo mientras, a la vez que acariciaba con los dedos el medallón, contemplaba la tarjeta del conde. Los recuerdos brotaron en su interior y nublaron su visión. ¡Santo cielo, aquello era mucho peor de lo que había creído!
Después de lo que le pareció una eternidad, lady Wilmington enderezó los hombros y se secó los ojos. El corazón se le rompía, pero ya no tenía otra elección. En lo más hondo, siempre supo que aquel momento llegaría y que tendría que hacer lo que se debía hacer.
A desgana, abrió el cajón del escritorio y sacó una hoja de papel. Enviaría el mensaje de inmediato. Si lo planeaba bien, la situación pronto estaría bajo control.
Cuando terminó de escribir la breve nota, algunas de las palabras estaban emborronadas por sus lágrimas.

28

St. Merryn había visitado a lady Wilmington.
El asesino apenas podía creer lo que acababa de ver. Trastornado, permaneció en las sombras de la entrada, a mitad de camino de la calle, y observó cómo el resplandeciente carruaje desaparecía por una esquina.
Imposible. ¿Cómo había logrado realizar aquella conexión? ¿Y tan deprisa?
Cuando el pilluelo a quien pagaba con el fin de que fuera su espía le informó de que St. Merryn y la señorita Lodge habían acudido a la casa de Glentworth, no se sorprendió en absoluto. Era inevitable que, tarde o temprano, el conde hablara con la viuda de Saturno. ¿Qué debió de contarle aquella vieja estúpida para que él fuera directo a la casa de los Wilmington?
De una forma desesperada, el asesino repasó sus planes mientras intentaba determinar si había cometido alguna equivocación. Sin embargo no encontró ningún error en su elaborada estrategia.
Entonces notó que empezaba a sudar copiosamente. La visión del carruaje de St. Merryn aparcado frente a la casa de lady Wilmington constituyó el primer indicio de que el divertido juego de ingenio que estaba practicando con su oponente había tomado un giro un tanto desagradable e inesperado.
Ya era suficiente. No quería arriesgarse a recibir más sorpresas. Ahora tenía todo lo que necesitaba para completar el aparato. Había llegado el momento de terminar aquel experimento.
El asesino se alejó de la entrada de la casa y avanzó por la calle flanqueada de árboles mientras su mente lúcida trabajaba en su nueva estrategia.

29

Jeremy Clyde salió del burdel arrastrando los pies y no hizo caso alguno del montón de carruajes y cocheros que esperaban para ser alquilados. Necesitaba aire fresco. La cabeza le daba vueltas debido a la gran cantidad de vino que había consumido.
Clyde intentó pensar adónde iría a continuación. ¿A su club? ¿A una casa de juego? La otra opción era regresar a su casa junto a la bruja con la que no debería haberse casado. Pero eso era lo último que deseaba hacer. Ella lo estaría esperando con una interminable lista de preguntas y exigencias.
Él creyó que casándose con una mujer rica todos sus problemas se resolverían, pero su boda no había hecho más que alimentar su infelicidad. Nada había funcionado bien desde que Elenora perdió sus tierras y su herencia. Si su padrastro no hubiera sido tan estúpido...
“Si al menos...” A Jeremy le parecía que empleaba esas palabras cientos de veces todos los días.
No era justo. Ahí estaba él, atrapado en un matrimonio horrible en el que era víctima de los caprichos del mezquino padre de su esposa mientras que Elenora, en cambio, había caído de pie, como un gato. Además, ella iba a casarse con uno de los hombres más ricos y poderosos de la ciudad. ¿Cómo podía ser? No era justo.
Un hombre surgió de la oscuridad y se acercó a Jeremy. Él se detuvo con indecisión, pero cuando la luz de las lámparas de gas iluminó el abrigo fino y elegante y las botas brillantes del desconocido, se tranquilizó. Fuera quien fuere, sin duda se trataba de un caballero, no de un atracador.
—Buenas noches, Clyde —saludó el hombre con naturalidad.
—Disculpe —murmuró Jeremy—, ¿nos conocemos?
—Todavía no. —El desconocido hizo una reverencia burlona—. Permita usted que me presente. Me llamo Stone.
Sólo existía una explicación que justificar el aire de irónica familiaridad de Stone, pensó Jeremy amargamente.
—Supongo que la razón de que conozca mi nombre es que presenció mi caída en el parque la otra tarde o que le han hablado de ella. Por favor, ahórrese los comentarios.
Stone rió entre dientes y apoyó un brazo en uno de los hombros de Jeremy amigablemente.
—Admito que estaba presente en aquella desafortunada ocasión, pero su aprieto no me divirtió. En realidad, sentí una gran empatia por usted. Y también sé que, si hubiera estado en su lugar, estaría ansioso por vengarme del caballero que me causó aquella humillación.
—¡Bah! Tengo pocas posibilidades de conseguirlo.
—No esté tan seguro. Quizá yo pueda ayudarlo. Verá, he llevado a cabo una investigación acerca de St. Merryn. Encargué a un par de chicos que lo vigilaran de vez en cuando y, hace poco, entrevisté a su mayordomo, y le aseguro que era una verdadera fuente de información. Sé muchas cosas acerca del conde y de su inusual prometida, cosas que, según creo, usted encontrará en extremo interesantes.

30

Dos días más tarde, Elenora estaba con Margaret en el extremo de otra sala de baile abarrotada y caldeada. Era cerca de medianoche y había soportado varios bailes interminables con diligencia. Los pies le dolían y se sentía intranquila y ansiosa.
Claro que nada de todo esto habría tenido importancia si los bailes los hubiera realizado con Arthur. Sin embargo, la realidad era distinta. Arthur había estado fuera toda la noche; como la noche anterior, mientras llevaba a cabo sus indagaciones. Elenora deseó haberlo convencido de que la llevara con él, pero él le había explicado que no podía introducirla a escondidas en los clubes donde pensaba acudir para entrevistar a los caballeros de edad.
Los pensamientos de Elenora volvían, una y otra vez, a la conversación que habían mantenido con lady Wilmington. Por la tarde, se le ocurrió que habían olvidado formularle una pregunta muy importante.
Una joven guapa con una educada sonrisa congelada en el rostro pasó junto a ellas mientras bailaba con un caballero de mediana edad que parecía no poder retirar la vista de los hermosos senos de la muchacha.
—Debo decir que, cuanto más tiempo llevo representando mi papel —le dijo Elenora a Margaret discretamente—, mayor es el respeto que siento por el aguante y la entereza de las jóvenes a las que ponen en circulación en el mercado matrimonial. No sé cómo lo soportan.
—Han estado entrenándolas durante años —respondió Margaret con sequedad—. Después de todo, es mucho lo que está en juego. Ellas son conscientes de que su futuro, y en muchos casos el de sus familias, depende de esta breve temporada social.
Elenora sintió una oleada de comprensión y empatía.
—Esto es lo que te pasó a ti, ¿no? —le preguntó a Margaret.
—Cuando cumplí dieciocho años, mi familia estaba en una situación desesperada. Yo tenía que pensar en mis tres hermanas, mis dos hermanos, mi madre y mi abuela. Mi padre había fallecido y nos había dejado muy poco dinero. Nuestra única esperanza era acordar un matrimonio con alguien que dispusiera de una situación económica holgada. Mi abuela ahorró el dinero necesario para que pudiera acudir a la ciudad durante una temporada social. Conocí a Harold Lancaster durante el primer baile y, como es lógico, mi familia aceptó su oferta de inmediato.
—Entonces hiciste lo que tenías que hacer por tu familia.
—Él era un buen hombre —continuó Margaret con voz suave—. Y, con el tiempo, aprendí a quererlo. Lo peor era la diferencia de edad. Harold era veinticinco años mayor que yo. Como puedes imaginar, teníamos muy poco en común. Yo esperaba encontrar consuelo en nuestros hijos, pero no fuimos bendecidos con descendencia.
—¡Qué historia tan triste!
—Pero muy común. —Margaret señaló, con la cabeza, las parejas de la pista de baile y añadió—: Supongo que muchas historias similares se repetirán esta temporada.
—Sin duda.
Y el resultado sería un montón de matrimonios fríos y sin amor, pensó Elenora; se preguntó si, finalmente, Arthur se vería obligado a celebrar un matrimonio de ese tipo. En realidad, aunque no encontrara una mujer a la que pudiera amar con toda la pasión que albergaba en su interior, no tendría más remedio que casarse. Al final cumpliría con las obligaciones que le imponían su título y su familia sin tener en cuenta sus sentimientos.
—Debo decir que tienes razón respecto a este lugar —comentó Margaret abanicándose con frenesí—. Esta noche es un auténtico hervidero. Bennett tardará siglos en regresar con la limonada. Es probable que nos muramos de sed antes de su vuelta.

La multitud se separó un poco y Elenora vislumbró la peluca recargada, empolvada y pasada de moda que formaba parte del uniforme que vestían los criados de sus anfitriones.
—Allí hay un criado, cerca de la puerta —comentó ella mientras se ponía de puntillas para ver mejor—. Quizá podamos llamar su atención.
—¡Para lo que nos va a servir! —murmuró Margaret—. Antes de que consiga acercarse a nosotras le habrán vaciado la bandeja.
—Quédate aquí para que Bennett te encuentre cuando regrese. —Elenora se dio la vuelta para seguir al sirviente, al que ya casi había perdido de vista, y añadió—: Voy a ver si puedo alcanzarlo antes de que se le acabe la limonada.
—Procura que no te pisoteen.
—No te preocupes. Vuelvo enseguida.
Elenora murmuró unas cuantas disculpas amables mientras pasaba por en medio de un grupo de damas de mediana edad y se abrió camino tan deprisa como pudo hacia el lugar donde había visto al criado por última vez.
Cuando no había avanzado más que unos pasos, sintió el roce de unos dedos enguantados sobre la piel de su espalda desnuda, justo debajo de la zona más sensible de la nuca.
Un escalofrío helado recorrió su espina dorsal y, de repente, se quedó sin aliento.
Seguro que se había tratado de un roce accidental, se tranquilizó a sí misma, el tipo de roce que podía producirse con facilidad cuando había tantas personas juntas. O quizás uno de los caballeros había aprovechado la oportunidad que le ofrecía aquella aglomeración para tomarse algunas libertades.
En cualquier caso, no se trataba de nada personal.
Elenora tuvo que esforzarse para no gritar: lo que la intuición le decía era que el roce íntimo de aquellos dedos enguantados sobre su piel desnuda había sido, en realidad, algo muy personal.
“No puede ser”, pensó ella. No allí. No se atrevería. A pesar del calor, una sensación de terror frío le recorrió todo el cuerpo. Seguro que estaba equivocada.
Pero lo cierto era que, la última vez, el asesino se había acercado a ella en medio de una fiesta abarrotada de gente, recordó Elenora.
Lo único que tenía claro era que no debía mostrar ningún indicio de que sabía que él estaba cerca.
Elenora se esforzó por mantener la calma y se volvió lentamente sobre sus talones intentando que su movimiento pareciera casual. Desplegó el abanico con un golpe de muñeca y lo utilizó para airearse mientras escudriñaba la multitud.
Había varios caballeros cerca, pero ninguno lo estaba tanto como para haberla tocado.
Entonces vio al criado, pero no al que estaba siguiendo, sino a otro. Estaba de espaldas a ella y se alejaba con rapidez entre la multitud de invitados que charlaban y reían con animación. Lo único que Elenora pudo ver fue el cuello de su chaqueta verde y plateada y la parte trasera de la peluca rizada y empolvada que se vislumbraba debajo de su gorro. Sin embargo, había algo inquietante y familiar en su forma de moverse.
Elenora se zambulló en la muchedumbre intentando no perderle de vista.
—Disculpe... Perdone... Siento mucho lo de su limonada, señora... No pretendía pisarlo, señor... —masculló a las personas entre las que se abrió camino.
Al final, llegó a la periferia de la aglomeración y se detuvo. No había señal alguna del criado. Entonces se dio cuenta de que las puertas que daban al jardín, que permanecían abiertas, eran la única salida en aquel extremo de la sala.
Elenora se introdujo en las sombras del exterior. No estaba sola en la terraza. Allí había unas cuantas parejas que hablaban en voz baja, aunque nadie le prestó atención.
El criado no estaba a la vista.

Elenora cruzó la terraza y descendió los cinco escalones que conducían a los jardines, envueltos en la oscuridad de la noche, intentando parecer una invitada acalorada más que había decidido salir a tomar el aire nocturno.
Un círculo amplio de estatuas de mármol apareció delante de ella. Nada se movía en las sombras oscuras que había entre las figuras.
—Elenora.
Estaba tan tensa que casi gritó al oír que alguien decía su nombre de aquella forma tan inesperada.
Entonces se dio la vuelta y, a poca distancia de ella, vio a Jeremy Clyde.
—Hola, Jeremy. —Elenora cerró el abanico—. ¿Has visto pasar a un criado hace unos segundos?
—¿Por qué demonios habría de fijarme en un criado? —Jeremy frunció el ceño y se acercó a ella con rapidez—. Te he visto salir y te he seguido. Te estaba buscando. Tenemos que hablar.
—No tengo tiempo para charlas. —Elenora se arremangó un poco las faldas y se dirigió hacia el círculo de estatuas buscando alguna señal del criado desaparecido—. ¿Estás seguro de que no has visto a ningún criado? Vestía de librea y estoy convencida de que ha venido en esta dirección.
—Maldita sea, ¿quieres dejar de parlotear acerca del criado?
Jeremy corrió detrás de Elenora y la sujetó por el brazo.
Ella intentó liberarse con impaciencia, pero él no la soltó.
—¿Quieres soltarme? —Estaban fuera del alcance de la vista de las parejas que se encontraban en la terraza, pero Elenora sabía que durante la noche las voces se oían a gran distancia, de modo que habló en un susurro—. No quiero que me toques.
—Elenora, debes escucharme.
—Acabo de decírtelo, no tengo tiempo para charlas.
—Esta noche he venido aquí para verte. —Jeremy la sacudió un poco—. ¡Querida, lo sé todo!
Sobresaltada, Elenora se olvidó de la mano de Jeremy y lo miró a la cara.
—¿De qué me hablas?
Él miró con inquietud hacia la terraza y, al instante bajó la voz hasta que, en un susurro grave, le dijo:
—Sé que St. Merryn te ha contratado para que seas su amante.
Elenora, sorprendida, lo miró con fijeza.
—No tengo ni idea de lo que me dices.
—Te está utilizando, querida. No tiene ninguna intención de casarse contigo —gruñó Jeremy con indignación—. Es evidente que eres la única que ignora la verdad.
—Tonterías. No sé a qué te refieres ni deseo averiguarlo. Suéltame. Tengo que regresar al baile.
—Elenora, escúchame. Esta noche, tu nombre figura en todos los libros de apuestas de todos los clubs de St. James.
Elenora sintió un retortijón en el estómago.
—¿Cómo dices?
—Todos los caballeros de la ciudad están apostando acerca de lo que sucederá cuando St. Merryn se canse de ti.
—Es del dominio público que algunos caballeros apuestan sobre cualquier cosa para entretenerse —respondió ella con tirantez.
—Estamos hablando de tu reputación. Pronto estará por los suelos.
—¿Cuándo empezaste a preocuparte tanto por mi buen nombre?
—Maldita sea, Elenora, baja la voz. —Jeremy volvió a mirar a su alrededor con inquietud para asegurarse de que nadie los oía. A continuación se inclinó hacia ella y prosiguió—: Te recuerdo que soy un caballero, Elenora. A diferencia de St. Merryn, yo tuve la decencia de proteger tu reputación mientras estábamos comprometidos.

—Sí, tu galantería ya me dejó sin palabras en una ocasión.
Jeremy no pareció percibir el tono sarcástico de sus palabras.
—Además, St. Merryn te está utilizando. Tiene la intención de dejarte plantada después de haberte exhibido por toda la ciudad como su prometida durante unas semanas o unos meses: vas a ser víctima de la peor de las humillaciones. Cuando haya terminado contigo, estarás acabada.
—Por lo que dices, ya es demasiado tarde para mí, de modo que disfrutaré del proceso.
—¡Oh, mi querida Elenora, no es propio de ti hablar de esta forma! Yo puedo ayudarte.
—¿De verdad? —Elenora casi se divertía—. ¿Y cómo pretendes hacerlo?
—Te tomaré bajo mi protección. Ahora tengo el dinero suficiente. A diferencia de St. Merryn, yo actuaré con discreción. Conmigo no te verás obligada a enfrentarte al desdén de la sociedad. Te mantendré apartada de la vista de los demás de una forma segura. Por fin podremos ser felices juntos, amada mía, justo como tenía que ser.
La rabia recorrió el cuerpo de Elenora y, durante unos instantes, consideró la posibilidad de meterle el abanico a Jeremy por la oreja.
—Permíteme decirte —manifestó ella entre dientes— que la perspectiva de verme arruinada a causa de St. Merryn me resulta mucho más atractiva que convertirme en tu amante.
—Estás muy nerviosa —la tranquilizó él—. Y lo comprendo. Es obvio que tus pobres nervios han estado sometidos a una tensión extrema en los últimos tiempos. Sin embargo, cuando recapacites sobre lo que te he propuesto comprenderás que mi oferta es la mejor solución, pues te librará de la gran humillación que te espera en manos de St. Merryn.
—¡Suéltame!
—Sólo intento protegerte —insistió él.
Elenora sonrió con frialdad.
—La última cosa que deseo es estar bajo tu protección.
—¿Prefieres este mismo acuerdo pero con St. Merryn porque él es más rico que yo? ¿Qué bien te producirá su dinero cuando haya terminado contigo y te enfrentes al más absoluto y completo desastre? Nunca más podrás mostrarte en la buena sociedad. Tu futuro estará destruido.
—Tú no sabes nada acerca de mis planes sobre el futuro.
—Elenora, debes escucharme. Quizás así comprendas lo desesperada que es tu situación. Acabo de llegar de uno de mis clubs y he visto las anotaciones en el libro con mis propios ojos. Esta misma noche, el joven Geddings ha apostado dos mil libras a que St. Merryn te despedirá hacia finales de la temporada. Su apuesta es sólo una entre muchas. Y algunas de las cifras son bastante abultadas.
—Nunca deja de sorprenderme que tantos hombres con educación actúen como unos estúpidos.
—Todos apuestan a favor de que vuestro compromiso constituye una farsa. La única variación en las apuestas está relacionada con la fecha exacta en la que te abandonará. La mayoría apuesta por el final de la temporada y unos cuantos creen que te mantendrá en su cama a lo largo de todo el verano porque le conviene.
En cierto sentido, Arthur la dejaría de lado cuando aquel asunto terminara, pensó ella con desánimo. Lo cierto era que le resultaba en extremo irritante saber que muchos caballeros de la alta sociedad sacarían un copioso beneficio gracias a las apuestas sobre su futuro. No era justo.
En aquel momento, una idea excepcional la golpeó con la misma intensidad que un rayo.
“Yo sé, con exactitud, cuándo terminará este asunto.”

Ella podía vislumbrar su futuro de soledad con mucha más claridad que ninguno de los caballeros de los clubes. Además, cuando Arthur atrapara al asesino, ella podría determinar con exactitud la fecha en que terminaría su relación.
Aquel pensamiento era muy depresivo, pero Elenora no podía ignorar las implicaciones económicas. Ella era la única persona, aparte de Arthur, claro, que podía apostar con certeza sobre cuándo terminaría su relación.
No sería una cuestión sencilla, reflexionó Elenora. Dio unos golpecitos en la palma de su mano con el abanico cerrado mientras pensaba con rapidez. Existían uno o dos obstáculos que tendría que resolver. Después de todo, una dama no podía entrar en un club de caballeros y realizar una apuesta. Necesitaba la ayuda de alguien en quien pudiera confiar para que presentara su apuesta en su nombre.
—¿Elenora? —Jeremy la sacudió ligeramente—. ¿Me has oído? Mientras hablamos, las apuestas se están realizando por toda la ciudad. ¿Dónde está tu orgullo? No puedes permitir que St. Merryn te trate de una forma tan despreciable.
“Domínate”, pensó Elenora.
Se suponía que estaba representando un papel.
—Tonterías, Jeremy. —A continuación levantó la barbilla—. No puedo creer que St. Merryn sea tan cruel como para dejarme de lado. ¿Por qué todo el mundo cree que él haría una cosa así?
Aquella pregunta era, en realidad, muy acertada, pensó Elenora. ¿Qué había provocado la explosión súbita de apuestas aquella noche?
—Se dice que te contrató en una agencia —le contó Jeremy.
Al oírlo, Elenora se relajó.
—¡Por todos los santos, Jeremy! Esta tontería acerca de que me contrató en una agencia constituye una broma que se comenta desde el principio. Todo el mundo lo sabe. ¿Acaso no tienes sentido del humor?
Jeremy bizqueó un poco.
—Hasta esta noche, yo y todo el mundo creíamos que esta historia era un reflejo del excéntrico sentido del humor de St. Merryn. Mas ahora se rumorea que es verdad, que es cierto que él contrató tus servicios a través de una agencia que suministra damas de compañía.
—¿Por qué habría de hacer algo así? Con su dinero y su título podría elegir una prometida entre las jóvenes de la aristocracia.
—¿No lo comprendes? Según se dice, acudió a una agencia para contratar a una dama de compañía sin recursos precisamente porque no tiene intención de casarse. St. Merryn sólo quería divertirse con una amante que pudiera tener a mano bajo su propio techo y exhibirla en sociedad. No es más que otra de sus estratagemas infames. St. Merryn es conocido por sus astutos planes.
—Bueno, si esto fuera verdad sin duda éste sería uno de sus planes más brillantes —comentó ella con ligereza—, porque yo estoy convencida de que tiene la intención de casarse conmigo.
No estaba de más reafirmar la idea de que ella creía que las intenciones de St. Merryn eran honestas, pensó Elenora. Podía ayudar a elevar las apuestas.
—Querida mía, no tienes que disimular delante de mí —dijo Jeremy sujetándola con más fuerza—. Ya te lo he dicho, ahora lo sé todo. Es cierto que St. Merryn te contrató en una agencia. No lo niegues.
—¡Tonterías!
—Para ser exactos en Goodhew & Willis.
¡Santo cielo! ¡Jeremy conocía el nombre de la agencia! Que ella supiera, aquélla era la primera vez que alguien relacionaba la supuesta broma con la agencia Goodhew & Willis.
Elenora tragó saliva con dificultad mientras intentaba que él no notara que aquella noticia la había trastornado. Tenía que averiguar cómo sabía él el nombre de la agencia.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, Jeremy. —A Elenora le costó un gran esfuerzo mantener la voz tranquila y despreocupada, pero lo consiguió—. ¿Dónde has oído ese nombre tan extraño?
—¡Oh, mi pobre criatura! Ahora veo que crees realmente que St. Merryn pretende casarse contigo. —Jeremy le apretujó el brazo—. Cuéntame, ¿qué promesas te ha hecho? ¿Qué mentiras te ha contado?
—A diferencia de ti, Jeremy, St. Merryn siempre ha sido honesto y sincero conmigo.
Los dedos de Jeremy apretaron con fuerza el brazo de Elenora.
—¿Quieres decir que, en realidad, accediste a su estratagema? No puedo creer que te hayas hundido en tales pozos de depravación. ¿Qué le ha ocurrido a mi dulce e inocente Elenora?
—La dulce e inocente Elenora está a punto de convertirse en mi esposa. —Arthur surgió de las sombras de un arbusto y añadió—: Y si no la suelta de inmediato, perderé la poca paciencia que me queda con usted, Clyde.
—¡St. Merryn! —Jeremy soltó el brazo de Elenora a una velocidad astronómica, y se apartó de ella con cautela mientras Arthur se ponía al lado de Elenora—. ¿Cómo se ha atrevido, señor?
—¿Cómo me he atrevido a pedirle a la señorita Lodge que sea mi esposa? —Arthur cogió a Elenora por el brazo—. Probablemente porque creo que es una buena idea. Aunque esto no es asunto suyo.
Jeremy se estremeció, pero permaneció firme en su postura.
—¿No le da vergüenza, señor? —preguntó.
—Esto resulta casi divertido si tenemos en cuenta que la pregunta procede de un hombre que abandonó a Elenora para casarse con otra mujer.
—Esto no es lo que ocurrió —replicó Jeremy con tensión.
—En realidad —contestó Elenora—, esto es exactamente lo que ocurrió.
—Me malinterpretaste, querida —insistió Jeremy.
—No lo creo.
—Lo cierto es que no te pedí que hicieras algo tan espantoso como simular ante el mundo que eras mi prometida. —Jeremy miró a Arthur con furia—. ¿Cómo justifica el hecho de haber utilizado a la señorita Lodge de esta manera, señor?
—¿Sabe una cosa, Clyde? —contestó Arthur con una voz suave y peligrosa—. La verdad es que lo encuentro muy irritante.
Elenora, alarmada por el tono de su voz, se colocó con presteza entre los dos hombres.
—Ya está bien, Arthur, tenemos asuntos más importantes que atender esta noche.
Él la miró.
—¿Estás segura? —preguntó Arthur—. Esto empezaba a resultar interesante.
—Jeremy sabe lo de Goodhew & Willis —comentó ella intencionadamente.
Elenora notó entonces que la mano de Arthur le apretaba más el brazo, el mismo por el que la había sujetado Jeremy. Al ritmo en que los hombres apretujaban esa noche aquella parte de su anatomía, por la mañana tendría un morado, pensó Elenora.
Arthur no apartó la vista de Jeremy.
—¿De verdad?
—Es del dominio público que usted la contrató en esta agencia —farfulló Jeremy.
—Ya sé que corre el rumor de que cumplí mi promesa de elegir una esposa en una agencia de damas de compañía —confirmó Arthur—. Sin embargo, el nombre de la agencia no es del dominio público. ¿Dónde lo oyó?
—La verdad, señor, es que no tengo por qué darle explicaciones...
Jeremy se interrumpió de repente cuando Arthur, sin una advertencia previa, soltó a Elenora, agarró las solapas del caro abrigo de Jeremy y lo empujó con fuerza contra la parte trasera de un dios de mármol.
—¿Quién le ha dado el nombre de Goodhew & Willis, Clyde? —preguntó, de nuevo, Arthur con un tono de voz todavía más suave que el que había utilizado antes.

Jeremy jadeó, pero logró expresar una débil protesta:
—Suélteme, señor.
—La verdad es que me inclino más a retarlo por extender rumores maliciosos acerca de mi prometida, como le advertí en una ocasión.
La expresión de Jeremy a la luz de la luna reflejaba auténtico horror.
—No habla usted en serio, señor. Todo el mundo sabe que ni siquiera se preocupó en retar al hombre que huyó con su auténtica prometida, de modo que es poco probable que arriesgue el cuello en un duelo por una mujer que sólo es para usted una conveniencia.

—Clyde, usted y todo el mundo saben muy poco acerca de mí y de lo que puedo hacer. Dígame dónde ha oído el nombre de Goodhew & Willis ahora mismo o mis padrinos lo citarán antes de una hora.
El orgullo de Jeremy se derrumbó.
—Está bien —respondió mientras intentaba conservar algo de dignidad—. Supongo que no existe ninguna razón para no decirle dónde oí hablar acerca de sus verdaderas intenciones en relación con la señorita Lodge.
—¿Dónde lo oyó? —volvió a preguntar Arthur.
—En el Green Lyon.
Elenora frunció el ceño.
—¿Qué es el Green Lyon?
—Es un garito que se encuentra cerca de St. James —respondió Arthur sin dejar de mirar a Jeremy—. ¿Por qué decidió ir a aquel lugar, Clyde? ¿O es que se trata de uno de sus antros favoritos?
—No me insulte. —Jeremy se enderezó y explicó—: Se me ocurrió ir allí ayer por la noche porque estaba aburrido y alguien me sugirió que podría resultar divertido.
—¿Fue allí ayer por la noche por casualidad y, por casualidad, se encontró a alguien que le habló de la agencia Goodhew & Willis? No me lo creo. Inténtelo de nuevo.
—¡Es la verdad, maldita sea! No me encontraba muy bien y un hombre me sugirió que fuéramos al Green Lyon. Nos desplazamos allí juntos y jugamos durante cerca de una hora. En algún momento, a lo largo de la noche, él mencionó los rumores acerca de Goodhew & Willis.
—¿Este hombre es un amigo suyo? —preguntó Arthur sin alterarse.
—No es un amigo, es un conocido. No lo había visto nunca antes de ayer por la noche.
—¿Dónde lo conoció?
Jeremy lanzó una mirada rápida a Elenora y apartó la vista de ella con igual rapidez.
—En el exterior de un establecimiento que hay en Orchid Street —susurró.
—Orchid Street... —Arthur hizo una mueca burlona—. Sí, claro, ésa es la dirección de un burdel que regenta una vieja alcahueta que se hace llamar señora Flowers.
—¿Frecuentas los burdeles, Jeremy? ¡Qué noticia tan decepcionante! ¿Lo sabe tu esposa? —dijo Elenora con sarcasmo.
—Estaba en Orchid Street por una cuestión de negocios —masculló Jeremy—. No tenía ni idea de que hubiera un burdel allí.
—No importa —replicó Arthur—. Cuénteme algo más acerca del hombre que se presentó a usted ayer por la noche y le sugirió ir al Green Lyon.
Jeremy intentó encogerse de hombros, pero sólo lo consiguió de una forma parcial porque Arthur todavía lo sujetaba por el abrigo.
—No hay mucho que contar. Creo que me dijo que su nombre era Stone o Stoner o algo parecido. Me dio la impresión de que conocía bien el Green Lyon.
—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Elenora.
Las facciones de Jeremy se contrajeron debido a la extrañeza.
—¿Qué demonios importa esto?
Arthur empujó con más fuerza a Jeremy contra la espalda de la estatua.

—Responda su pregunta, Clyde.
—Maldita sea, no recuerdo nada especial sobre su aspecto. Para que lo sepan, cuando lo conocí ya me había bebido varias botellas de burdeos.
—¿Estabas borracho? —preguntó Elenora con sorpresa. Durante el tiempo que la estuvo cortejando, no notó que le gustara la bebida—. No hay nada peor que un borracho. Tu pobre esposa tiene todas mis simpatías.
—Tengo una buena razón para querer olvidar mis problemas —gruñó Jeremy—. Mi matrimonio no podría definirse como un enlace de amor, sino más bien como un verdadero infierno. Antes de que nos casáramos, mi suegro dejó entrever que entregaría una buena dote a mi esposa pero, después, incumplió su palabra. En la actualidad, controla nuestros ingresos y me obliga a bailar a su son. Estoy atrapado, atrapado de verdad.
—Sus problemas matrimoniales no nos conciernen —respondió Arthur—. Describa al hombre que conoció en Orchid Street.
Jeremy realizó una mueca.
—Era, más o menos, de mi estatura y tenía el cabello castaño. —Jeremy se rascó la frente y añadió—: Al menos eso creo.
—¿Era gordo? —le apremió Arthur—. ¿Delgado?
—No era gordo. —Jeremy titubeó—. Parecía estar muy en forma.
—¿Sus facciones eran inusuales en algún aspecto? —preguntó Elenora—. ¿Tenía alguna cicatriz?
Jeremy arrugó el entrecejo.
—No recuerdo ninguna cicatriz. En cuanto a su aspecto, parecía el tipo de hombre que las mujeres encuentran atractivo.
—¿Cómo iba vestido? —preguntó Arthur.
—Con ropa cara —respondió Jeremy sin titubear—. Recuerdo que le pregunté el nombre de su sastre, pero él respondió con una broma y cambió de tema.
—¿Y qué hay de sus manos? —preguntó Elenora—. ¿Puedes describirlas?
—¿Sus manos? —Jeremy la miró como si le hubiera planteado un problema de matemáticas muy complejo—. No recuerdo nada inusual respecto a sus manos.
—Esto es inútil —dijo Arthur soltándole el abrigo—. Si recuerda usted algo que nos pueda resultar útil, hágamelo saber de inmediato.
Jeremy se arregló el abrigo y el fular con aire furioso.
—¿Por qué demonios debería hacer algo así?
La sonrisa de Arthur parecía tan fría como los círculos exteriores del infierno.
—Porque estamos convencidos de que su nuevo conocido ha asesinado, al menos, a tres hombres en las últimas semanas.
Jeremy realizó un sonido parecido al de un gorgoteo, pero no pronunció palabra.
En otras circunstancias, pensó Elenora, su estado le habría resultado muy divertido. En cualquier caso, no pudo disfrutar mucho tiempo de la expresión de horror de Jeremy, porque Arthur la condujo fuera del círculo de estatuas, de regreso a la sala de baile.
—En primer lugar, ¿qué demonios estabas haciendo aquí con Clyde? —gruñó Arthur.
—Creí que había visto a alguien que podía ser el asesino.
—¡Por todos los demonios! ¿Estaba aquí? —Arthur se detuvo tan en seco que Elenora tropezó con su bota, y si él no la hubiera estado sujetando habría acabado en el suelo—. ¿Estás segura?
—Eso creo, pero debo admitir que no estoy segura. —Elenora titubeó—. Me rozó la espalda, justo debajo de la nuca. Juraría que se trató de un roce deliberado. La sensación me dejó helada.
—¡Bastardo!
Arthur la atrajo hacia él y la rodeó con un brazo en un gesto posesivo.

Resultaba muy agradable sentirse apretujada contra su pecho de aquella manera, pensó Elenora. Le transmitía calidez, seguridad y confort.
—Arthur, puede que simplemente me lo haya imaginado —explicó ella con la cabeza enterrada en su abrigo—. Lo cierto es que, últimamente, he estado algo tensa. Debemos concentrarnos en lo que nos ha contado Jeremy.
—Sí.
Elenora levantó la cabeza con desgana y agregó:
—Muy pocas personas, aparte de tú y de mí, conocen el nombre de la agencia en la que me contrataste. De todas ellas, Ibbitts es la única que estaba dispuesta a dar voluntariamente esta información.
—Y lo más probable es que la persona a la que comunicó el nombre de la agencia sea la persona que lo mató. —Arthur soltó a Elenora y retomó el camino de regreso a las escaleras de la terraza—. Vamos, tenemos que darnos prisa.
—¿Adónde vamos?
—Tú te vas a casa. Yo voy a vigilar un rato el Green Lyon. Clyde ha dicho que su nuevo conocido parecía estar familiarizado con el club. Quizás esté allí esta noche.
—No, Arthur, esto no funcionará. Tengo que ir contigo.
—Elenora, no tengo tiempo de discutir.
—De acuerdo, pero no estás pensando de una forma lógica. Debo ir contigo para vigilar el club. Por muy pobre que sea mi testimonio, de momento soy la única persona que podría identificar al asesino.

31

Una hora más tarde, Elenora se arrebujó en el chal con el que se cubría los hombros y se arregló la manta que tenía sobre las rodillas. La noche no era muy fría, pero la humedad se hacía sentir cuando uno permanecía durante largo tiempo en el interior de un carruaje a oscuras.
—Debo decir que este asunto de la vigilancia no resulta tan emocionante como esperaba —comentó ella.
Arthur, envuelto en las sombras y sentado al otro lado del vehículo, no apartaba la vista de la entrada del Green Lyon.
—Recuerda que te lo advertí.
Ella decidió ignorar su comentario. Aquella noche, Arthur no estaba precisamente de buen humor. Claro que no podía culparlo por ello, pensó Elenora.
Los dos estaban sentados en un carruaje muy viejo que Jenks, siguiendo las órdenes de Arthur, había alquilado para aquella aventura. Elenora sabía perfectamente cuál había sido el razonamiento de Arthur: era muy probable que alguien reconociera su verdadero carruaje si permanecía aparcado durante mucho tiempo delante del Green Lyon. Por desgracia, a aquellas horas de la noche sólo quedaba un vehículo viejo en las caballerizas.
Enseguida les resultó obvio por qué nadie más lo había alquilado. Cuando estaba en movimiento, saltaba y traqueteaba de tal forma que resultaba muy incómodo. Además, aunque a primera vista parecía estar limpio, pronto descubrieron que los olores acumulados por años de descuidada utilización habían saturado los asientos acolchados.
Elenora ahogó un ligero suspiro y finalmente admitió para sus adentros que había esperado que el tiempo que pasaría con Arthur en el interior oscuro e íntimo del carruaje iba a ser placentero. Había imaginado que hablarían en voz baja durante una o dos horas mientras contemplaban cómo los caballeros entraban y salían del club.

Sin embargo, en cuanto ocuparon un lugar en la larga cola de vehículos que había en la calle, Arthur se sumió en uno de sus profundos silencios. Toda su atención estaba concentrada en la puerta del Green Lyon. Elenora sabía que estaba reorganizando su plan una vez más.
Elenora escudriñó la entrada del garito y se preguntó qué tenía aquel lugar para atraer regularmente oleadas de hombres. En su opinión, se trataba de un establecimiento muy poco atractivo. La única lámpara de gas que había en la entrada despedía una luz débil que apenas iluminaba los rostros de los clientes que entraban y salían del local.
La mayoría de los hombres que descendían de los coches o de los caballos que se detenían frente a las escaleras de la entrada estaban, sin duda, borrachos; reían a carcajadas y contaban historias subidas de tono a sus amigos. Algunos de ellos tenían, al entrar, una expresión expectante y febril.
La actitud de la mayoría de los que salían del club era, sin embargo, muy distinta. Algunos parecían realmente jubilosos, alardeaban de su suerte e indicaban a sus cocheros que los condujeran a otro centro de diversión. Sin embargo, un número mucho más numeroso descendía las escaleras con aire de abatimiento, enojo o melancolía profunda. Unos cuantos incluso parecían haber recibido la noticia del fallecimiento de un familiar. Elenora intuyó que eran los que habían perdido una casa o su herencia y se preguntó si alguno de ellos se dispararía en la sien antes del amanecer.
Elenora se estremeció de nuevo y Arthur se movió.
—¿Tienes frío? —le preguntó.
—En realidad, no. ¿Qué harás si no lo vemos esta noche?
—Lo volveré a intentar mañana por la noche. —Arthur alargó un brazo y lo apoyó en el respaldo de su asiento—. A no ser que reciba alguna otra información, por el momento ésta constituye la pista más significativa de la que dispongo.
—¿No te intriga que, entre todas las personas de la ciudad, el asesino decidiera revelar mi relación con Goodhew & Willis precisamente a Jeremy? No puede tratarse de una coincidencia.
—No. Estoy convencido de que intentaba perjudicarnos de algún modo al contarle a Clyde que era cierto que provenías de una agencia y que la historia que se rumorea no es una broma.
—¿De qué modo?
—No lo sé. Recuerda que el asesino todavía cree que no podemos identificarlo. Sin duda está convencido de que el secreto de su identidad lo mantiene a salvo.
Elenora se arrebujó en el chal.
—Espero poder identificarlo a esta distancia.
Se produjo otro silencio.
—¿Arthur? —preguntó Elenora.
—¿Sí?
—Hay algo que quería preguntarte.
Él no volvió la cabeza.
—¿De qué se trata?
—¿Cómo es que conocías el burdel que Jeremy mencionó?
Durante uno o dos segundos, Arthur no dio muestras de haber oído la pregunta. A continuación, Elenora lo vio sonreír en la oscuridad.
—Estos establecimientos tienen modos de darse a conocer —respondió él—. Los hombres rumorean acerca de ellos, Elenora.
—No me sorprende.
Él la miró sin dejar de sonreír.
—Lo que quieres saber en realidad es si he visitado ese burdel.
Elenora levantó la barbilla y fijó la mirada en la entrada del Green Lyon.
—No tengo ningún interés en este aspecto de tu vida personal.

—Desde luego que lo tienes, y la respuesta es no.
—Ya. —Durante unos instantes Elenora se animó, pero entonces se acordó de la otra cuestión de la vida privada de Arthur que la había estado inquietando desde el principio de aquella aventura y su elevado estado de ánimo decayó un poco—. Bueno, supongo que nunca has necesitado los servicios de una institución de este tipo...
—En este momento no hay ninguna otra mujer en mi vida, Elenora —comentó Arthur con voz suave—. En realidad, hace tiempo que no hay una mujer en mi vida. ¿Es esto lo que querías saber?
—No es asunto mío.
—Sí que lo es, querida —contestó él en voz baja—. Después de todo, tenemos una relación íntima. Tienes todo el derecho del mundo a saber si estoy unido a otra mujer desde un punto de vista romántico. —Arthur se interrumpió unos instantes—. Del mismo modo que yo espero que me cuentes de inmediato si decides tener este tipo de unión con otro hombre.
Algo, en el tono de su voz, hizo que el vello de la nuca de Elenora se erizara. Arthur acababa de dejar claro que no pensaba compartir el afecto de ella.
—Sabes mejor que nadie que no hay ningún otro hombre en mi vida —declaró ella con calma.
—Espero que la situación siga así mientras tú y yo tengamos una relación.
Elenora carraspeó.
—Yo espero la misma lealtad por tu parte.
—La tendrás —respondió él simplemente.
A continuación Arthur volvió a fijar su atención en la puerta del Green Lyon mientras Elenora analizaba en silencio la mezcla de satisfacción y nostalgia que crecía en su interior. Tendría a Arthur para ella durante el tiempo que estuvieran involucrados en aquella extraña aventura, pensó Elenora. Sin embargo, este pensamiento no hizo más que aumentar su conciencia de lo doloroso que le resultaría separarse de él.
Elenora realizaba grandes esfuerzos para mantener sus pensamientos centrados en el futuro y en todos sus maravillosos planes, pero cada vez le resultaba más difícil imaginar su vida sin Arthur.
“¡Santo cielo, me he enamorado de él!”
Aquel convencimiento la llenó de una euforia que, casi de inmediato, se transformó en terror. ¿Cómo había permitido que ocurriera? Aquello constituía un error de proporciones enormes.
—¡Por todos los demonios...! —De pronto, Arthur enderezó la espalda y se inclinó hacia la ventanilla del carruaje—. ¿Qué es esto?
El tono apremiante de su voz arrancó a Elenora de sus taciturnos pensamientos y la empujó a inclinarse también hacia delante.
—¿Qué ocurre? —preguntó.
Arthur sacudió la cabeza sin separar la vista de la escena que tenía lugar en las escaleras de la entrada del club.
—Es extraño, pero no puede tratarse de una casualidad. Echa una ojeada. ¿Podría ser ése el hombre que bailó contigo la noche que Ibbitts fue asesinado, el hombre que te ha tocado esta noche?
Elenora siguió la mirada de Arthur y vio que un hombre atractivo de veintipocos años se alejaba con determinación de la entrada del Green Lyon. A la luz de la lámpara de gas, su cabello parecía de color castaño claro. Además, el desconocido era delgado y se movía con ligereza.
El pulso de Elenora empezó a palpitar con fuerza en sus muñecas y la boca se le secó. ¿Acaso estaba mirando al asesino? ¿Era aquél el hombre que la había tocado tan íntimamente aquella misma noche y la de la muerte de Ibbitts? A aquella distancia, no podía estar segura.

—Parece que tiene la estatura correcta —titubeó ella—. Y, por lo que veo, tiene los dedos largos, pero desde aquí no veo si lleva un anillo.
—Calza unas Hessians.
—Sí, pero como señalaste en una ocasión, a muchos caballeros les gustan este tipo de botas —advirtió Elenora retorciéndose las manos sobre el regazo—. Arthur, lo siento, pero a esta distancia no puedo estar segura. Tengo que acercarme a él.
—¡No ha subido a ninguno de los carruajes!
Elenora vio que el hombre de las Hessians torcía a un lado al llegar al final de las escaleras, encendía el farolillo que llevaba en una mano y caminaba a lo largo de la oscura calle. Estaba solo.
—Quédate aquí en el carruaje, Jenks te vigilará —dijo Arthur antes de abrir la portezuela y saltar al pavimento—. Voy a seguir a ese hombre.
Elenora se inclinó hacia delante con ansiedad.
—¡No, no debes ir solo! Arthur, por favor, quizá sea justamente esto lo que el asesino quiere que hagas.
—Sólo quiero ver adónde va. No permitiré que me vea.
—Arthur...
—Siento una gran curiosidad por descubrir qué asunto lo ha traído a este vecindario tan cercano al Green Lyon.
—Esto no me gusta. ¡Por favor, llévate a Jenks!
Arthur volvió la cabeza hacia la luz cada vez más tenue que transportaba su presa.
—Ya me resultará bastante difícil evitar que me vea si voy solo. Si lo siguiéramos dos hombres, seguro que se daría cuenta.
Arthur hizo ademán de cerrar la portezuela del carruaje.
—Espera —susurró ella—. Has reconocido al hombre del farol, ¿no es cierto?
—Se trata de Roland Burnley, el hombre que huyó con Juliana.
Arthur cerró la portezuela antes de que Elenora pudiera recuperarse de la sorpresa.

32

La débil luz que emanaba de los farolillos de los carruajes y de la lámpara de gas de la puerta del Green Lyon se desvaneció con rapidez a espaldas de Arthur. Aceleró el paso para no perder de vista la lámpara de Roland. Tenía que concentrarse en apoyarse únicamente en las puntas de los pies para que los talones de sus botas no produjeran ningún ruido en las losas del pavimento.
Roland, por su parte, no realizaba ningún esfuerzo para caminar con sigilo. Sus pasos eran rápidos y seguros, los pasos de un hombre que sabía adónde se dirigía.
La estrecha y sinuosa calle estaba flanqueada por tiendecillas que estaban cerradas a esas horas y, además, ninguna de las habitaciones que había encima de aquellos negocios estaba iluminada. A la luz del día, no se trataba de un vecindario especialmente peligroso, pero a aquellas horas sólo un loco pasearía por aquel barrio sin compañía.
¿Qué había guiado a Roland hasta allí?
Unos minutos más tarde, su perseguido se detuvo delante de un portal que estaba a oscuras. Arthur se escondió en otro portal, desde donde vio a Roland entrando en un vestíbulo pequeño y angosto. La luz del farolillo que transportaba brilló un momento y desapareció por completo cuando el joven cerró la puerta del edificio.
Arthur pensó que quizá Roland había acudido allí a visitar a una mujer. No sería nada extraño. Tener una amante era algo habitual entre los caballeros, incluso entre los que hacía poco que se habían casado. Sin embargo, este lujo resultaba caro y, a decir de todos, las finanzas de Burnley estaban por los suelos.

Arthur examinó las ventanas de las habitaciones que había encima del portal en el que Roland acababa de entrar, pero no percibió ninguna luz. Roland debía de haberse dirigido a una vivienda situada en la parte trasera del edificio.
Arthur llegó a la conclusión de que no averiguaría nada si seguía escondido en aquel portal, así que encendió su propio farol, bajó la intensidad de la luz al mínimo y salió de las sombras. Después cruzó la estrecha calle y giró el pomo de la puerta por la que Roland había desaparecido.
La puerta se abrió con facilidad.
La tenue luz de su farol iluminó unas escaleras que conducían a la planta superior. Arthur sacó la pistola que llevaba en el bolsillo del abrigo.
Subió los escalones con cautela, escudriñando las sombras en busca de alguna forma sospechosa, pero nada se movió en la oscuridad.
Cuando llegó al final de las escaleras, descubrió un pasillo a oscuras. Había dos puertas y una línea delgada de luz asomaba por debajo de una de ellas.
Arthur dejó su farol en el rellano para que su débil resplandor iluminara el suelo y no perfilara con claridad su figura. No tenía ningún sentido que se convirtiera en un blanco perfecto, pensó.
A continuación se dirigió a la puerta con luz e intentó girar el pomo con la mano izquierda. Éste cedió con facilidad. Hiciera lo que hiciese en aquel lugar, Roland no parecía muy preocupado por si alguien lo atracaba. Claro que quizá no pretendía permanecer allí mucho tiempo y deseaba poder salir con rapidez sin tener que buscar la llave.
Arthur escuchó con atención durante unos instantes. No se oía ninguna conversación, sólo los movimientos de una persona, que debía de ser Roland.
Alguien abrió y cerró un cajón. Unos segundos más tarde se oyó un crujido. ¿Eran las bisagras oxidadas de un armario?
Arthur oyó un chirrido largo y aprovechó el sonido para abrir la puerta. Al otro lado había una habitación pequeña amueblada con una cama, un armario y un lavamanos viejo. Roland estaba acuclillado sobre el suelo de madera y buscaba algo debajo de la cama. Era evidente que no había oído entrar a Arthur.
—Buenas noches, Burnley.
—¿Cómo? —Roland se dio rápidamente la vuelta y se puso de pie. Estuvo unos instantes contemplando a Arthur y exclamó—: ¡St. Merryn! ¿De modo que es cierto?
—Una sensación de angustia se reflejó en sus ojos, pero no tardó en desvanecerse para dejar paso a una rabia intensa—. ¡La ha forzado a hacer el amor con usted, bastardo!
A continuación, presa de una furia incontenible, se lanzó contra Arthur con los brazos extendidos. O no había visto la pistola o estaba demasiado rabioso para preocuparse por la amenaza que ésta representaba.
Arthur salió con rapidez al pasillo, se hizo a un lado y estiró una pierna a través del umbral de la puerta. Roland se había abalanzado con tal ímpetu que no pudo detenerse. Tropezó con la bota de Arthur y agitó los brazos con desesperación en un intento inútil por recuperar el equilibrio. No cayó al suelo, pero se tambaleó y chocó contra la pared del otro lado del pasillo.
Tras el golpe, se estabilizó con ambas manos.
—¡Maldito sea, St. Merryn! —gritó.
—Le sugiero que hablemos como caballeros razonables y no como un par de locos exaltados —replicó Arthur con calma.
—¿Cómo se atreve a llamarse caballero después de lo que ha hecho?
Arthur bajó la pistola con lentitud. Roland pareció verla por primera vez y, con el ceño fruncido, siguió su movimiento con la mirada.
—¿Qué se supone que he hecho que es tan horrible? —preguntó Arthur.
—Usted conoce la naturaleza de su crimen a la perfección. Es monstruoso.
—Descríbamelo.

—Ha obligado a mi dulce Juliana a entregarse a usted a cambio de su promesa de hacerse cargo de mis deudas de juego. No lo niegue.
—Pues sí, lo niego rotundamente. —Arthur utilizó el cañón de la pistola para indicarle a Roland que entrara en la habitación—. De hecho, voy a negar todas y cada una de sus malditas palabras. —Lanzó una mirada a la oscuridad de las escaleras—. Entre. No quiero mantener esta conversación en el pasillo.
—¿Acaso pretende asesinarme? ¿Es éste el paso final en su plan de venganza?
—No, no voy a matarlo. Entre ahí. ¡Ahora!
Roland observó con recelo la pistola y, a regañadientes, se separó de la pared y entró en la habitación.
—Usted nunca la amó. Admítalo, St. Merryn. Sin embargo, la deseaba, ¿no es cierto? Se puso fuera de sí cuando ella huyó conmigo, de modo que tramó una venganza a sangre fría. Esperó usted el momento oportuno: hasta que yo estaba en terreno resbaladizo y entonces le hizo saber a Juliana que cubriría mis deudas si ella accedía a entregarse a usted.
—¿Quién le ha contado esta historia tan absurda, Burnley?
—Un amigo.
—Ya conoce el dicho: con amigos como éstos, no hace falta tener enemigos. —Arthur introdujo, de nuevo, la pistola en su bolsillo y examinó la habitación—. Supongo que ha venido aquí, esta noche, porque esperaba encontrarnos a Juliana y a mí en esta cama.
Roland se estremeció y apretó los labios.
—Recibí un mensaje mientras estaba en una sala de juego. El mensaje decía que si venía a esta dirección, de inmediato, encontraría pruebas de su culpabilidad.
—¿Cómo recibió el mensaje?
—Un muchacho se lo entregó al portero del club.
—Interesante... —Arthur cruzó la habitación hasta el armario y examinó el interior, pero estaba vacío—. ¿Y ha encontrado alguna prueba de que he chantajeado a su esposa para acostarme con ella?
—No había acabado de registrar la habitación cuando usted llegó. —Roland apretó los puños y añadió—: Sin embargo, el hecho de que esté usted aquí demuestra que conoce esta habitación.
—Yo había llegado a la misma conclusión respecto a usted —replicó Arthur.
A continuación se alejó del armario y se dirigió al lavamanos. Abrió y cerró metódicamente los cajones.
—¿Qué está haciendo? —preguntó Roland.
—Busco lo que se suponía que usted debía encontrar en esta habitación. —Arthur abrió el último cajón y descubrió una bolsa de terciopelo negro cerrada con un cordón. Un estremecimiento recorrió su cuerpo—. Creo que era yo el que tenía que encontrar algo aquí esta noche.
Arthur desató el cordón de la bolsa y la vació. Dos objetos envueltos en sendas telas de hilo cayeron en la palma de su mano.
Arthur dejó los objetos sobre el mueble del lavamanos y los desenvolvió.
Eran dos hermosas cajas de rapé esmaltadas. Arthur y Roland las examinaron: cada una de ellas estaba decorada con una escena en miniatura de un alquimista trabajando y, en la tapa, tenían incrustada una enorme piedra roja tallada.
Roland se acercó con el ceño fruncido y preguntó:
—¿Qué hacen aquí unas cajas de rapé?
Arthur contempló los detalles que la luz del farol arrancaba a la superficie de las cajas que sostenía en la mano.
—Parece que los dos debíamos representar el papel de locos esta noche. Y casi lo conseguimos.
—¿De qué está usted hablando?
Arthur introdujo con cuidado las cajas de rapé en la bolsa de terciopelo.

—Creo que alguien pretendía que yo lo matara a usted esta noche, Burnley. O que lo detuvieran a usted por haberme asesinado.

El carruaje se puso en marcha antes de que Arthur cerrara la portezuela. Elenora se contuvo hasta que los dos hombres se sentaron frente a ella. Entonces intentó leer sus rostros en la oscuridad.
—¿Qué ocurre? —preguntó procurando superar la ansiedad que la dominaba.
—Permíteme que te presente a Roland Burnley. —Arthur cerró la portezuela y bajó los estores de las ventanillas—. Burnley, le presento a mi prometida, la señorita Elenora Lodge.
Roland se movió con intranquilidad en el extremo del asiento, lanzó a Arthur una mirada de incertidumbre y observó a Elenora.
Ella percibió curiosidad y desaprobación en sus ojos y dedujo que Roland había oído los rumores que circulaban en los clubes acerca de ella y que no sabía cómo reaccionar. Sin duda, se preguntaba si le estaban presentando a una dama respetable o a una cortesana. Para un caballero de buena cuna, una situación así constituía un dilema.
Ella le sonrió con calidez y extendió la mano hacia él con expectación.
—Es un placer conocerlo, señor.
Roland titubeó, pero ante la mano enguantada de una dama y una presentación formal, sus buenos modales acabaron por hacerse cargo de la situación.
—Señorita Lodge.
Roland inclinó la cabeza sobre la mano de Elenora en un saludo mecánico y superficial y, aunque le soltó la mano casi enseguida, Elenora tuvo tiempo de apreciar su forma de cogerla. A continuación miró a Arthur.
—No es el hombre que estás buscando —declaró en voz baja.
—Yo he llegado a la misma conclusión hace un rato. —Arthur dejó con suavidad la bolsa de terciopelo negro en el regazo de Elenora y encendió una de las lámparas del carruaje—. Pero al parecer alguien pretendía que yo creyera lo contrario. Mira esto.
Elenora palpó la forma y el peso de los objetos que había en el interior de la bolsa.
—¡No me digas que has encontrado las cajas de rapé!
—Así es.
—¡Santo cielo! —Elenora aflojó el cordel con rapidez y sacó los pequeños objetos que estaban envueltos en sendos pedazos de tela. Desenvolvió el primero y lo sostuvo junto a la lámpara. La luz se reflejó en los adornos esmaltados y destelló en la piedra roja de la tapa—. ¿Qué significa esto?
—Llevo haciéndole la misma pregunta a St. Merryn desde hace varios minutos —refunfuñó Roland—, y todavía no se ha dignado contestarme.
—La historia es complicada, señor —lo tranquilizó Elenora—. Estoy convencida de que St. Merryn se lo explicará todo ahora que los dos están a salvo.
Arthur cambió de posición y estiró una pierna.
—En dos palabras, Burnley: estoy persiguiendo al criminal que asesinó a mi tío abuelo y, como mínimo, a dos hombres más.
Roland lo miró con determinación.
—¿Qué demonios dice?
—Según he podido saber, el asesino es un cliente asiduo del Green Lyon, de modo que, esta noche, la señorita Lodge y yo hemos estado vigilando el establecimiento. Imagine mi sorpresa cuando lo vi salir del club y caminar solo por una callejuela oscura.
—Ya se lo he contado, tenía razones para creer que... —Roland se detuvo en mitad de la frase, miró a Elenora y se puso colorado.
Arthur también miró a Elenora.

—Alguien le contó que su esposa lo había traicionado conmigo, y que si acudía a determinada dirección encontraría pruebas.
Elenora se quedó de una pieza.
—¡Qué idea tan monstruosa! —exclamó.
Arthur se encogió de hombros y Elenora se volvió hacia Roland y dijo con decisión:
—Permítame decirle, señor, que St. Merryn es un caballero con un elevado sentido del honor y de la integridad muy agudo. Si lo conociera aunque sólo fuera un poco, sabría que resulta del todo inconcebible que St. Merryn haya seducido a su esposa.
Roland lanzó a Arthur una mirada feroz.
—Yo no estoy tan seguro —afirmó.
Los ojos de Arthur brillaron con ironía, pero no dijo nada.
—Pues yo sí que lo estoy —reafirmó Elenora—. Y si se empeña usted en creer tal tontería, no tendré más remedio que pensar que ha perdido el juicio. Además, debo decirle que si cree, aunque sólo sea por un instante, que su esposa es capaz de traicionarlo, también comete con ella una gran equivocación.
—Usted no sabe nada acerca de esta cuestión —murmuró Roland, aunque se notaba que empezaba a sentirse atrapado.
—En esto también se equivoca —le informó Elenora—. He tenido el privilegio de conocer a la señora Burnley y para mí es evidente que lo ama profundamente y que nunca haría nada que pudiera herirlo.
Las facciones de Roland se pusieron tensas debido a la incertidumbre y la confusión.
—¿Ha conocido usted a Juliana? No lo comprendo. ¿Cómo sucedió?
—Ahora no es el lugar ni el momento de hablar de nuestro encuentro. Es suficiente con que sepa que, aunque usted no esté seguro, yo tengo una fe absoluta en la profundidad de los sentimientos de su esposa hacia usted y una fe todavía mayor en el sentido del honor de St. Merryn. —A continuación se volvió hacia Arthur—. Por favor, continúa con tu historia.
Arthur inclinó la cabeza.
—Es evidente que el criminal lo organizó todo para que yo viera a Burnley aquí esta noche; dedujo que yo lo seguiría, que lo descubriría con las cajas de rapé y que llegaría a la conclusión de que es el hombre que estoy buscando. Sin duda, con todo esto pretendía desviar mi atención de la pista verdadera.
—Sí, claro —respondió Elenora con lentitud—. Resulta obvio que el asesino sabe que tú y el señor Burnley no os lleváis muy bien. Sin duda, estaba convencido de que cada uno de vosotros creería lo peor del otro.
—Ya... —musitó Roland, que parecía hundirse todavía más en la esquina del carruaje.
Arthur exhaló con pesadez.
Elenora les ofreció una sonrisa reconfortante.
—El asesino se equivocó mucho con los dos, ¿no es cierto? Era de esperar que no supiera que sois demasiado inteligentes e intuitivos para malinterpretar, de una forma tan errónea, vuestras intenciones mutuas. Sin duda, os juzgó por cómo habría reaccionado él en esta situación.
—Mmm.
A Arthur parecía aburrirle aquella conversación.
Roland gruñó y contempló la punta de sus botas.
Elenora miró el rostro de ambos y notó un cosquilleo inquietante en las palmas de las manos. Y, en aquel momento, supo que las predicciones del asesino habían estado muy cerca de hacerse realidad.
—Bueno, este episodio ha terminado —continuó Elenora decidida a disipar aquel ambiente tan lúgubre—. Tenemos muchas preguntas para formularle, señor Burnley; espero que no le moleste.
—¿Qué preguntas? —inquirió él con recelo.

Arthur examinó su rostro y dijo:
—Empiece por contarnos todo lo que pueda acerca del hombre que le sugirió que acudiera a aquella habitación esta noche.
Roland cruzó los brazos.
—No hay mucho que contar —empezó a decir—. Lo conocí hace unos días en una partida de cartas. Aquella noche, le gané varios centenares de libras. Por desgracia, durante los días siguientes perdí una cifra superior a aquella cantidad.
—¿Fue él quien le sugirió que acudiera al Green Lyon? —preguntó Elenora.
Roland apretó los labios.
—Sí.
—¿Cómo se llama ese hombre? —continuó ella.
—Stone.
—Descríbalo —pidió Arthur.
Roland abrió las manos.
—Delgado. Ojos azules. Cabello castaño. Tiene, más o menos, mi estatura y unas facciones atractivas.
—¿Qué puede decirnos de su edad? —preguntó Elenora.
—Parecida a la mía. Supongo que ésta es una de las razones de que nos entendiéramos tan bien. Ésta y el hecho de que parecía comprender las dificultades que conlleva mi situación financiera.
Elenora cerró el puño sobre la bolsa de terciopelo que tenía en el regazo.
—¿Le contó alguna cosa acerca de sí mismo? —preguntó ella.
—Muy poco. —Roland hizo una pausa, como si intentara revivir sus recuerdos, y al cabo de unos instantes añadió—: Sobre todo hablamos de que mis problemas financieros actuales se debían a...
Roland se interrumpió de repente y lanzó a Arthur una mirada rápida y enojada.
—¿Lo animó a que me culpara de sus problemas? —preguntó Arthur con sequedad.
Roland volvió a contemplar sus botas.
Elenora asintió con la cabeza de un modo tranquilizador.
—No se preocupe, señor Burnley, sus problemas financieros pronto habrán terminado. St. Merryn tiene la intención de invitarlo a participar en uno de sus próximos proyectos de inversión.
Roland se enderezó de repente.
—¿Cómo? ¿De qué habla?
Arthur miró a Elenora con impaciencia y ella simuló no darse cuenta.
—Usted y St. Merryn pueden hablar sobre sus finanzas más tarde, señor Burnley. De momento, debemos ceñirnos al hombre que lo llevó al Green Lyon. Por favor, intente recordar cualquier cosa que dijera sobre sí mismo y que a usted le resultara interesante o inusual.
Roland titubeó, pues sin duda deseaba continuar con el tema de las inversiones, pero al final cedió.
—En realidad, no puedo contar mucho más —explicó—. Compartimos unas cuantas botellas de burdeos y jugamos a las cartas. —Roland hizo una pausa—. Bueno, hay una cosa. Me dio la impresión de que estaba muy interesado en la naturaleza y en otras cuestiones relacionadas con la ciencia.
Elenora contuvo el aliento.
—¿Qué le contó acerca de su interés por la ciencia? —preguntó Arthur.
—No lo recuerdo con exactitud. —Roland frunció el ceño—. El tema surgió después de un juego de azar. Yo había perdido una cifra bastante importante de dinero. Stone compró una botella de burdeos para consolarme. Bebimos durante un rato mientras charlábamos de varias cuestiones. Entonces me preguntó si sabía que Inglaterra había perdido a su segundo Newton hacía ya varios años, antes de que aquel hombre pudiera demostrar su genio al mundo.

A Elenora se le secó la boca, miró a Arthur y percibió en sus ojos una mirada de complicidad.
—Esto me recuerda la pregunta que olvidamos formularle a lady Wilmington —comentó Elenora—. Aunque es poco probable que nos respondiera la verdad, claro.

33

—No estoy nada convencida de que sea éste el paso que debamos dar en este momento —dijo Elenora ajustándose el chal. Levantó entonces la mirada hacia las ventanas sin luz de la casa y añadió—: Son las dos de la madrugada. Quizá deberíamos haber ido a casa y reflexionar más a fondo antes de venir.
—No tengo ninguna intención de esperar a que sea una hora correcta para hablar con lady Wilmington —replicó Arthur.
A continuación, levantó la pesada aldaba de bronce por tercera vez y la dejó caer. Elenora realizó una mueca cuando el intenso sonido metálico resonó en el silencio.
Venían de dejar a Roland en su club. Le habían dado instrucciones para que guardara silencio acerca de lo que había ocurrido aquella noche y, a continuación, Arthur había ordenado al cochero que se dirigiera a la casa de lady Wilmington.
Finalmente se oyeron algunos pasos en el vestíbulo y, segundos más tarde, la puerta se abrió con cautela. Una criada de ojos somnolientos vestida con un gorro y una bata delgada los observó mientras sostenía una vela en una mano.
—¿Qué ocurre? Deben de haberse equivocado de casa, señor.
—Ésta es la casa que buscamos. —Arthur se abrió paso hacia el interior—. Despierte a lady Wilmington de inmediato y dígale que se trata de una cuestión de suma urgencia, de vida o muerte.
—¿De vida o muerte?
La criada dio un paso atrás con el rostro congestionado por el miedo.
Elenora aprovechó su estado de nervios para entrar y le ofreció una sonrisa tranquilizadora.
—Comunique a lady Wilmington que St. Merryn y su prometida están aquí —le indicó con firmeza—. Estoy convencida de que querrá recibirnos.
—Sí, señora.
Las instrucciones claras de Elenora parecieron calmar a la alterada criada, que, tras encender una vela que estaba sobre una mesa, en el vestíbulo, subió con ligereza las escaleras.
Poco tiempo después las descendió con celeridad.
—Mi señora dice que se reunirá con ustedes en el estudio dentro de un momento.

—Sigo diciendo que deberíamos haber reflexionado más sobre esta cuestión antes de venir aquí esta noche —declaró Elenora, sentada en una delicada silla del elegante estudio y con los músculos en tensión.
La vela que la criada había encendido para ellos estaba sobre el precioso escritorio adornado con marquetería que había junto a la ventana.
—La referencia a un segundo Newton no puede ser una coincidencia, lo sabes tan bien como yo. —Arthur paseaba por la pequeña habitación con las manos a la espalda—. Lady Wilmington es la clave de este enigma, lo siento en los huesos.
Elenora estaba por completo de acuerdo con sus conclusiones; sin embargo, lo que la preocupaba era la forma en que Arthur pensaba interrogar a lady Wilmington. Aquella cuestión era muy delicada y debía tratarse con sutileza.

—Esta tarde no podía dejar de pensar en la visita que le hicimos a lady Wilmington —declaró Elenora—. Una y otra vez, la recordaba tocando su medallón siempre que hablaba de Treyford. Entonces pensé que, si habían sido amantes, quizás habían tenido un hijo...
—Un hijo no —negó Arthur sacudiendo la cabeza—. Ya he investigado esta posibilidad. El único hijo varón de lady Wilmington es un caballero serio, responsable y muy robusto: es la viva imagen del esposo de lady Wilmington, tanto en el aspecto físico como en cuanto a sus intereses intelectuales. Este caballero se dedica a sus propiedades y nunca se ha interesado por la ciencia.
—St. Merryn —saludó lady Wilmington desde la puerta con un tono de voz resignado—. Señorita Lodge. De modo que han descubierto la verdad. Ya me lo temía.
Arthur interrumpió su caminar y miró hacia la puerta.
—Buenas noches, señora. Ya veo que conoce usted la razón de que hayamos venido a estas horas.
—Así es.
Lady Wilmington entró despacio en el estudio.
En aquel momento parecía mucho mayor, pensó Elenora sintiendo una profunda tristeza por aquella mujer orgullosa que, en su juventud, había sido muy hermosa. No llevaba recogido su cabello cano en un moño elegante, sino que lo había cubierto con un gorro blanco, y tenía el aspecto ojeroso de quien no ha dormido bien en varios días. No llevaba anillos en los dedos y, de sus orejas, no colgaban perlas.
Sin embargo, Elenora vio que llevaba puesto el medallón.
Lady Wilmington se sentó en la silla que Arthur le ofreció.
—Han venido para preguntarme sobre mi nieto, ¿no es cierto?
Arthur no podía apartar la vista de lady Wilmington.
—Así es —respondió con suavidad.
—Es el nieto de Treyford, ¿no es así? —preguntó Elenora con delicadeza.
—En efecto. —Lady Wilmington fijó la mirada en la oscilante llama de la vela—. Treyford y yo estábamos muy enamorados. Sin embargo, yo estaba casada y había tenido dos hijos con mi marido. Entonces descubrí que estaba embarazada de Treyford y simulé que Wilmington era el padre. Ante la ley no había ninguna duda sobre su paternidad. Nadie sospechó la verdad.
—¿Treyford supo que usted dio a luz a una hija suya? —preguntó Arthur.
—Sí, y estaba encantado. No dejaba de hablar de que supervisaría su educación como si fuera un amigo íntimo de la familia. Incluso juró que elaboraría complicados planes a fin de que ella recibiera una educación en matemáticas y filosofía natural desde su más tierna infancia...
—Pero entonces Treyford murió en la explosión de su laboratorio —continuó Arthur.
—Cuando me contaron que había fallecido, creí que se me rompía el corazón. —Lady Wilmington acarició el medallón con la punta de los dedos y prosiguió—: Me consolé con la idea de que había tenido un hijo suyo. Prometí educar a Helen como Treyford quería, pero, aunque era muy inteligente, nunca mostró el menor interés por la ciencia o las matemáticas. Lo único que la atraía era la música. Interpretaba y componía de forma brillante, pero aun así yo sé que Treyford se habría sentido decepcionado.
—Sin embargo, cuando ella se casó dio a luz un hijo que posee tanto la inteligencia aguda de Treyford como su pasión por la ciencia. —Arthur sujetó con fuerza el respaldo de una silla mientras observaba a lady Wilmington con atención—. ¿Es esto cierto, señora?
Lady Wilmington jugueteó con el medallón.
—Parker es la viva imagen de Treyford a su edad. El parecido es sorprendente. Cuando mi hija y su esposo fallecieron a causa de unas fiebres, prometí educar a su hijo como Treyford habría deseado.

—¿Le contó la verdad acerca de la identidad de su abuelo? —preguntó Elenora con suavidad.
—Sí. Cuando fue bastante mayor para comprenderlo, le hablé de Treyford. Merecía saber que la sangre de un verdadero genio corría por sus venas.
—Entonces le dijo que era el descendiente directo del hombre que podía haber sido el segundo Newton de Inglaterra —comentó Arthur—. Y Parker decidió continuar el legado de su abuelo.
—Estudió las mismas materias que habían fascinado a Treyford —susurró ella.
Elenora la miró y preguntó:
—¿También la alquimia?
—Sí. —Lady Wilmington se encogió de hombros—. Deben creerme cuando les digo que intenté apartar a Parker de ese camino oscuro. Sin embargo, conforme fue creciendo, mostró signos de parecerse a Treyford no sólo en su capacidad intelectual, sino también en otros aspectos.
—¿Qué quiere decir? —preguntó Arthur.
—A medida que fueron transcurriendo los años, el temperamento de Parker se fue volviendo cada vez más impredecible. A veces se mostraba alegre y animado sin ninguna razón y, al cabo de un momento, de una forma repentina, su humor se derrumbaba hasta tal punto que yo había llegado a temer que se quitara la vida. Cuando estaba en este estado, la única cosa que lo distraía eran sus estudios alquímicos. Hace dos años se trasladó a Italia para continuar sus investigaciones.
—¿Cuándo regresó? —preguntó Arthur.
—Hace unos meses. —Lady Wilmington suspiró con pesar—. ¡Estaba tan contenta de que hubiera vuelto! Sin embargo pronto me di cuenta de que lo que había aprendido en Italia no había hecho más que acrecentar su interés por la alquimia. Entonces me pidió que le entregara los documentos y los diarios de Treyford que yo guardaba en un baúl.
—¿Y usted se los entregó? —preguntó Elenora.
—Esperaba que, de este modo, se tranquilizaría, pero me temo que sólo empeoré la situación. Yo sospechaba que Parker se había embarcado en determinado proyecto secreto, pero no sabía qué era lo que quería realizar.
—¿Qué imaginaba usted que intentaba hacer? —preguntó Arthur con frialdad—. ¿Descubrir la piedra filosofal?, ¿convertir el plomo en oro?
—Su burla usted de mí, pero lo cierto es que Parker está tan inmerso en sus investigaciones sobre las ciencias ocultas que tiene el convencimiento de que estos proyectos son factibles.
—¿Cuándo se dio usted cuenta de que Parker estaba decidido a construir el aparato que se describe en el Libro de las piedras? —preguntó Arthur.
Lady Wilmington lo observó con gran tristeza y resignación en los ojos.
—Me di cuenta cuando ustedes vinieron a verme el otro día y me contaron que Glentworth y su tío abuelo habían sido asesinados y que sus cajas de rapé habían desaparecido. Entonces supe lo que Parker pretendía.
—Y también se dio cuenta entonces de que había sobrepasado los límites de un genio excéntrico y que se había convertido en un asesino —declaró Arthur.
Lady Wilmington inclinó la cabeza y apretó el medallón con los dedos, pero no pronunció ninguna palabra.
—¿Dónde está Parker? —preguntó Arthur.
Lady Wilmington levantó la cabeza. Una determinación serena parecía haberse apoderado de ella.
—Ya no es necesario que se preocupe usted por mi nieto. Yo me he hecho cargo de la situación.
Arthur apretó la mandíbula.
—Debe usted comprender que tenemos que detenerlo, señora.
—Lo comprendo. Y esto es, justamente, lo que he hecho.

—¿Cómo dice?
—Ya no se cometerán más asesinatos. —Lady Wilmington separó la mano del medallón y agregó—: Tiene usted mi palabra. Parker está en un lugar donde ya no puede hacer daño a nadie, ni siquiera a sí mismo.
Elenora examinó el rostro de lady Wilmington.
—¿Qué ha hecho usted, señora?
—Mi nieto ha perdido el juicio. —Los ojos de lady Wilmington se llenaron de lágrimas—. Ya no puedo pretender lo contrario. Sin embargo, comprendan que no podía soportar la idea de que lo encerraran en Bedlam.
Elenora se estremeció y empezó a decir:
—Nadie desearía que un familiar querido padeciera un destino semejante. Sin embargo...
—El otro día, después de que se marcharan, mandé llamar a mi médico personal. Hace años que lo conozco y confío en él por completo. Él lo organizó todo para que trasladaran a Parker a un manicomio privado que está en el campo.
—¿Lo ha enviado a un psiquiátrico? —preguntó Arthur con brusquedad.
—Así es. El doctor Mitchell y dos enfermeros acudieron a la vivienda de Parker esta tarde. Lo sorprendieron cuando se estaba vistiendo para acudir a su club y lo redujeron.
Arthur frunció el ceño.
—¿Está usted segura? —preguntó.
—Yo fui con ellos y presencié cómo sujetaban a Parker y le ponían esa horrible camisa de fuerza. Mi nieto no dejó de suplicarme mientras lo introducían en un carruaje con barrotes y, finalmente, le ataron un trozo de tela sobre la boca y lo silenciaron. No pude dejar de llorar durante horas.
—¡Santo cielo! —susurró Elenora.
Lady Wilmington contempló la vela con desánimo.
—Les aseguro que esta noche ha sido la peor de mi vida. Incluso peor que la que pasé cuando me dijeron que había perdido a Treyford para siempre.
Elenora notó que sus propios ojos se llenaban de lágrimas. Se levantó del asiento, se acercó a lady Wilmington, se arrodilló y le cogió las manos.
—¡Lamento tanto que haya tenido que pasar por una tragedia tan inmensa! —susurró.
Lady Wilmington pareció no oírla y siguió mirando fijamente la vela.
—Hay algo que, si no le importa, me gustaría aclarar, lady Wilmington —comentó Arthur con voz suave—. Si, esta tarde, se han llevado a Parker a un psiquiátrico, ¿quién se ha encargado de que Burnley recibiera esta noche una nota en la que se le indicaba que debía acudir a una dirección cercana al Green Lyon? ¿Y quién lo ha preparado todo para que lo siguiera y descubriera las cajas de rapé?
Lady Wilmington suspiró.
—Parker es cuidadoso en extremo en la elaboración de sus planes. Ésta es otra de las cualidades que ha heredado de Treyford. Debió de organizar el plan relacionado con usted y el señor Burnley antes de que los enfermeros se lo llevaran esta tarde. Lo siento, no sabía nada respecto a este plan. Si hubiera sabido lo que Parker estaba tramando le habría mandado un aviso a usted. Al menos nadie más ha muerto desde que usted me contó lo que pasaba.
—Así es. —Arthur apretó un puño y, a continuación, relajó los dedos—. Aunque, esta noche, cuando descubrí a Burnley con las malditas cajas de rapé, durante unos instantes, la situación resultó un poco incierta.
Lady Wilmington utilizó un pañuelo para secarse las lágrimas.
—Lo siento mucho. No sé qué más puedo decir.
—Hablando de las cajas de rapé —continuó Arthur—, me pregunto por qué Parker lo organizó todo para que yo las encontrara. ¿Dice usted que estaba obsesionado con

la idea de construir el Rayo de Júpiter? Si es así, necesitaba las piedras. ¿Por qué permitir que dos de ellas cayeran en mis manos?
Elenora se puso de pie.
—Quizá deberíamos examinar más de cerca las cajas de rapé. Sólo se me ocurre una razón por la que Parker te permitiría encontrarlas.
Arthur comprendió, de inmediato, lo que Elenora quería decir. Abrió la bolsa de terciopelo, sacó una de las cajas y encendió la lámpara que había en el pequeño escritorio.
Elenora lo contempló mientras él sostenía la tapa de la caja a la luz de la lámpara y la examinaba con atención.
—Sí, claro —comentó él mientras bajaba, despacio, la mano con la que sostenía la caja.
—¿Qué ocurre? —preguntó lady Wilmington.
—Mañana por la mañana llevaré las cajas a un joyero para estar absolutamente seguro —explicó Arthur—. Sin embargo, creo que podemos asegurar que la piedra no es más que un cristal coroleado que ha sido tallado para que se parezca a la piedra original.
—Ahora todo tiene sentido —comentó Elenora—. Parker extrajo las piedras de las cajas y las reemplazó por una réplica de cristal. Me pregunto qué hizo con las piedras originales.
Lady Wilmington, perpleja, sacudió la cabeza.
—Supongo que es posible que las tuviera encima cuando se lo llevaron esta tarde. O quizás estén escondidas en su vivienda.
—Si es tan amable de indicarme la dirección, mañana por la mañana registraré su domicilio —declaró Arthur.
Lady Wilmington lo miró con tal desesperación que a Elenora se le encogió el corazón.
—Le daré la llave de la casa de Parker —aceptó, al final, lady Wilmington—. Sólo espero que me perdone por no haber sido más franca con usted desde el principio.
—Comprendemos sus sentimientos —declaró Elenora acariciando las manos temblorosas de lady Wilmington—. Él es su nieto y es todo lo que le queda de su amor perdido.

Unos minutos más tarde, Arthur entró en el carruaje detrás de Elenora. En lugar de sentarse frente a ella, como era su costumbre, se sentó a su lado. A continuación dejó escapar un profundo suspiro y estiró las piernas. Su muslo rozó el de Elenora.
Aquella noche su proximidad física le resultaba más reconfortante que excitante, pensó Elenora. Aquel sentimiento le gustó, y se dio cuenta de que ése sería otro de los aspectos de su relación que echaría de menos en los años venideros.
—Parece lógico que Parker tramara sus planes ayer o incluso anteayer —comentó Arthur al cabo de un rato—. Sin duda, utilizó a Jeremy Clyde. Éste, sin saberlo, desempeñó su papel y dejó caer el cebo que, esta noche, me llevó al Green Lyon. Además, es probable que Parker pagara a algunos chicos para que vigilaran mi llegada y, cuando uno de ellos me vio en el interior del carruaje de alquiler, le entregó el mensaje a Burnley.
—Y todo con la esperanza de distraerte y hacerte creer que habías encontrado al asesino.
—Así es —asintió Arthur.
—Seguramente dedujo que estarías más que dispuesto a creer que Burnley era el criminal. Después de todo, Roland había huido con tu prometida. —Elenora sonrió con ironía—. ¿Cómo podía saber el asesino que tú no sentías ningún rencor hacia Roland y que, en realidad, habías organizado la fuga?
—Éste ha sido su único error.

—Sí. Y, hablando de errores, sin duda fue mi excitada imaginación la que me llevó a creer que el criado que me tocó esta noche en la sala de baile era el asesino. —Elenora se estremeció y añadió—: Debo admitir que estoy muy contenta por haberme equivocado en cuanto a su identidad.
—Yo también. La idea de que te hubiera tocado otra vez...
—Por si te interesa, creo que lady Wilmington tomó la decisión correcta —comentó Elenora con rapidez para distraer los pensamientos de Arthur—. Parker está loco y no había más que dos opciones: el psiquiátrico o la horca.
—Estoy de acuerdo.
—Ya está —declaró ella con voz suave—. Ahora todo ha terminado. Ya has cumplido con tu responsabilidad y ahora puedes calmar tu mente.
Él no respondió, pero, al cabo de un rato, alargó el brazo, cogió la mano de Elenora y la apretó con fuerza.
Y permanecieron sin hablar, cogidos de la mano, hasta que el carruaje llegó a la puerta principal de la mansión de Rain Street.

34

El reloj de la mesilla de noche marcaba las tres y cuarto. Arthur lo miró desde donde estaba, cerca de la ventana. Ya se había desvestido, pero todavía no se había metido en la cama. No hubiera tenido sentido, pues dormir no era lo que necesitaba.
Era a Elenora a quien necesitaba.
La casa parecía estar dormida. Los criados hacía tiempo que se habían ido a la cama y, si su comportamiento anterior podía servir de referencia, Bennett no acompañaría a Margaret a casa hasta el amanecer.
Arthur se preguntó si a Elenora le estaría costando conciliar el sueño tanto como a él.
Se acercó a la ventana a contemplar el jardín envuelto en la noche y se imaginó a Elenora acurrucada en la cama. Tuvo entonces que recordarse a sí mismo, una vez más, que un caballero no debía llamar a la puerta del dormitorio de una dama a menos que ella lo hubiera invitado a hacerlo.
Y Elenora no le había hecho invitación alguna cuando él le había deseado buenas noches hacía sólo unos instantes. En realidad, le había indicado sucintamente que se fuera a descansar.
Pero él no estaba de humor para cumplir sus órdenes.
Arthur se quedó contemplando la oscuridad exterior un rato más. Sería del todo irresponsable ir a la habitación de Elenora. Si bien habían salido airosos del episodio de la biblioteca, él no tenía derecho a ponerla de nuevo en una situación potencialmente tan embarazosa.
Los riesgos eran muchos y diversos. Margaret y Bennett podían regresar a casa pronto y Margaret podía descubrir que él no estaba en la habitación adecuada. O alguno de los criados podía oír el crujido de los tablones del suelo y, temeroso de que se tratara de un ladrón, subir a investigar.
Sin embargo Arthur sabía que lo que lo retenía no era el riesgo de ser descubierto, sino la posibilidad de que lo único que Elenora quisiera o necesitara de él fuera una breve pasión.
Arthur se acordó de los sueños de independencia personal y financiera de Elenora. Durante un momento breve y embriagador, se imaginó lo que sería librarse de los grilletes de sus responsabilidades hacia la familia Lancaster y huir con Elenora.

La fantasía de vivir una vida libre con ella en algún país lejano y fuera del alcance de sus familiares y de las exigencias de quienes dependían de él titiló frente a sus ojos como si se tratara de un reflejo efervescente en el cristal de la ventana.
La imagen, sin embargo, se desvaneció enseguida: él tenía compromisos, y los cumpliría.
Pero aquella noche Elenora no estaba más que a unos pasos de él.
Arthur se apretó el fajín de la bata de seda negra que llevaba puesta y se alejó de la ventana. Cogió entonces el candelabro y después de cruzar la habitación, abrió la puerta y salió al pasillo.
Una vez allí, permaneció a la escucha durante unos segundos. No se oía ningún carruaje en la calle ni tampoco llegaba ningún ruido de la planta baja.
Arthur recorrió el pasillo y se detuvo delante del dormitorio de Elenora. No se filtraba luz alguna por debajo de la puerta. Arthur se dijo a sí mismo que debía considerar este detalle como una señal de que Elenora, a diferencia de él, había podido conciliar el sueño.
Pero ¿y si estaba acostada en la oscuridad y completamente despierta? Arthur pensó que no haría daño a nadie si llamaba con suavidad a la puerta. Si estaba dormida, no le oiría.
Arthur golpeó la puerta, aunque un poco más fuerte de lo que pretendía. Claro que, ¿qué sentido tenía golpearla sin hacer ruido alguno?
Durante unos instantes Arthur no oyó nada, pero finalmente percibió el crujido inconfundible del armazón de la cama seguido de unos pasos apagados.
La puerta se abrió. Elenora lo miró con unos ojos que, a la luz de la vela, reflejaban incomprensión. Su cabello oscuro estaba recogido bajo un gorrito de encaje y llevaba puesto un salto de cama sencillo estampado con florecillas.
—¿Ocurre algo? —susurró ella.
—Invítame a entrar.
Elenora frunció el ceño y preguntó:
—¿Por qué?
—Porque soy un caballero y no puedo entrar en tu dormitorio sin una invitación.
—¡Ah!
Arthur contuvo el aliento mientras se preguntaba qué haría ella.
Elenora curvó la boca y le ofreció una sonrisa sensual. Se apartó del umbral manteniendo la puerta abierta.
—Entra, por favor.
Un deseo poderoso, tanto que amenazaba con consumir cualquier sensación que pudiera experimentar, recorrió las venas de Arthur. Él estaba excitado por completo. Deseaba a Elenora con desesperación.
Tuvo que recurrir a todo su autodominio para no cogerla y llevarla directamente a la cama. Entró en silencio en la habitación y dejó el candelabro sobre la mesa más cercana.
Ella cerró la puerta sin hacer ruido y se volvió hacia él.
—Arthur, yo...
—¡Chist! Nadie debe oírnos hablar.
A continuación la tomó en sus brazos y la besó antes de que ella pudiera decir nada más.
Elenora lo abrazó con fuerza y Arthur sintió la presión de sus uñas en su espalda, a través de la bata de seda. Entonces ella entreabrió los labios.
Arthur se prometió a sí mismo que se controlaría. Esta vez se aseguraría de que Elenora no olvidara nunca aquella experiencia. Deslizó las manos a lo largo de la espalda de Elenora y disfrutó de su elegante curva. Cuando alcanzó las caderas de Elenora, el tacto de sus nalgas firmes y redondas casi le hizo perder el control. Arthur le apretó las nalgas con suavidad y acercó a Elenora a su miembro rígido.

Un delicioso estremecimiento recorrió el cuerpo de Elenora, quien soltó un leve jadeo y se abrazó a Arthur con más fuerza.
Arthur deslizó las manos alrededor de la cintura de Elenora y desató el nudo de la cinta que mantenía cerrada su bata. Ésta se abrió y dejó al descubierto un sencillo camisón de batista blanca con encaje y cintas azules en el cuello. Arthur percibió la suave ondulación de los senos de Elenora y la protuberancia de sus pezones, que presionaban la fina tela.
Entonces la besó en el cuello y le mordisqueó el delicado lóbulo de la oreja. Ella respondió con más estremecimientos y un jadeo ahogado de placer. Su reacción emocionó y excitó a Arthur como ninguna droga podría haberlo hecho.
Arthur le quitó, una a una, las horquillas que sujetaban su gorro. Después de retirar la última, el cabello de Elenora cayó sobre sus manos. Arthur agarró su cabellera suave y perfumada y la sujetó con el puño cerrado para besarla.
Ella deslizó la mano por el interior de la solapa de la bata de Arthur y apoyó la palma en su pecho desnudo. El calor que despedían los dedos de Elenora era tan intenso que Arthur apenas pudo reprimir un gruñido de necesidad.
Él la miró a la cara. La luz de la vela le permitió ver que su expresión reflejaba pasión y placer. Elenora abrió la boca y Arthur supo que se había hundido tanto en el reino de las sensaciones que había olvidado la necesidad de guardar silencio.
Con rapidez, Arthur le cubrió la boca con la mano y sacudió la cabeza mientras sonreía levemente. Una comprensión compungida seguida de un brillo provocativo y burlón iluminaron los ojos de Elenora. Con suavidad e intencionadamente, Elenora le mordió a Arthur la palma de la mano.
Él casi se echó a reír en voz alta. Medio embriagado por la expectativa de lo que iba a suceder, Arthur cogió a Elenora en sus brazos y la llevó hasta la cama.
La echó sobre las sábanas arrugadas y se quitó la bata y las zapatillas. Ahora estaba totalmente desnudo: en su habitación, al prepararse para meterse en la cama, no se había puesto la camisa de dormir. De repente, Arthur se dio cuenta de que aquélla era la primera vez que Elenora lo veía sin ropa.
Entonces la observó y se preguntó si le resultaría agradable mirarlo o si por el contrario la visión de su cuerpo desnudo y excitado la incomodaría.
Sin embargo, cuando vio la expresión de Elenora, su preocupación desapareció. Brillaba en sus ojos una fascinación radiante y Arthur sonrió. Cuando Elenora alargó los brazos para rodear el miembro de Arthur con sus dedos, él apenas pudo controlarse.
Despacio, Arthur se tumbó en la cama. Durante unos minutos, disfrutó del ardiente placer de ser tocado, de una forma tan íntima, por Elenora. Sin embargo, después de unos instantes de tortura exquisita, no tuvo más remedio que apartar sus manos. Si no la detenía, pensó Arthur, no podría terminar aquello de la forma que quería.
Arthur acomodó a Elenora sobre su espalda, se inclinó sobre ella y deslizó la mano a lo largo de su pierna. El borde inferior del camisón de Elenora quedó atrapado en la muñeca de Arthur, que lo fue levantando al ir deslizando de nuevo la mano por la pierna de Elenora.
Arthur no se detuvo hasta que vio el triángulo de vello oscuro que ocultaba sus secretos.
A continuación, se inclinó y besó la hermosa y suave rodilla de Elenora. Ella le acarició la nuca con las manos. Al cabo de unos instantes, Arthur separó con suavidad las piernas de Elenora y acarició, con la lengua, el interior de uno de sus muslos de seda. Los dedos de Elenora, enredados en el cabello de Arthur, se pusieron en tensión.
—¿Arthur?
Él levantó un brazo y le tapó los labios con la mano para recordarle que debían guardar silencio. Cuando notó que ella se calmaba, él volvió a su tarea.

Arthur se colocó entre las piernas de Elenora e inhaló el exquisito olor femenino que descubrió en aquel lugar. Elenora olía a mar y a unas especias tan raras que no tenían nombre. Arthur pensó que podría vivir el resto de su vida de aquella fragancia embriagadora. Dobló las rodillas de Elenora a ambos lados de su cabeza, descubrió el bultito pequeño y sensible que había entre sus piernas y lo acarició con los dedos.
Elenora se puso tensa de inmediato, como si no estuviera segura de cómo debía responder. Sin embargo, su cuerpo sabía, con exactitud, lo que tenía que hacer. Al cabo de muy poco tiempo, ella estaba tan húmeda que los dedos de Arthur brillaron a la luz de la vela.
Elenora respiró con más rapidez y elevó las caderas hacia el rostro de Arthur. Cuando él introdujo un dedo en su interior, ella se apretó contra él y jadeó.
Arthur bajó la cabeza y besó el núcleo de su deseo mientras introducía otro dedo en su interior y lo movía con suavidad.
—Arthur —jadeó ella en un susurro ahogado. Intentó sentarse—. ¿Qué haces?
Sin levantar la cabeza, él utilizó una mano para empujarla con suavidad y firmeza contra la cama.
Al principio pensó que ella se resistiría; sin embargo, de una forma gradual, Elenora se dejó caer de espaldas sin dejar de gemir. Arthur oyó su respiración rápida y entrecortada. Sabía muy bien que Elenora era presa de una fuerza que no acababa de comprender.
—¡Oh, Dios! ¡Oh, oooh, Dios mío!
Bien por su promesa de silencio, pensó Arthur divertido y, al mismo tiempo, algo preocupado. De todos modos, ahora no podía detenerse, ella estaba demasiado cerca del final y él estaba decidido a terminar aquello de una forma adecuada.
Arthur notó su clímax inminente antes que el de ella. Las manos de Elenora se retorcieron en las sábanas y todo su cuerpo se puso en tensión.
Se había soltado por completo, pensó Arthur. Ya no tenía ninguna noción de lo que ocurría a su alrededor.
En aquel momento, Arthur oyó el ruido inconfundible de la puerta de la entrada al abrirse y, a continuación, percibió el murmullo distante y amortiguado de unas voces en el piso de abajo.
Margaret y Bennett habían regresado.
La liberación de Elenora se desató como una tormenta. Arthur levantó la cabeza con rapidez y vio que ella abría la boca y que cerraba los ojos con fuerza.
El desastre se cernía sobre ellos.
Arthur se desplazó hacia delante hasta que cubrió el cuerpo de Elenora con el suyo. Le cogió la cabeza entre las manos y apretó su boca contra la de ella mientras se tragaba el grito desesperado de placer y de asombro de Elenora.
Un instante después ella se relajó debajo del cuerpo de Arthur. Con cuidado, él levantó la cabeza y dejó libre su boca. A continuación, colocó la yema de uno de sus dedos sobre los labios de Elenora y le habló directamente al oído. Ella lo miró sorprendida y perpleja.
—Margaret y Bennett han llegado —susurró él.
La puerta principal se cerró y se oyeron los pasos de Margaret en la escalera.
Arthur no movió ni un músculo y, debajo de él, Elenora estaba paralizada. Los dos escucharon con atención.
Los pasos de Margaret se oyeron con más intensidad cuando empezó a recorrer el pasillo hacia su habitación. Arthur miró a Elenora a los ojos y, de una forma conjunta, ambos miraron la vela que todavía ardía en la mesa.
Arthur sabía que los dos se preguntaban lo mismo. ¿Vería Margaret el tenue resplandor de la vela por debajo de la puerta?
Los pasos de Margaret se detuvieron frente a la puerta de su dormitorio y, cuando Arthur había empezado a pensar que él y Elenora se habían salvado, los pasos siguieron avanzando.

Margaret llamaría a la puerta del dormitorio de Elenora y esperaría que ella respondiera, pensó Arthur. Él tenía la esperanza de que a Elenora se le ocurriera alguna excusa convincente para no invitar a Margaret a entrar en el dormitorio con la idea de mantener una charla de última hora.
Arthur se dio cuenta entonces de que Elenora tenía ambas manos apoyadas en su pecho y que lo empujaba con todas sus fuerzas. Él se apartó y se puso de pie junto a la cama y en silencio.
La llamada inevitable se produjo.
—¿Elenora? He visto la luz de la vela. Si no estás muy cansada me gustaría contarte una noticia muy emocionante. Bennett me ha pedido que me case con él.
—Un momento, Margaret, espera a que me ponga la bata y las zapatillas. —Elenora se levantó de la cama de un salto—. Es una noticia muy emocionante. Estoy encantada por ti.
Elenora continuó hablando con un tono de voz alegre y entusiasta mientras abría la puerta del armario, apartaba a un lado las faldas voluminosas de varios vestidos y realizaba gestos frenéticos mirando a Arthur.
Él se dio cuenta de que Elenora pretendía que se escondiera en el condenado armario. Arthur ahogó un gruñido. Ella tenía razón, era el único sitio de la habitación en el que podía esconderse.
Arthur cogió su bata y sus zapatillas y, con gran desgana, se introdujo en el armario. Elenora cerró la puerta con rapidez y él se vio cubierto por finas telas de muselina, sedas perfumadas y una oscuridad absoluta.
Arthur oyó que Elenora abría la puerta del dormitorio.
—Creo que esto merece una celebración —dijo Elenora—. ¿Por qué no vamos a la biblioteca y probamos el excelente brandy de Arthur? Quiero oír todos los detalles de la proposición de Bennett. Además, yo también tengo una noticia sorprendente que quiero comunicarte.
Margaret rió con alegría, como una joven que se acabara de enamorar por primera vez. Claro que quizás era exactamente eso lo que pasaba, pensó Arthur.
—De todos modos, ¿crees que hacemos bien bebiéndonos el brandy? —preguntó Margaret con un deje de preocupación genuina—. Ya sabes lo que siente Arthur respecto a esta bebida. La trata como si fuera un desusado elixir dorado de los dioses.
—Créeme —respondió Elenora con convicción—, en este caso Arthur no manifestaría la menor objeción a que bajáramos a la biblioteca a beber un poco de su preciado brandy.
La puerta se cerró detrás de las dos mujeres.
Arthur reflexionó unos minutos entre las sombras y las faldas y se preguntó qué había ocurrido con su vida ordenada y planificada. No podía creer que estuviera escondido en el interior de un armario en el dormitorio de una dama.
Cosas como aquélla no le habían ocurrido nunca antes de conocer a Elenora.

35

El día siguiente era miércoles y, por la tarde, los criados libraban. Elenora estaba sola en la casa con Sally, que se encerró en su habitación para leer la última novela de Margaret Mallory.
Margaret había salido con Bennett media hora antes y Arthur se marchó poco después con la intención de registrar la vivienda de Parker. Elenora sabía que él esperaba que ella lo acompañara, pero cuando Arthur le explicó su plan, ella

simplemente asintió distraídamente y le deseó que tuviera suerte y que encontrara las tres piedras rojas.
A las dos y media, Elenora se puso un gorro y unos guantes y salió a dar un paseo.
El día era cálido y soleado. Cuando llegó a su destino, Lucinda Colyer y Charlotte Atwater la esperaban en la perpetua penumbra funeraria del salón de la señora Blancheflower.
—¡Por fin has llegado, Elenora! —exclamó Lucinda mientras cogía la tetera—. Estamos ansiosas por oír tus noticias.
—Creo que las encontraréis muy interesantes. —Elenora se sentó en el sofá y contempló a sus dos amigas—. Lamento haberos avisado con tan poca antelación.
—No te preocupes —contestó Charlotte—. En tu nota nos comunicabas que había una cuestión de suma importancia que teníamos que tratar de inmediato.
—¡Santo cielo! Ha sucedido, ¿no? —Los ojos de Lucinda se iluminaron con horror y expectación—. ¡Tal como había previsto, tu nuevo patrono se ha aprovechado de ti! ¡Pobre, pobre Elenora! Te lo advertí, ¿recuerdas?
Elenora se acordó de lo que Arthur le había hecho la noche anterior y de las sensaciones increíbles que había experimentado, y, de repente, sintió mucho calor.
—Tranquilízate, Lucinda —declaró antes de tomar un sorbo de té—. Te aseguro que St. Merryn no me ha causado ningún agravio.
—¡Oh! —exclamó Lucinda con gran decepción. Pero se apresuró a esbozar una leve sonrisa y añadió—: ¡Me siento tan feliz al oírte decir esto!
Elenora dejó la taza de té sobre el plato.
—Me temo que no puedo obsequiaros con historias emocionantes acerca de la lujuria de mi patrono, pero creo que encontraréis lo que tengo que deciros todavía más interesante. Al menos, podría resultarnos mucho más provechoso.

Arthur estaba en el centro de la pequeña habitación que Parker utilizaba como sala. Había algo muy extraño en aquel lugar.
Cuando, una hora antes, lady Wilmington le dio la llave, le aseguró que encontraría la vivienda de Parker en el mismo estado en el que se hallaba el día anterior, cuando se lo llevaron al manicomio. Ella le explicó que no había tenido tiempo de retirar las pertenencias ni los muebles de su nieto.
Arthur registró todas las habitaciones con una precisión metódica y no encontró las piedras rojas. Pero no era esto lo que lo preocupaba, sino el aspecto de las habitaciones.
A primera vista, todo parecía normal. Los enseres del dormitorio, de la salita y de la cocina eran exactamente lo que uno esperaría encontrar en la vivienda de un joven moderno. La biblioteca contenía obras de los poetas más populares, así como un surtido de volúmenes de los clásicos, y la ropa del armario era de la última moda.
No había nada inusual o fuera de lo común en aquella casa, pensó Arthur. Y eso era precisamente lo que no encajaba, pues Parker era un criminal inusual y extraordinario.

Elenora se divirtió cuando vio la reacción de Lucinda y Charlotte al oír lo que les contó. Las dos se miraron con una expresión de sorpresa y horror.
—En pocas palabras —terminó Elenora—, los caballeros de los clubes han llegado a la conclusión de que St. Merryn se ha burlado de la buena sociedad. En su opinión, St. Merryn me contrató para disponer de una amante a su conveniencia.
—¿Ellos creen que tú eres su amante y que simulas ser su prometida y que él lo ha organizado todo para que vivas en su casa de manera que pueda tenerte a mano? ¡Qué vergüenza! —exclamó Lucinda.
Charlotte le lanzó una mirada intimidadora.

—Recuerda que, en realidad, Elenora no es la amante de St. Merryn, Lucinda. Esto es sólo el rumor que corre por los clubes.
—¡Sí, claro! —respondió Lucinda de inmediato. A continuación lanzó a Elenora una sonrisa de disculpa que, en cierto modo, también reflejaba algún pesar—. Sigue, por favor.
—Como os decía —continuó Elenora—, las apuestas están relacionadas con la fecha en la que St. Merryn terminará esta mascarada y me despedirá. —Elenora hizo una pausa para asegurarse de que la escuchaban con absoluta atención—. No veo por qué no deberíamos aprovecharnos de esta situación y apostar nosotras también.
Los ojos de Lucinda y Charlotte reflejaron primero comprensión y esperanza e ilusión.
—¡Nosotras conoceríamos la fecha con exactitud! —susurró Charlotte sobrecogida por las posibilidades que les ofrecía aquella situación—. Si Elenora pudiera convencer a St. Merryn para que terminara su relación en una fecha determinada...
—No creo que esto constituya ningún problema —las tranquilizó Elenora—. Estoy convencida de que St. Merryn cooperará en la determinación de la fecha exacta.
—Y nosotras seríamos las únicas que la conoceríamos —suspiró Lucinda—. ¡Podríamos ganar una fortuna!
—Resultaría tentador apostar varios miles de libras —explicó Elenora—, pero no creo que sea conveniente. Una cifra enorme de dinero despertaría las sospechas de la gente. Y no queremos que nadie pregunte por nuestras apuestas.
—Entonces, ¿cuánto? —preguntó Lucinda.
Elenora titubeó mientras reflexionaba.
—Creo que podríamos apostar un total de setecientas u ochocientas libras sin correr ningún riesgo. En mi opinión, cualquier cifra inferior a mil libras pasaría desapercibida en los libros de apuestas. Dividiremos las ganancias en tres partes.
—A mí me parece una fortuna —declaró Lucinda extasiada. Miró hacia el cielo y añadió—: Es bastante más de lo que espero recibir de la herencia de la señora Blancheflower. Además, tengo más probabilidades de conseguir el dinero de las apuestas que el de su herencia, porque empiezo a pensar que mi patrona me sobrevivirá.
—Pero ¿cómo realizaremos la apuesta? —preguntó Charlotte—. Las mujeres no pueden entrar en los clubes de St. James.
—He reflexionado sobre esta cuestión con detenimiento —explicó Elenora—, y creo que tengo un plan que funcionará.
—¡Esto es muy emocionante! —exclamó Charlotte.
—En mi opinión, esta aventura merece que la celebremos con algo más que una taza de té —anunció Lucinda.
A continuación se levantó del sofá, abrió un armario y sacó una licorera con jerez cubierta de polvo.
—Un momento —manifestó Charlotte con bastante menos entusiasmo—. ¿Qué ocurrirá si perdemos la apuesta? No podríamos hacer frente a los pagos.
—¡Santo cielo, Charlotte, utiliza la cabeza! —Lucinda retiró el tapón de cristal tallado de la licorera—. La única forma en que podríamos perder sería si St. Merryn se casara con Elenora. ¿Qué probabilidades hay de que algo así ocurra?
Las facciones de Charlotte se relajaron.
—¿Probabilidades? Resulta impensable que un caballero de su posición y su fortuna se case con una dama de compañía. Ni siquiera sé cómo se me ha ocurrido la idea de que pudiéramos perder.
—Exacto —contestó Elenora esforzándose para contener las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Al final consiguió esbozar una sonrisa radiante y alzó su copita de jerez—. ¡Por nuestra apuesta, señoras!

Media hora más tarde, Elenora se dirigió hacia la mansión de Rain Street con la sensación de que caminaba hacia su propia perdición. Había resultado maravilloso brindar por un futuro de color de rosa libre de penurias económicas y ocupado con el reto de regentar su pequeña librería, pensó Elenora. Además, algún día, cuando sus lágrimas se hubieran secado, podría disfrutar de la vida que había planeado para sí misma. Pero antes tenía que enfrentarse al dolor que suponía separarse de Arthur.
Elenora salió del parque y recorrió con lentitud la calle que la conducía a su hogar.
“No, no es mi hogar. Esta calle me conduce a mi lugar de trabajo temporal. Yo no tengo un hogar, pero tendré uno. Lo crearé para mí misma.”
Cuando llegó a la entrada de la enorme casa, se acordó de que la mayoría del servicio estaba fuera. Aunque ella disponía de una llave, y era perfectamente capaz de abrir la puerta por sí sola.
Elenora entró en el vestíbulo y se quitó la pelliza, los guantes y el gorro.
Lo que necesitaba era una taza de té, decidió. A continuación recorrió el pasillo que conducía a la parte posterior de la casa y bajó los escalones de piedra que comunicaban con las dependencias de la cocina. Elenora se quedó unos instantes mirando la puerta de la habitación en la que había oído a Ibbitts extorsionar a la pobre Sally. Sólo dos días más tarde, el mayordomo había muerto.
Elenora tembló al recordarlo y siguió caminando. La puerta del dormitorio de Sally estaba abierta. Elenora miró hacia el interior esperando ver a Sally enfrascada en la lectura de la novela.
La habitación estaba vacía. Quizá, Sally finalmente había preferido salir.
Elenora se preparó una bandeja en la enorme cocina y se la llevó a la biblioteca. Una vez allí, se sirvió una taza de té y se dirigió hacia la ventana.
La casa había cambiado en los últimos días. La tarea aún no estaba terminada, pero aquel lugar ya no era el mismo del día de su llegada. A pesar de la tristeza que la embargaba, Elenora experimentó una serena satisfacción por lo que había conseguido hasta entonces.
Los suelos y la carpintería se habían pulido recientemente y estaban relucientes. Las habitaciones que llevaban mucho tiempo cerradas se habían abierto y estaban limpias. Las fundas de los muebles se habían retirado. Las ventanas y los espejos, antes opacos, ahora resplandecían y permitían que los rayos del sol llegaran a rincones que habían permanecido largo tiempo en la penumbra. Gracias a las órdenes de Elenora, los pesados cortinajes de las ventanas estaban recogidos a los lados. Además, apenas podía encontrarse una mota de polvo en toda la casa.
Los jardines también empezaban a resultar mucho más acogedores, reflexionó Elenora, satisfecha por los progresos que se estaban realizando. Los senderos de gravilla se veían pulidos y rastrillados. La exuberante vegetación se podaba metódicamente y se estaban preparando parterres para plantas nuevas. Además, las obras en la fuente ya habían comenzado.
Elenora pensó en lo hermosa que sería la vista desde la biblioteca al cabo de un par de meses. Entonces, las plantas habrían florecido y las hierbas aromáticas estarían listas para emplearse en la cocina. Además, el agua de la fuente centellearía a la luz del sol.
Elenora se preguntó si Arthur se acordaría de ella alguna vez cuando mirara por aquella ventana.
Se terminó el té y, cuando disponía a darse la vuelta, vio a un hombre vestido con ropas de trabajo y un delantal de piel que estaba agachado sobre un parterre. Entonces se acordó de los azulejos nuevos que se necesitaban para la fuente. Lo mejor era asegurarse de que los habían encargado.
Elenora salió al jardín.
—Un momento, por favor —dijo Elenora mientras se dirigía con ligereza hacia el jardinero—, me gustaría hacerle una pregunta.

El jardinero gruñó y continuó sacando malas hierbas sin levantar la cabeza.
—¿Sabe si ya han encargado los azulejos para la fuente? —preguntó Elenora al detenerse junto a él.
El jardinero volvió a gruñir.
Elenora se inclinó un poco mientras él tiraba de otra mala hierba.
—¿Me ha oído? —insistió.
El corazón de Elenora casi se detuvo. ¡Sus manos! El jardinero no llevaba guantes. Elenora observó sus dedos largos y elegantes. Un anillo de sello confeccionado en oro brillaba en su mano izquierda. Elenora recordó la sensación que le produjo aquel anillo a través del delgado guante que el asesino llevaba puesto la noche que la invitó a bailar.
Al instante percibió su desagradable olor y se enderezó con rapidez. El pulso le latía con tanto frenesí que se preguntó si él lo oiría. Elenora retrocedió un paso y juntó las manos para evitar que le temblaran. Lanzó una rápida mirada a la puerta trasera de la casa: parecía estar a miles de millas.
El jardinero se incorporó y se volvió.
El primer pensamiento de Elenora fue que era demasiado guapo para ser un asesino sin piedad, pero entonces vio sus ojos y las dudas sobre su identidad se desvanecieron.
—Yo misma escogí una muestra de los azulejos que quiero que coloquen en la fuente —explicó Elenora con firmeza. Retrocedió un paso más y, con una tímida sonrisa en los labios, añadió—: Y no queremos que se cometa ningún error, ¿no es cierto?
El jardinero sacó una pistola de debajo del delantal y encañonó a Elenora.
—No, señorita Lodge —declaró—, sin duda no queremos que se cometa ningún error. Ya me ha causado usted bastantes problemas por ahora.
De repente, Elenora recordó que Sally no estaba en su habitación y el miedo y la rabia la invadieron.
—¿Qué ha hecho usted con la criada? —preguntó con tirantez.
—Está a salvo. —El asesino señaló la cabaña del jardín con la pistola—. Compruébelo usted misma.
Elenora cruzó la corta distancia que la separaba de la cabaña sin que el temor le permitiera apenas respirar y abrió la puerta.
Sally estaba en el interior, tumbada en el suelo, atada y amordazada, pero saltaba a la vista que no había sufrido ningún daño. Cuando vio a Elenora, sus ojos se abrieron debido a la desesperación y el pánico. Una carta sellada estaba sobre el suelo junto a ella.
—Su criada seguirá con vida siempre que usted coopere conmigo, señorita Lodge —declaró Parker con frialdad—. Pero si me causa usted alguna molestia le cortaré el cuello delante de sus propios ojos.
—¿Está usted loco? —preguntó Elenora sin detenerse a considerar sus palabras.
La pregunta pareció divertir a Parker.
—Mi abuela parece creerlo. Ayer hizo que me llevaran a un manicomio. ¡Y yo que creí que me adoraba! Resulta triste cuando uno no puede confiar ni en la propia familia, ¿no cree?
—Ella intentaba salvarlo.
Él se encogió de hombros.
—Fueran cuales fuesen sus intenciones, yo logré escapar al cabo de unas horas y estaba de regreso en Londres a tiempo de poner en práctica mis planes para ayer por la noche.
—Entonces fue a usted a quien vi en el baile.
Él realizó una reverencia burlona.
—Desde luego, y debo decir que tiene usted un cuello muy atractivo, señorita Lodge.

Elenora se prometió a sí misma que no permitiría que él la pusiera nerviosa con aquellos comentarios tan íntimos.
—¿Por qué quería que St. Merryn creyera que Roland Burnley era el asesino?
—Para que relajara su vigilancia, por supuesto. Creí que si St. Merryn bajaba la guardia sería más fácil secuestrarla a usted y, luego, a él. —Parker se echó a reír—. Además, me gusta jugar con St. Merryn. Él se enorgullece de su mente lógica, pero su capacidad de raciocinio no es nada comparada con la mía.
—¿De qué está usted hablando? —preguntó Elenora con voz autoritaria.
Quizá, si lo entretenía, alguien regresaría a la casa, la vería en el jardín y saldría a investigar.
—Todas sus preguntas serán respondidas a su debido tiempo, señorita Lodge. Pero lo primero es lo primero. Permita usted que me presente. —Parker inclinó la cabeza en una elegante reverencia, pero la pistola no se movió—. Tiene usted el gran honor de conocer al segundo Newton de Inglaterra.

36

Arthur apoyó un pie en el escalón y el antebrazo sobre el muslo.
—¿Qué le hizo pensar que el caballero que vivía en el número cinco era raro?
La anciana casera inspiró por la nariz.
—No tenía ningún criado ni doncella —empezó a decir—. Y nadie se ocupaba de su ropa ni de la cocina. Vivía solo. No he conocido a ningún joven que se desenvuelva tan bien solo.
Arthur volvió la mirada hacia la puerta del número cinco.
—¿Estaba usted aquí cuando se lo llevaron?
—Así es. —La mujer siguió la mirada de Arthur y sacudió la cabeza—. Fue una situación terrible. Lo sacaron atado con una de esas camisas de fuerza, como las que utilizan para los pobres desgraciados de Bedlam. La dama del carruaje lloraba desconsoladamente. Después me contaron que lo habían llevado a un psiquiátrico privado en algún lugar del campo.
—¿El caballero recibió alguna visita mientras vivía aquí?
—No que yo sepa —respondió la casera—. Claro que sólo pasaba en la casa unas pocas horas por las tardes.
Arthur se enderezó y bajó el pie del escalón.
—¿No dormía aquí? —preguntó.
—Nunca lo vi llegar antes de mediodía. Me imagino que pasaba las noches en su club.
Arthur contempló la puerta.
—O en algún otro lugar...

Elenora percibió un frío olor a humedad que le permitió saber que estaba bajo tierra antes de que Parker le retirara la venda de los ojos. Cuando se la quitó, ella descubrió que estaba en el interior de una habitación de muros de piedra sin ventanas iluminada por varias lámparas fijadas en las paredes.
Descendieron hasta aquel lugar en una especie de jaula. Elenora no había podido ver el artilugio porque tenía los ojos vendados, pero notó el movimiento y oyó el ruido de la pesada cadena que Parker utilizó para hacer bajar la estructura. Él le explicó con orgullo que era el único que conocía el manejo de la jaula.
—Dispone de un sistema de cierre especial con un cerrojo arriba y otro abajo —le contó Parker—. Es necesario conocer la combinación para poder abrirlo.

El techo, abovedado y de poca altura, le indicó que la habitación era muy antigua. Elenora dedujo que el diseño gótico era original y no ideado por algún decorador moderno. A lo lejos se percibía el tenue sonido del agua que goteaba o que lamía alguna superficie.
Una serie de bancos de trabajo repletos de aparatos e instrumentos estaban dispuestos alrededor de la sala. Elenora reconoció algunos de los instrumentos, como las balanzas, los microscopios y las lupas, pero otros le resultaban desconocidos.
—Bienvenida al laboratorio de mi abuelo, señorita Lodge —dijo Parker realizando un gesto grandilocuente con una mano—. Su colección de equipos y aparatos era excelente. Sin embargo, como es lógico, cuando yo llegué ya eran algo viejos. Algunos todavía resultaban útiles, pero yo me he tomado la libertad de reemplazar la mayoría por otros más modernos y avanzados.
Elenora todavía tenía las manos atadas por delante, pero Parker le había quitado las cadenas que había utilizado para sujetarle los tobillos durante el recorrido en carruaje.
En determinado momento de aquel viaje de pesadilla Elenora intentó saltar del vehículo, pero la portezuela estaba cerrada con llave y había barrotes en las ventanillas. Además, cuando Parker les dio las instrucciones oportunas a los dos matones que había en el pescante, Elenora se dio cuenta de que sería inútil pedirles auxilio. Sin lugar a dudas, los dos villanos estaban al servicio de Parker.
—El recorrido no ha sido largo —comentó Elenora ignorando deliberadamente la explicación de Parker acerca del laboratorio—. Todavía debemos de estar en Londres. ¿Dónde nos encontramos?
Elenora mantuvo la voz serena para que pareciera que dominaba la situación. Ocurriera lo que ocurriese, no permitiría que él percibiera el terror que inundaba su corazón. No le concedería a aquel loco esa satisfacción.
—Es usted muy astuta, señorita Lodge. Es cierto que estamos en Londres. Esta sala está localizada en una zona remota debajo de las ruinas de una vieja abadía. Muy pocas personas viven en los alrededores y, además, están convencidas de que este lugar está embrujado.
—Comprendo. —Elenora miró a su alrededor y examinó las esquinas en sombras de la habitación. No resultaba difícil creer que los espectros y los fantasmas merodearan por aquella sala.
Parker dejó la pistola encima de un banco de trabajo y se quitó el abrigo. Debajo de aquella pieza de ropa de primera calidad, vestía una camisa de hilo de un blanco inmaculado y un elegante chaleco a cuadros blancos y azules.
—Mi abuelo avivó las leyendas locales relacionadas con la abadía y yo he continuado la tradición —explicó él—. Resulta útil para mantener a la gente lejos de este lugar.
—¿Por qué me ha traído aquí?
—Es una historia un poco complicada, señorita Lodge. —Parker consultó su reloj—. Sin embargo, tengo tiempo para contársela. —Se dirigió hacia uno de los bancos de trabajo y, con la misma delicadeza con la que un hombre acariciaría a su amante, deslizó la mano por la máquina de gran tamaño y aspecto malévolo que había encima. Una veneración sobrecogedora brilló en sus ojos—. Es una historia sobre el destino.
—¡Tonterías! Ningún estudioso serio de las ciencias cree en el destino.
—¡Ah, pero yo soy más que un estudioso serio de las ciencias, querida señora! Yo nací para ser su maestro.
—Su abuela tiene razón. Está usted loco.
Él soltó una risa breve y burlona.
—Ella está convencida de mi locura.
—Porque usted ha cometido asesinatos.

—El asesinato sólo ha sido el comienzo, señorita Lodge. —Parker deslizó despacio y cariñosamente la mano a lo largo de una parte de la máquina que parecía el cañón de un rifle—. Sólo el comienzo. Todavía me queda mucho que hacer.
Su forma de acariciar la máquina incomodó a Elenora, quien apartó la vista de sus dedos largos y agraciados.
—Háble me de lo que usted llama su destino —le pidió Elenora.
—No tengo ninguna duda respecto a su veracidad. Ya no. —Parker parecía estar extasiado por la máquina—. St. Merryn y yo compartimos un vínculo. Y ninguno de los dos puede evitar su destino.
—¿Qué quiere decir?
Parker sacó una bolsita de terciopelo rojo de su bolsillo y desató la cinta que la cerraba.
—Los dos hemos heredado un legado de asesinato y frustración. Sin embargo, en esta ocasión las cosas se resolverán de una forma muy distinta a como se resolvieron la última vez.
Parker sacó una piedra roja de la bolsa con sumo cuidado y la introdujo en una abertura que había en uno de los lados de la extraña máquina.
—¿A qué se refiere? —preguntó ella desesperada por conseguir que continuara hablando.
—Mi abuelo y el tío abuelo de St. Merryn fueron amigos hasta que se convirtieron en rivales feroces. Al final, la competencia que existía entre ellos se volvió encarnizada. George Lancaster no podía soportar que mi abuelo fuera tan genial como Newton, ¿comprende? Lo consideraba un loco y se burlaba de él.
—Pero usted ha llevado a cabo su venganza, ¿no es cierto? Usted asesinó al tío abuelo de Arthur.
—La muerte de Lancaster fue un accidente, o eso creí yo en aquel momento. No pretendía matarlo, al menos no antes de que hubiera presenciado el éxito de mi proyecto. Yo quería que supiera que estaba equivocado cuando se burlaba de mi abuelo y lo llamaba loco alquimista. Sin embargo, el viejo me sorprendió mientras yo estaba registrando su laboratorio.
—Usted buscaba la caja de rapé, ¿no es cierto?
—Así es. El rayo requiere de las tres piedras. —Parker introdujo la segunda piedra roja en el interior de la máquina—. Cuando George Lancaster falleció, creí que había malinterpretado mi destino, pero luego averigüé que St. Merryn me perseguía y todo quedó claro para mí. Entonces comprendí que era él, y no su anciano tío abuelo, quien debía presenciar mi gran éxito. Todo es perfectamente lógico.
—¿Qué quiere decir?
—George Lancaster y mi abuelo vivieron en otra época. Los dos eran de una generación anterior y pertenecían al pasado. Sin embargo, St. Merryn y yo somos de la época moderna. Resulta lógico que sea St. Merryn y no su antepasado quien presencie mi triunfo. —Parker dio unos golpecitos a la máquina—. Del mismo modo que lo correcto era que fuera yo, y no mi antepasado, quien descifrara el misterio del Rayo de Júpiter.
—¿De dónde sacó la idea de su supuesto destino?
—Todo figuraba en los diarios de mi abuelo. —Parker introdujo la última piedra en la máquina, cerró el orificio de entrada y se volvió para mirar a Elenora—. Sin embargo, como todo buen alquimista, Treyford escribía, con frecuencia, en un lenguaje codificado que no era fácil de resolver. Al principio, cometí unos cuantos errores.
—¿Qué le hace pensar que no ha cometido un gran error al traerme aquí?
—Admito que algunas partes de los escritos de mi abuelo eran bastante oscuras. Pero todo quedó claro cuando el conde de St. Merryn se aseguró de que nuestros caminos se cruzaran.

—¿Quiere decir cuando empezó a buscar al hombre que había asesinado a su tío abuelo?
—Exacto. Cuando me di cuenta de que me perseguía, por fin comprendí que estábamos destinados a ser los oponentes de esta generación, tal como lo fueron Lancaster y mi abuelo hace años.
Elenora lo comprendió todo.
—Entonces me ha traído aquí esta noche porque sabe que es la forma más sencilla de atraer a St. Merryn y hacerlo prisionero.
—Es usted una mujer muy inteligente, señorita Lodge. St. Merryn eligió bien cuando acudió a las oficinas de Goodhew & Willis. Comprendo que es una lástima para usted que él la implicara en este asunto. Sin embargo, así es cómo funciona el destino algunas veces. Con frecuencia, los inocentes desempeñan un papel muy importante como peones.

37

Arthur saltó del carruaje antes de que se hubiera detenido por completo delante de su casa y subió las escaleras a toda prisa.
—No les quites los aparejos a los caballos —ordenó a Jenks por encima del hombro—. Tenemos que realizar otra visita esta tarde.
—Sí, señor.
La puerta de la casa se abrió antes de que Arthur la tocara. Ned apareció en el umbral con el rostro ensombrecido por el terror.
—¿Ha recibido usted mi mensaje, señor?
—Así es. —Arthur entró con impaciencia en el vestíbulo—. Todavía estaba en la casa de Parker cuando el muchacho me encontró y me comunicó que había surgido una cuestión de extrema urgencia. ¿De qué se trata? Todavía tengo que realizar una visita y no quiero perder el tiempo.
Entonces Arthur vio a Sally de pie justo detrás de Ned y la expresión de angustia de su rostro le encogió el corazón.
—¿Dónde está la señorita Lodge? —preguntó con aspereza.
Sally le tendió la carta sellada y se echó a llorar.
—Él amenazó con cortarme el cuello si ella intentaba escapar o pedir ayuda —explicó Sally entre sollozos—. Y lo habría hecho. Lo vi en sus ojos, señor. No eran humanos.

—Es cierto que mi abuelo no logró completar el Rayo de Júpiter. —Parker se apoyó en el banco de trabajo y cruzó los brazos—. Sin embargo el fallo estaba en los instrumentos, no en las instrucciones del viejo alquimista.
—¿Qué quiere decir? —preguntó Elenora con la intención de hacerle creer que sentía auténtica curiosidad.
Elenora se acercó al banco de trabajo, como si la extraña máquina la intrigara. Parker sentía verdaderos deseos de hablar sobre el aparato y su propia genialidad y había adoptado la actitud de un conferenciante.
—Las instrucciones del viejo lapidario indicaban que debía utilizarse un fuego frío para avivar la energía que se ocultaba en el corazón de las tres piedras —explicó Parker—. Esto constituyó el gran impedimento para realizar el proyecto. Mi abuelo escribió en su diario que intentó calentar las piedras de formas muy distintas, pero que ninguna funcionó. Además, no logró descifrar a qué se refería el alquimista con

la expresión “fuego frío”. Estaba investigando la creación de una fuente de calor potente y adecuada para este fin cuando falleció en aquella explosión.
Elenora se detuvo al otro lado del banco de trabajo y simuló que examinaba el aparato.
—¿Y usted cree que ha encontrado la respuesta? —preguntó.
—Así es. —El rostro de Parker se iluminó con pasión—. Cuando leí los diarios de mi abuelo y analicé las instrucciones del lapidario a la luz de la ciencia moderna, comprendí lo que debía utilizarse para aplicar un fuego frío a las piedras.
—¿Y de qué se trata?
Parker acarició la máquina.
—De un generador eléctrico, naturalmente.

Arthur ignoró al consternado mayordomo que pretendía anunciar su llegada y entró apresuradamente en el estudio.
—Parker ha secuestrado a Elenora —declaró.
—¡No! —Lady Wilmington se levantó con rapidez de la silla que había detrás del escritorio—. No es posible.
—Se escapó del manicomio privado al que usted lo envió.
—¡Santo cielo! —Sobresaltada, lady Wilmington se dejó caer de nuevo en la silla—. Nadie me ha comunicado su huida, se lo prometo.
—La creo. Sin duda, todavía no se lo han contado porque esperan encontrar a Parker antes de que usted lo sepa. Después de todo, usted es una clienta adinerada. Los propietarios del psiquiátrico no querrían que acudiera usted a otro centro.
—¡Qué desastre!
Arthur cruzó la habitación en tres zancadas y se detuvo delante del pequeño escritorio.
—Parker me ha dejado una nota en la que me indica que debo acudir solo a cierta dirección hoy a medianoche. Allí encontraré a dos hombres que me conducirán a un lugar secreto. Supongo que, antes de llevarme con su nieto, primero me atarán, me vendarán los ojos y me desarmarán. En estas condiciones no seré de mucha ayuda para Elenora.
—Lo siento mucho. Muchísimo. —Lady Wilmington parecía aturdida y desesperada—. No sé qué hacer o qué decir. Nunca quise que algo así sucediera. Creí que hacía lo mejor para todos.
Arthur se inclinó y apoyó las manos en el refinado escritorio.
—¿Dónde está el laboratorio de Parker?
Lady Wilmington se sintió confusa por la pregunta.
—¿Cómo dice?
—Hoy he estado en su casa y la he registrado a fondo. Los libros y los enseres no son más que una fachada para imitar la vivienda de un caballero moderno.
—¿Qué quiere decir?
—Pasé gran parte de mi juventud en la casa de mi tío abuelo —explicó Arthur—, y sé cuáles son los enseres que resultaría lógico encontrar en el hogar de un hombre a quien le consume la pasión por la ciencia. No encontré ninguno de ellos en la vivienda de Parker.
—No le comprendo.
—En la casa de un hombre así debería haber un laboratorio atiborrado de instrumentos, aparatos, recipientes de cristal, etcétera. Debería haber libros sobre óptica y matemáticas en lugar de moda y poesía. Además, los diarios de Treyford tampoco estaban allí.
—Sí, claro, lo comprendo. Ayer estaba muy alterada y ni siquiera pensé en estas cosas.

—Parker quizás esté loco, pero también está obsesionado con sus planes para construir el Rayo de Júpiter. Debe de tener un laboratorio secreto en algún lugar de la ciudad. Debe de ser un lugar en el que se sienta seguro, un lugar en el que pueda trabajar toda la noche sin llamar la atención. Allí es donde debe de tener a Elenora.
—¡El viejo laboratorio de Treyford! —Lady Wilmington se acarició una ceja—. Sin duda, Parker encontró la dirección en los diarios y debió de sentirse fascinado por la idea de llevar a cabo su investigación en el mismo lugar en el que su abuelo realizó sus experimentos.
—¿Qué sabe acerca del laboratorio?
—Treyford lo construyó después de romper su relación con Glentworth y su tío abuelo. Ellos nunca supieron que este lugar existía y, aunque lo hubieran sabido, no les habría importado. Sin embargo Treyford me llevó allí en muchas ocasiones —explicó lady Wilmington con nostalgia—. Necesitaba compartir el resultado de sus experimentos con alguien que valorara su genialidad, pero en aquella época ya no hablaba ni con Lancaster ni con Glentworth.
—¿De modo que la llevó a usted a su laboratorio para que presenciara los resultados de sus investigaciones?
—Así es. La localización del laboratorio era nuestro secreto. No había otro lugar en el que pudiéramos estar a solas sin miedo a ser descubiertos.

El más bajo de los dos hombres que esperaban en el callejón fue el primero en ver la luz titilante del farol que se acercaba.
—¿Lo ves? Después de todo, ha venido, tal como el señor Stone dijo que haría. —El rufián se separó de la pared y, tras levantar la pistola, añadió—: Y tú creías que era demasiado inteligente como para arriesgar el cuello por una mujer.
Una figura cubierta con un sombrero y un sobretodo apareció en la entrada del callejón. Su contorno se distinguía con claridad gracias a la luz del farol.
—De acuerdo, está loco —admitió el segundo hombre sopesando el cuchillo que sostenía en una mano mientras cogía el trozo de cuerda que pensaba utilizar para maniatar a su prisionero con la otra—. Pero éste es su problema, no el nuestro. Lo único que nosotros tenemos que hacer es llevarlo a la vieja abadía y dejarlo en la jaula que nos ha indicado el señor Stone.
Los dos hombres se dirigieron con cautela hacia su presa. La figura tapada con el sombrero y el sobretodo no realizó ningún movimiento sospechoso, simplemente permaneció donde estaba y esperó.
—¡No se mueva, señor! —exclamó el hombre bajito sosteniendo la pistola de modo que su víctima potencial la viera—. No mueva ni un solo dedo. Mi compañero le hará de ayuda de cámara y se encargará de que vaya vestido de la forma adecuada para visitar al señor Stone.
La figura cubierta con el sobretodo no pronunció ni una palabra.
—No está de humor para charlas, ¿no es cierto? —preguntó el hombre más alto avanzando con la cuerda en la mano—. No le culpo. Le aseguro que yo no desearía estar en su pellejo en estos momentos. Reconozco que el señor Stone es un bicho raro.
—Pero es generoso a la hora de pagarnos, de modo que intentamos ignorar sus rarezas —continuó el hombre bajo—. Acabemos con esto. Coloque las manos a la espalda para que mi compañero pueda atarlo. No tenemos toda la noche, ¿sabe?
—No —contestó Jenks mientras se quitaba el sombrero—. No tenemos toda la noche.
Ned y Hitchins salieron con rapidez de las sombras de un portal que había a la espalda de los dos granujas.

Cuando oyeron los pasos, los dos malhechores quisieron darse la vuelta, pero Ned y Hitchins ya estaban encima de ellos y hundieron los cañones de sus pistolas en los riñones de los villanos.
—¡Tirad las armas o sois hombres muertos! —exclamó Hitchins.
Los rufianes se quedaron paralizados. La pistola, y a continuación el cuchillo, repiquetearon en el suelo de piedra.
—¡Esperad! A mi amigo y a mí nos contrataron para llevar al señor junto a nuestro patrono —explicó el hombre bajito con nerviosismo—. Él nos dijo que todo estaba arreglado y que el señor estaba de acuerdo con el plan. No hemos hecho nada malo.
—Esto es cuestión de opiniones —replicó Hitchins.
El rufián más alto le lanzó a Hitchins una mirada inquieta y preguntó:
—¿Es usted St. Merryn?
—No, St. Merryn ha decidido seguir otra ruta para encontrarse con vuestro patrono.

38

Parker sacó el reloj de oro de su bolsillo y volvió a comprobar la hora.
—Todavía falta media hora para que mis empleados dejen a St. Merryn, atado y bien atado, en la jaula de la capilla que hay encima de esta habitación.
—¿O sea que sus hombres conocen la localización de este laboratorio? —preguntó Elenora sorprendida.
—¿Por quién me toma? —Parker la miró con desdén—. ¿Cree usted que correría el riesgo de contar a un par de rufianes un secreto de este calibre? Ellos recibieron la orden de inmovilizar a St. Merryn, dejarlo en la jaula que hay en la parte trasera de la capilla y marcharse. Nadie, salvo yo, conoce la existencia de este lugar.
—Ahora yo también lo conozco —señaló ella.
Él inclinó la cabeza con aire divertido.
—Está bien, rectifico. —A continuación levantó la cabeza hacia el techo abovedado—. Además, dentro de poco tiempo, y después de que haga descender la jaula por la trampilla secreta que hay en el suelo de la capilla, St. Merryn también lo conocerá.
“Espero que los dos sean conscientes del gran honor que les he concedido.
—¿El honor de permitirnos ver el laboratorio secreto del segundo Newton de Inglaterra?
—Su comentario es muy mordaz, señorita Lodge. Me hiere usted. —Parker rió entre dientes y agarró una palanca del Rayo de Júpiter—. Sin embargo, cambiará usted de actitud cuando vea lo que este aparato es capaz de hacer.
Parker empezó a girar la palanca con rapidez.
Elenora lo observó con inquietud.
—¿Qué hace? —preguntó.
—Almacenar una gran cantidad de electricidad. Cuando lo haya hecho la utilizaré para activar la máquina.
Elenora examinó el aparato con creciente ansiedad y, en esa ocasión, con mucho interés.
—¿Cómo funciona?
—Cuando la carga eléctrica ha sido almacenada de forma correcta, puede liberarse girando el botón que hay en la parte superior de la máquina. —Parker lo señaló y prosiguió—: Este botón también se utiliza para desconectar el rayo. Cuando las chispas eléctricas entran en contacto con las piedras que hay en la cámara excitan la energía que contienen, como había predicho el viejo alquimista. Entonces se

genera un rayo estrecho de luz carmesí. Justo antes de que mi abuela hiciera que me detuvieran, lo probé y funcionó a la perfección.
—¿Qué hace el rayo?
—¡Algo realmente sorprendente, señorita Lodge! —exclamó Parker—. Destruye todo lo que encuentra a su paso.
Elenora no creía que fuera posible sentir más terror del que había sentido hasta entonces. Sin embargo, cuando percibió la locura que brillaba en los ojos de Parker, la gélida sensación que experimentaba en la boca del estómago, se volvió mil veces más intensa.
Entonces se dio cuenta de que, aparte de todo lo que Parker planeaba hacer con el Rayo de Júpiter, antes que nada, pretendía lanzarlo sobre ella y Arthur.

Arthur creía que la oscuridad constituiría la peor parte del asunto, pero finalmente fue el olor lo que más le molestó. El hedor que emanaba del río subterráneo era tan nauseabundo que se vio obligado a taparse la boca y la nariz con el fular.
Claro que, al menos, no había tenido que caminar a lo largo de las estrechas orillas infestadas de ratas, pensó Arthur volviendo a sumergir la pértiga en las oscuras aguas. En el muelle secreto que había debajo del viejo almacén, Arthur encontró un bote de fondo plano y una pértiga.
—Treyford conservaba botes y pértigas de repuesto tanto en la entrada del laboratorio como aquí, en el almacén —le explicó lady Wilmington cuando lo guió hasta el sótano oscuro del edificio abandonado y le mostró el muelle subterráneo secreto—. Según me contó, de este modo podía entrar o salir del laboratorio por el río o por la abadía, según se le antojara, y de este modo podía escapar si se producía algún desastre durante el transcurso de un experimento. Por lo visto, Parker ha seguido la misma práctica.

El río turbio era de aguas mansas, de modo que resultaba bastante fácil desplazar el bote con la pértiga río arriba. La luz del farol que Arthur había colocado en la proa de la embarcación derramaba su luz sobre un escenario singular.
En más de una ocasión, después de tomar una curva del río, Arthur había tenido que agacharse con rapidez para no golpearse con un antiguo puente.
Además de los puentes había otros peligros. En algunos lugares, grandes pedazos de piedra o antiguas vigas de madera habían caído al río. Algunos sobresalían del agua como monumentos olvidados de una civilización perdida. Otros estaban sumergidos y no resultaban visibles hasta que el pequeño bote chocaba contra ellos.
Arthur examinaba las piedras con atención para identificar las estatuas y el relieve de mármol que lady Wilmington le había descrito como puntos de referencia.
—Cuando los vi por última vez ya habían soportado el paso de muchos siglos —le explicó ella—, de modo que estoy segura de que todavía siguen ahí.

Parker consultó su reloj de oro una vez más y pareció satisfecho; incluso se podría decir que entusiasmado.
—Las doce y media. Mis empleados ya deben de haber encerrado a St. Merryn en la jaula y deben de haberse ido.
Elenora elevó la mirada hacia el techo abovedado.
—No he oído ningún ruido que procediera de las salas que hay encima de esta cámara.
—Los suelos de piedra son muy gruesos y no dejan pasar ningún ruido. Ésta es una de las características más admirables de este laboratorio. Puedo realizar experimentos que produzcan mucho ruido y mucha luz y nadie, aunque estuviera justo encima, se imaginaría lo que está ocurriendo aquí abajo.

—¿Qué le hace pensar que sus hombres no esperarán para observar lo que ocurre? —preguntó ella.
—¡Bah! Están tan asustados de la vieja abadía como el resto de las personas del vecindario. Sin embargo, aunque la curiosidad les infundiera valor, lo único que verían sería la jaula desapareciendo tras la pared de piedra del fondo del altar. Cuando la entrada secreta se cierra resulta imposible encontrar la abertura. De modo que no verían que la jaula desciende hasta esta sala.
Parker levantó las manos y giró la enorme rueda de hierro que sobresalía de la pared.
Una sección del techo se deslizó a un lado y reveló un hueco oscuro. Elenora oyó el chirrido de una cadena pesada y lo identificó como el ruido que oyó cuando Parker la llevó a aquel lugar.
El corazón le latió con intensidad. La única oportunidad que tendría de coger la barra de hierro que había sobre la mesa de trabajo sería cuando Parker estuviera ocupado sacando a Arthur de la jaula.
El chirrido de las cadenas se intensificó. Elenora vio aparecer la parte inferior de la jaula de hierro, entre las sombras del hueco que alojaba el mecanismo.
Las puntas de un par de botas lustrosas aparecieron a la vista. Parker parecía hipnotizado.
—Bienvenido al laboratorio del segundo Newton de Inglaterra, St. Merryn —saludó sin apartar la mirada de las botas.
El tono de su voz desprendía júbilo y excitación.
Elenora se acercó a la mesa de trabajo y con las manos atadas cogió una barra pesada de hierro. Sólo tendría una oportunidad, pensó.
—¡Elenora, agáchate!
La terminante orden de Arthur resonó por toda la habitación.
Ella obedeció y se echó al suelo sin soltar la barra de hierro.
—¡St. Merryn! —exclamó Parker dejando de mirar las botas vacías de la jaula y dándose la vuelta mientras levantaba la pistola.
—¡No! —gritó Elenora.
Las dos explosiones que se produjeron a continuación retumbaron por toda la habitación. El olor acre a pólvora quemada se extendió por el aire.
Elenora vio que los dos hombres seguían de pie. Ambas pistolas habían disparado, pero la distancia que los separaba era considerable y no habían podido apuntar con precisión.
Ahora las dos armas resultaban inútiles, a menos que volvieran a cargarlas; pero Arthur sacó rápidamente otra pistola de su bolsillo y avanzó con rapidez sin dejar de observar a Parker. Su voz restalló en la atmósfera de la sala:
—Elenora, ¿estás bien?
—Sí. —Ella se puso de pie—. ¿Y tú?
—Estoy ileso —respondió él mientras apuntaba a Parker con la pistola.
—¡Bastardo! —bramó Parker mirando a Arthur con furia.
Entonces se acercó a toda prisa al banco de trabajo.
—¡Tiene otra pistola! —gritó Elenora—. Está en la mesa que hay a sus espaldas.
—Ya la veo.
Arthur avanzó y cogió la pistola.
—¡Está loco! —Parker le gritó desde el otro lado de la mesa de trabajo—. No sabe usted con quién está tratando.
Sin otro signo de advertencia, Parker se lanzó sobre la extraña máquina e hizo girar el botón que había en la parte superior con ambas manos.
Arthur levantó la pistola.
—¡No se mueva!
—¡Cuidado! —advirtió Elenora—. Según él, la máquina funciona.

—Lo dudo. Pero por si acaso... —Arthur realizó una señal con la pistola—. ¡Aléjese del aparato, Parker!
—¡Demasiado tarde, St. Merryn! —La risa de Parker retumbó en las paredes de piedra—. Demasiado tarde. Ahora se dará cuenta de mi genialidad.
La máquina produjo un chasquido y Elenora vio cómo la electricidad saltaba y formaba arcos a su alrededor.
Un rayo delgado de color rojo rubí salió disparado del largo cañón. Parker apuntó a Arthur con la boca del arma.
Arthur se dejó caer al suelo. El rayo cortó el aire justo donde él se encontraba hacía sólo un segundo e incidió en la pared de piedra que había detrás de él emitiendo un siseo y soltando chispas en todas las direcciones.
Arthur levantó la pistola y disparó desde el suelo. Sin embargo no tuvo tiempo de apuntar con precisión y la bala se incrustó en el banco de trabajo.
Parker desplazó el cañón del aparato hacia el suelo para apuntar a su blanco. El rayo infernal cortó el aire en dirección a Arthur carbonizando todo lo que encontraba a su paso.
Elenora avanzó sin hacer ruido para colocarse detrás de Parker. No debía alertarlo hasta que estuviera cerca y pudiera golpearlo, se dijo a sí misma.
—¿De verdad creyó que podría vencerme? —le gritó Parker a Arthur.
A continuación utilizó ambas manos para mover el cañón del Rayo de Júpiter y seguir los movimientos del cuerpo de Arthur, quien daba vueltas sobre sí mismo en el suelo. La pesada máquina se movía con lentitud y resultaba evidente que Parker tenía que ejercer una fuerza considerable para ir ajustando el visor.
“Sólo unos pasos más”, pensó Elenora. Sujetó con fuerza la barra de hierro y la levantó.
—Usted es un loco, no un genio —gritó Arthur—. Igual que su abuelo.
—Reconocerá mi genialidad con su último aliento, St. Merryn —le aseguró Parker.
Elenora avanzó otro paso hacia Parker e intentó atizarle con la barra en la cabeza, pero en el último momento él percibió su presencia.
Parker se apartó a un lado con rapidez y esquivó lo que podría haber sido un golpe mortal. La barra de hierro golpeó la pesada mesa de trabajo y rebotó con tanto impulso que Elenora no tuvo más remedio que soltarla.
Elenora había fallado el blanco, pero aquella distracción había obligado a Parker a soltar la máquina asesina. Parker, rabioso, empujó a Elenora a un lado.
Ella cayó al suelo y se golpeó contra el pavimento de piedra. Sus ojos se cerraron debido al dolor.
Al oír el ruido de algo en movimiento volvió a levantar los párpados; justo a tiempo para ver a Arthur lanzarse de cabeza sobre Parker.
Los dos hombres cayeron juntos al suelo produciendo un ruido sordo y estremecedor. Rodaron con estrépito de un lado a otro encontrándose consecutivamente el uno encima del otro.
Abandonado por su operador, el Rayo de Júpiter no se movía, pero el rayo mortal seguía fluyendo de la boca del cañón.
Los dos hombres lucharon con una violencia que Elenora no había presenciado en toda su vida. Pero no podía hacer nada para intervenir.
De repente, Parker se liberó de los brazos de Arthur y se puso de pie. Cogió la barra de hierro que Elenora había utilizado contra él e intentó golpear con ella a Arthur en la cabeza.
Elenora soltó un grito de advertencia.
Arthur rodó a un lado justo cuando la barra se precipitaba sobre él. El metal casi le rozó la cabeza. Arthur agarró uno de los tobillos de Parker y tiró de él con violencia.
Parker gritó con rabia y se tambaleó intentando liberar su pierna y recobrar el equilibrio. Entonces levantó de nuevo la barra y se preparó para asestar otro golpe.

Arthur, quien todavía estaba medio tendido en el suelo, soltó la pierna de Parker de repente. Este acto cogió desprevenido a Parker, quien agitó los brazos y retrocedió intentando recuperar el equilibrio.
—¡No! —gritó Elenora.
Ya era demasiado tarde. Elenora se llevó las manos a la boca y contempló con horror cómo el desesperado intento por recuperar el equilibrio de Parker lo llevaba a cruzarse en el camino del mortífero rayo de luz.
Parker gritó sólo una vez mientras el rayo le quemaba el pecho, cerca del corazón. El espeluznante grito resonó en las paredes y terminó con una brusquedad horripilante.
Parker se desplomó como un títere al que acabaran de cortar los hilos. El rayo abrasador continuó incidiendo en la pared de piedra que había justo detrás del lugar en el que Parker había estado hacía sólo un segundo.
Elenora, incapaz de contemplar la terrible escena, se dio la vuelta. El estómago se le revolvió y tuvo miedo de vomitar.
—Elenora —dijo Arthur dirigiéndose hacia ella—, ¿estás herida?
—No. —Elenora tragó con dificultad—. ¿Está...? Sí, debe de estarlo... —declaró, pero no se atrevió a volverse.
Arthur pasó junto a ella, evitó, con precaución, el rayo de luz y se arrodilló para examinar el cuerpo de Parker. Se levantó con rapidez.
—Sí —declaró—. No cabe duda de que está muerto. Ahora debemos encontrar la forma de apagar el aparato.
—Creo que se apaga con el botón que hay en la parte superior.
Un ruido sordo y extraño la interrumpió. Al principio, Elenora creyó que la jaula de hierro estaba otra vez en marcha, pero entonces se dio cuenta, con horror, que el ruido procedía del Rayo de Júpiter.
El ruido sordo se convirtió en un rugido grave.
—Algo no va bien —declaró Arthur.
—Haz girar el botón.
Arthur corrió hasta el banco de trabajo e intentó hacer girar el botón, pero retiró los dedos de inmediato.
—¡Maldita sea! Quema como unas brasas.
El rugido grave se convirtió en un silbido agudo completamente distinto a todo lo que Elenora había oído hasta entonces. El rayo de luz roja se volvió menos estable y empezó a vibrar a un ritmo muy irregular.
—Salgamos de aquí —apremió Arthur mientras se acercaba con rapidez a Elenora.
—No podemos utilizar la jaula —advirtió ella—. Parker me dijo que sólo funcionaba si se conocía el mecanismo que la desbloqueaba.
—No saldremos por la jaula, sino por el río perdido.
Arthur la cogió por el hombro y la empujó hacia la cripta que había detrás del laboratorio.
Ella no sabía de qué hablaba Arthur, pero no discutió su decisión. La máquina, encima de la mesa de trabajo, estaba adquiriendo un color rojo, como si estuviera sometida a las llamas ardientes de una forja monstruosa. El extraño y agudo silbido se volvió más intenso.
Sin duda no se necesitaba un genio de la categoría de Newton para deducir que aquella cosa iba a explotar, pensó Elenora.
Entró con Arthur en la cripta. El fétido olor del río la golpeó con fuerza. Arthur encendió el farol y los dos subieron al bote de fondo plano.
—Ahora entiendo por qué has venido solo —comentó Elenora mientras procuraba no perder el equilibrio.
—En esta embarcación sólo caben dos personas —explicó Arthur. Cogió la pértiga y la utilizó para alejar el bote del muelle de piedra—. Y era consciente de que podría necesitarla para sacarte a ti de este lugar.

—¡Es un río! —susurró ella sorprendida—. ¡Y transcurre por debajo del corazón de la ciudad!
—Mantén la cabeza baja —advirtió Arthur—. Hay puentes y otros obstáculos.
Al cabo de unos minutos, oyeron el sonido amortiguado de una explosión que retumbó por las viejas paredes de piedra. Elenora percibió que el bote temblaba, pero la pequeña embarcación continuó su recorrido a lo largo de la corriente.
A continuación se oyó un chirrido y un estrépito terrible de piedras que entrechocaban y se derrumbaban ininterrumpidamente.
Unos instantes más tarde se produjo un silencio aterrador.
—¡Santo cielo! —susurró Elenora—. Parece como si todo el laboratorio se hubiera desmoronado.
—Así es.
Elenora volvió la vista hacia la oscuridad que quedaba a sus espaldas.
—¿Crees que Parker podría haber sido el segundo Newton de Inglaterra?
—Como mi tío abuelo solía decir, sólo existió un Newton.

39

Dos días más tarde, Elenora se reunió con Margaret y Bennett en la biblioteca. Aquella tarde se sentía más fortalecida, pensó Elenora. El trauma de los acontecimientos recientes iba desapareciendo con rapidez y le alegró notar que su fuerte constitución se iba recuperando y que sus nervios volvían a templarse.
Ya había llegado la hora de iniciar su nueva vida.
Desde que salieron de los túneles del río perdido, no había visto mucho a Arthur. Había dedicado el día anterior a valorar las consecuencias de la gran explosión. Curiosamente, en la superficie no se apreciaba ningún indicio del desastre que había acontecido bajo tierra. La abadía abandonada no había sufrido desperfectos.
Gracias a las indicaciones de Arthur, unos obreros lograron localizar la entrada de la cámara secreta que albergaba la jaula de hierro. El hueco, sin embargo, estaba sellado con escombros y piedras fragmentadas.
Arthur y Bennett se habían desplazado en sendos botes por el río perdido para comprobar si la entrada a la cripta era transitable, pero lo único que encontraron fue una pared impenetrable de piedras derrumbadas. La cámara oculta había quedado totalmente destruida.
Lo único que Elenora y Arthur hicieron juntos fue visitar a lady Wilmington. Arthur le explicó, con la mayor gentileza posible, que intentar encontrar el cuerpo de Parker resultaría caro en extremo y probablemente inútil.
—Dejemos que el laboratorio sea su tumba —sentenció lady Wilmington con los ojos llenos de lágrimas.
Aquella tarde Arthur había salido, una vez más, muy temprano. Su intención era entrevistarse con varias personas que merecían una explicación de los sucesos, entre ellas la señora Glentworth y Roland Burnley.
En cuanto salió, Elenora envió un mensaje a Bennett en el que le pedía que acudiera a visitarla lo antes posible. Él tardó menos de una hora en llegar, pero no parecía nada entusiasmado con el favor que ella le estaba pidiendo.
—¿Está segura de que quiere que lo haga, señorita Lodge? —preguntó con gravedad.
—Sí —respondió ella. Tenía que resolver aquella cuestión, pensó Elenora. No podía volverse atrás—. Mis amigas y yo le estaremos muy agradecidas si decide presentar la apuesta en nuestro nombre.
Margaret frunció el ceño en señal de desaprobación.

—No puedo decir que me guste tu plan, Elenora. Con toda sinceridad, creo que primero deberías discutir esta cuestión con Arthur.
—No puedo hacerlo. Lo conozco muy bien y se preocupará por mi reputación. Si se entera de mi plan, es probable que se muestre intransigente y no me permita llevarlo a cabo.
Margaret se puso tensa.
—Es posible que Arthur culpe a Bennett por presentar la apuesta en tu nombre y en el de tus amigas.
Elenora frunció el ceño: no había pensado en aquella posibilidad.
—No querría ser la causa de que se produjera un distanciamiento entre usted y St. Merryn, sobre todo ahora que usted pronto entrará a formar parte de la familia.
—No se preocupe por eso, señorita Lodge —respondió Bennett con galantería—. No es el carácter de St. Merryn lo que temo, sino que usted haya malinterpretado sus sentimientos hacia usted.
—Bennett tiene razón —confirmó Margaret de inmediato—. Le gustas mucho, Elenora, estoy segura. Soy consciente de que quizá no te haya demostrado sus sentimientos, pero es porque no está acostumbrado a mostrar sus emociones.
—Yo no dudo de que sienta cierto afecto por mí —contestó Elenora escogiendo sus palabras con sumo cuidado—. Sin embargo, nuestra relación es, sin duda, la de un patrono y una empleada y no la de una pareja de prometidos.
—Puede que vuestra relación empezara de esta forma, pero creo que ha cambiado —insistió Margaret.
Sin duda había cambiado, pensó Elenora, pero no tenía ni la más mínima intención de explicarle los detalles ni a Margaret ni a nadie.
—La naturaleza de mi relación personal con Arthur no ha cambiado de una forma significativa —explicó Elenora con prudencia.
—Yo no estoy tan segura. —Margaret empezaba a mostrarse obstinada—. No me sorprendería que Arthur estuviera considerando una oferta de matrimonio.
Elenora tuvo que hacer uso de toda su capacidad de autodominio para no romper a llorar. Al final, consiguió hablar con serenidad.
—No quiero que Arthur sienta que tiene la obligación de proponerme matrimonio simplemente por los acontecimientos que se han producido recientemente. ¿Está claro?
Margaret y Bennett intercambiaron una mirada.
—Lo comprendo —declaró Margaret—, sin embargo...
—Sería del todo injusto que se viera obligado a pedirme en matrimonio por una cuestión de honor —la interrumpió Elenora con calma—. Ya sabes cómo es cuando se trata de su sentido de la responsabilidad.
Margaret intercambió otra mirada con Bennett, quien, como respuesta, realizó una mueca.
—Todo el mundo sabe que, en ocasiones, el sentido del deber de Arthur es excesivo —admitió Margaret.
—Exacto —respondió Elenora.
—Quizá tenga usted razón acerca de la actitud de St. Merryn en relación con sus responsabilidades, señorita Lodge —declaró Bennett—. Sin embargo, en este caso creo que existen razones justificadas para que él piense que una oferta de matrimonio es el único acto honorable que puede realizar.
Elenora levantó la barbilla e intentó no apretar los puños.
—En este caso, no aceptaría su oferta —aseguró.
Bennett suspiró y repuso:
—No quisiera ofenderla, pero después de haber representado el papel de prometida de St. Merryn y de haber sido sorprendida en una actitud íntima con él, no podrá volver a frecuentar los círculos de la alta sociedad a menos que se case con él.
—Bennett tiene razón —confirmó Margaret.

—Mi futuro en la sociedad no constituye ningún problema para mí —explicó Elenora—. Esta cuestión quedó clara desde el principio. Arthur y yo lo hablamos a fondo antes de llegar a un acuerdo.
—Pero, Elenora, casi te han matado por culpa de este empleo —declaró Margaret—. Y Arthur nunca pretendió que te pusieras en una situación de peligro.
—Claro que no. —Elenora enderezó los hombros—. Y es precisamente por el hecho de que estuve en peligro por lo que temo que se sienta obligado a traspasar los términos originales de nuestro acuerdo y me pida en matrimonio. Me niego a permitirle que asuma un sentido del deber tan ridículo.
—Comprendo su punto de vista, señorita Lodge —declaró Bennett con amabilidad—. Sin embargo, ¿no cree que sería mejor que, primero, le hablara de su plan?
—No —contestó ella con firmeza—. ¿Puedo confiar en usted para que lleve a cabo este asunto en mi nombre?
Bennett dejó escapar otro suspiro.
—Haré lo que pueda para ayudarla, señorita Lodge.

Aquella tarde, a las cuatro, Arthur descendió los escalones de la entrada de su club, pasó junto a la larga fila de carruajes que estaban aparcados en la calle y se detuvo delante de un bonito coche granate.
—He recibido tu mensaje, Fleming —declaró Arthur a través de la ventanilla—. ¿Qué es lo que ocurre? —A continuación, vio a Margaret sentada junto a su amigo—. ¿Os dirigís al parque?
—No —respondió Margaret con una expresión seria y resuelta en el rostro—. Hemos venido a tratar contigo una cuestión de suma importancia.
—Exacto. —Bennett abrió la portezuela—. ¿Quieres entrar?
Sin duda algo no iba bien, pensó Arthur con resignación. Tenía planes para aquella tarde, unos planes que incluían a Elenora. Sin embargo, Bennett y Margaret estaban muy alterados. Lo mejor era averiguar lo que iba mal cuanto antes. Según su propia experiencia, resultaba más fácil resolver los problemas en las etapas iniciales.
Resignado a sufrir un retraso, Arthur entró en el carruaje y se sentó en el asiento que quedaba libre.
—Muy bien, ¿cuál es el problema?
—Se trata de Elenora —contestó Margaret sin rodeos—. Mientras hablamos está recogiendo sus cosas. Me temo que tiene planeado irse antes de que regreses a casa esta tarde.
Arthur notó que se le helaba la sangre. ¿Elenora se marchaba? De repente tuvo una visión funesta de la enorme casa de Rain Street privada de la presencia vital de Elenora. En el preciso instante en que ella atravesara la puerta, las sombras lúgubres que tan milagrosamente habían desaparecido durante los últimos días volverían a invadir la mansión.
—Elenora y yo tenemos un acuerdo comercial —respondió él esforzándose para que el tono de su voz sonara tranquilo y sereno—. No se marchará hasta que ciertas cuestiones queden resueltas.
—Ella me ha comentado que el asunto del salario y de determinada bonificación podía resolverse por medio de tu administrador —explicó Margaret.
“¡Maldición!”, pensó Arthur mientras la sangre se le helaba todavía más. Elenora no sólo terminaba su acuerdo comercial, sino que además huía de él.

Elenora colocó el último vestido y el último par de zapatos en el baúl y cerró la tapa lentamente. Se sentía como si estuviera cerrando la tapa de un ataúd.

La terrible sensación de pérdida que había amenazado con abatirla durante toda la tarde creció en su interior. Tenía que salir de allí si no quería convertirse en un charco de lágrimas, pensó Elenora.
Entonces oyó el traqueteo sordo de un carruaje que se detenía delante de la puerta. Sin duda se trataba del coche que le había pedido a Ned que llamara. Elenora oyó el sonido amortiguado de la puerta principal, que se abrió y se cerró con rapidez. Sin duda Ned había salido para informar al conductor que ella bajaría en unos minutos.
Elenora giró con lentitud sobre sus talones para echar una última ojeada a su dormitorio mientras se decía a sí misma que no quería olvidar ninguna de sus pertenencias. Sin embargo, su mirada se detuvo en la pulcra cama.
Elenora no podía dejar de pensar en la última noche de pasión que había pasado allí con Arthur. Sabía que llevaría aquel recuerdo en el corazón durante el resto de su vida.
A continuación percibió, de una forma vaga, los pasos de un hombre en el pasillo. Debía de tratarse de Ned, que acudía a coger el baúl para llevarlo hasta el coche, dedujo Elenora.
Las lágrimas humedecieron sus ojos. Elenora cogió un pañuelo. No debía llorar. En cualquier caso, todavía no. Si Ned, Sally y el resto del servicio veían que se marchaba bañada en lágrimas, se inquietarían.
Se oyó entonces un único golpe en la puerta.
—Entra —respondió ella mientras secaba con frenesí sus incipientes lágrimas.
La puerta se abrió y, después de enjugarse los ojos, Elenora se volvió.
—¿Vas a alguna parte? —preguntó Arthur con calma.
Elenora se quedó paralizada. La figura de Arthur se recortaba, imponente, en el umbral. Unas arrugas sombrías e inflexibles surcaban sus duras facciones y su mirada le pareció más peligrosa que nunca. A Elenora se le secó la boca.
—¿Qué haces aquí? —susurró ella.
—Yo vivo aquí, ¿recuerdas?
Elenora se sonrojó.
—Has regresado temprano.
—Cuando me avisaron de que tenías planeado huir, me vi obligado a modificar mi programa de visitas para esta tarde.
Elenora suspiró.
—¿Te lo han dicho Margaret y Bennett?
—Me informaron de que estabas recogiendo tus cosas y que tenías pensado marcharte sin despedirte. —Arthur cruzó los brazos—. Yo creía que teníamos algunas cuestiones pendientes de resolver.
—Me pareció que sería mejor que termináramos nuestro acuerdo por medio de tu administrador —contestó ella con voz suave.
—Mi administrador es muy competente en muchos sentidos, pero dudo de que disponga de mucha experiencia en los ofrecimientos de matrimonio.
Elenora se quedó boquiabierta y sólo consiguió cerrar la boca después de un gran esfuerzo.
—¡Oh, Dios mío! —Elenora ya no podía contener las lágrimas. Se enjugó los ojos frenéticamente y exclamó—: ¡Oh, Dios mío, me temía algo así!
—Resulta evidente que algo hago mal en todo lo relacionado con mis asuntos personales —comentó Arthur con un tono de voz cansino—. Todas mis prometidas quieren huir de mí.
—¿Como dices? —Elenora apartó el pañuelo de su rostro y se quedó mirando a Arthur fijamente—. ¿Cómo te atreves a insinuar que huyo de ti? Yo no soy un conejito asustado como Juliana, como tú bien sabes.
—Soy muy consciente de que no eres como Juliana. —Arthur entró poco a poco en el dormitorio y cerró la puerta a sus espaldas. Miró de reojo el baúl—. Sin embargo, sí que parece que quieras huir de mí.

Elenora inspiró por la nariz, apretujó el pañuelo en la palma de una mano y, tras cruzarse de brazos, afirmó:
—Sabes de sobra que esta situación es totalmente distinta.
—Desde mi punto de vista, en cambio, no me parece que sea tan diferente.
—¡Oh, por todos los santos! ¡Esta afirmación es ridícula!
—¿De verdad? —Arthur se detuvo a poca distancia de Elenora—. En una ocasión me dijiste que creías que sería un buen esposo. ¿Lo decías en serio?
—Desde luego —Elenora descruzó los brazos y agitó el pañuelo arrugado—, pero para alguna otra mujer, para una a la que amaras de verdad.
—Tú eres la mujer a la que amo. ¿Quieres casarte conmigo?
Todo el oxígeno de la habitación parecía haberse evaporado y el mundo, e incluso el tiempo, parecían haberse detenido.
—¿Me amas? —preguntó ella—. Arthur, ¿lo dices en serio?
—¿Alguna vez me has visto decir algo que no fuera en serio?
—Bueno, no, sólo que... —Elenora entornó los ojos—. Arthur, ¿estás seguro de que no me pides en matrimonio porque crees que debes hacerlo?
—Si recuerdas mis antecedentes en estas cuestiones, sabrás que la última vez que me vi atrapado en un compromiso del que deseaba huir me mostré muy capaz de librarme del enredo.
—Es cierto, lo hiciste. —Elenora frunció el ceño—. Sin embargo esta situación es muy diferente. No quiero que te sientas obligado a casarte conmigo sólo por lo que ocurrió aquí entre nosotros... —Elenora realizó una pausa—. Y abajo, en la biblioteca.
—Te contaré un pequeño secreto. —Arthur recorrió la distancia que los separaba—. En ambas ocasiones, hice el amor contigo porque ya había decidido que quería que fueras mi esposa.
Elenora estaba demasiado conmocionada para elaborar algo parecido a una respuesta coherente. Entonces tragó saliva.
—¿De verdad?
—Te quiero desde que te vi entrar de aquella forma tan impetuosa en la oficina de Goodhew & Willis. Entonces supe que eras la mujer a la que había estado esperando toda mi vida.
—¿Seguro?
—Querida, permíteme recordarte que soy famoso por mi intuición en todo lo relacionado con las inversiones. Sólo necesité mirarte una vez para darme cuenta de que eras la mejor inversión que podía realizar en mi vida.
Elenora sonrió con timidez.
—¡Oh, Arthur, esto es lo más romántico que me han dicho nunca!
—Gracias. A mí también me ha gustado. Lo he estado practicando durante todo el camino.
—Sin embargo, ya sabes que un caballero de tu rango y tu fortuna debería casarse con una dama joven que acabe de salir del colegio. Una con excelentes contactos sociales y una herencia abultada.
—Permíteme recordarte que se me considera un excéntrico. La sociedad se sentiría muy defraudada si no me casara con alguien tan inusual como yo.
—No sé qué decir.
Él le levantó la barbilla con la mano.
—Podrías decirme si crees que te sería posible amarme hasta el punto de acceder a casarte conmigo.
Una alegría inmensa creció en el interior de Elenora. Se apresuró a rodear el cuello de Arthur con los brazos y le confesó:
—Estoy tan desesperadamente enamorada de ti que mientras guardaba mis cosas en el baúl creí que se me rompería el corazón.
—¿Estás segura?

—Por completo. —Elenora le acarició la mandíbula con las yemas de los dedos—. Y, como ya sabes, soy una mujer de carácter decidido.
Él se rió y la tomó en sus brazos.
—En este sentido, sin duda formamos una buena pareja. No me extraña que me enamorara perdidamente de ti.
Elenora se dio cuenta de que la estaba llevando hacia la cama.
—¡Santo cielo, Arthur, los criados! Ned no tardará en subir a recoger mi baúl y el coche está esperando.
—Nadie nos molestará. —Arthur la dejó con suavidad encima de la cama y se quitó el abrigo—. Cuando he llegado, he ordenado al cochero y a todo el servicio que se fueran. He dejado claro que no debían regresar antes de dos horas.
Elenora sonrió despacio.
—¿De verdad has hecho eso? ¿Tan seguro estabas de ti mismo?
—No estaba seguro, estaba desesperado. —Arthur se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas—. Sabía que si no lograba convencerte de que te casaras conmigo por medio de la lógica, mi única esperanza era hacerte el amor hasta que no pudieras pensar con claridad.
—¡Qué idea tan inteligente! Ésta es una de las cosas que me gustan de ti, Arthur. Nunca he conocido a ningún hombre que sepa combinar la lógica y la pasión con tanta habilidad.
Él soltó una risa ronca y llena de felicidad.
Cuando, después de unos segundos, se acercó a Elenora, ella lo recibió con los brazos abiertos. Él la desnudó casi con la misma rapidez con la que se había desnudado él mismo y echó descuidadamente su vestido junto a la cama.
A continuación Arthur se tumbó sobre la espalda y tiró de Elenora hacia su pecho. Ella le rodeó el rostro con las manos y lo besó con tanta ansiedad que él soltó un gruñido. Elenora percibía contra su muslo la presión del miembro de Arthur, rígido por el deseo.
Arthur guió su mano hasta la cadera de Elenora y deslizó los dedos a lo largo de la hendidura que separaba sus nalgas. Sus dedos bajaron todavía más y encontraron ese rincón húmedo y palpitante de deseo.
Ella lo besó en el cuello y luego en el pecho. Cuando se deslizó más abajo y lo acarició con la lengua para darle el mismo placer que él le había proporcionado la última noche, él contuvo el aliento. Elenora sintió entonces el roce de los dedos de Arthur entre su cabello.
—Basta —susurró él con voz áspera.
Tiró de ella hacia arriba, la colocó a horcajadas sobre sus muslos y la acarició mientras contemplaba su rostro.
Elenora notó que la parte inferior de su cuerpo respondía a las caricias de Arthur y se apretujó y retorció contra la mano de él.
Y justo cuando ella creía que no podría aguantar más aquella maravillosa estimulación, él le sujetó las caderas y la penetró.
Elenora jadeó y exhaló un grito ahogado mientras unas oleadas de placer recorrían su cuerpo.
Y ambos se sumergieron en un remolino centelleante.

La realidad volvió a ellos bastante más tarde y golpeó a Elenora con tanta fuerza que la obligó sentarse en la cama de repente.
“La apuesta”, pensó ella presa del pánico.
—Disculpa, pero tengo que levantarme. Ahora mismo. —Elenora intentó librarse del brazo y de la pierna de Arthur—. Por favor, déjame ir. Tengo que vestirme.

—No es necesario. —Arthur apretó el brazo contra la cintura de Elenora y tiró de ella perezosamente para que se tumbara de nuevo a su lado—. Nadie regresará antes de una hora.
—No lo comprendes. No puedo casarme a menos que encuentre al señor Fleming antes de que... No importa, es algo muy complicado y no tengo tiempo de explicártelo.
—No serás tan cruel como para dejarme tirado ahora que has conseguido satisfacer de nuevo tu lujuria.
—No se trata de esto. Escúchame, Arthur, algo realmente terrible está a punto de suceder. Le pedí al señor Fleming que realizara una apuesta en mi nombre y en el de unas amigas mías.
—Sí. —Arthur la miró con severidad—. He oído hablar de tu plan. Ya sabes lo que pienso respecto a este tipo de cosas. Recuérdame que mantenga una larga charla contigo acerca de los peligros del juego.
Elenora dejó de forcejear.
—¿Sabes lo de la apuesta?
—Sí. Ni siquiera puedo explicarte el susto que me llevé cuando descubrí que estaba a punto de casarme con una jugadora empedernida.
Ella ignoró su comentario e insistió:
—Supongo que comprendes por qué debo detener al señor Fleming antes de que realice la apuesta.
—Tranquilízate, querida. —Arthur utilizó una mano para atraerla con firmeza contra su torso y se echó a reír—. Es demasiado tarde para detenerlo.
—¡Oh, no! —Elenora apoyó la frente sobre el pecho de Arthur—. Mis amigas y yo no podremos cubrir las pérdidas.
—Si es necesario hacerles frente, te prestaré el dinero. Considéralo un regalo de bodas.
—No tendré más remedio que aprovecharme de tu generosidad. —Elenora no levantó la cabeza—. Ha sido un error mío. Convencí a mis amigas de que el resultado era seguro. ¡Resulta tan humillante! Siento avergonzarte de esta manera, Arthur.
—Mmmm. Bueno, como ya te he dicho, Bennett ha realizado la apuesta como tú le indicaste. Sin embargo, ha seguido mis consejos y ha modificado un poco los términos.
Elenora levantó la cabeza con recelo.
—¿Qué quieres decir?
—También ha accedido a invitar a otras personas para que se unan a tu pequeño consorcio de jugadores intrépidos.
—¡Santo cielo!
—Tal como están las cosas ahora —continuó Arthur—, tú y tus amigas, además de Roland Burnley, Margaret y Bennett, vais a conseguir una bonita fortuna siempre que accedas a casarte conmigo antes de que finalice la semana.
Elenora se debatía entre la risa y la sorpresa.
—¿Ésta es la apuesta que el señor Fleming ha realizado?
—Así es. —Arthur deslizó los dedos por cabello de Elenora—. ¿Cuál crees que será el resultado?
El amor que Elenora sentía por Arthur creció en su interior hasta llenar todas las partes de su ser.
—Creo que el resultado de la apuesta es seguro.
—Me alegra oírte decir esto —empezó a decirle Arthur ofreciéndole su sonrisa rara y sensual—, porque yo también me he apuntado a tu pequeño proyecto de inversión.
—¿Has participado en mi apuesta? —Elenora rió con satisfacción—. No me lo creo. ¿Tan seguro estabas de ti mismo?

—No. —La mirada de Arthur se volvió más seria y profunda—. Sin embargo, decidí que si perdía la apuesta ya nada tendría importancia para mí, y mucho menos el dinero.
—¡Oh, Arthur, te amo tanto!
Él le dio un beso largo e intenso que constituyó el sello de su promesa de amor.

Epílogo

Un año más tarde...
—Lo que habéis de tener en cuenta cuando analicéis una inversión financiera es que resulta de vital importancia mirar por debajo de la superficie. —Arthur se reclinó en la silla del escritorio y escudriñó a su pequeña audiencia—. Formulad las preguntas que los demás no formulan. Tomad notas. Analizad lo que puede salir mal así como lo que esperáis que salga bien. ¿Está claro?
Los gemelos gorjearon desde el fondo de sus cunas. El pequeño David miraba a Arthur con atención, sin duda fascinado con la conferencia. Su hermana, Agatha, parecía más interesada en su sonajero, aunque Arthur sabía que había absorbido hasta el más mínimo detalle. Como su madre, era capaz de realizar dos cosas al mismo tiempo.
Arthur les sonrió a ambos. No tenía ninguna duda: era el padre de los niños más inteligentes y hermosos del mundo entero.
Al otro lado de la ventana, la primavera había invadido la finca. La luz cálida del sol entraba a raudales en la habitación. Los campos estaban verdes y las plantas habían florecido.
Poco después de casarse con Elenora, Arthur se trasladó con ella al campo. Londres estaba muy bien para las visitas ocasionales, pensó Arthur, pero ni él ni ella estaban hechos para pasar largos períodos de tiempo en sociedad. Además, el aire del campo era mucho más saludable para los niños.
—El dinero no es la cosa más importante del mundo —continuó Arthur—, pero es un bien muy útil.
La puerta de la biblioteca se abrió y Elenora, ataviada con un vestido de color rosa y con un aspecto fresco y vital, entró como una exhalación en la habitación. En la mano llevaba un diario que a Arthur le resultó familiar.
—... Sobre todo en esta casa —añadió Arthur con sequedad—, porque vuestra madre es capaz de gastar una cantidad ingente en obras de caridad.
Elenora arqueó las cejas mientras se acercaba a él.
—¿Qué tonterías les estás contando a los niños?
—Les estoy dando unos consejos financieros sensatos. —Cuando Elenora se detuvo delante de Arthur, éste se puso en pie y la besó. Tras mirar con recelo el diario, dijo—: No me digas nada, déjame adivinar. Necesitas más fondos para el nuevo orfanato, ¿no es cierto?
Ella le ofreció su radiante y maravillosa sonrisa, aquella que siempre lograba enternecer los lugares más recónditos de su interior, y se inclinó sobre las cunas para hacer unas carantoñas a los niños.
—La construcción casi está terminada —explicó por encima del hombro—. Sólo necesito un poco más de dinero para cubrir el coste de los cambios en el diseño de los jardines.
—Según creo recordar, los jardines estaban incluidos en el presupuesto original.
—Sí, pero quiero que los amplíen. Los dos estuvimos de acuerdo en que los niños necesitan un lugar extenso y agradable para jugar. Es importante que dispongan de mucho aire fresco y de una zona para hacer ejercicio.

Arthur decidió que se había casado con una mujer de muchos talentos. Gracias a su supervisión, todos los aspectos de su mundo, incluidos los niños, él mismo, las obras de caridad y las casas, prosperaban.
—Tienes razón, querida —respondió él—. Los niños del orfanato necesitarán unos jardines excelentes.
—Sabía que lo entenderías. —Elenora se enderezó, abrió el diario y escribió algo con rapidez—. Esta misma tarde enviaré una nota al arquitecto para que ponga en marcha el proyecto.
Arthur se echó a reír. Con mucha suavidad, le quitó el diario de las manos y lo dejó sobre el escritorio.
—En una ocasión me preguntaste qué hacía para sentirme feliz —declaró él—. Aquel día, en el parque, no respondí tu pregunta porque no podía hacerlo. No conocía la respuesta. Pero ahora la conozco.
Elenora sonrió. El amor que sentía hacia Arthur era claro y brillante como la luz del sol.
—¿Y cuál es la respuesta?
Arthur la abrazó.
—Amarte me hace sentir el hombre más feliz de la tierra.
—¡Querido Arthur! —susurró ella sintiendo que la felicidad le llenaba el corazón. Le rodeó a Arthur el cuello con los brazos y declaró—: En una ocasión te dije que serías un esposo excelente, ¿recuerdas? Ahora debes admitir que tenía razón.
Él se habría echado a reír, pero prefirió besarla.

Fin